STEVEN SAYLOR

SANGRE ROMANA

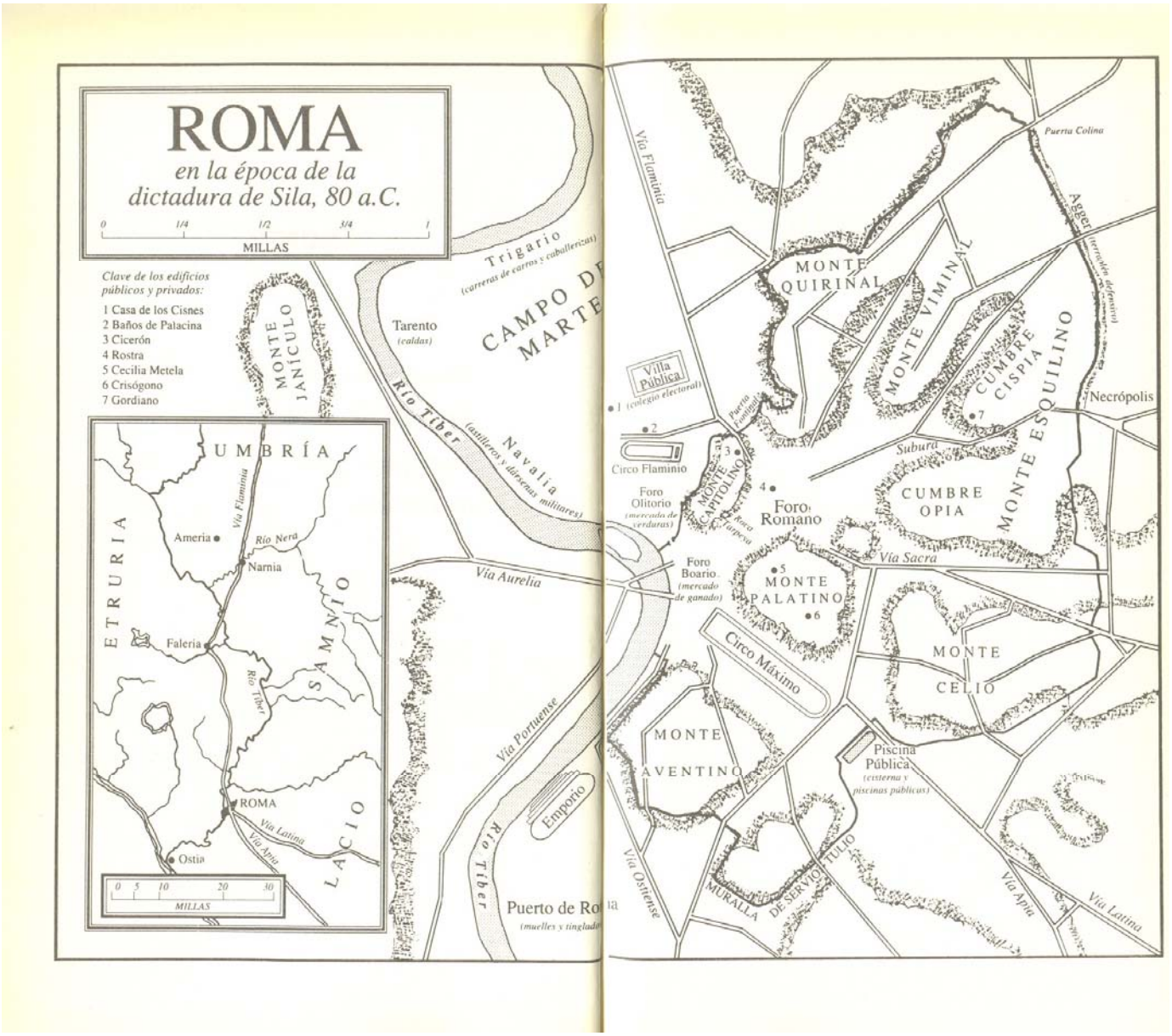
Título original: *Roman Blood*
Traducción de: Damián Alou.
EMECÉ EDITORES—Grandes Novelistas
Buenos Aires—septiembre de 1998
ISBN 950—04—1916—5

STEVEN SAYLOR se graduó en Historia por la Universidad de Tejas. Su pasión por la escritura le llevó a trabajar de editor y a publicar numerosos artículos y cuentos en diversos periódicos y revistas de San Francisco, tales como *San Francisco Bay Guardian, Ellery Queen's Mistery Magazine* y *Magazine of Fantasy and Science Fiction.*

Su serie de novelas policíacas ambientadas en pleno apogeo del Imperio Romano, que él mismo denominó ROMA *sub rosa,* tienen como protagonista a Gordiano *el sabueso,* sagaz detective y amante de la buena vida que resuelve con aparente desparpajo los casos más enmarañados, tales como los que se plantean en los cinco casos que componen esta serie.

Sub rosa: dícese de lo furtivo y encubierto

Para Rick Solomon, este libro,
Auspicium meloris aevi


ROMA
en la época de la dictadura de Sila, 80 a.C.
0 1/4 1/2 3/4 1
MILLAS
Clave de los edificios públicos y privados:
1 Casa de los Cisnes
2 Baños de Palacina
3 Cicerón
4 Rostra
5 Cecilia Metela
6 Crisógono
7 Gordiano
Trigario
(carreras de carros y caballerizas)
Tarento
(ealdas)
CAMPO DE MARTE
MONTE JANÍCULO
Río Tíber
Navalia
(astilleros y dársenas militares)
Vía Aurelia
Vía Portuense
Río Tíber
Emporio
Puerto de Ro
(muelles y tinglado
UMBRÍA
Vía Flaminia
Ameria
Río Nera
Narnia
ETRURIA
Faleria
SAMNIO
Río Tíber
ROMA
Vía Latina
Vía Apia
Ostia
LACIO
0 5 10 20 30
MILLAS
Vía Flaminia
Puerta Colina
Agger
(terraplén defensivo)
MONTE QUIRINAL
MONTE VIMINAL
CUMBRE CISPIA
MONTE ESQUILINO
Necrópolis
Villa Pública
(colegio electoral)
Puerta Carmental
Subura
Circo Flaminio
Foro Olitorio
(mercado de verduras)
MONTE CAPITOLINO
Roca Tarpeya
Foro Romano
CUMBRE OPIA
Vía Sacra
Foro Boario
(mercado de ganado)
MONTE PALATINO
Circo Máximo
MONTE CELIO
MONTE AVENTINO
Piscina Pública
(cisterna y piscinas públicas)
MURALLA DE SERVIO TULIO
Vía Ostiense
Vía Apia
Vía Latina

PRIMERA PARTE

Arriba y abajo
Capítulo Uno

El esclavo que vino a recogerme aquella mañana de primavera más calurosa de lo normal era un muchacho joven, de poco más de veinte años.

Normalmente, cuando un cliente envía a buscarme, el mensajero suele ser un esclavo del más bajo rango de la casa, alguien que se encarga de las labores más pesadas, un tullido, un muchacho de escasas luces que trabaja en los establos, apesta a estiércol y estornuda a causa de las briznas de paja que lleva en el pelo. Se trata de una especie de formalidad; cuando se solicitan los servicios de Gordiano el Sabueso, hay que tener cierta cautela. Como si yo fuera un leproso o un sacerdote de alguna turbia secta oriental. Estoy acostumbrado. No me doy por ofendido siempre y cuando los honorarios se me abonen a su hora y sin regatear.

Sin embargo, el esclavo que estaba ante mi puerta aquella mañana iba muy limpio y acicalado. Poseía unos modales serenos que resultaban respetuosos, aunque ni mucho menos serviles: la cortesía que se espera de cualquier muchacho que se dirige a una persona diez años mayor. Su latín era impecable (mejor que el mío) y su voz hacía gala de unas inflexiones tan hermosas como las de una flauta. No se trataba de un caballerizo, desde luego, sino del culto y mimado sirviente de un amo afectuoso. El esclavo se llamaba Tirón.

—De la casa del honorable Marco Tulio Cicerón —añadió, haciendo una pausa para ver si yo reconocía el nombre. No era así—. Y he venido a solicitar tus servicios —añadió— por recomendación de...

Lo cogí del brazo, le puse el índice en los labios y lo hice entrar en casa. Al crudo invierno había seguido una sofocante primavera; a pesar de lo temprano de la hora, hacía demasiado calor para quedarse a la intemperie. Y también era demasiado temprano para escuchar la cháchara de aquel joven esclavo, por muy melodiosa que fuera su voz. Una corona de tempestades me ceñía las sienes. Asomos de relámpago destellaban y se desvanecían junto al rabillo de mis ojos.

—Dime, muchacho, ¿sabes de algún remedio contra la resaca?

El joven Tirón me miró de soslayo, desconcertado por el cambio de tema y mi súbita familiaridad.

—No, señor —dijo.

Asentí.

—¿Nunca has tenido resaca?

Se ruborizó ligeramente.

—No, señor.

—¿Tu amo no te permite probar el vino?

—Naturalmente que sí. Pero, tal como dice mi amo, moderación en todas las cosas...

Asentí y se me escapó una mueca. El más leve movimiento me producía un dolor atroz.

—Sí, sí, moderación en todo, excepto para mandarme un esclavo de buena mañana.

—Perdona, señor. ¿Deseas que regrese un poco más tarde?

—Sería una pérdida de tiempo, para ti y para mí. Y no digamos para tu amo. No, quédate, pero no entres en materia hasta que yo te lo diga y ven a desayunar conmigo al jardín, donde el aire es más fresco.

Volví a cogerle del brazo, lo llevé a través del atrio, por un pasillo en sombras, hasta el peristilo, en el centro de la casa. Observé que enarcaba las cejas, sorprendido, aunque no estoy seguro de si fue ante la extensión del lugar o ante el estado en que se encontraba. Yo estaba acostumbrado al jardín, naturalmente, pero a un extraño puede que le pareciera un simple montón de escombros: los sauces completamente descuidados, sus ramas colgando hasta confundirse con los hierbajos que brotaban del suelo polvoriento; la fuente central, seca desde hacía mucho, y su pequeña estatua de Pan, erosionada por el tiempo; el estrecho estanque, de aguas opacas y sucias, que serpeaba por el jardín, salpicado de juncos egipcios que crecían de cualquier manera. El jardín había regresado al salvajismo primitivo mucho antes de que la casa de mi padre me tocara en herencia y yo no había hecho nada para ponerle remedio. Me gustaba más como estaba: un lugar inhóspito de indómita verdura, oculto y apartado de la ordenada Roma, un voto silencioso en favor del caos frente a las construcciones de ladrillo y los obedientes parterres.

—Supongo que esto debe de ser muy distinto de la casa de tu amo. —Me senté en una silla con cuidado para que la cabeza no me retumbara e indiqué a Tirón que ocupara la otra. Di una palmada y al instante lamenté haber hecho ruido. Tragándome el dolor, grité—: ¡Bethesda! ¿Dónde estará esta mujer? En seguida nos traerá un refrigerio. Por eso te he abierto personalmente la puerta, ella está ocupada en la cocina. ¡Bethesda!

Tirón se aclaró la garganta.

—En realidad, señor, es mucho más grande que la de mi amo.

Le miré sin expresión, mi estómago rugiendo en competencia con mis sienes.

—¿Cómo?

—La casa, señor. Es más grande que la de mi amo.

—¿Y eso te sorprende?

Bajó los ojos, temiendo haberme ofendido.

—¿Sabes cómo me gano la vida, muchacho?

—No exactamente, señor.

—Pero sabes que se trata de algo no muy respetable, teniendo en cuenta que pocas cosas merecen respeto en la Roma actual. Aunque tampoco ilegal, teniendo en

cuenta el tipo de legalidad que impera en una ciudad gobernada por un dictador. De manera que te sorprende encontrarme viviendo en este espacioso edificio, por muy destartalado que esté. Y tienes toda la razón. A veces yo también me sorprendo. Ahí viene Bethesda. Deja la bandeja aquí mismo, junto a nuestro joven visitante.

Bethesda obedeció, no sin lanzarle una mirada de soslayo y un bufido de desdén. Aunque ella misma era una esclava, no aprobaba que mantuviera charlas informales con otros esclavos y mucho menos que los alimentara con manjares de mi propia despensa. Cuando acabó de descargar la bandeja, se quedó entre nosotros, como a la espera de nuevas instrucciones. Era una pose. Era obvio para mí, y quizá también para Tirón, que lo que quería era contemplar de cerca al visitante. Bethesda observó detenidamente a Tirón, que parecía incapaz de sostenerle la mirada. Encogió las comisuras de la boca. Comprimió el labio inferior y lo curvó hasta formar un sutil arco de desprecio. En la mayoría de las mujeres, una mueca despectiva es un gesto de nulo atractivo. Con Bethesda no siempre es así. Una mueca despectiva no mengua su secreto y voluptuoso encanto. De hecho, puede incrementarlo. Y en el limitado aunque imaginativo vocabulario corporal de Bethesda, una mueca despectiva puede significar cualquier cosa, desde una amenaza hasta una descarada proposición. En este caso, sospecho que era su respuesta al respetuoso apocamiento de Tirón, una reacción a su tímida modestia: la mueca despectiva de la astuta zorra ante el lindo conejito. Yo creía que todos sus apetitos habían quedado satisfechos durante la noche. Los míos, desde luego, sí lo estaban.

—¿Desea mi amo algo más? —Puso los brazos en jarras, los pechos erguidos, los hombros hacia atrás. Y entornó los párpados, todavía manchados con la pintura que se había puesto antes de meterse en la cama. En su voz se distinguía el acento provocativo de Oriente. Era otra pose. Bethesda había tomado una decisión. Esclavo o no, valía la pena impresionar al joven Tirón.

—Nada más, Bethesda. Márchate.

Inclinó la cabeza, dio media vuelta y salió del jardín rumbo al interior de la casa. Una vez que nos hubo dado la espalda, disminuyó la timidez de Tirón. Seguí su mirada y advertí que la había posado justo encima de las cimbreantes nalgas de Bethesda. Envidié su modestia y su timidez, su voracidad, su atractivo, su juventud.

—Tu amo no te permite beber, al menos no con exceso —dije—. ¿Te permite disfrutar de una mujer de vez en cuando? —No había previsto la intensa y rubicunda plenitud de su sonrojo, de un rojo tan sangriento como una puesta de sol en alta mar. Sólo los jóvenes, con sus mejillas y frentes suaves y tersas, pueden ruborizarse de ese modo. Incluso Bethesda era ya demasiado mayor para enrojecer así, si es que todavía se sonrojaba por algo—. Es igual —añadí—. No tengo ningún derecho a hacerte esta pregunta. Toma, come un poco de pan. Lo cuece la propia Bethesda y es mejor de lo que parece. Una receta que le transmitió su madre en Alejandría. O eso dice ella, pues tengo mis sospechas sobre si Bethesda ha tenido madre alguna vez. Y aunque la compré en Alejandría, su nombre no es ni griego ni egipcio. La leche y las ciruelas deberían ser frescas, pero no respondo del queso.

Comimos en silencio. Todavía había sombra en el jardín, pero ya podía percibir el sol, palpable, casi amenazador, engalanando el tejado con festones, como un ladrón planeando la entrada. Los pavos reales se agitaron de pronto en un rincón; el macho más grande emitió un chillido de llamada e inició su pavoneo, desplegando el plumaje. Tirón vio el pájaro y sufrió un sobresalto ante el inesperado espectáculo. Yo comía en silencio, haciendo alguna que otra mueca cuando la mandíbula enviaba descargas de dolor a las sienes. Observé a Tirón, cuya mirada había abandonado el pavo real y se dirigía hacia la puerta por donde había salido Bethesda.

—¿Es ésa la cura para la resaca, señor?

—¿El qué?

Volvió la cara hacia mí. La absoluta inocencia de su rostro resultaba más cegadora que el sol, que de pronto apareció sobre el tejado. Puede que su nombre fuera griego, pero, a excepción de sus ojos, todos sus rasgos eran clásicamente romanos: el suave moldeado de la frente, las mejillas y la barbilla; la tenue pronunciación de los labios y nariz. Fueron sus ojos lo que más me sorprendió, de un pálido matiz violeta que nunca había visto y que ciertamente no era romano, sino que debía de proceder de algún progenitor esclavizado y trasladado al corazón del imperio desde donde Júpiter perdió el gorro.

—¿Es ésa la cura para la resaca? —repitió—. ¿Acostarse con una mujer por la mañana?

Me eché a reír ruidosamente.

—En absoluto. Más bien suele formar parte de la enfermedad. O es el incentivo para recuperarse para la próxima reincidencia.

Miró la comida que tenía ante sí y tomó cortésmente un poco de queso, aunque sin entusiasmo. Era evidente que estaba acostumbrado a mejores manjares, aun siendo un esclavo.

—¿Pan con queso, entonces? —dijo.

—La comida ayuda, si eres capaz de tragarla. Pero la verdadera cura para la resaca me la enseñó un sabio médico alejandrino, hace casi diez años, cuando tenía tu edad, sospecho, y el vino ya no me era ajeno. Desde entonces me ha sido de utilidad. Verás, su teoría era que cuando uno bebe en exceso, ciertos humores que hay en el vino, en lugar de disolverse en el estómago, suben a la cabeza en forma de vapores, endureciendo la flema secretada por el cerebro y haciendo que se hinche y se inflame. Con el tiempo estos humores se dispersan y la flema se ablanda. Por eso nadie muere de una resaca, por fuerte que sea el dolor.

—¿Es pues el tiempo la única cura, señor?

—Si exceptuamos una más rápida: el pensamiento. Ejercitar y concentrar la mente en algo. Ya ves, el pensar, según mi amigo el médico, tiene lugar en el cerebro, lubricado por la secreción de la flema. Cuando la flema se contamina o endurece, el resultado es un dolor de cabeza. Pero la actividad de pensar produce nueva flema, la cual reblandece y dispersa la anterior; cuanto mayor sea la intensidad del pensamien-

to, mayor será la producción de flema. Por tanto, una intensa concentración acelerará la recuperación natural de la resaca, expulsando los humores del tejido inflamado y restaurando la lubricación de las membranas.

—Entiendo. —Tirón no parecía muy convencido, aunque sí impresionado—. La lógica discurre de manera natural. Por supuesto, hay que aceptar las premisas de partida, que son indemostrables.

Me eché atrás y crucé los brazos, mordisqueando un trozo de pan.

—La demostración se halla en la curación misma. ¿Ves?, ya me siento mejor tras haberte explicado la mecánica de este remedio. Y sospecho que estaré curado en un par de minutos, tras haberte explicado para qué has venido.

Tirón sonrió cautamente.

—Me temo que la cura está fallando, señor.

—¿Sí?

— Te has confundido al declinar los pronombres, señor. Soy yo quien ha de explicarte a ti el porqué de mi visita.

—Al contrario. Es cierto, tal como podrás adivinar por mi expresión, que nunca he oído hablar de tu amo... ¡cómo has dicho que se llamaba, Marco Tullido Cicerón? Un perfecto desconocido. Sin embargo, puedo decirte un par de cosas sobre él. —Hice una pausa, lo suficientemente larga para asegurarme de que acaparaba toda su atención—. Procede de una familia muy orgullosa, rasgo que él comparte plenamente. Vive aquí, en Roma, pero su familia proviene de otra parte, quizá del sur; no hace más de una generación que viven en la ciudad. Son holgadamente ricos, aunque no de una manera exagerada. ¿Voy por buen camino?

Me miró con suspicacia.

—De momento, sí.

—Ese tal Cicerón es joven, como tú; supongo que un poco mayor. Es un ávido estudiante de oratoria y retórica, y seguidor, hasta cierto punto, de los filósofos griegos. Imagino que no epicúreo; quizá estoico, aunque no con fanatismo. ¿Sigo bien?

—Sí. —Tirón comenzaba a sentirse incómodo.

—Por lo que se refiere a la razón de tu visita, vas a solicitar mis servicios para un pleito que Cicerón va a presentar en los Rostra. Cicerón quiere abrirse camino como abogado. Pero se trata de un caso importante y complejo. Y respecto a quién le recomendó mis servicios, supongo que ha sido el más grande abogado de Roma, Hortensio, naturalmente.

—Natural... mente. —Tirón hablaba de una manera apenas audible, entre susurros. Tenía tan entornados los ojos como abierta la boca—. Pero ¿cómo has podido...?

—¿Y el caso en cuestión? Un caso de asesinato, supongo. No, peor que eso. Algo mucho peor...

—Aquí hay truco —murmuró Tirón. Desvió los ojos cabeceando, como si le costara apartar su mirada de la mía—. Tiene que ser porque me miras a los ojos. Es magia...

Me apreté las sienes con los dedos, separando los codos, en parte para aliviar los latidos, pero también para imitar la pose teatral de los místicos.

—Un crimen impío —susurré—. Vil. Horrible. Un hijo que ha matado a su propio padre. *¡Parricidio!* —Bajé las manos de las sienes y me retrepé en la silla. Miré a mi joven invitado directamente a los ojos—. Tú, Tirón, de la casa de Marco Tulio Cicerón, has venido a solicitar mis servicios para que ayude a tu amo en la defensa de Sexto Roscio de Ameria, acusado de haber matado a su padre, cuyo nombre ostenta. Y... ya se me ha ido la resaca.

Tirón parpadeó. Y volvió a parpadear. Se echó atrás y se llevó el índice al labio superior, frunciendo el entrecejo en actitud pensativa.

—Es un truco, ¿verdad?

Esbocé la más ligera sonrisa de que fui capaz.

—¿Por qué? ¿No me crees capaz de leer tus pensamientos?

—Cicerón dice que no existen ni la clarividencia, ni la adivinación del pensamiento, ni la predicción del futuro. Dice que los adivinos, los augures y los oráculos son, en el peor de los casos, unos charlatanes y en el mejor unos comediantes que se aprovechan de la credulidad de las masas.

—¿Y tú te crees todo lo que dice Cicerón? —El joven se ruborizó. Antes de que pudiera hablar levanté la mano—. No contestes. Nunca te pediría que dijeras nada en contra de tu amo. Pero dime una cosa: ¿ha visitado alguna vez Cicerón el oráculo de Delfos? ¿Ha visto el sepulcro de la Gran Madre en Éfeso y probado la leche que fluye de sus pechos de mármol? ¿O subido a las grandes pirámides al caer la noche y escuchado la voz del viento que atraviesa las antiquísimas piedras?

—No. —Tirón bajó los ojos—. Cicerón nunca ha salido de Italia.

—Pues yo sí, muchacho. —Por un momento me quedé extraviado en mis pensamientos, incapaz de liberarme del diluvio de imágenes, visiones, sonidos y aromas del pasado. Observé el jardín y de pronto me di cuenta del vergonzoso estado en que se encontraba. Miré la comida que había ante mí antes de comprender cuán seco e insípido era el pan, lo agrio que estaba el queso. Posé los ojos en Tirón y recordé quién y qué era, y me sentí como un necio por desperdiciar tanta energía para impresionar a un simple esclavo—. Yo he hecho esas cosas, he visto esos lugares. Y con todo, sospecho que, en gran medida, soy aún más escéptico que tu amo. Sí, no es más que un truco. Un juego de lógica.

—Pero ¿cómo es posible que la simple lógica depare nuevos conocimientos? Me has dicho que hasta hoy no habías oído el nombre de Cicerón. No te he dicho nada en absoluto de él y eres capaz de decirme exactamente por qué he venido. Es como acuñar moneda sin metales. ¿Cómo puedes crear algo de la nada? ¿O descubrir una verdad sin pruebas?

—No se trata de eso, Tirón. El problema reside en la lógica que te enseñan los profesores de retórica. Revisar pleitos antiguos, revivir antiguas batallas, aprender gramática y leyes maquinalmente, y todo con la única finalidad de aprender a tergiver-

sar la ley en provecho del cliente, sin pararse a considerar qué está bien y qué está mal, los pros y los contras del asunto en cuestión. Y ciertamente, sin el menor respeto por la verdad desnuda. La astucia sustituye a la sabiduría. Las victorias lo justifican todo. Hasta los griegos se han olvidado de pensar.

—Si sólo es un truco, dime cómo se hace.

Me reí y cogí un poco de queso.

—Si te lo explico, sentirás menos respeto por mí que si lo dejo en el misterio.

—Creo que deberías decírmelo, señor. De lo contrario, ¿cómo me curaré en el caso de que sea lo bastante afortunado para tener resaca? —Una sonrisa asomó a través de su expresión ceñuda. Tirón no era menos hábil que Bethesda (o que yo mismo) a la hora de adoptar expresiones faciales.

—Muy bien. —Me puse en pie, estiré los brazos por encima de la cabeza y sentí la calurosa luz del sol inundándome las manos, tan palpable como si las hubiera sumergido en agua hirviendo. La mitad del jardín estaba inundada de luz—. Demos una vuelta por el jardín, ahora que todavía hace fresco. ¡Bethesda! Te explicaré mis deducciones. Bethesda se llevará la comida... ¡Bethesda!... y todo volverá a estar en orden. —Caminamos con lentitud, rodeando el estanque. Al otro lado del agua, Bast, el gato negro, acechaba a las libélulas—. Muy bien —proseguí—. ¿Cómo sé lo que sé acerca de Marco Tulio Cicerón? Dije que procede de una familia orgullosa. Ello resulta obvio a partir de su nombre. No del gentilicio, Tulio, que ya conocía, sino del tercer nombre, Cicerón. En la actualidad, el tercer nombre de un ciudadano romano generalmente lo identifica con la rama familiar, en este caso la rama Cicerón de la familia Tulia. Si no existe ninguna rama familiar, puede ser exclusivo de ese individuo y por lo general describe un rasgo físico. Nasón es quien tiene la nariz grande; Sila, nombre de nuestro amado y honorable dictador, se llama así a causa de su tez rojiza. En cualquier caso, Cicerón es un nombre de lo más peculiar y sonoro. En nuestro idioma significa garbanzo y no es muy halagüeño que digamos. ¿Cuál es el caso de tu amo?

—Cicerón es un antiguo gentilicio. Dicen que procede de un antepasado que tenía una fea protuberancia en la punta de la nariz, con una hendidura en el centro, que parecía un garbanzo. Tienes razón, suena raro, aunque yo estoy ya tan acostumbrado que apenas pienso en ello. Algunos amigos de mi amo dicen que debería abandonar ese nombre si quiere hacer carrera política o jurídica, pero él no quiere ni oír hablar del asunto. Cicerón dice que si a su familia le pareció adecuado adoptar tan peculiar nombre, la primera persona que lo llevó debió de ser extraordinaria, aun cuando nadie recuerde por qué. Y dice que su intención es hacer que toda Roma conozca el nombre de Cicerón y lo respete.

—Orgulloso, como ya he dicho. Aunque, claro, eso mismo podría decirse prácticamente de cualquier familia romana y desde luego de cualquier abogado romano. Que vive en Roma lo di por sentado. Que sus raíces familiares se hallan en el sur lo deduje del nombre Tulio. Recuerdo habérmelo encontrado más de una vez en el camino de Pompeya, quizá en Aquino, en Interamno, en Arpino...

—Exacto —asintió Tirón—. Cicerón tiene parientes por toda esa zona. Él mismo nació en Arpino.

—Pero salió de allí a los mmm... nueve o diez años.

—Así fue. Tenía ocho cuando su familia se trasladó a Roma. Pero ¿cómo lo sabes?

Bast había dejado en paz a las libélulas y ahora se restregaba contra mis tobillos.

—Piensa, Tirón. Diez años es la edad en que se inicia la educación formal de una persona y sospecho, dados sus conocimientos de filosofía y su erudición, que tu amo no fue educado en un aburrido pueblo de la carretera de Pompeya. Y el hecho de que no haga más de una generación que la familia vive en Roma lo deduje de lo poco familiar que me resulta el nombre de Cicerón. Si ya hubieran residido aquí en mi juventud, seguramente habría oído hablar de ellos, y un nombre así no se olvida. Por lo que respecta a la edad y riqueza de Cicerón, y su interés por la oratoria y la filosofía, resulta evidente del simple hecho de observarte, Tirón.

—¿A mí?

—Un esclavo es el espejo de su amo. Tu desconocimiento de los peligros del vino y tu timidez con Bethesda me indican que sirves en una casa donde el comedimiento y el decoro son dos de las máximas preocupaciones. Y tal tendencia sólo puede ser impuesta por el propio amo. Está claro que Cicerón es un hombre de moral rigurosa. Y eso puede ser indicio de virtudes puramente romanas, pero tu comentario acerca de la moderación en todas las cosas indica cierto aprecio por la virtud y la filosofía griegas. En casa de Cicerón también se hace mucho hincapié en la retórica, en la gramática y en la oratoria. Dudo que hayas recibido una sola clase de tales disciplinas, pero un esclavo puede absorber muchísimo si se halla expuesto con regularidad a tales artes. Es algo que delatan tu manera de hablar y tus modales, las elegantes inflexiones de tu voz. No hay duda de que Cicerón ha estudiado mucho e intensamente en las escuelas del lenguaje. Todo lo cual, en conjunto, sólo puede significar una cosa: que desea ser abogado y presentar casos jurídicos en la tribuna de los Rostra. Lo habría deducido, de todos modos, por el simple hecho de que has venido a solicitar mis servicios. Casi todos mis clientes, al menos los más respetables, son políticos, abogados o ambas cosas a la vez.

Tirón asintió.

—Pero también sabías que Cicerón era joven y estaba al principio de su carrera.

—Sí. Bueno, si fuera un abogado de cierta reputación, ya habría oído hablar de él. ¿Cuántos casos ha presentado?

—Sólo uno —admitió Tirón— y nadie ha oído hablar de él, fue una simple disputa contractual.

—Lo cual confirma su juventud e inexperiencia. Al igual que el hecho de que te haya enviado a ti. ¿Me equivoco si digo que eres el esclavo en quien más confía? ¿Eres su siervo favorito?

—Soy su secretario particular. He estado toda la vida con él.

—Le llevabas los libros a clase, le hacías los ejercicios de gramática, le preparaste las notas para su primer caso en los Rostra?

—Exacto.

—Entonces no eres el típico esclavo que casi todos los abogados envían cuando quieren algo de Gordiano el Sabueso. Sólo un abogado novato, completamente ignorante de las costumbres más corrientes, se molestaría en enviarme a su mano derecha. Me siento halagado, aunque sé que el halago ha sido sin intención. Para demostrarte mi gratitud, prometo no hacer correr la voz de que Marco Tulio Cicerón ha hecho el ridículo enviando a su mejor esclavo a recoger a este desdichado de Gordiano, explorador del estiércol y capaz de infiltrarse hasta en los retretes. Se reirían más por eso que por el nombre de Cicerón desde que lo inventaron.

Arrugó el entrecejo. La punta de mi sandalia se enganchó en una de las raíces del sauce que había junto al arroyuelo. Sentí una punzada de dolor en un dedo del pie y ahogué una maldición.

—Tienes razón —dijo con voz muy seria—. Es muy joven, tanto como yo. Todavía no conoce todas las estratagemas de la profesión jurídica, la gesticulación estúpida y las huecas formalidades. Pero sabe en qué cree, lo cual es mucho más de lo que se puede decir de la mayoría de los abogados.

Bajé la mirada hacia mi pie, sorprendido al ver que no sangraba. Hay dioses en mi jardín, rústicos, silvestres y de aspecto descuidado, como el lugar mismo. Me habían castigado por tomarle el pelo a aquel joven y cándido esclavo. Me lo merecía.

—La lealtad te sienta bien, Tirón. ¿Qué edad tiene tu amo?

—Veintiséis años.

—¿Y tú?

—Veintitrés.

—Un poco mayores de lo que había imaginado. Entonces no soy diez años mayor que tú, Tirón, sino sólo siete. Con todo y con eso, siete años pueden tener mucha importancia —dije, pensando en la pasión de los jóvenes que quieren cambiar el mundo. Una ola de nostalgia me recorrió, tan suave como la tenue brisa que hacía susurrar el sauce cuyas ramas pendían sobre nuestras cabezas. Miré las aguas del estanque y vi el reflejo de ambos. Yo era más alto que Tirón, más ancho de espaldas y de tronco más macizo; mi mandíbula era más prominente, mi nariz más chata y ganchuda, y mis ojos, lejos de ser de color violeta, eran de un castaño serio y romano. Todo lo que parecíamos tener en común eran los rizos negros e ingobernables; los míos comenzaban a tener mechas grises.

—Has mencionado a Quinto Hortensio —dijo Tirón—. ¿Cómo sabes que fue él quien te recomendó a Cicerón?

Me reí en voz baja.

—No lo sabía. No a ciencia cierta. Fue una suposición, aunque acertada. La expresión de asombro de tu cara me confirmó inmediatamente que no me había equivocado. Una vez que supe que Hortensio tenía que ver en todo esto, lo demás fue coser y

cantar. Deja que te lo explique. Uno de los hombres de Hortensio estuvo aquí, hará unos diez días, para sonsacarme acerca de un caso. El que siempre viene cuando Hortensio necesita mi ayuda... sólo de pensar en esa criatura me estremezco. ¿Dónde encuentra un hombre como Hortensio especímenes tan abominables? ¿Por qué todos acaban en Roma, rebanándose el pescuezo entre sí? El caso es que ese hombre enviado por Hortensio se presenta en mi puerta. Me hace todo tipo de preguntas inconexas, no me cuenta nada: mucho misterio, mucha pose, todas las consabidas zalamerías que exhiben estos sujetos cuando quieren saber si la parte contraria te ha visitado ya. Siempre creen que el enemigo ha acudido primero, que estás con él y que finges ayudarlos para apuñalarles por la espalda en el último momento. Supongo que eso es lo que ellos harían en mi lugar. Finalmente se marcha, dejando un olor en el vestíbulo que Bethesda no puede erradicar ni fregando con todas sus fuerzas tres días seguidos... eso y dos vagos indicios referentes a lo que había hablado: el nombre de Roscio y la ciudad de Ameria... ¿Conozco al hombre, he estado alguna vez en ese lugar? Conozco a un Roscio, el célebre actor, uno de los favoritos de Sila. Pero el esbirro no se refería a este Roscio. Ameria es un pueblo de la región de Umbría que está a unos setenta y cinco kilómetros al norte de Roma. No hay muchas razones para ir allí, a menos que quieras dedicarte a la agricultura. De manera que mi respuesta fue no y no. Transcurrieron un par de días. El factótum de Hortensio no regresó. Yo estaba intrigado. Hice unas cuantas preguntas aquí y allá, y no tardé mucho en descubrir de qué se trataba: el caso de parricidio que iba a presentarse en la tribuna de los Rostra. Sexto Roscio de Ameria, acusado de urdir el asesinato de su propio padre, aquí en Roma. Es extraño, nadie parece saber gran cosa del asunto, pero todo el mundo me dice que es mejor que me quede al margen. Un crimen desagradable, dicen, y seguro que el juicio también será desagradable. Me mantengo a la expectativa de que Hortensio vuelva a contactar conmigo, pero su criatura no vuelve a aparecer. Hace dos días oí decir que Hortensio se había retirado de la defensa. —Observé a Tirón de soslayo. Tirón mantenía los ojos fijos en el suelo mientras paseábamos, sin mirarme apenas. Era de esas personas que saben escuchar—. Hortensio, la criatura y el misterioso juicio —proseguí—; había apartado todo eso completamente de mis pensamientos. Entonces apareces tú diciendo que alguien me había «recomendado» ¿Quién? Me dije: posiblemente Hortensio, que por lo visto ha tenido la prudencia de pasarle el caso de parricidio a otro. A un joven abogado, probablemente, con menos experiencia. Un abogado principiante y susceptible de entusiasmarse ante la perspectiva de un caso importante, o al menos un caso en que se baraja un horrendo castigo. Un abogado que no sepa más que él del asunto, que no esté en posición de saber todo lo que Hortensio sabe. Una vez que me confirmaste que fue Hortensio quien me recomendó, fue sencillo avanzar hasta la conclusión, guiado en todo momento por las reacciones de tu cara, que es tan transparente como el latín de Catón. —Me encogí de hombros—. Hasta cierto punto, lógica. Hasta cierto punto, corazonada. En mi oficio he aprendido a utilizar ambas cosas.

Caminamos en silencio durante un momento. Tirón sonrió de pronto y se echó a

reír.

—Así que sabes por qué he venido. Y también sabes lo que voy a pedirte. Apenas tengo que decir nada. Me lo pones todo muy fácil. —Me encogí de hombros y extendí las manos en un típico gesto romano de falsa modestia. Tirón arrugó la frente—. Claro que si supiera leer tus pensamientos... ¿O el hecho de que me hayas tratado tan bien significa que aceptas, que prestarás a Cicerón los servicios que precise? Él sabe por Hortensio cómo trabajas, conoce tus honorarios. ¿Aceptas?

—¿Aceptar el qué? Me temo que mi capacidad para leer tu mente acaba aquí. Tendrás que ser más concreto.

—¿Vendrás?

—¿Adónde?

—A casa de Cicerón. —Al ver que yo no adoptaba expresión alguna, amplió los detalles—. Para conocerle. Para discutir el caso.

Al oír aquello me detuve tan bruscamente que mis sandalias levantaron una pequeña nube de polvo.

—Tu amo verdaderamente ignora lo que es el decoro. ¿Quiere que vaya a su casa? ¿Yo, Gordiano el Sabueso? ¿Como invitado suyo? Sí, tengo un grandísimo interés por conocer a ese Marco Tulio Cicerón. El cielo sabe que necesita mi ayuda. Qué persona tan extraña debe de ser. Permíteme que me ponga una ropa más apropiada. Toga, supongo. Y cálceos, no sandalias. Sólo tardaré un momento. ¡Bethesda! *¡Bethesdaaa!*

Capítulo Dos

El trayecto desde mi casa, en el monte Esquilino, hasta la de Cicerón, cerca del Capitolino, duraba más de una hora a paso ligero. Probablemente Tirón había tardado menos de la mitad en llegar hasta mi puerta, aunque él había salido al amanecer. Pero por entonces nos encontrábamos a la hora más concurrida de la mañana, cuando las calles de Roma están inundadas de personas y todas bien despiertas a causa del insaciable mecanismo del hambre, la obediencia y la codicia.

Se ven más esclavos domésticos a esa hora del día que a ninguna otra. Caminan a toda prisa por la ciudad, entregados a un millón de recados matinales, transmitiendo mensajes, acarreando bultos, recogiendo objetos diversos, yendo de un mercado a otro para hacer la compra. Llevan consigo un intenso aroma a pan, de reciente cocción en cualquiera de los miles de hornos de piedra que hay por toda la ciudad, cada cual emitiendo su fina columna de humo como una ofrenda diaria a los dioses. Arrastran los olores del pescado capturado en el Tíber o en el mar, transportan el olor de la sangre que rezuma de los órganos extraídos del ganado, de los pollos, los cerdos y los corderos, envueltos en paños que llevan colgados del hombro, camino de las mesas y las barrigas ya hinchadas de sus amos.

Ninguna otra ciudad puede rivalizar con la vitalidad que despliega Roma poco antes de media mañana. Roma despierta estirando los miembros con satisfacción, in-

halando profundamente, estimulando los pulmones, acelerando el pulso; despierta con una sonrisa, provocada por agradables sueños, pues cada noche sueña con un imperio. Por la mañana abre los ojos, dispuesta a ponerse en marcha para que ese sueño se convierta en realidad a plena luz del día. Otras ciudades prefieren seguir durmiendo: Alejandría y Atenas para repetir cálidos sueños del pasado, Pérgamo y Antioquía envueltas en su colcha de esplendor oriental, las pequeñas Pompeya y Herculano para darse el lujo de no levantarse hasta mediodía. Roma es feliz despertándose y dando comienzo a los menesteres cotidianos. Roma tiene cosas que hacer. Roma madruga.

Roma está formada por múltiples ciudades. Cuando se la atraviesa, a cualquier hora del día, se ven cuando menos algunos de sus disfraces. A los ojos de aquellos que miran una ciudad y ven las caras que la pueblan, se trata de una ciudad de esclavos, pues los esclavos superan en número, con mucho, a los ciudadanos y a los libertas. Los esclavos están en todas partes, tan omnipresentes y vitales para la vida de la ciudad como las aguas del Tíber o la luz del sol. Los esclavos son la sangre de Roma. Los hay de todas las razas y condiciones. Algunos proceden de una estirpe indistinguible de la de sus amos. Caminan por las calles mejor vestidos y acicalados que muchos hombres libres; puede que no lleven la toga del ciudadano, pero sus túnicas están hechas de un material igual de delicado. Otros son inimaginablemente horribles, como los trabajadores medio subnormales y de cara picada de viruela que se ven recorriendo las calles en hileras andrajosas, vestidos únicamente con taparrabos, unidos entre sí por cadenas en los tobillos y cargando pesos enormes, flanqueados por esbirros que les obligan a guardar la formación a fuerza de látigo y atormentados, además, por nubes de moscas que les siguen a todas partes. Van rumbo a las minas, o a galeras, o a cavar los profundos cimientos de la casa de algún rico, condenados a una muerte precoz.

Para aquellos que miran la ciudad y no ven personas, sino piedras, Roma es una ciudad de culto. Roma siempre ha sido un lugar devoto, que sacrifica con abundancia (aunque no siempre con sinceridad) a todos y cada uno de los dioses y héroes que podrían convertirse en aliados en el delirio imperial. Roma adora a los dioses; Roma rinde culto a los muertos. Abundan los templos, los altares, los santuarios y las estatuas. Puedes descender por una tortuosa calleja en un barrio que conoces desde niño y de pronto tropezarte con un santuario que nunca habías observado: una estatua diminuta y tosca de algún olvidado dios etrusco puesta en una hornacina y oculta por un arbusto de hinojo silvestre, un secreto sólo conocido por los niños que juegan en el callejón y los habitantes de la casa, que adoran al desamparado e impotente dios en calidad de deidad doméstica. O puedes encontrarte con un templo inimaginablemente antiguo, tan viejo que está hecho de madera carcomida, y cuyo sombrío interior hace mucho que ha sido despojado de todo indicio de divinidad, aunque todavía sigue siendo lugar sagrado por razones que ningún mortal puede recordar.

Otras curiosidades son más características de cada zona. Fijaos en mi barrio, con su extraña mezcla de muerte y deseo. Mi casa se alza en mitad de la falda del monte Esquilino. Más arriba se halla el recinto de los trabajadores del depósito de

cadáveres, los que se cuidan de la carne de los muertos: embalsamadores, perfumadores, fogoneros. Día y noche una enorme columna de humo asciende desde la cumbre, más espeso y más negro que cualquier otro en esta ciudad de humo, y propaga ese olor extrañamente agradable de la carne chamuscada que por lo demás sólo puede encontrarse en los campos de batalla. Debajo de mi casa, al pie de la colina, se encuentra la Subura, la mayor concentración de tabernas, casas de juego y burdeles que hay al oeste de Alejandría. La proximidad de tan distintos vecinos —administradores de la muerte por un lado y de los más viles placeres de la vida por el otro— puede dar lugar a extrañas combinaciones.

Tirón y yo descendimos por el empinado sendero empedrado que partía de la puerta principal de mi casa y que discurría ante las paredes enjalbegadas de mis vecinos.

—Ten cuidado —le dije, señalando el lugar donde sabía que nos estaría esperando el fresco montón de excrementos que los vecinos de la casa de la izquierda solían tirar por encima de la tapia. Saltó hacia la derecha, apenas esquivando el pastel, y arrugó la nariz..

—No estaba cuando subí —dijo riéndose.

—No, parece reciente. La señora de la casa —dije dando un suspiro— procede de un atrasado pueblo de Samnio. Le he explicado un millón de veces cómo funcionan las cloacas públicas, pero ella siempre me responde: «Así es como lo hacíamos en el Ojete de Plutón» o como se llamara su apestoso pueblo. Nunca dura mucho; en algún momento del día, el vecino que vive tras la tapia de la derecha ordena a uno de sus esclavos que la recoja y se la lleve. No sé por qué; el sendero sólo conduce a :mi puerta...

El sendero se ensanchó. Las casas se hicieron más pequeñas y se apretaron. Al fin llegamos al pie del Esquilino y descendimos hasta la amplia calzada de la Vía Subura. Un grupo de gladiadores, con cresta al estilo bárbaro en lo alto de un cráneo por lo demás mondo y lirondo, salió tambaleándose de La Guarida de Venus. La Guarida es célebre por engañar a sus clientes, en especial los que vienen de turismo a Roma, aunque también a los nativos; ésa es una de las razones por las que nunca he sido cliente del local, a pesar de que está cerca mi casa. Engañados o no, los gladiadores parecían satisfechos. Trastabillaron hacia la calle agarrándose unos a otros para sostenerse y bramando una canción con tantas melodías diferentes como voces, todavía ebrios tras lo que debía de haber sido una larguísima noche de desenfreno.

A un lado de la calle, un grupo de jóvenes que jugaba al trigón se separó y desperdigó para dejarles paso; volvieron a juntarse para comenzar de nuevo, situándose cada uno en los vértices del triángulo dibujado en el polvo. Se pusieron a darle a la pelota de cuero, riendo sonoramente. No eran más que unos muchachos, pero yo les había visto entrar y salir por el acceso lateral de La Guarida con la frecuencia suficiente para saber que trabajaban allí. Era un testimonio de la energía de la juventud que estuvieran jugando tan temprano, tras una larga noche en el burdel.

Torcimos a la derecha, avanzando hacia el oeste por la Vía Subura, siguiendo a los gladiadores ebrios. Otra calle, descendiendo del Esquilino, desembocaba ante nosotros en un amplio cruce. Una norma que rige en Roma: cuanto más ancha sea una calle o mayor una plaza, más abarrotada estará y más imposible será pasar. Tirón y yo nos vimos obligados a avanzar en hilera, a través del súbito atasco de carros, animales y puestos ambulantes. Aceleré el paso y le llamé para no perdemos de vista; pronto alcanzamos a los gladiadores. Como era de esperar, la multitud se apartaba para dejarles pasar. Tirón y yo seguíamos su estela.

—¡Abrid paso! —gritó de pronto una sonora voz—. ¡Paso al muerto! —Un grupo de embalsamadores, con sus túnicas blancas, bregaba a nuestra derecha, procedentes del monte Esquilino. Empujaban un carro largo y estrecho que transportaba el cadáver m envuelto en gasa y que parecía flotar en aromas: esencia de rosas, ungüento de clavo, innombrables especias orientales. Y como siempre, el olor a humo impregnando sus túnicas, mezclado con el tufo a carne quemada procedente del extenso crematorio de lo alto de la colina.

—¡Paso! —gritó el que iba delante, blandiendo una fina vara de madera. Tan sólo golpeaba el aire, pero los gladiadores se molestaron. Uno dio un manotazo a la vara. Ésta salió volando por el aire y me habría dado en la cara de no haberme apartado. Oí un chillido de dolorida sorpresa detrás de mí, pero no me molesté en mirar. Me quedé agachado y cogí a Tirón por la manga.

La multitud era demasiado densa para escapar. En lugar de retroceder o dar media vuelta, tal como recomendaba la precaución, los forasteros empujaban por todas partes, oliendo la perspectiva de violencia y temiendo perderse el espectáculo. No quedaron decepcionados.

El embalsamador era un hombre de poca estatura, barrigón, arrugado y con una incipiente calvicie. Se irguió cuan alto era y un poco más, poniéndose de puntillas. Acercó la cara, contraída de rabia, a la del gladiador. Arrugó la nariz al percibir el aliento de éste (incluso a mí me llegó una vaharada de ajo y vino rancio) y le susurró no sé qué. La visión era absurda, patética, alarmante. El inmenso gladiador respondió con un sonoro eructo y otro manotazo, que lanzó al embalsamador contra el carro. Se oyó un seco crujido de madera o de huesos, quizá de ambas cosas; el embalsamador y el carro se desplomaron al unísono.

Tiré con más fuerza de la manga de Tirón.

—Por aquí —le susurré, indicándole una repentina abertura en la multitud. Antes de que pudiéramos llegar, la brecha se llenó de nuevos espectadores.

Tirón hizo un ruido peculiar. Giré sobre mis talones. El ruido era menos peculiar que la expresión de su cara. Miraba al suelo. Sentí que algo duro y pesado me apretaba los tobillos. El carro había derramado el contenido en el suelo. El cadáver había rodado hasta quedar boca arriba contra mis pies, dejando tras de sí una parte del sudario de gasa. Se trataba de una mujer, una adolescente. Era rubia y pálida, con esa palidez que presentan todos los cadáveres cuando se les ha extraído la sangre. A pesar del color

céreo de la carne, era patente que había sido de considerable belleza. La caída había rasgado su atavío, desnudando un pecho tan blanco y duro como el alabastro y un pezón del color de las rosas marchitas. Miré la cara de Tirón, sus labios entreabiertos con una lujuria espontánea e irreflexiva, y curvados en las comisuras con un asco igualmente espontáneo. Levanté la mirada y vi otra abertura en la multitud. Avancé hacia allí, tirando de la manga de Tirón, pero parecía clavado en el suelo. Ahora estaba seguro de que habría problemas.

En ese instante oí el inconfundible y metálico silbido que produce una daga al sacarse de la vaina y por el rabillo del ojo entreví el destello del acero. No era uno de los gladiadores quien empuñaba el arma: la figura se hallaba en el lado opuesto del carro, en mitad de los embalsamadores. ¿Un guardaespaldas? ¿Un pariente de la muchacha? Un instante después tanto la figura como el destello del acero se hallaron junto al carro. Se produjo un ruido extraño, de desgarramiento, tenue pero definitivo. El gladiador se dobló en dos con las manos en el vientre. Gruñó, emitió un lamento, pero el ruido quedó apagado por el sonoro chillido colectivo. En realidad no vi ni al asesino ni el asesinato; estaba demasiado ocupado abriéndome paso entre la multitud, que se desparramó como los granos que caen de un saco roto en cuanto la primera gota de sangre cayó sobre el empedrado.

—¡Vamos! —grité, arrastrando a Tirón. Todavía miraba por encima del hombro a la joven muerta, sin darse cuenta de lo que había ocurrido. Pero cuando nos alejamos y estuvimos a salvo, lo suficientemente apartados de la refriega y la confusión que proseguía alrededor del carro volcado, se acercó a mí y dijo en voz baja:

—Deberíamos regresar, señor. Somos testigos.

—¿Testigos de qué?

—¡De un asesinato!

—Yo no he visto nada. Y tú tampoco. Todo el tiempo estuviste mirando a la muerta.

—No es cierto, lo vi todo. —Tragó saliva—. He presenciado un asesinato.

—No sabes si lo ha sido. Puede que el gladiador se recupere. Además, es probable que sólo sea un esclavo. —Me estremecí ante el destello de dolor que vi en los ojos de Tirón.

—De todos modos, deberíamos regresar —dijo en tono brusco—. El apuñalamiento fue sólo el principio. Todavía continúa, ¿lo ves? La mitad del mercado ha acudido a mirar. —Levantó las cejas, como si se le acabara de ocurrir una gran idea—. ¡Pleitos! Quizá una de las partes necesite un buen abogado.

Me lo quedé mirando con asombro.

—Desde luego, Cicerón es un hombre de suerte y tú un joven práctico. Un brutal apuñalamiento tiene lugar ante tus ojos ¿y qué ves? Un pleito en ciernes.

Se sintió un poco molesto por la ironía.

—Pero algunos abogados ganan mucho dinero de ese modo. Cicerón dice que Hortensio tiene tres criados cuya misión es recorrer las calles y mantener los ojos

abiertos en espera de que surja un caso.

Volví a reírme.

—Dudo que tu Cicerón quiera tener a ese gladiador por cliente, ni tampoco al propietario del gladiador. Más aún, dudo que ellos quieran tratar con tu amo ni con ningún otro abogado. Las partes interesadas buscarán justicia de la manera usual: ojo por ojo. Si no desean encargarse del trabajo ellos mismos, harán lo que todo el mundo hace: contratar a alguna banda para que lo haga por ellos. Los sicarios encontrarán al agresor, o al hermano del agresor, y lo apuñalarán a su vez; la familia de la víctima contratará a una banda rival para vengar la violencia, etcétera. Así es la justicia romana, muchacho.

Esbocé una sonrisa para que Tirón se lo tomara a broma. Pero su cara se ensombreció aún más.

—Justicia romana —añadí con voz más sombría— para los que no pueden permitirse el lujo de pagar un abogado o que ni siquiera saben lo que es un abogado. O lo saben y no confían en ellos, y creen que todos los tribunales son un fraude. Mejor no meter las narices. No hay nadie a quien recurrir para poner fin a esto.

Lo cual era y es una constante fuente de asombro para los visitantes procedentes de capitales extranjeras o para cualquiera poco acostumbrado a la vida en una república: Roma carece de un servicio de orden público. No hay un cuerpo armado municipal que mantenga el orden dentro de las murallas de la ciudad. De vez en cuando, algún senador, harto ya de tanta violencia, propone que se cree un servicio de orden. La respuesta, de todos lados, es inmediata: *¿de quién será esa policía?* ¡Qué gran verdad! En un país gobernado por un rey, la lealtad de la policía se debe al monarca. Roma, por otro lado, es una república (regida, en la época de la cual escribo, por un dictador, es cierto, aunque por un dictador provisional y constitucionalmente legítimo). En Roma, cualquiera que intrigara para ser jefe de la policía, utilizaría el cargo para incrementar su poder, mientras que el principal dilema de los servidores de la ley sería de quién aceptar el soborno más sustancioso, y si servir a esa persona o apuñalarla por la espalda. La policía sólo serviría de herramienta para que una facción la utilizara contra otra. Se convertiría en una banda más con la que el público tendría que enfrentarse. Roma prefiere vivir sin policía.

Dejamos atrás la plaza y también la Vía Subura. Conduje a Tirón hacia una angosta calle que conocía, un atajo. Al igual que casi todas las calles de Roma, no tiene nombre. La llamo el Pasadizo.

La calle era sombría y húmeda, apenas una rendija entre dos altos muros. Los ladrillos y las piedras del pavimento tenían una capa de humedad y estaban atacados por el moho. Los propios muros parecían sudar; los guijarros exhalaban un olor a rancio, un olor casi animal, fétido y no del todo desagradable. Era una calle en la que nunca daba el sol, cuyo calor no acababa de secarla y cuya luz no la alcanzaba a purificar. Había miles de calles así en Roma, diminutos mundos separados del otro mundo más importante, apartadas e independientes. El callejón era demasiado estrecho para que

caminábamos juntos. Tirón me seguía. Por la dirección de su voz pude adivinar que seguía mirando atrás. Por el timbre de su voz supe que estaba nervioso.

—¿Hay muchas cuchilladas en este barrio?

—¿En la Subura? Constantemente. A plena luz del día. Que yo sepa, es la cuarta trifulca este mes, aunque la primera que he presenciado. Es por el calor. Pero la verdad es que la Subura no es peor que cualquier otro lugar. Pueden rebanarte el cuello en el Palatino o en pleno Foro, si a eso vamos.

—Cicerón dice que es culpa de Sila. —La frase comenzó con franqueza, pero finalizó de una manera entrecortada. No tuve que observar la cara de Tirón para saber que se había ruborizado. Palabras temerarias, si las utiliza un ciudadano para criticar a nuestro querido dictador. Pero aún más temerarias si es un esclavo quien las repite sin la menor cautela.

—¿Tu amo no es admirador de Sila? —Intenté que pareciera un comentario casual, para tranquilizarle. Pero no respondió.

—Cicerón se equivoca si cree que todo el crimen y caos que hay en Roma es culpa de Sila. No se puede decir que el río de sangre que inunda las calles de Roma comenzara con Sila, aunque éste ha puesto su grano de arena. —También yo empezaba a pisar terreno resbaladizo. Pero Tirón siguió sin responder. Como iba detrás de mí, podía fingir que no me oía. Los esclavos aprenden pronto a fingir sordera y distracción—. Casi todo el mundo admite que Sila ha restaurado el orden en Roma. Quizá a un precio muy elevado y no sin un baño de sangre, pero el orden es el orden y no hay nada que un romano valore más. ¿Quizá Cicerón piensa de otro modo? —Tirón no dijo nada. La estrecha calle trazaba una serie de meandros y era imposible ver más allá del recodo más próximo. De vez en cuando pasábamos junto a un portal o una ventana, todos cerrados. No podíamos estar más solos—. Por supuesto, Sila es un dictador —proseguí—. Eso irrita al espíritu romano: todos somos hombres libres... al menos los que no somos esclavos. Pero un dictador no es un rey; eso es lo que dicen los legisladores. Una dictadura es legal siempre y cuando el Senado la sancione. Sólo en casos de emergencia, naturalmente. Y sólo por un período de tiempo determinado. Si Sila ha conservado sus poderes durante casi un trienio en lugar del año que prescribe la ley... bueno, quizá sea eso lo que molesta a tu amo. Que no parezca un asunto muy limpio.

—Por favor —dijo Tirón—. No deberías seguir hablando. Nunca se sabe quién puede escuchar.

—Ah, las paredes oyen... ¿otra prudente advertencia de los cautos labios del Amo Garbancerón?

Aquello le sacó de sus casillas.

—¡No! Cicerón siempre dice lo que piensa y le da tan poco miedo como a ti. Y sabe mucho más de política de lo que crees. Pero no es un temerario. Cicerón dice: a menos que un hombre esté versado en el arte de la retórica, las palabras que pronuncia en público rápidamente escapan a su dominio. Una verdad inocente puede tergiversarse hasta convertirse en mentira fatal. Por eso me prohíbe hablar de política fuera de

su casa. Y con extraños indignos de confianza.

Aquello me devolvió a mi lugar. El silencio y la cólera de Tirón estaban justificados; deliberadamente le había echado un anzuelo. Pero no me disculpé, ni siquiera de esa manera indirecta y estirada con que los hombres libres a veces se disculpan ante los esclavos. Todo lo que pudiera ofrecerme una clara imagen de Cicerón justificaba la insignificancia de ofender a su esclavo.

Seguimos caminando. El Pasadizo se ensanchó. Volvimos a coger la Vía Subura cerca del Foro. Tirón me indicó que sería más rápido atravesar el Foro que rodearlo. Cruzamos el corazón de la ciudad, esa Roma que siempre se imaginan los visitantes, con sus magníficos patios y fuentes, templos y plazas, donde se dicta la ley y los dioses más importantes son adorados en las casas más nobles.

Pasamos junto a la columna rostral desde donde los oradores y abogados exponen al pueblo los casos más importantes de la ley romana; se llama así porque está decorada con *rostra,* es decir, con espolones de barcos capturados.

No volvimos a hablar de Sila, aunque no pude por menos de preguntarme si Tirón estaba pensando también en la escena que había tenido lugar en aquel mismo punto un año antes, cuando las cabezas de los enemigos de Sila se habían alineado en el Foro, cientos de cabezas todos los días, clavadas en sendas lanzas. La sangre de las víctimas todavía era visible, en forma de manchas secas, sobre la piedra por lo demás blanca e inmaculada.

Capítulo Tres

Tal como Tirón había dicho, la casa de Cicerón era más pequeña que la mía. Su exterior era austero y de una modestia casi obsesiva, una estructura de una sola planta sin el menor ornamento. La fachada que daba a la calle era completamente lisa, nada más que un muro pintado de color azafrán en el que se abría una puerta de madera.

La aparente modestia de la casa de Cicerón no significaba gran cosa. Nos hallábamos en una de los barrios más caros de Roma, donde el tamaño no revelaba la riqueza. Incluso la casa más pequeña de aquel barrio podía valer lo que una manzana en la Subura. Además, las clases más opulentas de Roma han evitado, tradicionalmente, cualquier muestra de ostentación, al menos por lo que se refiere al exterior de las viviendas. Afirman que es cuestión de buen gusto. Sospecho que tiene más que ver con el temor a que una vulgar exhibición de riqueza acicatee la envidia del populacho. Por otra parte, una costosa decoración en el exterior de una casa es muchísimo más fácil de robar que la misma decoración en algún lugar del interior.

Tal austeridad y moderación nunca han dejado de observarse como ideal. Y a pesar de todo, he sido testigo de un brusco giro hacia el exhibicionismo. Esto es aplicable a los jóvenes y ambiciosos, en especial a aquellos cuyas fortunas se amasaron a raíz de la guerra civil y el triunfo de Sila. Añaden un primer piso a la planta baja de la casa; construyen galerías abiertas sobre el tejado; instalan estatuas importadas de

Grecia.

Nada de esto se veía en la calle de Cicerón. Allí reinaba el decoro. Las casas daban la espalda a la calle, encarándose hacia el interior, sin nada que decir al extraño que pudiera vagar por sus inmediaciones, reservando su animación secreta a los privilegiados que conseguían entrar. La calle era corta y tranquila. No había tiendas en ninguno de sus dos extremos y los vendedores ambulantes parecían saber que más les valía no importunar aquel silencio. Debajo teníamos un empedrado de color gris, encima un cielo azul pálido y a ambos lados el estuco agrietado por el calor, descolorido y manchado por la lluvia; ningún otro color se permitía y mucho menos el verde: no había un solo hierbajo en el suelo o en los muros y mucho menos flores y árboles. Hasta el aire, que ascendía cálido y sin aromas del suelo, respiraba la pureza estéril de la virtud romana.

Pero la casa de Cicerón era austera incluso en medio de tanto comedimiento. Irónicamente, era tan modesta que acababa llamando la atención hasta el extremo de que la gente habría podido decir: ésa, ésa es la morada ideal del romano rico que posee la más pura virtud romana.

Tirón llamó a la puerta.

Momentos después la abría un esclavo de barba gris. Afectado el hombre por alguna forma de perlesía, su cabeza no hacía más que moverse en sentido vertical y horizontal. Tardó un poco en reconocer a Tirón, entornando los ojos y estirando el cuello igual que una tortuga. Por último, esbozó una sonrisa desdentada y se hizo a un lado, abriendo totalmente la puerta.

El vestíbulo tenía forma semicircular, con la pared recta a nuestras espaldas. En la pared curva que había ante nosotros se abrían tres puertas, flanqueadas por finas columnas y coronadas por sendos frontones. Los pasillos que había más allá estaban ocultos por cortinas de exquisita tela roja, en cuya parte inferior se habían bordado unos acantos amarillos. Lámparas griegas de pie en cada esquina y un suelo de mosaico sin excesiva distinción (Diana persiguiendo a un jabalí) completaban la decoración.

El viejo portero nos indicó con un ademán que esperáramos. Silencioso y sonriente, desapareció tras las cortinas que había a nuestra izquierda, la cabeza apergaminada bamboleándose sobre los hombros estrechos como un corcho sobre las olas.

—¿Un antiguo fámulo? —pregunté. Esperé hasta que desapareció de nuestra vista y mantuve la voz baja. Obviamente, los oídos del hombre eran más agudos que sus ojos, pues había oído lo suficientemente bien para acudir a la puerta; y habría sido grosero hablar de él en su presencia, como si fuera un esclavo, pues no lo era. Había observado el anillo de manumisión en su dedo, que le señalaba como liberto y ciudadano.

—Mi abuelo —respondió Tirón con orgullo—, Marco Tulio Tirón. —Estiró el cuello y miró hacia la puerta, como si pudiera ver a través de las cortinas rojas el cansino avanzar del hombre por el pasillo.

—Así pues, tu estirpe ha servido a la familia durante al menos tres generaciones, ¿no? —pregunté.

—Si, aunque mi padre murió cuando yo era muy pequeño, antes de que tuviera oportunidad de conocerle. Al igual que mi madre. El viejo Tirón es toda mi familia.

—¿Y cuánto hace que tu amo le liberó? —pregunté, pues el viejo, además de su antiguo nombre de esclavo, llevaba el nombre y el gentilicio de Cicerón. La tradición ya lo dice: el esclavo emancipado tomará los dos primeros nombres de quien lo libere y los antepondrá al propio.

—Ahora van a cumplirse cinco años. El abuelo de Cicerón, allá en Arpino, fue su propietario hasta entonces. También era mi amo, aunque yo siempre he estado con Cicerón, ya que ambos éramos pequeños. El viejo amo se lo regaló a Cicerón cuando éste acabó los estudios y se estableció por su cuenta en Roma. Entonces Cicerón lo liberó. Su abuelo nunca se hubiera tomado esa molestia. No cree en la manumisión, no importa lo viejo que sea un esclavo, ni durante cuánto tiempo ha servido a su amo, ni si lo ha hecho sólo bien o muy bien. Puede que los Tulios sean originarios de Arpino, pero son romanos hasta la médula. Se trata de una familia muy severa y anticuada.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Supones que Cicerón te liberará algún día?

A Tirón se le subieron los colores.

—Haces extrañas preguntas.

—Sólo porque es mi naturaleza. Y también mi profesión. Tú debes de haberte hecho esa misma pregunta más de una vez.

—¿Acaso no se la hace todo esclavo? —No había amargura en su voz, sólo una tenue y modesta nota de tristeza, una peculiar melancolía con la que ya me había encontrado anteriormente. En ese instante supe que el joven Tirón era de esos esclavos, de natural inteligente y educados entre la opulencia, que soportan la maldición de ser conscientes de la arbitrariedad de la fortuna, que hace de un hombre esclavo y del otro rey—. Uno de estos días —dijo tranquilamente—, cuando mi amo esté establecido, cuando yo tenga más edad. De todos modos, ¿de qué sirve ser libre, salvo para fundar una familia? Es la única ventaja que yo veo. Y hasta ahora no he pensado en ello. Bueno, sólo muy de tarde en tarde. —Volvió la cara para observar la puerta por la que su abuelo había desaparecido. Se giró de nuevo hacia mí y su cara se recompuso. Tardé un momento en darme cuenta de que sonreía—. Además, mejor esperar a que muera mi abuelo. De otro modo, habría dos libertos llamados Marco Tulio Tirón, ¿y cómo sabríamos cuándo llaman a uno y cuándo al otro?

—¿Y cómo lo sabéis ahora?

—Porque yo soy Tirón y él Tirón el Viejo. —Esbozó una sincera sonrisa—. El abuelo no respondería al nombre de Marco. Cree que da mala suerte llamarle así. Que es tentar a los dioses. Además, es demasiado viejo para acostumbrarse a un nuevo nombre, aunque esté orgulloso de él. De todos modos, no sirve de nada llamarle. Ac-

tualmente sólo contesta a la puerta y nada más. A veces se lo toma con mucha calma. Cicerón opina que es de buena educación tener a los invitados esperando en la puerta y de mucha mejor educación tenerles un rato paseando por la antecámara, al menos durante la primera visita, mientras Tirón el Viejo los anuncia.

—¿Es eso lo que hacemos ahora? ¿Esperar a ser anunciados?

Cruzó los brazos y asintió. Recorrí la habitación con la mirada. Ni siquiera había un banco donde sentarse. Muy romano todo.

Al final regresó Tirón el Viejo, levantando la cortina para dejar pasar a su amo. ¿Cómo describir a Marco Tulio Cicerón? Todos los hombres hermosos parecen iguales, pero un hombre vulgar es vulgar a su manera. Cicerón tenía la frente grande, la nariz carnosa y el pelo raleante. Era de estatura media, de pecho hundido, estrecho de hombros, de cuello largo y con una sobresaliente protuberancia en el cuello. No parecía tener veintiséis años, sino bastantes más.

—Gordiano —dijo Tirón—. Al que llaman el Sabueso.

Asentí. Cicerón sonrió efusivamente. Había una chispa inquieta e inquisitiva en sus ojos. Quedé inmediatamente impresionado, sin saber muy bien por qué. Y al instante siguiente quedé consternado cuando Cicerón abrió la boca para hablar. Dijo sólo dos palabras, pero fue suficiente. La voz que salió de su garganta era aguda y áspera. Tirón, con sus dulces modulaciones, debería haber sido el orador. Cicerón tenía una voz propia de subastador o actor cómico, una voz tan garbancera como su nombre.

—Por aquí —dijo, indicando que le siguiéramos por un pasillo.

Era muy corto y apenas merecía llamarse así. Recorrimos dos metros entre paredes sin adornos y adiós pasillo. A la derecha había una amplia cortina de gasa amarilla, tan tenue que a través de ella se perfilaba el atrio, pequeño pero inmaculado, que había al otro lado. Abierto al sol y al cielo, el atrio era como un pozo excavado en la casa, un depósito que rebosaba luz y calor. En el centro había una fuente de la que manaba agua.

De cara al atrio había una estancia grande y espaciosa, iluminada por estrechas ventanas en el techo. Las paredes eran de yeso blanco. Los muebles eran todos oscuros, de diseño rústico, adornados con sutiles molduras, tiradores de plata e incrustaciones de nácar, cornalina y lapislázuli. La habitación estaba llena de una asombrosa cantidad de rollos de papiro. Se trataba de la biblioteca y estudio de Cicerón. Tales habitaciones suelen ser las más íntimas en las casas de los ricos y revelan más acerca de sus propietarios que los dormitorios o comedores, dominio de mujeres y esclavos. Era una habitación privada, con la indeleble marca de su propietario, pero también una habitación pública, según revelaban las sillas que había desperdigadas, algunas de ellas agrupadas, como si un corrillo de visitantes acabara de dejarlas libres. Cicerón señaló un grupo de tres sillas, se sentó e indicó que le imitáramos. ¿Qué clase de hombre recibe a sus invitados en la biblioteca y no en la sala de estar o en la terraza? Un hombre que se las da de griego, pensé. Un erudito. Un amante del conocimiento y la sabiduría. Un hombre que abre la conversación con un completo desconocido con un gambi-

to como éste:

—Dime, Gordiano Sabueso, ¿te ha pasado alguna vez por la cabeza la idea de matar a tu padre?

Capítulo Cuatro

¿Qué expresión se reflejaría en mi cara? Supongo que me sobresalté, hice una mueca de desagrado, le miré con recelo. Cicerón sonrió con la suficiencia con que sonríen los oradores siempre que consiguen manipular con éxito a su público. Los actores sienten la misma satisfacción, la misma sensación de poder. El pastor revela la verdad a Edipo y con una sola palabra obtiene jadeos de consternación de mil gargantas. Tras la máscara, el pastor sonríe y se va.

Fingí mirar con aire abstraído unos rollos que había a mi lado; pude ver por el rabillo del ojo que Cicerón todavía me observaba, concentrado en calibrar todas mis reacciones. Me esforcé por borrar de la cara todo vestigio de expresión.

—Mi padre —comencé, y a continuación hice una pausa para aclararme la garganta, no sin lamentarlo, pues parecía un signo de debilidad—, mi padre ya está muerto, querido Cicerón. Murió hace muchos años. —La malicia que había en sus ojos desapareció. Frunció el entrecejo.

—Mis disculpas —dijo con amabilidad y con una ligera inclinación de cabeza—. No he querido ofenderte.

—No ha habido ofensa alguna.

—Bien. —Tras el intervalo de rigor desapareció su expresión ceñuda y reapareció la maliciosa—. Entonces no te importará si vuelvo a plantearte la misma pregunta... no es más que una hipótesis. Supón, sólo supón, que tu padre aún vive y que deseas librarte de él. ¿Cómo lo harías?

Me encogí de hombros.

—¿Qué edad tiene el viejo?

—Sesenta, quizá sesenta y cinco años.

—¿Y qué edad tengo yo... hipotéticameme hablando?

—Unos cuarenta.

—El tiempo —dije—. Cualquiera que sea mi animosidad, el tiempo se encargará de solucionarla, y es un remedio tan seguro como cualquier otro.

Cicerón asintió.

—Quieres decir que te bastaría con esperar tranquilamente a que la naturaleza siga su curso. Sí, ése sería el camino más fácil. Y quizá el más seguro. Ciertamente, es lo que haría casi todo el mundo en relación con la persona cuya existencia no soporta, en especial si esa persona es de más edad o más débil y en particular si se trata de un miembro de la propia familia. Y más concretamente si se trata del padre. Después de todo, nadie vive para siempre y los jóvenes suelen sobrevivir a los viejos. —Hizo una pausa. La gasa amarilla se alzó suavemente y cayó como si toda la casa respirase. La

habitación parecía un horno—. Pero el tiempo puede ser un lujo. Ciertamente, si uno tiene paciencia, un viejo de sesenta años acabará por morir, aunque, antes de que eso suceda, puede que de tanto esperar nuestro hombre cumpla ochenta y cinco.

Se levantó de la silla y comenzó a pasear lentamente. Cicerón no tenía tanta facilidad de palabra cuando estaba sentado. Posteriormente me daría cuenta de que su cuerpo era una especie de mecanismo: andaba con lentitud, movía los brazos, hacía ademanes con las manos, inclinaba la cabeza y arqueaba las cejas de continuo. Ninguno de estos movimientos tenía un fin propio. Antes bien, estaban conectados y todos ellos se subordinaban a su voz, una voz extraña, irritante, completamente fascinante; como si fuera un instrumento musical y el cuerpo la máquina que lo producía; como si los miembros y los dedos fueran los engranajes y palancas necesarios para fabricar la voz que salía de la boca. El cuerpo se movió. Brotó la voz.

—Imagínate —prosiguió (una inclinación de cabeza, un sutil ademán con la mano)— a un viejo de sesenta y cinco años, un viudo que vive solo en Roma. No es persona solitaria. Le gusta asistir a banquetes y festejos. Disfruta con el circo y el teatro. Frecuenta los baños. Incluso es cliente del burdel de su barrio. El placer es su vida. Por lo que se refiere al trabajo, está retirado. Oh, dispone de dinero. Valiosas propiedades. en el campo, viñedos y granjas... pero ya no se molesta en administrar nada. Hace tiempo que ha dejado todas esas cosas en manos de alguien más joven.

—En las mías —dije.

Cicerón sonrió ligeramente. Al igual que todos los oradores, detestaba las interrupciones, pero mi comentario daba a entender que, al menos, le estaba escuchando.

—Sí —dijo—, hipotéticamente hablando. En las tuyas. En las de su hipotético hijo. Por lo que se refiere al viejo, su vida está ahora exclusivamente dedicada al placer. Para encontrar éste recorre las calles de la ciudad a cualquier hora del día y de la noche, atendido sólo por sus esclavos.

—¿No tiene escolta?

—Nada a lo que se pueda dar ese nombre. Dos esclavos le acompañan. Más para su comodidad que para su protección.

—¿Armado?

—Probablemente no.

—Mi hipotético padre busca problemas.

Cicerón asintió.

—Desde luego. Las calles de Roma no son lo más indicado para que un ciudadano decente vaya de aquí para allá en plena noche. Sobre todo si tiene su edad, aspecto de rico y ninguna escolta armada. ¡Qué temeridad! Jugarse la vida día tras día... un viejo necio. Tarde o temprano acabará mal. Pese a todo, año tras año sigue con este indignante comportamiento y no ocurre nada. Comienzas a pensar que algún demonio o espíritu invisible le protege, pues jamás sufre daño alguno. No lo asaltan ni una sola vez. Ni siquiera lo amenazan. Lo peor que le ocurre es el abordaje de un mendigo, de un borracho o una prostituta errante a altas horas de la noche, personajes que se quita de en-

cima fácilmente con una moneda o una palabra dirigida a sus esclavos. No, el tiempo no parece cooperar. Abandonado a sus propios recursos, es probable que el viejo viva para siempre.

—¿Y eso sería indeseable? Creo que empieza a caerme bien.

Cicerón arqueó una ceja.

—No, le odias. No importa por qué. Plantéate por el momento que, por la razón que sea, quieres que muera. Con todas tus fuerzas.

—El tiempo sigue siendo lo más fácil. Has dicho sesenta y cinco años... ¿qué tal su salud?

—Excelente. Probablemente mejor que la tuya. ¿y por qué no? Todo el mundo te dice que trabajas demasiado ocupándote de tus propiedades, manteniendo a tu familia, encaminándote a una muerte precoz... mientras que el viejo no tiene ninguna preocupación en el mundo. Por la mañana descansa. Por la tarde planea sus correrías. Por la noche se atiborra de buena comida, bebe en exceso, se va de parranda con hombres a los que dobla la edad. A la mañana siguiente se recupera en los baños y todo comienza de nuevo. ¿Que cómo está de salud? Ya te lo he dicho, es cliente del lupanar del barrio.

—Se sabe que el exceso de comida y bebida pueden matar a cualquiera —aventuré—. Y dicen que más de una vez ha parado una prostituta el corazón de un hombre.

Cicerón negó con la cabeza.

—No es suficiente y tampoco se puede confiar en eso. Le odias. Quizá te da miedo. Te impacientas porque no muere.

—¿Política? —observé.

Cicerón se detuvo un momento, sonrió y prosiguió.

—Política —dijo—. Sí, en estos tiempos, en Roma, la política ciertamente puede matar a un hombre de manera más rápida y segura que la buena vida o el abrazo de una ramera, más incluso que un paseo a medianoche por la Subura. —Estiró los brazos en un ademán de desesperación propio de los oradores—. Por desgracia, el viejo es una extraordinaria criatura que se las ingenia para ir por la vida sin meterse en política.

—‹En Roma? —dije—. ¿Un ciudadano y terrateniente? Imposible.

—Entonces di que es uno de esos hombres que parecen conejos: encantador, simple e inofensivo. Nunca llama la atención, nunca ofende a nadie. No merece que se molesten en cazarlo, siempre y cuando haya actividades más interesantes en perspectiva. Rodeado de políticos por todas partes, rodeado de cardos como quien dice, es capaz de salir de la espesura sin un arañazo.

—Parece inteligente. Cada vez me cae mejor.

Cicerón frunció el entrecejo.

—La inteligencia no tiene nada que ver con esto. El viejo no tiene estrategia alguna, excepto pasar por esta vida con el mínimo de incomodidades. Tiene suerte, eso es todo. Nada le afecta. ¿Que los aliados italianos se rebelan contra Roma? Él es de Ameria, un pueblo que aguarda hasta el último momento para unirse a la revuelta y que

luego recoge los primeros frutos de la reconciliación; así es como se convirtió en ciudadano. ¿Que hay guerra civil entre Mario y Sila, y luego entre Sila y Cina? El viejo vacila en su lealtad (es práctico y contemporizador, como casi todos los romanos actualmente) y acaba como la delicada doncella que atraviesa una feroz corriente saltando de piedra en piedra sin mojarse siquiera las sandalias. Los que no tienen opiniones son los únicos que están a salvo hoy. Un conejo, te lo digo yo. Si lo introduces en política para ponerlo en peligro, puede vivir cien años.

—No creo que sea tan pusilánime. Hoy todo el mundo está sujeto a peligros por el simple hecho de estar vivo. Dices que es terrateniente, con intereses en Roma. Debe de ser cliente de alguna familia importante. ¿Quiénes son sus protectores?

Se echó a reír..

—Incluso para eso escoge a la familia más sosa y segura, la familia Metela. La familia política de Sila, al menos hasta que éste se divorció de su cuarta mujer. Y no a cualquiera de los Metelos, sino a los más viejos, los más apáticos y respetables de sus muchas ramas. ,Como fuese, el caso es que se congració con Cecilia Metela. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

— Ya la conocerás —dijo misteriosamente—. No, la política nunca matará a este viejo. Aunque Sila llene el Foro de cabezas empaladas, aunque el Campo de Marte se convierta en un río de sangre que desemboque en el Tíber, seguirás encontrándote al viejo por las peores zonas de la ciudad, poco después del anochecer, atiborrado de la cena engullida en casa de Cecilia, camino del lupanar de su barrio.

Cicerón se sentó abruptamente. El mecanismo, al parecer, necesitaba reposar un poco, pero el cascado instrumento siguió sonando.

—Ya ves que el destino no cooperará a la hora de quitar de en medio a este viejo odioso. Además, puede que exista alguna razón apremiante por la que quieras su muerte, no sólo odio o rencor, sino alguna crisis inmediata. Tienes que pasar a la acción.

—¿Sugieres que debo matar a mi propio padre?

—Exactamente.

—Imposible.

—Debes hacerlo.

—Es antirromano.

—El destino lo hace inevitable.

—Entonces... ¿veneno?

Se encogió de hombros.

—Posiblemente, si tuvieras acceso al viejo. Pero no sois un padre y un hijo corrientes que entráis y salís de la casa del otro con toda naturalidad. Existe cierto odio entre ambos. Fíjate: el viejo tiene su propia casa en Roma y rara vez duerme en otra parte. En cambio tú vives en la vieja casa familiar de Ameria y en las pocas ocasiones en que los negocios te llevan a la ciudad, nunca duermes en casa de tu padre. Te alojas

con algún amigo, incluso en una posada: así es de profundo el odio que hay entre los dos. De manera que no tienes acceso a la comida del viejo. ¿Sobornar a uno de los sirvientes? Improbable y altamente inseguro: en una familia dividida, los esclavos siempre toman partido. Le serán mucho más leales a él que a ti. El veneno es una solución impracticable.

La cortina amarilla ondeó. Una ráfaga de aire caliente se coló bajo su bastilla y entró en la habitación como una niebla pegada al suelo. La sentí avanzar y arremolinarse a mis pies, con un denso aroma a jazmín. La mañana casi había acabado. El auténtico calor del día estaba a punto de comenzar. De repente me entró sueño. También a Tirón; le vi ahogar un bostezo. Quizá estaba sólo aburrido. Probablemente no era la primera vez que Tirón oía a su amo ensartar los mismos argumentos, refinando su lógica, preocupándose por el peculiar pulido y lustre de cada frase.

Me aclaré la garganta.

—Entonces la solución parece obvia, estimado Cicerón. Si hay que matar al padre (a instigación del hijo, crimen demasiado odioso para contemplarse), entonces debería hacerse cuando el viejo es más vulnerable y accesible. Una noche sin luna, de camino a casa, al regresar de alguna fiesta o al dirigirse al burdel. No hay testigos a esa hora o al menos nadie deseoso de testificar. Las bandas recorren las calles. Nada habría de sospechoso en una muerte así. Sería fácil achacarla a algún grupo de anónimos criminales que pasara por el lugar.

Cicerón se inclinó hacia delante. El mecanismo revivía.

—¿No cometerías el acto tú mismo, por tu propia mano?

—¡Por supuesto que no! Ni siquiera estaría en Roma. Me encontraría muy al norte, en mi casa de Ameria... sufriendo pesadillas, probablemente.

—¿Contratarías sicarios?

—Desde luego.

—¿Gente que conoces y en la que confías?

—¿Cómo iba a conocer a tales sujetos personalmente, yo, un atareado terrateniente de Ameria? —Me encogí de hombros—. Es más probable que confiara en desconocidos. El cabecilla de alguna banda al que conoces en una taberna de la Subura. Un conocido sin nombre, recomendado por otro conocido con el que has contactado a través de una amistad fortuita...

—¿Es así como se hace? —Cicerón se adelantó con verdadera curiosidad. Ya no hablaba al hipotético parricida, sino a Gordiano el Sabueso—. Me dijeron que estabas al corriente de esa clase de asuntos. Me dijeron: «Si quieres entrar en contacto con un hombre a quien no le importa mancharse las manos de sangre, Gordiano es un buen comienzo».

—¿Quién lo ha dicho? ¿A quién te refieres, Cicerón? ¿Quién dice que yo bebo de la misma copa que esos asesinos? —Se mordió el labio, no muy seguro de hasta qué punto quería enseñar todas sus cartas. Respondí por él—: Te refieres a Hortensio, ¿no? Pues fue Hortensio quien me recomendó a ti.

Cicerón lanzó una severa mirada a Tirón, que se despejó de súbito.

—No, amo, no le dije nada. Lo adivinó... —Tirón me pareció un esclavo por primera vez.

—¿Lo adivinó? ¿A qué te refieres?

—«Dedujo» sería una palabra más adecuada. Tirón dice la verdad. Sé, más o menos, para qué me has llamado. Un caso de asesinato en el que están involucrados un padre y un hijo, y los dos se llaman Sexto Roscio.

—¿Has *adivinado* que ésa era la razón para llamarte? Pero ¿cómo? Si hasta ayer no decidí aceptarlo como cliente.

Suspiré. La cortina también suspiró. El calor me subió por los pies y las piernas, como el agua que asciende lentamente en un pozo.

—Que Tirón te lo explique en otro momento. Ahora hace demasiado calor para entrar en detalles. Pero sé que, al principio, habían encomendado el caso a Hortensio y que ahora está en tus manos. Imagino que toda nuestra charla acerca de hipotéticas conjuras tiene que ver con el asesinato auténtico.

Cicerón pareció un tanto abatido. Creo que se sintió ridículo al comprobar que yo ya estaba al corriente de las verdaderas circunstancias.

—Sí —dijo—, hace calor. Tirón, trae algún refresco. Un poco de vino mezclado con agua fría. Quizá un poco de fruta. ¿Te gustan las manzanas secas, Gordiano?

Tirón se levantó de la silla.

—Se lo diré a Atalena.

—No, Tirón, ve tú mismo. Y no hace falta que te des prisa. —La orden era un tanto degradante y lo era intencionadamente; lo adiviné por la expresión ofendida de los ojos del esclavo y también por la expresión de Cicerón, cuyos párpados parecían entornados por un motivo que no era el calor. Tirón no estaba acostumbrado a que le encomendaran tareas tan insignificantes. ¿y Cicerón? Es algo que ves continuamente, un amo desahogando sus mezquinas frustraciones en los esclavos que le rodean. El hábito se convierte en algo tan común que lo hacen sin pensar; y el esclavo acaba aceptándolo sin humillación ni quejas, como la lluvia en un día de mercado.

Cicerón y Tirón no habían recorrido mucho camino en este sentido. Antes de que Tirón desapareciera por la puerta con un mohín en los labios, Cicerón se ablandó sin perder la compostura.

—¡Tirón! —llamó. Esperó a que el esclavo se volviera. Lo miró a los ojos—. Trae también una ración para ti.

Un hombre cruel habría sonreído al hablar. Un hombre insignificante hubiera bajado los ojos al suelo. Cicerón no hizo ninguna de las dos cosas y sentí el primer asomo de respeto por él.

Tirón salió. Cicerón jugueteó con un anillo que llevaba en el dedo y su atención volvió a centrarse en mí.

—Ibas a decirme algo acerca de cómo se trama un asesinato en las calles de Roma. Perdóname si la pregunta es atrevida. No quiero dar a entender que hayas ofen-

dido a los dioses tomando parte en tales hechos. Pero dicen (Hortensia dice) que estás al corriente, y no poco, de tales asuntos. Quién, cómo y por cuánto...

Me encogí de hombros.

—Si un hombre quiere que otro sea asesinado, no existe ninguna dificultad. Como ya he dicho, una palabra al hombre adecuado, un poco de oro que pasa de mano en mano y el trabajo está hecho.

—Pero, ¿dónde se encuentra al hombre adecuado?

Había olvidado lo joven e inexperto que era, a pesar de su educación e inteligencia.

—Es más fácil de lo que imaginas. Durante años, las bandas han gobernado las calles de Roma en cuanto anochece, a veces incluso a la luz del día.

—Pero las bandas luchan entre sí.

—Las bandas luchan contra cualquiera que se cruce en su camino.

—Sus crímenes son políticos. Se alían con un partido concreto...

—Su única política es la de quien las contrata. Y su única lealtad es la que compra el dinero. ¿De dónde salen? Algunas han surgido aquí, en Roma, como gusanos bajo las piedras: los pobres, los hijos de los pobres, sus nietos y biznietos. Dinastías completas de criminales, generaciones de bellacos engendrando linajes de corrupción. Negocian entre sí como pequeñas naciones. Se casan entre ellas igual que las familias nobles. Y se alquilan al político o general que más les prometa.

Cicerón apartó la mirada, escrutando los pliegues de la cortina amarilla, como si más allá de ella pudiera ver todo el humano rechazo de la abyección de Roma.

—¿De dónde saldrán estos individuos? —murmuró.

—Del suelo, como las malas hierbas. O llegan del campo, fugitivos de las guerras constantes. Fíjate: Sila gana la guerra contra los aliados italianos y paga a sus soldados con tierras. Pero para adquirir esa tierra, los aliados derrotados deben ser expulsados primero. ¿En qué paran éstos? Acaban como mendigos y esclavos en Roma. ¿y todo para qué? El campo queda devastado por la guerra. Los soldados no saben nada de agricultura; en un mes o un año venden sus parcelas al mejor postor y regresan a la ciudad. Todo el campo va a parar a manos de poderosos terratenientes. Los minifundistas se esfuerzan por competir, son derrotados y desposeídos... y acaban emigrando a Roma. Desde pequeño no he hecho sino contemplar el creciente abismo que separa a ricos y pobres, la insignificancia de unos, la opulencia de los otros. Roma es como una mujer de fabulosa riqueza y belleza, envuelta en oro y adornada con joyas, con un feto denominado Imperio en su enorme panza, e infestada de un millón de piojos.

Cicerón frunció el entrecejo.

—Hortensia me advirtió que hablarías de política.

—Sólo porque la política está en el aire que respiramos... Inhalo una bocanada ¿y qué exhalo si no? Puede que sea de otro modo en otras ciudades, pero no en la República y no en nuestra vida. Llámalo política, llámalo realidad. Las bandas existen por una razón. Nadie puede librarse de ellas. Un hombre decidido a matar encontraría una

forma de utilizarlas. Sólo estaría siguiendo el ejemplo de un político de éxito.

—Te refieres a...

—No me refiero a ningún político en particular. Todos se sirven de las bandas, o lo intentan.

—Pero tú te refieres a Sila.

Fue Cicerón el primero que pronunció el nombre. Quedé sorprendido. Impresionado. En algún momento, la conversación había escapado a nuestro control. Se estaba volviendo sediciosa a marchas forzadas.

—Sí —dije—, puesto que insistes. A Sila. —Aparté la mirada. Mis ojos se posaron en la cortina amarilla. Me quedé mirándola, a ella y a través de ella, como si en la imprecisión de las formas que había más allá pudiera descifrar las imágenes de una antigua pesadilla—. ¿Estabas en Roma cuando comenzaron las proscripciones?

Asintió.

—Yo también. Entonces sabes cómo fueron las cosas. Cada día se hacía pública en el Foro una nueva lista de proscritos. ¿y quién era el primero que acudía para leer los nombres? Nadie que pudiera haber figurado en la lista, porque todos estaban encogidos de miedo en sus casas o se habían hecho fuertes en sus villas rurales. Quienes primero acudían eran las bandas y sus cabecillas, puesto que a Sila poco le importaba quién destruyera a sus enemigos, reales o imaginarios, siempre que fueran destruidos. Aparecían con la cabeza del proscrito colgando del hombro, firmaban un recibo y obtenían una bolsa de oro a cambio. Nada les detenía a la hora de conseguir la cabeza. Echaban abajo las puertas de las casas de los ciudadanos. Golpeaban a sus hijos, violaban a las mujeres, pero no tocaban nada de valor, pues cuando un romano proscrito muere, su propiedad pasa a manos de Sila.

—No exactamente...

—Quiero decir que cuando un enemigo del Estado es decapitado, sus bienes se confiscan y se convierten en propiedad estatal, es decir, que todo se subasta en fecha conveniente, y cuanto antes mejor, a unos precios ridículamente bajos, para los amigos de Sila.

Incluso Cicerón palideció. Ocultó bien su agitación, pero observé que sus ojos se desplazaban de un lado a otro durante un brevísimo instante, como si desconfiaran de los posibles espías ocultos entre los rollos de papiro.

—Eres hombre de opiniones tajantes, Gordiano. La pasión te afloja la lengua. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el tema que tenemos entre manos?

Me eché a reír.

—¿Y cuál es el tema? Lo he olvidado.

—Planear un homicidio —espetó Cicerón, adoptando el papel de un profesor de oratoria que intenta guiar a un alumno díscolo hacia el tema prescrito—. Un homicidio por motivos puramente personales.

—Bueno, pues entonces sólo intento señalar lo fácil que es en estos días encontrar a alguien dispuesto a matar. Y no sólo en la Subura. Apuesto lo que quieras a que

salgo de tu casa, doy la vuelta a la manzana una sola vez y regreso con un nuevo amigo más que dispuesto a matar a ese hipotético padre mío, tan sibarita y putañero.

—Vas demasiado lejos, Gordiano. Has estudiado retórica, conoces los límites de la hipérbole.

—No exagero. Las bandas se han vuelto así de atrevidas. Es culpa de Sila y de nadie más. Él las ha convertido en sus cazarrecompensas particulares. Hasta que las proscripciones acabaron oficialmente, el año pasado, las bandas tuvieron un poder ilimitado para perseguir y matar. Pongamos que llevan la cabeza de un hombre inocente, de alguien que no está en la lista. ¿y qué? A veces ocurren accidentes. Se añade el nombre del muerto a la lista de los proscritos. El muerto se convierte en enemigo del Estado con efectos retroactivos. ¿Importa que la familia quede desheredada y los hijos arruinados y reducidos a la miseria? No porque así los amigos de Sila conseguirán una nueva casa en la ciudad. —Cicerón me miró como si una muela cariada le importunase. Levantó la mano para acallarme. Hice lo propio para desestimar su ademán—. No hago más que ir al meollo del asunto. Ya ves, no fueron sólo los ricos y poderosos quienes sufrieron, y todavía sufren, durante las proscripciones. Una vez que se abre la caja de Pandora, nadie puede cerrarla. El crimen se convierte en costumbre. Lo impensable, en moneda corriente. Desde aquí, desde tu casa, no puedes verlo. Esta calle es demasiado estrecha, demasiado tranquila. A través del empedrado que conduce a tu puerta no crece la cizaña. Bueno, a algunos de tus vecinos puede que los hayan sacado a rastras de su casa en plena noche. Quizá puedas ver el Foro desde la azotea y en un día despejado hayas contado las nuevas cabezas empaladas. Pero yo veo una Roma diferente, Cicerón, la Roma que Sila ha legado a la posteridad. Dicen que tiene planes para retirarse pronto, dejando tras de sí una nueva constitución que refuerce el poder de las clases altas y ponga al pueblo en su lugar. ¿y cuál es ese lugar sino la Roma gobernada por el delito que Sila nos lega? Mi Roma, Cicerón. Una Roma que engendra en las sombras, que se desplaza de noche, que respira el mismísimo aire de la corrupción sin los disfraces de la política o la riqueza. Después de todo, por eso me has llamado, ¿no? Para que te lleve al interior de ese mundo. O para que entre yo y te traiga lo que buscas. Eso es lo que puedo ofrecerte, si quieres la verdad.

En ese momento regresó Tirón con una bandeja de plata en la que había tres copas, un pan redondo, manzanas secas y queso blanco. Su presencia me calmó al instante. Ya no éramos dos hombres solos en una habitación hablando de política, sino dos ciudadanos y un esclavo, o dos hombres y un muchacho. Yo no habría hablado tan imprudentemente si Tirón no nos hubiera dejado solos. Tenía miedo de haber dicho demasiado.

Capítulo Cinco

Tirón puso la bandeja en una mesa baja que había entre nosotros. Cicerón lo miró con indiferencia.

—¿Tanta comida, Tirón?

—Es casi mediodía, amo. Gordiano debe de tener hambre.

—Muy bien. Demostrémosle nuestra hospitalidad. —Se quedó mirando la bandeja y apenas pareció verla. Se frotó suavemente las sienes, como si le hubiera llenado la cabeza con demasiadas ideas sediciosas.

El paseo me había dado hambre. La charla me había dejado la boca pastosa. El calor me había despertado la sed. Con todo, aguardé pacientemente a que Cicerón iniciara el almuerzo (puede que mis ideas políticas fueran radicales, pero mis modales no podían quedar en entredicho), pero me llevé una sorpresa cuando vi que Tirón se apresuraba a partir un trozo de pan y coger una copa.

En tales momentos uno se da cuenta del arraigo de las convenciones. A pesar de todo lo que la vida me había enseñado acerca de la naturaleza arbitraria del destino y del absurdo de la esclavitud, a pesar de todos mis esfuerzos por tratar a Tirón como a un hombre desde el principio, lancé un grito sofocado al ver que un esclavo era el primero en servirse, mientras que su amo reposaba, sin mostrar disposición a probar la comida.

Ambos lo oyeron. Tirón levantó la mirada, perplejo. Cicerón rió entre dientes.

—Gordiano está escandalizado. No está acostumbrado a nuestras maneras, Tirón, o a las tuyas. Está bien, Gordiano. Tirón sabe que nunca como a mediodía. Está acostumbrado a empezar sin mí. Por favor, come algo. El queso es bueno, procede directamente de la quesería de Arpino, enviado con el cariño de mi abuela. Yo tomaré un poco de vino. Sólo un poco, con este calor es probable que se me agrie en el estómago. ¿Soy el único que padece tan peculiar enfermedad? No puedo comer nada en verano; a veces ayuno durante días. Ahora, mientras tu boca está ocupada con la comida y no con la traición, quizá me concedas la oportunidad de decir un poco más acerca de las razones por las que he solicitado que vinieras. —Tragó e hizo una mueca de dolor, como si el vino hubiera comenzado a agriarse en el momento de traspasar los labios—. Nos hemos desviado del tema hace un rato. ¿Qué diría Diódoto de esto, Tirón? ¿Para qué he estado pagando a ese viejo griego todos estos años si ni siquiera soy capaz de mantener una conversación disciplinada en mi propia casa?

—En ningún momento he estado seguro de cuál era el tema, querido Cicerón. Creo recordar que estábamos tramando el asesinato del padre de alguien. De mi padre, ¿o era el de Tirón? No, ambos están muertos. ¿Quizá era el tuyo?

A Cicerón no le hizo gracia el juego.

—Introduje un modelo hipotético, Gordiano, simplemente para sondearte acerca de ciertos factores, metodología, factibilidad, plausibilidad, concernientes a un crimen muy real y terrible. Un crimen ya cometido. El hecho trágico es que cierto propietario rural procedente de un pueblo de Ameria...

—¿Muy parecido al hipotético viejo que has descrito?

—Exactamente igual. Como estaba diciendo, cierto propietario rural de Ameria fue asesinado en las calles de Roma durante los Idus de septiembre [el día 13], una

noche de luna llena... hace casi ocho meses. Parece que ya sabes su nombre: Sexto Roscio. Ahora, exactamente dentro de ocho días, en los Idus de mayo [el día 15], el hijo de Sexto Roscio irá a juicio, acusado de ordenar el asesinato de su padre. Yo voy a defenderle.

—Con una defensa así debo pensar que no habrá necesidad de fiscal.

—¿Qué quieres decir?

—Por todo lo que has dicho, parece lógico pensar que el hijo es culpable.

—¡Absurdo! ¿Tan convincente he sido? Supongo que debería estar complacido. Sólo intentaba mostrar el caso tal como van a describirlo los acusadores.

—¿Me estás diciendo que crees que Sexto Roscio es inocente?

—¡Naturalmente! ¿Por qué si no iba a defenderle de tan atroces cargos?

—Cicerón, sé suficiente de abogados y oradores para estar al tanto de que no necesariamente tienen que creer en una causa a la hora de hablar en su favor.

Tirón me miró ceñudo desde el otro lado de la mesa.

—Eres injusto —dijo, con la voz quebrándosele ligeramente de furia—. Marco Tulio Cicerón es un hombre de elevados principios, de incuestionable integridad, un hombre que dice lo que piensa y cree en cada palabra que dice, algo que quizá hoy en día sea raro en Roma, pero incluso así...

—¡Ya está bien! —La voz de Cicerón contenía una tremenda fuerza, pero poca cólera. Levantó la mano para decir *basta* con el característico ademán del orador y no pudo por menos de sonreír.

—Debes perdonar al joven Tirón —dijo inclinándose hacia mí con aire confidencial—. Es un sirviente leal y le estoy agradecido por eso. No se encuentran muchos hoy en día. —Le lanzó una mirada de afecto, directa, sincera y descarada. De pronto Tirón se puso a mirar a otro lado: la mesa, la bandeja de comida, la cortina ligeramente ondulante.

»Aunque quizá a veces es demasiado leal. ¿Qué piensas, Gordiano? ¿Qué piensas tú, Tirón? ¿Plantearemos este dilema a Diódoto la próxima vez que nos visite, para ver qué decide el maestro de retórica? Un tema apropiado para el debate: ¿es posible que un esclavo sea demasiado leal hacia su amo?

Cicerón lanzó una mirada a la bandeja y cogió una manzana seca. La sostuvo entre el pulgar y el índice y la observó, como si calculase si su delicada constitución podía tolerar aquel pequeño bocado con el calor que hacía. Se produjo una pausa, rota sólo por el gorjeo de un pájaro en el atrio. En aquella quietud, la habitación que nos rodeaba pareció respirar de nuevo, o mejor dicho, fue como si intentara respirar, luchando en vano por tragar un poco de aire; la cortina onduló hacia dentro, luego hacia fuera, hacia dentro de nuevo, nunca lo suficiente para liberar una ráfaga en ninguna dirección, como si la brisa fuera una sustancia cálida y palpable, atrapada tras la bastilla de brocado. Cicerón frunció el entrecejo y devolvió la manzana a la bandeja.

De pronto la cortina emitió un susurro audible. Una vaharada de calor se arrastró por las baldosas hasta mis pies. La habitación había dado por fin su reprimido sus-

piro.

—Preguntas si creo que Sexto Roscio es inocente del asesinato de su padre. —Cicerón extendió los dedos y juntó las yemas—. La respuesta es sí. Cuando lo conozcas, también tú creerás en su inocencia.

Parecía que por fin íbamos al grano. Ya estaba harto de juegos, de la cortina amarilla y de aquel calor asfixiante.

—¿Cómo murió exactamente el viejo? ¿Golpeado, acuchillado, apedreado? ¿Cuántos asaltantes? ¿Alguien los vio? ¿Se les puede identificar? ¿Dónde se encontraba el hijo en el momento del crimen y cómo se enteró de la noticia? ¿Quién más tenía motivos para matar al viejo? ¿Cuáles eran los términos del testamento? ¿Quién presenta los cargos contra el hijo y por qué? —Hice una pausa, pero sólo para tomar un sorbo de vino—. Dime...

—Gordiano —dijo Cicerón riendo—, si supiera todo eso, tendría muy poca necesidad de tus servicios.

—Pero algo sabrás.

—Un poco, pero no lo suficiente. Muy bien, al menos puedo contestar a la última pregunta. Los cargos han sido presentados por un abogado llamado Cayo Erucio. Veo que has oído hablar de él... ¿o es que el vino se te ha avinagrado en la boca?

—Algo más que oír hablar —dije—. A veces he trabajado para él, pero sólo cuando el hambre apretaba. Erucio nació esclavo en Sicilia; ahora es un liberto cuyas prácticas legales son las más turbias de Roma. Sólo acepta casos por dinero, es la única recompensa que le interesa. Defendería a un hombre que ha violado a su madre si hubiera oro de por medio y a continuación demandaría a la mujer por calumnias si viera que puede sacar algún pellizco. ¿Tienes idea de quién le ha contratado para que acepte el caso?

—No, pero cuando conozcas a Sexto Roscio...

—No dejas de decir que pronto conoceré a alguien... primero a Cecilia Metela y ahora a Sexto Roscio. ¿Van a llegar pronto?

—Nosotros iremos a visitarlos.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que voy a acompañarte? He venido aquí con la idea de que tenías trabajo para mí, pero hasta ahora no me has explicado lo que quieres. Ni has hecho mención alguna del pago.

—Conozco tus honorarios, al menos los que mencionó Hortensio. Doy por sentado que son los vigentes.

Asentí.

—Por lo que se refiere al trabajo, quiero probar que Sexto Roscio es inocente del asesinato de su padre. Más que eso, quiero saber quiénes fueron los culpables. Y más aún, quiero saber quién contrató a esos asesinos y por qué. Y todo esto en ocho días, antes de los Idus.

—Hablas como si ya hubiera aceptado el trabajo. ¿y si no me interesa?

Meneó la cabeza y apretó los labios en una fina sonrisa.

—No eres el único capaz de deducir el carácter de una persona antes de conocerla, Gordiano. Sé un par de cosas de ti. Tres, en realidad. Cualquiera de ellas te convencerá de que has de aceptar el caso. Primera, necesitas dinero. Un hombre de tu posición, que vive en una gran casa en el Esquilino... nunca tiene dinero suficiente. ¿Tengo razón? —Me encogí de hombros—. Segunda, Hortensio me dijo que te gustan los misterios. O mejor dicho, que odias los misterios. Eres de los que no soportan lo desconocido, de los que se sienten impelidos a separar la verdad de la falsedad, a encontrar el orden en medio del caos. ¿Quién mató al viejo Roscio? Estás atrapado, como un pez en el sedal. Admítelo.

—Bueno, yo...

— Tercera, eres un hombre que ama la justicia.

—¿También te dijo eso Hortensio? Hortensio sería incapaz de distinguir a un hombre justo de...

—Nadie me lo ha dicho. Eso lo he deducido por mí mismo, en esta última media hora. Nadie dice lo que piensa de una manera tan franca como tú a no ser que sea amante de la justicia. Te ofrezco una oportunidad de ver cómo se cumple. —Se inclinó hacia delante—. ¿Puedes soportar que un hombre inocente sea condenado a muerte? Muy bien, pues... ¿vas a aceptar el caso o no?

—Lo acepto.

Cicerón dio un par de palmadas y se puso en pie. —Bien. ¡Muy bien! Ahora mismo iremos a casa de Cecilia. —¿Ahora? ¿Con este calor? Si es poco más de mediodía.

—No hay tiempo que perder. Si el calor es demasiado intenso para ti, podría pedir una litera... pero no, eso nos llevaría demasiado tiempo. No vamos muy lejos. Tirón, tráenos un par de sombreros de ala ancha.

Tirón lanzó a su amo una mirada lastimera.

—Bueno, que sean tres.

Capítulo Seis

—¿Qué te hace pensar que estará despierta a esta hora?

El Foro estaba desierto. Las piedras del suelo humeaban a causa del calor. No había ni un alma a excepción de nosotros tres, escabulléndonos como ladrones. Aceleré el paso. El calor me quemaba a través de las delgadas suelas de los cálceos. Mis compañeros llevaban un calzado más caro que el mío, de suela gruesa y más protectora.

—Cecilia estará despierta —dijo Cicerón—. Es una insomne impenitente... que yo sepa, nunca duerme.

Llegamos al pie de la Vía Sacra. El corazón se me encogió al ver la empinada y estrecha avenida que conducía a las imponentes villas que había en lo alto del Palatino. El mundo era sol y piedra, sin la menor sombra. Las capas de aire caliente hacían que la cima del monte Palatino pareciera neblinosa y confusa, muy elevada y distante.

Iniciamos el ascenso. Tirón iba delante, sin hacer caso del esfuerzo. Había algo

extraño en su impaciencia por acompañamos, algo que estaba más allá de la curiosidad o el deseo de seguir a su amo.

—Debo pedirte algo, Gordiano. —Cicerón comenzaba a mostrar señales de agotamiento, pero hablaba a pesar de ellas, como un verdadero estoico—. Valoré tu franqueza cuando expresaste tus opiniones en mi estudio. Nadie puede decir que no seas un hombre honesto. Pero contén la lengua en casa de Cecilia. Su familia ha sido aliada de Sila durante mucho tiempo... la cuarta esposa de éste fue una Metela.

—¿Te refieres a la hija de Delmático? ¿De la cual se divorció mientras ella agonizaba en el lecho?

—Exactamente. A los Metelos no les gustó el divorcio, a pesar de las excusas de Sila.

—Los augures leyeron las entrañas de un cordero y le dijeron que la enfermedad de su esposa contaminaría su casa.

—Eso fue lo que dijo Sila. No creo que Cecilia se ofenda por lo que digas, pero nunca se sabe. Es una mujer ya mayor, soltera y sin hijos. Dada a extrañas costumbres, tal como sucede cuando una mujer queda abandonada a su soledad durante demasiado tiempo, sin marido ni familia que la entretengan con pasatiempos saludables. En la actualidad, su pasión se centra en cualquier culto oriental que sea nuevo y esté de moda en Roma; cuanto más raro y estrafalario, mejor. No le interesan los asuntos terrenales. Pero es probable que haya otra persona en la casa con oídos más agudos y ojos más atentos. Pienso en mi buen y joven amigo Marco Mesala...le llamamos Rufo porque es pelirrojo. No es ningún extraño en casa de Cecilia Metela; la conoce desde que era niño y ella es casi una tía para él. Un joven exquisito, aunque todavía no sea del todo un hombre: tiene dieciséis años. Rufo viene a mi casa a menudo, asiste a reuniones y conferencias y ya se desenvuelve en los tribunales. Está impaciente por ayudar en el caso de Sexto Roscio.

—¿Pero?

—Pero sus relaciones familiares lo hacen peligroso. Hortensio es hermanastro suyo... cuando Hortensio dejó el caso, fue al joven Rufo a quien envió a mi casa para pedirme que lo aceptase. Y más aún, la hermana mayor del muchacho es la misma joven Valeria a quien Sila recientemente tomó por quinta esposa. El pobre Rufo siente poco afecto por su nuevo cuñado, pero el matrimonio le coloca en una incómoda posición. Te pido que te contengas á la hora de hablar mal de nuestro estimado dictador.

—Por supuesto, Cicerón. —Al salir de casa no se me había ocurrido que me relacionaría con nobles de la categoría de los Metelos y Mesalas. Observé el atavío que llevaba, una toga de ciudadano corriente encima de una túnica sencilla. El único toque púrpura era una mancha de vino cerca del dobladillo.

Cuando alcanzamos la cumbre, incluso Tirón mostraba signos de fatiga. Sus rizos oscuros estaban pegados a la frente por el sudor. Tenía la cara enrojecida de agotamiento o quizá de algo parecido al entusiasmo. Volví a preguntarme por el motivo de su impaciencia por llegar a la casa de Cecilia Metela.

—Aquí es —jadeó Cicerón, deteniéndose para recuperar el aliento. La casa que había ante nosotros era una vasta extensión de estuco rosáceo, circundada de viejos robles. La puerta se abría bajo un pórtico y la flanqueaban dos soldados con casco, espada al cinto y lanza en la mano. Canosos veteranos del ejército de Sila pensé, y me estremecí.

—Los guardias —dijo Cicerón, haciendo un impreciso ademán con la mano mientras subía los escalones—. No les hagas caso. Deben de estar abrasándose con todos esos correajes. ¿Tirón?

Tirón, que contemplaba fascinado los pertrechos de los soldados, pasó delante de su amo para golpear las pesadas puertas de roble. Transcurrió un largo instante durante el que contuvimos el aliento y nos quitamos el sombrero.

La puerta se abrió hacia dentro en silencio. Un aire frío y un aroma a incienso nos dieron la bienvenida. Tirón y el esclavo que había en la puerta intercambiaron las típicas formalidades («Mi amo viene a ver a tu dueña») y aguardamos otro momento antes de que el esclavo que había en el vestíbulo se nos acercara para hacernos pasar. Recogió nuestros sombreros y fue a buscar al encargado de anunciamos. Observé al portero que estaba a mi espalda, sentado en un escabel y ocupado en una especie de labor manual, con el pie sujeto a la pared mediante una cadena lo suficientemente larga para permitirle llegar a la puerta.

Apareció el encargado de anunciarnos, obviamente decepcionado al ver que se trataba de Cicerón y no de un cliente servil al que poder sacar unos denarios por medio de amenazas antes de permitirle la entrada en la casa. Por algunos pequeños detalles (la voz aguda, el tamaño de los pechos), me di cuenta de que se trataba de un eunuco. Mientras que en oriente son una parte indispensable y antigua del tejido social, los asexuados siguen siendo una rareza en Roma y son vistos con hostilidad. Cicerón había dicho que Cecilia era una adepta a cultos orientales, pero tener a un eunuco en casa me parecía una afectación realmente estrafalaria.

Le seguimos rodeando el atrio central y subimos un tramo de escalones de mármol. El eunuco apartó una cortina y seguí a Cicerón hasta un aposento que no habría estado fuera de lugar en un burdel de postín de Alejandría.

Parecía como si hubiéramos ascendido hasta una enorme y excesivamente ornamentada tienda de campaña, cubierta de felpa y almohadones, con alfombras y tapices por todas partes. En los rincones había lámparas de bronce que exhalaban hilos de humo. Era desde aquella habitación desde donde el olor a incienso se extendía por toda la casa. Apenas se podía respirar. Las diversas hierbas aromáticas se quemaban sin tener en cuenta la cantidad ni sus propiedades. La tosca preparación del sándalo y la mirra producía náuseas. Cualquier ama de casa egipcia lo hubiera sabido.

—Señora —susurró el eunuco con voz aguda—. El honorable Marco Tulio Cicerón, abogado. —Se retiró rápidamente.

En el extremo de la habitación estaba nuestra anfitriona, echada boca abajo entre cojines, en el suelo. Dos esclavas la atendían, arrodilladas una a cada lado. Las

esclavas eran de piel oscura e iban vestidas al estilo egipcio, con vestidos transparentes y muy maquilladas. Por encima de ellas, dominando la habitación, estaba el objeto ante el que Cecilia se postraba.

Nunca había visto nada igual. Se trataba de una diosa telúrica de oriente, Cibeles, Astarté o Isis. La estatua tendría casi tres metros de altura, tan alta era que la parte superior de su cabeza rozaba el techo. Tenía un rostro grave, casi masculino, y llevaba una corona de serpientes. A primera vista deduje que los objetos colgantes que le adornaban el torso eran pechos, docenas y docenas de ellos. Al observar más de cerca la curiosa manera en que se agrupaban aquellas formas redondas me di cuenta de que parecían más bien testículos. En una mano la diosa sostenía una guadaña de filo pintado de un rojo brillante.

—¿Cómo? —dijo una voz apagada que surgió de entre los cojines. Cecilia se quedó sin habla un momento. Las esclavas la cogieron del brazo y la ayudaron a ponerse en pie. Se dio la vuelta y nos miró alarmada—. ¡No, no! —aulló—. ¡Maldito eunuco! ¡Fuera, fuera de aquí, Cicerón! No tenías que haber entrado, deberías haber esperado tras la cortina. ¿Cómo puede haber cometido tan estúpido error ese eunuco? A ningún hombre se le permite entrar en el santuario de la diosa. Bueno, lo justo sería sacrificaros a los tres como castigo, o al menos azotaros, pero supongo que no hay ni que hablar de ello. Naturalmente, uno de vosotros podría ocupar el lugar de los demás, pero no, ni siquiera voy a pedírtelo, sé cuánto aprecias al joven Tirón. Quizá ese otro esclavo... — Observó mi anillo de hierro, la señal de que era un ciudadano y no un esclavo, y levantó los brazos en señal de decepción. Tenía las uñas largas y pintadas de rojo con gena, a la manera egipcia—. Ay, ay. Supongo que tendré que azotar a una pobre esclava en vuestro lugar; ya pasó lo mismo la semana pasada, cuando ese eunuco imbécil cometió con Rufo un error idéntico. Pero es que las esclavas son delicadísimas, querido. La diosa se enfadará mucho...

—No entiendo cómo ha podido cometer dos veces el mismo error. ¿Crees que lo hace a propósito? —Estábamos en el recibidor de Cecilia, un vestíbulo largo, con tragaluces en el elevado techo y puertas a cada extremo para dejar pasar la brisa. Las paredes estaban pintadas según la moda realista y reproducían un jardín: hierba verde, árboles, pavos reales y flores, todo ello coronado por un cielo azul. El suelo era de baldosas verdes. El techo estaba cubierto con una tela azul—. No, no respondas. Sé lo que me dirías, Cicerón. Pero Ahausaro es demasiado valioso para deshacerme de él y demasiado delicado para castigarle. Bastaría con que no fuera tan botarate.

Los cuatro estábamos sentados alrededor de una pequeña mesa de plata sobre la que había agua fresca y granadas: Cicerón, yo, Cecilia y el joven Rufo, que había llegado antes que nosotros pero había sido lo suficientemente prudente para no entrar en el santuario de Metela, prefiriendo aguardar en el jardín. Tirón se mantenía a corta distancia de la silla de su amo.

Metela era una mujer corpulenta y de tez rojiza. A pesar de su edad parecía

bastante fuerte. Fuera cual fuese el prístino color de su cabello, ahora lo tenía de un bermejo furioso, aunque probablemente fuera blanco debajo de la gena. Lo llevaba en un alto moño sobre la cabeza, en una espiral ahusada que se mantenía firme mediante un largo alfiler de plata, cuya punta asomaba por un lado y cuya cabeza era de cornalina. Llevaba una estola de aspecto caro y muchas joyas. Tenía la cara cubierta de pintura y colorete. El pelo y las ropas le apestaban a incienso. En una mano tenía un abanico y golpeaba el aire con él, como para despejar el cargado ambiente.

Rufo también era pelirrojo, de ojos castaños, mejillas arreboladas y nariz pecosa. Era tan joven como Cicerón había indicado. De hecho, no podía tener más de dieciséis años, pues todavía llevaba la túnica que llevan todos los menores, hombres y mujeres: lana blanca con mangas largas para atajar la lujuria. En unos meses se pondría la toga viril, pero por ahora, legalmente, sólo era un muchacho. Era obvio que idolatraba a Cicerón y era igualmente obvio que Cicerón disfrutaba con aquella idolatría.

Ninguno de los nobles puso ningún inconveniente para aceptarme a la mesa. Naturalmente, buscaban mi ayuda en un problema en el que ninguno de ellos tenía la menor experiencia. Tuvieron conmigo la misma deferencia que un senador podría tener ante un albañil cuando el senador tiene en su habitación un arco a punto de derrumbarse. A Tirón no le hacían ni caso.

Cicerón se aclaró la garganta.

—Cecilia, hoy hace mucho calor. Si ya hemos reflexionado lo suficiente acerca de nuestra desafortunada intrusión en el santuario, vayamos a asuntos más terrenos.

—Claro, Cicerón. Has venido por el pobre Sexto.

—Sí. Puede que Gordiano nos ayude a desenmarañar las circunstancias del hecho mientras yo preparo la defensa.

—La defensa. Ay, querido. Supongo que siguen ahí fuera esos horribles guardias.

—Me temo que sí.

—Es muy molesto. El día que llegaron les dije claramente que no lo consentiría. Ordenes del tribunal, dijeron. Si Sexto Roscio iba a permanecer aquí, tendría que ser bajo arresto domiciliario, con soldados en la puerta día y noche. «¿Arresto? —dije—. ¿Como si estuviera en prisión, como un soldado prisionero o un esclavo fugitivo? Conozco muy bien la ley y no existe ninguna que permita retener a un ciudadano romano en su propia casa ni en la casa de su protectora». Siempre ha sido así; un ciudadano acusado de un delito siempre tiene la opción de huir si no quiere afrontar el juicio y está dispuesto a renunciar a sus propiedades. De manera que enviaron a un representante del tribunal, que me lo explicó todo con pelos y señales. «Tienes razón —dijo—, salvo en ciertos casos. Ciertos casos capitales.» Quise saber a qué se refería. «Capitales —dijo—, por ejemplo una decapitación... casos en los que se separa la cabeza del tronco o se elimina cualquier otro órgano vital, produciendo como resultado la muerte.» —Cecilia Metela se echó atrás abanicándose. Sus ojos se entornaron y humedecieron. Rufo le puso la mano en el codo con ternura—. Sólo entonces me di cuenta de lo terrible que era todo el asunto. Pobre Sexto, el único hijo superviviente

de mi querido amigo; primero pierde al padre y ahora puede perder la cabeza. ¡Peor que eso! Aquel subordinado, aquel individuo, aquel representante siguió explicando exactamente qué era lo *capital* en una condena por parricidio. ¡Ay de mí! Jamás lo habría creído si no me lo hubieras confirmado personalmente, Cicerón, palabra por palabra.

Cecilia se abanicó con fuerza. Sus párpados, cargados de polvos egipcios, aletearon como las alas de una polilla. Parecía a punto de desmayarse.

Rufo le alargó una copa de agua. Cecilia la rechazó.

—No finjo conocer a este joven; fue a su padre a quien amé y aprecié como a un queridísimo amigo. Pero es el hijo de Sexto Roscio y le he ofrecido asilo en mi casa. Y ojalá nunca le suceda a nadie lo que describió ese hombre, ese representante, esa odiosa persona; a nadie salvo al más pérfido, al más cruel y degenerado de los asesinos. —Pestañeó y alargó la mano. Rufo cogió la copa y se la puso entre los dedos. Cecilia dio un sorbo y la dejó en la mesa—. Así pues, muy razonablemente pregunté a esa criatura, a ese representante, si se podía hacer que los soldados permanecieran al menos a cierta distancia de la casa ¡Porque es humillante! Tengo vecinos y si supierais cuánto les gusta cotillear. También tengo subordinados y clientes que llegan cada mañana pidiendo favores, y los soldados les asustan. Y sobrinos que tienen miedo de venir a casa. ¡Oh, esos soldados saben contener la lengua, pero deberías ver qué miradas echan a las jóvenes! ¿No podrías hacer algo, Rufo?

—¿Yo?

—Sí, tú. Debes de tener algún ascendiente sobre... sobre Sila. Es él quien nombra los jueces. Y está casado con tu hermana Valeria.

—Sí, pero eso no significa... —La cara de Rufo se puso más roja que un tomate.

—Oh, vamos. —La voz de Cecilia se tornó conspiratoria—. Eres un joven apuesto y tan hermoso como Valeria. y sabemos que a Sila le gusta lanzar la red a ambos lados de la corriente.

—¡Cecilia! —Los ojos de Cicerón centellearon, pero no se le alteró la voz.

—No estoy sugiriendo nada indecente. Encanto, Cicerón. Un ademán, una mirada. Rufo no tiene por qué hacer nada. Sila tiene edad de sobra para ser su abuelo. Razón de más para que se digne hacer un pequeño favor a un joven tan atractivo.

—Sila no me encuentra atractivo —dijo Rufo.

—¿Y por qué no? Se casó con Valeria por su belleza, ¿no? Y tú te le pareces mucho, eres su hermano.

Se oyó un extraño ruido, como de pedorreta. Era Tirón, que estaba de pie tras la silla de su amo, apretando los labios para reprimir la carcajada. Cicerón ocultó el ruido carraspeando sonoramente.

—¿Volvemos a lo que has mencionado hace un momento? —dije. Tres pares de ojos convergieron en mí. Cicerón parecía aliviado, Tirón atento, Cecilia confusa. Rufo miraba al suelo, todavía ruborizado.

—Has mencionado la pena por parricidio. No estoy muy familiarizado con este

tema. ¿Por qué no me lo explicas, Cicerón?

El ambiente se ensombreció de pronto, como si una nube hubiera ocultado el sol. Cecilia desvió el rostro y lo ocultó tras el abanico. Rufo cambió una incómoda mirada con Tirón. Cicerón llenó su copa y tomó un largo trago de agua.

—No es sorprendente, Gordiano, que no estés familiarizado con el tema. El parricidio es un delito muy poco frecuente entre los romanos. La última condena, que yo sepa, tuvo lugar cuando mi padre era joven. La pena de muerte tradicional es la decapitación y si se trata de un esclavo, la crucifixión. En un caso de parricidio, la pena es muy antigua y severa, y fue dictada hace mucho por los sacerdotes, no por los juristas, para expresar la ira de Júpiter contra el hijo que osa alzar la mano contra el portador de la semilla que lo engendró.

—Por favor, Cicerón —Cecilia miró por encima del abanico y batió los maquilladísimos párpados—. Con haberlo oído una vez es suficiente. Me produce pesadillas.

—Pero Gordiano debería estar al corriente. Una cosa es saber que la vida de un hombre está en juego y otra su posible forma de morir. Esto es lo que la ley decreta: que el condenado por parricidio, inmediatamente después de la sentencia, sea conducido fuera de los muros de la ciudad, al Campo de Marte, cerca del Tíber. Se tocarán las trompetas y sonarán los timbales para que el populacho sea testigo. Cuando el pueblo se congregue, el parricida será desnudado, tal como vino al mundo. Se colocarán dos soportes que le lleguen hasta las rodillas, separados por un par de metros. El parricida se subirá a ellos, un pie en cada soporte, y se agachará con las manos encadenadas a la espalda. De este modo, todas las partes de su cuerpo quedarán accesibles a los verdugos, que lo azotarán con sendos látigos de nudos hasta que la sangre mane como agua de su carne. Si cae, hay que subirlo de nuevo. Los látigos deben golpear todas las partes de su cuerpo, incluso las plantas de los pies y la entrepierna La sangre que gotea de su cuerpo es la misma que la sangre que corrió por las venas de su padre y le dio la vida. Al observar cómo brota de sus heridas, comprenderá cuán vanamente la derramó. —Cicerón miraba vagamente a lo lejos mientras hablaba. Cecilia le observaba con los ojos entornados y concentrados tras el abanico—. Se tendrá preparado un saco, lo suficientemente grande para contener a un hombre, hecho de cueros tan tupidamente cosidos que no entren en él ni el agua ni el aire. Cuando los azotadores hayan terminado su misión, es decir, cuando cada parte del cuerpo del parricida esté tan llena de sangre que nadie pueda adivinar dónde acaba la sangre y dónde comienza la carne, se obligará al condenado a arrastrarse hasta el saco. Éste se habrá puesto a cierta distancia de los soportes, de manera que la plebe reunida pueda contemplar su avance y tenga la oportunidad de lanzarle estiércol y entrañas de animal, y de maldecirle en voz alta. Cuando alcance el saco, se le hará reptar al interior. Si se resiste, será arrastrado de nuevo hasta los soportes y el castigo comenzará de nuevo. Dentro del saco, el parricida regresa al seno materno, queda como no nacido, no alumbrado. Nacer, nos dicen los filósofos, es sufrimiento. Desnacer es un sufrimiento aún mayor. En el interior del saco los verdugos introducirán cuatro animales vivos. Primero un pe-

rro, la más servil y despreciable de las criaturas, y un gallo de pico y garras especialmente agudos. Estos símbolos son muy antiguos: el perro y el gallo, el que vigila y el que despierta, guardianes del hogar; por no haber sabido proteger al padre del hijo, deben hacer compañía al asesino. Junto con ellos se introducirá una serpiente, el principio masculino que puede matar aunque de vida; y un mono, la más cruel burla del ser humano que hayan creado los dioses.

—¡Imaginaos qué escándalo! —dijo Cecilia con voz entrecortada.

—El saco quedará cosido con los cinco dentro y será llevado a la orilla del río. No hay que hacer rodar el saco ni golpearlo con palos: los animales deben permanecer vivos dentro del saco, de manera que puedan torturar al parricida tanto como sea posible. Mientras los sacerdotes pronuncian las maldiciones finales, el saco se arroja al Tiber. Se dispondrán observadores hasta Ostia; sI el saco encalla, hay que empujarlo hacia la corriente en seguida, hasta que llegue al mar y se pierda de vista. El parricida destruye la mismísima fuente de su vida. Y acaba su vida privado del contacto con los elementos que dieron ser al mundo: la tierra, el aire, el agua, incluso la luz del sol le son negados en las últimas horas de su agonía, hasta que por fin el saco se abre por las costuras y es devorado por el mar, y sus despojos pasan de Júpiter a Neptuno, y de éste a Plutón, más allá del afecto, el recuerdo y el odio de la raza humana.

La habitación quedó en silencio. Cicerón suspiró larga y profundamente. Había una fina sonrisa en sus labios y parecía satisfecho de sí mismo tras la magnífica parrafada.

Cecilia bajó el abanico. Estaba completamente pálida.

—Gordiano, cuando conozcas al pobre Sexto, comprenderás por qué está tan inquieto. Como un conejo, petrificado de terror. Pobre muchacho. Eso es lo que le harán, a menos que lo impidamos. Debes ayudarle, joven. Debes ayudar a Rufo y a Cicerón a impedirlo.

—Haré lo que pueda. Si la verdad puede salvar a Sexto Roscio... Pero has dicho que está aquí, en la casa.

—Oh sí, y estaría ahora con nosotros, sólo que...

—¿Qué?

Rufo se aclaró la garganta.

—Ya lo entenderás cuando lo conozcas.

—¿Entender qué?

—Está destrozado —dijo Cicerón—, dominado por el pánico, dice incoherencias, está completamente perturbado. Casi loco de terror.

—¿Tanto teme que le condenen? Los cargos contra él deben de estar bien fundados.

—Naturalmente que tiene miedo. —Cecilia batió el abanico y una mosca se posó en su manga—. ¿Y quién no lo tendría en su situación? Y que es inocente apenas tiene... bueno, quiero decir que todos sabemos de casos, especialmente desde que... es decir, bueno, ya sabéis lo del año pasado... ser inocente no es ninguna seguridad hoy en día. —

Lanzó una rápida mirada a Rufo, que se esforzó por no corresponderla.

—El joven Sexto tiene miedo hasta de su propia sombra —dijo Cicerón—. Estaba asustado antes de venir, pero ahora está aún más asustado. Teme que lo condenen; teme que lo absuelvan. Dice que quien mató a su padre está decidido a matarle también; el juicio mismo es una conjura para deshacerse de él. Si la ley lo salva, lo matarán en plena calle.

—Me despierta en plena noche chillando. —Cecilia trató de aplastar la mosca—. Oigo sus gritos desde el otro extremo de la casa. Pesadillas. Lo del mono es lo peor. Y lo de la serpiente, no digamos.

Rufo sufrió un estremecimiento.

—Cecilia dice que se tranquilizó cuando pusieron guardias en la puerta, como si estuvieran allí para protegerle y no para impedirle salir.

—Es cierto —dijo Cicerón—. De otro modo le habrías conocido en mi estudio, Gordiano, sin necesidad de venir aquí a molestar a nuestra anfitriona.

—Habría sido perderse una interesante experiencia —dije— no ser recibido en casa de Cecilia Metela.

Cecilia sonrió para agradecer el cumplido. Miró de pronto la mesa y la golpeó con el abanico. Aquella mosca no volvería a importunarla.

—No obstante, habría tenido que conocerla tarde o temprano en el curso de la investigación.

—¿Por qué? —objetó Cicerón—. Cecilia no sabe nada del asesinato. Es sólo una amiga de la familia, no una testigo.

—Sin embargo, Cecilia Metela fue una de las últimas personas que vio con vida al difunto Sexto Roscio.

—Sí, eso es cierto —asintió ella—. Tomó sus últimos alimentos aquí, en esta misma estancia. En una ocasión me dijo que no servía para la vida al aire libre. El campo y la vida rural en Ameria le aburrían soberanamente. «Éste es el único verde que me gusta», dijo. —Cecilia señaló la pintura de las paredes—. ¿Veis ese pavo real que hay ahí, en la pared sur, con las alas completamente desplegadas? Cuánto le gustaba verlo iluminado por la luz que entra por la claraboya, con todos esos colores… recuerdo que solía llamarlo Cayo y quería que yo le imitara. Cayo también adoraba esta habitación, como sabéis.

—¿Cayo?

—Su hijo Cayo.

—Creía que el difunto tenía un solo hijo.

—Oh, no. Bueno, sí, sólo le queda uno, tras la muerte de Cayo.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Vamos a ver... ¿Hace tres años? Sí, lo recuerdo porque fue la misma noche del triunfo de Sila. Había fiestas por todo el Palatino. La gente iba de una a otra. Todo el mundo lo celebraba... las guerras civiles habían acabado por fin. Yo misma di una fiesta, en esta habitación, con las puertas del jardín completamente abiertas. Una noche

cálida.:. hacía un clima exactamente igual al de ahora. El propio Sila estuvo un rato aquí. Recuerdo que hizo un chiste. «Esta noche —dijo—, todo el que es alguien en Roma o la está corriendo... o no para de correr». Naturalmente, hubo algunos que la corrieron y a quienes más les habría valido echar a correr. ¿Quién podía imaginar que las cosas llegarían tan lejos?

—Enarcó las cejas y suspiró.

—Entonces ¿fue aquí donde murió Cayo Roscio?

—Oh no, por eso lo recuerdo. Cayo y su padre deberían haber estado aquí... oh, cómo habría entusiasmado a mi querido Sexto codearse con Sila en esta misma habitación, haber tenido la oportunidad de presentarle a Cayo. Y conocer los gustos del dictador en ese aspecto —entornó los ojos y miró con desconfianza a su alrededor—, habrían hecho muy buenas migas.

—Sila y el joven.

—Claro.

—¿Cayo era pues un muchacho apuesto?

—Oh, sí. De pelo claro, inteligente, muy bien educado. Todo lo que el querido Sexto deseaba en un hijo.

—¿Qué edad tenía Cayo?

—Hacía muy poco que se había puesto la toga viril. Supongo que diecinueve años, quizás veinte.

—¿Mucho más joven que su hermano?

—Oh, sí, imagino que Sexto el joven tiene ya... ¿cuarenta años? Su hija mayor está a punto de cumplir los dieciséis.

—¿Estaban muy unidos los dos hermanos?

—¿Cayo y Sexto? No creo. La verdad es que casi nunca se veían. Cayo estaba casi todo el tiempo con su padre, en la ciudad, mientras que Sexto está a cargo de las propiedades de Ameria.

—Entiendo. ¿Vas a contarme cómo murió Cayo?

—No entiendo qué tiene esto que ver con el caso. —Cicerón se removió con incomodidad—. No son más que habladurías.

Le lancé una mirada no exenta de compasión. Hasta ese momento me había tratado con una cortesía poco corriente, en parte porque era un ingenuo, en parte porque tal era su naturaleza. Pero que yo hablara con tanta libertad con una mujer que estaba tan por encima de mí (¡una Metela!) irritaba incluso su sensibilidad liberal. Había tomado el diálogo por lo que era, un interrogatorio, y se había sentido ofendido.

—No, no, Cicerón, déjale que pregunte —le reprochó Cecilia agitando el abanico y regalándome una sonrisa. Se sentía contenta, incluso impaciente, por hablar de su difunto amigo. Me preguntaba cuál había sido exactamente su relación con Sexto Roscio el viejo, el frecuentador de banquetes y amante de la diversión.

—Cayo Roscio y su padre —dijo Cecilia suspirando— tenían que venir aquí aquella noche para pasar el inicio de la velada en mi fiesta; y luego teníamos que ir a la man-

sión de Sila para tomar parte en el banquete triunfal. Se invitó a miles de personas. La liberalidad de Sila fue ilimitada. Sexto Roscio estaba ansioso de causar buena impresión; unos días antes había venido a verme en compañía de Cayo para pedirme consejo acerca de su atuendo. Si las cosas hubieran ocurrido como debieran, Cayo no habría muerto...

—Intervinieron los Hados —apunté.

—Sí, tienen esa fea costumbre. Dos días antes del triunfo, Sexto el viejo recibió un mensaje de Sexto el joven, desde Amería, instándole a volver a casa. Una emergencia: un incendio, una riada, no estoy segura. Algo tan urgente que Sexto se marchó a toda prisa a sus propiedades y se llevó a Cayo con él. Esperaba regresar para los festejos, pero tuvo que quedarse en Amería para el funeral.

—¿Cómo sucedió?

—Comida envenenada. Unas conservas en mal estado, setas... uno de los manjares favoritos de Cayo. Sexto me describió el incidente con todo lujo de detalles... que su hijo cayó redondo al suelo y comenzó a vomitar una bilis clara. Sexto le introdujo la mano en la garganta, pensando que se asfixiaba. La garganta del muchacho ardía. Cuando sacó los dedos, estaban manchados de sangre. Cayo expulsó más bilis, esta vez negra y espesa. Murió al cabo de unos minutos. Algo absurdo, trágico. Mi querido Sexto no volvió a ser el mismo.

—Dices que Cayo tenía diecinueve o veinte años, aunque yo pensaba que el padre era viudo. ¿Cuándo murió la madre del muchacho?

—Al dar a luz a Cayo. Creo que fue una de las razones por las que Sexto amaba tanto al muchacho. Se parecía muchísimo a su madre. Sexto decía que Cayo era el último regalo que ella le había hecho.

—Y los dos hijos... deben de haber nacido con casi veinte anos de diferencia. ¿De la misma madre?

—No. Cayo y Sexto eran hermanastros. La primera mujer de Sexto el viejo había muerto hacía años de no sé qué enfermedad. —Cecilia se encogió de hombros—. Quizá ésa era otra razón por la que los muchachos nunca intimaron.

—Entiendo. Y cuando Cayo murió, ¿se estrecharon las relaciones entre Sexto Roscio y su hijo mayor?

Cecilia apartó la mirada.

—No, al contrario. A veces una tragedia produce ese efecto en una familia, profundiza las viejas heridas. Hay ocasiones en que un padre ama más a un hijo que a otro... ¿quién puede cambiar ese hecho? Cuando Cayo murió, Sexto Roscio culpó al hermano del muchacho. Fue un accidente, por supuesto, pero un anciano angustiado por la aflicción no siempre tiene entereza suficiente para culpar a los dioses. Regresó a Roma y dilapidó su tiempo... y su fortuna. En una ocasión me dijo que, ya que Cayo había muerto, no tenía a nadie a quien heredar y que estaba decidido a gastar su patrimonio antes de morir. Sé que son palabras crueles. Mientras que Sexto el joven estaba al frente de la propiedad, Sexto el viejo gastaba todo lo que podía. Podéis imaginar cuán-

to resentimiento había por ambas partes.

—¿El suficiente para mover al asesinato?

Cecilia se encogió de hombros con hastío. La viveza la había abandonado. El disfraz de gena y maquillaje se desvaneció abruptamente, revelando a la arrugada mujer que había debajo.

—No lo sé.

—Aquella noche de septiembre... durante los Idus... Sexto Roscio cenó aquí antes de su muerte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo se marchó?

—Temprano. Tenía costumbre de quedarse hasta bien entrada la noche, pero aquella velada se despidió antes del último plato. Poco después de anochecer.

—¿Y sabes adónde se dirigía?

—A casa, supongo... —Su voz se desvaneció lentamente de una manera poco natural. Cecilia Metela, por haber vivido tantos años sola, carecía de una habilidad que poseen todas las esposas romanas: no sabía mentir.

Me aclaré la garganta.

—Quizá Sexto Roscio no se dirigía a su casa cuando se marchó aquella noche. Quizá ésa fue la razón por la que se marchó temprano. ¿Una cita? ¿Un mensaje?

—Bueno, sí. —Cecilia arrugó la frente—. Me parece que vino un mensajero, de esos que cualquiera puede contratar en la calle.

Llamó a la puerta de servicio. Ahausaro vino a buscarme, explicándome que había un hombre en la cocina con un mensaje para Sexto Roscio. Éramos seis u ocho personas a la mesa y aún no habíamos acabado de cenar. Sexto estaba relajado, casi adormilado. Ahausaro le susurró algo al oído. Sexto pareció dar un respingo, se levantó en seguida y abandonó la habitación casi sin pedirme permiso.

—Imagino que no llegaste a enterarte de cuál era el mensaje.

Cicerón lanzó un leve gruñido. Cecilia se puso rígida y un rosicler natural le coloreó las mejillas.

—Joven, Sexto Roscio y yo éramos antiguos y buenos amigos.

—Lo comprendo, Cecilia Metela.

—¿De veras? Una persona mayor necesita quien vele por sus intereses y muestre cierta curiosidad cuando llegan extraños mensajeros para importunarle por la noche. Naturalmente le seguí, y escuché.

—Ah. ¿y podrías decirme quién había enviado al mensajero?

—Éstas fueron sus palabras exactas: «Elena dice que vayas a la Casa de los Cisnes en seguida. Es muy importante». Y enseñó un objeto a Sexto.

—¿Qué objeto?

—Un anillo de mujer... pequeño, de plata, muy vulgar. El anillo que un pobre entregaría a su amante o el obsequio insignificante que un rico podría dar a...

—Entiendo.

—Claro, claro. Tras la muerte de Cayo, Sexto comenzó a derrochar el tiempo y el dinero en los lupanares. Y todo por Cayo. Como si hubiera habido en él un súbito e incontrolable deseo de procrear otro hijo. Absurdo, desde luego, pero hay veces en que un hombre debe doblegarse ante la naturaleza. Las curaciones tienen lugar de maneras muy misteriosas.

Permanecimos un momento en silencio.

—Creo que eres una mujer prudente, Cecilia Metela. ¿Sabes algo más de esa tal Elena?

—No.

—¿Y de la Casa de los Cisnes?

—Nada, excepto que está cerca de los Baños de Palacina y de la casa de Sexto, junto al Circo Flaminio. Pero no pensarás que era cliente de un tugurio tan vulgar de la Subura, ¿verdad?

Cicerón se aclaró la garganta.

—Creo que va siendo hora de que Gordiano conozca a Sexto Roscio.

—Sólo un par de preguntas más —dije—. ¿Sexto Roscio dejó la cena inmediatamente?

—Sí.

—Pero no solo.

—No, se fue con los dos esclavos que le acompañaban. Sus favoritos. Sexto siempre los llevaba consigo.

—¿Recuerdas cómo se llamaban?

—Por supuesto que sí, han entrado y salido de mi casa durante años. Cresto y Félix. Muy leales. Sexto confiaba en ellos completamente.

—¿Apropiados para hacer de guardaespaldas?

—Supongo que llevarían cuchillo. Pero no tenían complexión de gladiadores. Su misión principal era llevar las antorchas y acompañar a su amo a la cama. No creo que contra una banda de asesinos armados resultaran de utilidad.

—¿Y necesitaba su amo que lo acompañaran a la cama o que le ayudaran a caminar por las calles?

—¿Preguntas si se emborrachaba hasta ese extremo? —Cecilia sonrió afectuosamente—. Sexto no era hombre que escatimara los placeres.

—Supongo que llevaba una toga elegante.

—La mejor que tenía.

—¿Y joyas?

—Sexto no era hombre de apariencia modesta. Imagino que no ocultaría el oro.

Cabeceé al oír aquello: un anciano, prácticamente sin escolta, caminando por las calles de Roma después de anochecer, borracho y exhibiendo su riqueza, respondiendo a la misteriosa llamada de una prostituta. La suerte había abandonado a Sexto Roscio en los Idus de septiembre, pero ¿quién había sido el instrumento del Hado y con qué objeto?

Capítulo Siete

Sexto Roscio y su familia se habían instalado en un ala apartada de la casa. El eunuco Ahausaro nos condujo por una red de pasillos cada vez más estrechos y menos vistosos. Por fin entramos en una zona donde las pinturas de las paredes necesitaban una urgente restauración y pronto desaparecieron totalmente y fueron reemplazadas por yeso vulgar, en gran parte deteriorado y desconchándose. Las baldosas que había a nuestros pies eran inestables y estaban agrietadas, con agujeros del tamaño de un puño. Nos encontrábamos lejos de los jardines magníficos y la sala íntima donde Cecilia nos había recibido, mucho más allá de las cocinas y de los alojamientos de los sirvientes. Los olores eran menos apetitosos que los del pato asado y el pescado hervido. Estábamos cerca de los retretes interiores.

Al igual que una auténtica protectora romana a la vieja usanza, Cecilia parecía dispuesta a sufrir la vergüenza e incluso el escándalo para proteger a la familia de su cliente, pero estaba claro que no tenía ningún deseo de tener a Sexto Roscio el joven cerca de sí dentro de la casa, ni de malacostumbrarlo al lujo. Comencé a preguntarme si Cecilia estaría convencida de la inocencia del hombre, ya que le había dado un refugio tan poco generoso.

—¿Cuánto tiempo lleva Roscio bajo el techo de Metela? —pregunté a Cicerón.

—No lo sé. ¿Rufo?

—No mucho. Veinte días, quizá; estoy seguro de que no llegó antes de las Nonas de abril [el día 5]. Vengo a menudo, pero ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que apostaron a los guardias y Cecilia me lo explicó. No creo que se preocupe mucho por él y claro, como su mujer es tan vulgar... '

—¿Y qué estaba haciendo en la ciudad si tanto le gusta el campo?

Rufo se encogió de hombros.

—Tampoco estoy seguro de eso y no creo que Cecilia lo sepa. Se presentó con su familia en su puerta una tarde, suplicando que les dejara entrar. Dudo que le conociese, pero cuando supo que era el hijo de Sexto Roscio le abrió su casa inmediatamente. Parece que todos los problemas que les está causando la muerte del viejo era algo que se veía venir, incluso cuando estaban en Ameria. Puede que hayan tenido que huir de su pueblo; aparecieron en Roma prácticamente sin nada, sin un esclavo siquiera. Pregúntale quién se encarga ahora de las propiedades de Ameria y te dirá que casi todas se han vendido y que algunos primos se han hecho cargo del resto. Pídele que sea más concreto y se subirá por las paredes. Creo que Hortensio dejó el caso porque lo dio por imposible.

Ahausaro gesticuló aparatosamente al hacemos cruzar la última cortina.

—Sexto Roscio, hijo de Sexto Roscio —dijo, inclinando la cabeza ante la figura que estaba sentada en el centro de la habitación—, amadísimo cliente de mi ama. Te traigo unos visitantes —añadió con un ademán vagamente despectivo en nuestra direc-

ción—. El joven Mesala y Cicerón el abogado, a quien ya conoces. y otro que se llama Gordiano. —A Tirón no le hizo el menor caso, lógicamente, como tampoco a la mujer que estaba cosiendo en un rincón, sentada en el suelo y con las piernas cruzadas, ni a las dos muchachas que estaban arrodilladas bajo la claraboya y que jugaban a no sé qué.

Ahausaro se retiró. Rufo dio un paso hacia delante.

—Hoy tienes mejor aspecto, Sexto Roscio. —El hombre asintió ligeramente—. Puede que esta tarde tengas que hablar un poco. Cicerón tiene que empezar a preparar tu defensa, el juicio es dentro de ocho días. Por eso está aquí Gordiano. Le llaman el Sabueso. Su especialidad es husmear, rastrear y encontrar la verdad.

—¿Un mago que se transforma en perro? —El individuo me lanzó una mirada siniestra.

—No —dijo Rufo—. Un investigador. Mi hermano Hortensio a menudo utiliza sus servicios.

Los ojos siniestros se volvieron hacia Rufo.

—Hortensio... ¿El cobarde que huyó con el rabo entre las piernas? ¿Qué bien puede hacerme un amigo de Hortensio?

La cara pálida y pecosa de Rufo se volvió del color de las cerezas. Abrió la boca, pero yo levanté la mano para hacerle callar.

—Dime una cosa, Sexto Roscio Amerino —manifesté en voz alta. Cicerón arrugó el entrecejo y cabeceó—. Respóndeme antes de seguir adelante: ¿mataste o causaste de alguna otra manera la muerte de tu padre?

Me acerqué a él, desafiándole con mi sola actitud a que me mirase a los ojos, cosa que hizo. Lo que vi fue simplemente una cara, como las que los políticos romanos se complacen en alabar, una cara bronceada por el sol, curtida por los elementos, castigada por el paso de los años. Puede que Roscio fuera un rico terrateniente, pero en el fondo era sólo un agricultor. Nadie está al frente de los campesinos sin adquirir su aspecto; nadie toca la tierra sin llenarse las uñas de mugre. En Sexto Roscio había cierta vulgaridad, cierta falta de pulido, una cualidad tan apática como el vacío y tan imperturbable como el granito. Era el hijo que habían dejado en el campo para que azotara a los esclavos remolones y sacara los bueyes de las zanjas, mientras el joven y hermoso Cayo se convertía en un mimado niñato de ciudad en la casa de su disoluto padre.

Busqué en sus ojos resentimiento, amargura, celos, avaricia. Lejos de ello, vi los ojos de un animal con la pata atrapada en el cepo mientras oye aproximarse al cazador.

Roscio respondió finalmente con un susurro ronco y apenas audible.

—No. —Me miró a los ojos sin pestañear. Yo sólo veía miedo y aunque el miedo hace mentir a un hombre con más rapidez que ninguna otra cosa, creí en lo que me decía. Cicerón debía de haber visto lo mismo que yo; me había dicho que era inocente y a mí me había bastado conocerlo en persona para darme cuenta de que era cierto.

Dado que era un hombre trabajador y de considerable riqueza, deduje que el

aspecto que tenía aquel día no era el habitual. Sus cabellos y barba eran más largos de lo que dicta la moda en el campo, ensortijados, descuidados y veteados de gris. Hundido en la silla, parecía encorvado y frágil, aunque un vistazo a Cicerón y a Rufo revelaba que en comparación con ellos era más robusto y musculoso. Había círculos oscuros bajo sus ojos. La piel era cetrina. Los labios, secos y agrietados.

Cecilia Metela decía que se despertaba gritando por la noche. No había duda de que le había echado un vistazo y dictaminado locura. Pero Cecilia nunca había recorrido las numerosísimas calles de los pobres de Roma y Alejandría. La desesperación puede lindar con la locura, pero para quien está acostumbrado a ver ambos estados, existe una clara diferencia. Sexto Roscio no estaba loco. Estaba desesperado.

Busqué un lugar para sentarme. Roscio chascó los dedos en dirección a la mujer, una cuarentona fornida y fea. Por la manera de responderle ésta, con gesto reprobatorio, supe que era su esposa. La mujer se puso en pie y a su vez chascó los dedos hacia las dos niñas, que se acomodaron en el suelo. Roscia Mayor y Roscia Menor, deduje, dada la escasa imaginación con que los romanos racionan el gentilicio entre las hijas de la familia, diferenciándolas sólo mediante un distintivo ordinal.

Roscia Mayor era quizá de la edad de Rufo o un poco más joven, una niña a punto de convertirse en mujer. Al igual que Rufo llevaba una sencilla túnica blanca. Una tupida masa de cabellos castaños formaba una trenza en la nuca y le caía hasta la cintura; de acuerdo con la moda rural, nunca le habían cortado el pelo. Era hermosísima, pero en sus ojos vi la misma expresión de miedo que caracterizaba los del padre.

La hija menor era sólo una niña, una reproducción en miniatura de su hermana, con la misma túnica y el pelo igualmente peinado y de la misma longitud. Siguió a las demás mujeres por la habitación, aunque era demasiado pequeña para ayudarlas a mover las sillas. Señaló a Cicerón con el dedo.

—Cara de payaso —exclamó y se llevó las manos a la boca, riendo. La madre frunció el entrecejo y la echó de la estancia. La mayor sálió detrás de la madre, pero antes de perderse tras la cortina se volvió a miramos. Cicerón y Rufo se estaban sentando y no se dieron cuenta. De nuevo quedé impresionado por su cara: su amplia boca y su lisa frente, sus profundos ojos castaños teñidos de tristeza. Debió de darse cuenta de que la observaba; me devolvió la mirada con una franqueza que no se encuentra a menudo en muchachas de su edad y clase social. Frunció los labios, entornó los ojos y la expresión de su rostro se convirtió en una invitación: sensual, calculada, provocativa. Sonrió. Los labios se movieron, pronunciando palabras que no pude descifrar.

Cicerón y Rufo estaban al otro lado de la habitación, juntas las cabezas, intercambiando un apresurado murmullo.

Me acerqué a la silla que me habían destinado. Tirón me siguió y se quedó detrás de mí. Cabeceé para despejarme. Otra mirada a Sexto Roscio me serenó en el acto.

—¿Dónde están tus esclavos, Sexto Roscio? No creo que en tu propia casa se te ocurriera pedir a tu mujer y a tus hijas que fueran por las sillas de los invitados. Sus

ojos siniestros relumbraron.

—¿Y por qué no? A una mujer le viene bien que le recuerden de vez en cuando cuál es su lugar. Especialmente a mujeres como la mía, con un marido y un padre lo suficientemente ricos para hacer lo que les venga en gana.

—Perdona, Sexto Roscio. No quería ofenderte. Hablas con mucha prudencia. La próxima vez le pediremos las sillas a Cecilia Metela.

Rufo reprimió una carcajada. Cicerón frunció el entrecejo ante mi impertinencia.

—Un listo que se las sabe todas —dijo Sexto Roscio—. Un inteligente hombre de ciudad, como estos dos. ¿Qué buscas aquí?

—Sólo la verdad, Sexto Roscio. Porque averiguarla es mi trabajo y porque la verdad es lo único que puede salvar a un hombre inocente... a un hombre como tú.

Roscio se hundió en su asiento. En una prueba de fuerza muscular habría sido un rival incómodo para cualquiera de nosotros, aun en su debilitada condición, pero era un hombre fácil de derrotar con las palabras.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde están tus esclavos?

Se encogió de hombros.

—En Ameria, naturalmente. En la hacienda.

—¿Todos? ¿No has traído a ninguno contigo para que limpie y cocine, para que se ocupe de tus hijas? No lo comprendo.

Tirón se acercó a Cicerón y le susurró algo al oído. Cicerón asintió e hizo un ademán con la mano. Tirón salió de la habitación.

—Qué esclavo tan bien educado tienes. —Roscio hizo una mueca sarcástica—. Pide permiso a su amo para ir a orinar. ¿Has visto el sistema de cañerías que tienen aquí? No había visto cosa igual. Agua corriente por toda la casa. Mi padre solía hablarme de ello; ya sabes que a los viejos no les gusta salir por la noche para echar una meada al aire libre. Aquí no. Ésta es una casa elegante que ni los esclavos salen a poner un huevo. Generalmente no huele tan mal, sólo que con este condenado calor...

—Estábamos hablando de tus esclavos, Sexto Roscio. Hay dos en particular con los que me gustaría hablar. Los favoritos de tu padre, los que estaban con él la noche que murió. Félix y Cresto. ¿También están en Ameria?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo—. Habrán huido. O les habrán cortado el cuello.

—¿Y quién iba a hacer eso?

—¿Cortarles el cuello? Los mismos que asesinaron a mi padre, claro.

—¿Y por qué?

—Porque los esclavos vieron lo que pasó, so bobo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ellos me lo dijeron.

—¿Fue así como te enteraste de la muerte de tu padre... por lo que te contaron los esclavos que estaban con él?

Roscio hizo una pausa.

—Sí. Enviaron un mensaje desde Roma.

—¿Estabas en Ameria la noche que fue asesinado?

—Por supuesto. Hay veinte personas que te lo dirán.

—¿Y cuándo te enteraste de que lo habían asesinado?

Roscio hizo otra pausa.

—El mensajero llegó dos mañanas después.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Vine ese día. Un viaje muy duro. Puedes hacerlo en ocho horas con un buen caballo. Salí al alba y llegué al atardecer... los días son cortos en otoño. Los esclavos me enseñaron el cadáver. Las heridas... —Su voz se convirtió en un susurro.

—¿Y te enseñaron la calle donde fue asesinado?

Sexto Roscio miró al suelo.

—Sí.

—¿El mismísimo lugar del crimen?

Se estremeció.

—Sí.

—Tendría que ir allí y verlo por mí mismo.

Negó con la cabeza.

—No pienso volver allí.

—Lo comprendo. Me llevarán los dos esclavos, Félix y Cresto. —Observé su cara. Una luz brilló en sus ojos y de pronto sentí cierto recelo—. Ah —dije—, pero los esclavos están en Ameria, ¿o no?

—Ya te lo he dicho. —Roscio parecía temblar a pesar del calor.

—Pero tengo que ver la escena del crimen lo antes posible. No puedo esperar a que los esclavos vuelvan a Roma.. Creo que tu padre se dirigía a un local llamado la Casa de los Cisnes. Puede que el crimen ocurriera en los alrededores.

—Nunca he oído hablar de ese establecimiento. —¿Mentía o decía la verdad? Escruté su rostro, pero el instinto no me dijo nada.

—Pero ¿podrías ayudarme a encontrar el lugar?

Podía y lo hizo. Quedé un poco sorprendido, dado su desconocimiento de la ciudad. Hay miles de calles en Roma; sólo unas cuantas tienen nombre. Pero entre lo que sabíamos Cicerón y yo, y lo que pudo recordar Roscio, deduje la ruta. Era tan complicada que hubo que anotarla. Cicerón miró por encima de su hombro, refunfuñando por la ausencia de Tirón; por suerte, éste había dejado la tablilla de cera y el estilo en el suelo, junto a la silla de Cicerón. Rufo se ofreció a tomar las notas.

—Ahora dime, Sexto Roscio: ¿sabes quién asesinó a tu padre?

Bajó los ojos e hizo una larga pausa. Puede que fuera sólo el calor lo que le aturdía:

—No.

—Y aun así le has dicho a Cicerón que tienes miedo de correr la misma suerte,

que los mismos hombres están decididos a matarte a ti también. Que este proceso es en sí mismo un atentado contra tu vida.

Roscio cabeceó y se abrazó el tórax. La luz siniestra de sus ojos se había apagado.

—No, no —murmuró—. Nunca he dicho eso. —Cicerón me lanzó una mirada atónita. Los murmullos de Roscio se hicieron más audibles—. ¡Abandonad, abandonad todos! Soy un hombre condenado. Me arrojarán al Tíber dentro de un saco, ¿y para que? Para nada. ¿Qué será de mis hijas, de mis preciosas hijas? —Comenzó a llorar.

Rufo. fue a su lado y puso una mano en la espalda del hombre. Roscio la apartó con violencia. Me levanté e hice una formal inclinación de cabeza.

—Señores, por favor, por hoy hemos terminado.

Cicerón se puso en pie a regañadientes.

—Pero si no has hecho más que empezar. Pregúntale...

Me llevé un dedo a los labios. Me volví hacia la puerta, llamando a Rufo, que intentaba consolar a Sexto Roscio. Aparté la cortina y dejé pasar a Cicerón y a Rufo. Volví a mirar a Roscio, que se estaba mordiendo los nudillos y temblando.

—Una terrible sombra se cierne sobre ti, Sexto Roscio de Ameria. Si es culpa, vergüenza o temor, no sabría decirlo. Es obvio que no tienes intención de explicar nada más. Yo sólo te prometo que haré todo lo que pueda para descubrir al asesino de tu padre.

Roscio golpeó el brazo de la silla con el puño. Le brillaban los ojos, pero ya no lloraba.

—¡Haz lo que te dé la gana! —exclamó bruscamente—. Otro necio de ciudad. No te he pedido ayuda. Como si la verdad tuviera alguna importancia o significara algo. ¡Vamos, ve a hacer el payaso ante las manchas de sangre que aún hay en la calle! ¡Ve a ver dónde murió el viejo mientras iba a visitar a su puta! ¿Qué más da? ¡Ni siquiera aquí estoy a salvo!

Hubo más. No lo oí. Bajé el brazo para que las gruesas cortinas ahogaran sus improperios.

—Ése sabe mucho más de lo que ha dicho —dijo Rufo mientras recorríamos los pasillos hacia el ala de Cecilia.

—Por supuesto que sí. Pero ¿y qué? —Cicerón hizo una mueca—. Empiezo a comprender por qué Hortensio abandonó el caso.

—¿Sí? —pregunté.

—Ese hombre es insoportable. ¿Cómo voy a defenderlo? Ya ves por qué Cecilia lo tiene apartado en ese apestoso rincón. Siento haberte hecho perder el tiempo. Yo mismo me siento tentado de dejar el caso.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Porque mi investigación acaba de empezar y hemos tenido un inicio de lo más prometedor.

—Ja. Ésta sí que es buena. No hemos averiguado nada, ni de Cecilia ni del propio Roscio. Cecilia no sabe nada y sólo está involucrada en el caso por su apego sentimental hacia el difunto. Roscio sabe algo, pero no lo dirá. ¿Qué puede asustarlo hasta el punto de no querer ayudar a quienes van a defenderle? Ni siquiera sabemos lo suficiente para intuir acerca de qué está mintiendo —Cicerón frunció los labios—. Por Hércules, creo que a pesar de todo es inocente. ¿No tienes tú la misma impresión?

—Sí es posible. Pero te equivocas si crees que no hemos descubierto nada de valor. Dejé de hacerle preguntas porque ya tenía suficientes hilos que desenmarañar. He averiguado lo suficiente esta tarde para estar ocupado al menos durante los dos próximos días.

—¿Dos días? —Cicerón tropezó con una baldosa suelta—. Pero el juicio comienza dentro de ocho y todavía no tengo alegato alguno en que basar la defensa.

—Te prometo, Marco Tulio Cicerón, que en ocho días no sólo sabremos dónde fue asesinado Sexto Roscio (lo cual es un detalle de no poca importancia) sino también por qué y por quién. Sin embargo, en este. momento me complacería, resolver un misterio mucho más sencillo, aunque no menos acuciante.

—¿Cuál?

—¿Dónde están los celebérrimos retretes interiores?

Rufo se echó a reír.

—Los hemos pasado ya. Tendrás que volver sobre tus pasos. La segunda puerta a la izquierda, no tiene pérdida. Los reconocerás por las baldosas azules y un pequeño relieve de Tritón encima de la puerta.

Cicerón arrugó la nariz.

—Sospecho que los encontrarás por el olor. Mientras estás allí —dijo cuando ya me había alejado unos pasos—, mira a ver si puedes averiguar adónde ha ido Tirón. Lo mismo ocurrió la última vez que vinimos... dijo que se había extraviado con tanto pasillo. Si todavía está en el retrete, supongo que debe de tener algún problema. Dile que se lo tiene merecido por negarse a seguir mi ejemplo de ayunar al mediodía. Tanta comida es una conmoción antinatural para el organismo, especialmente con este calor...

Un giro a la izquierda y un corto paseo por un corredor angosto me llevó a la puerta de baldosas azules. Unos pequeños huecos abiertos a la altura del jambaje contenían mantoncito de ceniza, restos de incienso y maderas aromáticas para disimular la fetidez que salía del interior. En un día de bochorno como aquél, había que reponer el incienso constantemente, pero los sirvientes de Cecilia no habían sido muy diligentes; o bien se había consumido todo el incienso en el santuario del ama. Crucé la gruesa cortina azul.

No hay en el mundo un pueblo más propenso a administrar el agua y los residuos que el romano. Como me dijo en cierta ocasión un ateniense,. «estamos bajo el yugo de una nación de fontaneros». Y con todo, en aquella casa, una de las más elegantes del centro de la ciudad, había algo que no marchaba del todo bien. Las baldosas azules pedían a gritos una limpieza. El canal de piedra estaba atascado y cuando apreté la válvu-

la sólo salió un finísimo chorro de agua. Una especie de zumbido me hizo levantar la mirada. La claraboya de ventilación estaba obstruida por una inmensa telaraña llena de moscas.

Hice mis necesidades y me apresuré a salir del recinto, respirando profundamente en cuanto hube dejado atrás la cortina azul. La bocanada de aire quedó detenida en mi garganta y la retuve mientras escuchaba unas voces apagadas procedentes de una puerta que había al otro lado del vestíbulo. Una era la de Tirón.

Crucé el vestíbulo. La otra voz era de una joven, pueblerina pero no carente de cultura. Pronunció unas palabras que apenas oí y dejó escapar un grito ahogado y un lamento.

Lo comprendí todo en el acto.

Podía haberme retirado, pero me acerqué y pegué la oreja a la delgada cortina amarilla. El pobre iluso de Gordiano había creído que era a él a quien la maravillosa joven había dirigido la misteriosa y seductora mirada, que en honor suyo se había demorado en la puerta; que era él el destinatario de su cifrado y mudo mensaje. Pero la joven había mirado más allá de él, como si Gordiano fuera transparente. Era a Tirón, situado detrás de mí, a quien había dirigido la mirada, el mensaje, la invitación.

Sus voces eran bajas y casi inaudibles, no estaban a más de tres metros. Apenas podía descifrar lo que decían.

—Aquí no —decía ella—, huele mal.

—Pero es la única habitación cercana a los retretes... es la única excusa que se me ocurrió... si mi amo me busca tengo que estar por aquí...

—Vale, vale. —La muchacha dejó escapar otro grito ahogado. Les oí forcejear. Aparté el borde de la cortina. Era una pequeña habitación que servía de despensa, iluminada por una sola ventana cerca del techo. La luz conseguía filtrarse, pero no llenarla. Motas de polvo giraban en espiral en el aire cargado. En medio de los montones de cajas, cajones y sacos, entreví carne desnuda, los muslos y nalgas de Tirón. La muchacha, a quien yo sólo veía parcialmente, le había subido la delgada túnica de algodón hasta media espalda. La ingle masculina estaba frente a la de ella y la envestía a un ritmo jadeante e inconfundible.

Tenían las caras muy juntas, ocultas en la sombra. La chica estaba desnuda. Su túnica, informe y abandonada en el suelo, me había ocultado sus curvas voluptuosas y la imponente pureza de su carne blanca, dura como el alabastro, perlada de sudor en aquella calurosa habitación sin aire. El cuerpo femenino respondía a los embates del joven esclavo, cimbreándose y serpeando en un extraño movimiento convulsivo.

—Ya, casi... —susurró Tirón con una voz ronca que nunca habría reconocido, una voz que no era ni de esclavo ni de hombre libre, la voz del animal, de la bestia, del cuerpo.

La chica agarró las nalgas de Tirón, apretándolas con fuerza. Su cabeza cayó hacia atrás, sus pechos se alzaron.

—Más, más —murmuró.

—Me están esperando...

—Entonces recuerda lo que me prometiste la última vez... no, por favor, dentro no... mi padre...

—¡Ya, ya! —Tirón lanzó un prolongado gruñido.

—¡Dentro no! —susurró la muchacha. Sus dedos se hundieron en la tierna carne de Tirón. Éste se tambaleó hacia atrás, hacia delante y se derrumbó sobre la joven. Pegó la cara a la mejilla de la muchacha, a su cuello y a sus pechos mientras se deslizaba hacia abajo. Le besó el ombligo. Rozó con la lengua los relucientes hilos de simiente que se habían pegado a la lisa carne del vientre femenino. Le abrazó la cintura e introdujo la cara entre las piernas de ella.

La vi desnuda, en aquella luz neblinosa y débil. Sólo su cara estaba en sombras. Su cuerpo era perfecto, tan pálido e impoluto como la nata; ni niña ni mujer, sino muchacha que despierta a la feminidad, libre de la inocencia pero no ajada aún por el tiempo.

Sin el cuerpo de Tirón interponiéndose, me sentí tan desnudo como ella. Me retiré. La tenue cortina amarilla cayó en silencio, rizándose suavemente como si una brisa hubiera errado sin rumbo hasta aquel cuarto.

Capítulo Ocho

—Y lo hicieron allí, en la casa de la ricachona, en las narices de Cicerón. ¡Bien por ellos!

—No, Bethesda. En mis narices. —Aparté el bol y miré el cielo. El resplandor de la ciudad oscurecía las estrellas menos luminosas, pero las constelaciones más importantes titilaban en el cálido ambiente de la noche. Mucho más lejos, al este, una franja de nubes de tormenta asomaba como la polvorienta estela de un ejército de jinetes. Me recosté en el triclinio, cerré los ojos y me quedé escuchando los murmullos del jardín: el débil chisporroteo de la antorcha, el canto de un grillo junto al estanque, el ruidoso ronroneo de Bast, que se frotaba la pata contra la mesa. Oí el suave golpeteo de los platos y las ligeras pisadas de Bethesda al adentrarse en la casa. El gato la siguió; el ronroneo se hizo más intenso durante un instante y se perdió en el silencio.

Bethesda regresó. Oí el susurro de su vestido y noté que se sentaba a mi lado en el triclinio. Mi cabeza se ladeó a causa de su peso, unas manos suaves me la levantaron y la pusieron en el regazo femenino. Sentí otro peso a los pies del mueble. Una piel cálida se frotó contra mi pie desnudo y sentí el tacto y el sonido de la vibración: el satisfecho romo neo de un gato alimentado con los manjares del plato de su amo.

—¿No te ha gustado la comida, señor? No has comido casi nada. —Bethesda me acarició las sienes.

—La comida ha sido deliciosa —mentí—. Es que el calor me ha quitado el apetito. Y también el haber caminado tanto.

—No deberías haber andado tanto con este calor. Deberías haber exigido que la

ricachona enviase una litera.

Me encogí de hombros. Bethesda me acarició el cuello. Le cogí la mano y me puse los dedos sobre los labios.

—Qué suaves. Trabajas demasiado, Bethesda... Me meto contigo porque eres perezosa, pero sólo lo hago para fastidiarte... y a pesar de todo tienes las manos tan suaves como una vestal.

—Es un truco que me enseñó mi madre. Incluso la chica más pobre de Egipto sabe cuidarse y mantenerse hermosa. No como esas romanas. —Aun con los ojos cerrados podía ver la cara que ponía, desdeñosa y altanera—. Se untan con cremas y afeites como si pusieran argamasa para los ladrillos.

—Los romanos no tienen estilo ni gracia —admití—, en particular las mujeres. Han enriquecido excesivamente y demasiado deprisa. Son toscos y vulgares, y encima son los dueños del mundo. Hubo un tiempo en que tenían algo de educación. Supongo que algunos aún la conservan.

—¿Tú, por ejemplo?

Me reí.

—No. Yo no tengo educación ni dinero. Lo único que tengo es una mujer, un gato y una casa que no puedo mantener. Pensaba en Cicerón.

—Por la manera como lo describes, parece un hombre muy sencillo.

—Sí, Bethesda, Cicerón no tiene nada que pueda interesarte.

—Pero el muchacho...

—No, Bethesda, Rufo Mesala es demasiado joven incluso para tus gustos; y demasiado rico.

—Me refiero al esclavo. El que vino a buscarte para ir a ver a Cicerón. El que viste con la chica. ¿Qué aspecto tenía sin ropa?

Me encogí de hombros.

—Apenas le vi. Y menos aún las dotes suyas que te interesan.

—Puede que no sepas qué dotes me interesan.

—Puede que no. —Con los ojos cerrados volví a verlos, apretados contra la pared, moviéndose furiosamente, estremeciéndose a un ritmo del que el resto del mundo estaba excluido. Bethesda me deslizó la mano por debajo de la túnica y me acarició el pecho.

—¿Qué ocurrió después? No me digas que los cogieron o me pondré muy triste.

—No, no los cogieron.

—¿Dijiste al muchacho que le habías visto?

—No. Fui pasillo abajo hasta que me encontré con Cicerón y Rufo en el jardín, sentados con Cecilia Metela, los tres con una expresión ceñuda. Hablamos unos momentos. Tirón apareció poco después. Cicerón no hizo ningún comentario. Nadie sospechó nada.

—Claro que no. Se creen muy inteligentes y piensan que por ser un esclavo no sabe nada. Te llevarías una sorpresa si supieras lo que puede hacer un esclavo sin que

le descubran.

Sus rizos cayeron sobre mi mejilla. Me froté la cara con ellos, aspirando el perfume de la gena y las hierbas aromáticas.

—¿Me llevaría una sorpresa?

—No. A ti no te sorprende nada.

—Porque soy suspicaz por naturaleza. Doy gracias a los dioses por ello. —Bast ronroneó a mis pies. Apoyé los hombros en el muslo de Bethesda.

—Estás cansado —dijo en voz baja—. ¿Quieres que te cante algo?

—Sí, Bethesda, canta algo suave y confortante. En un idioma que no entienda.

Su voz fluyó como el agua mansa, pura y profunda. Nunca había oído aquella canción y aunque no entendía ni palabra, supe que era una canción de cuna. Quizá se la había cantado su madre de pequeña. Me quedé medio dormido en su regazo, mientras imágenes de los más horrendos crímenes desfilaban ante mis ojos. Las imágenes eran anormalmente vívidas pero remotas, como si las observara a través de un grueso vidrio coloreado. Vi a los gladiadores ebrios y a los embalsamadores, el apuñalamiento en la calle y la cara de Tirón roja de emoción. Vi a un anciano asaltado por unos desalmados en un callejón, apuñalado una y otra vez. Vi a un hombre desnudo atado y azotado, al que lanzaban inmundicias, encerrado en un saco en compañía de unos animales y arrojado con vida al Tíber.

En cierto momento cesó la nana y se transformó en otra canción, una canción que había oído a menudo, aunque tampoco comprendía su letra. Era una de esas canciones que Bethesda cantaba para excitarme y mientras la cantaba percibía los movimientos de su cuerpo al desnudarse y olía el intenso almizcle de su carne desnuda. Se irguió y se tendió junto a mí, hasta que los dos quedamos muy juntos en el triclinio. Me alzó la túnica por encima de las caderas, igual que había hecho con Tirón la hija de Sexto Roscio. Yo no abrí los ojos, ni cuando se inclinó para lamerme ni cuando me puse encima de ella y la penetré. Era e! cuerpo de Bethesda e! que abrazaba, pero lo que veía tras mis ojos cerrados era la hija de Roscio, de pie, desnuda y manchada con la simiente del esclavo.

Nos quedamos tendidos e! uno junto al otro durante mucho tiempo, sin movernos, unidos por el calor y e! sudor, como si la carne se derritiera y confundiera. Bast, que en algún momento había desaparecido, regresó y se quedó ronroneando entre nuestras piernas entrelazadas. Oí un trueno y pensé que estaba soñando hasta que unas tibias gotas de lluvia me cayeron encima. La antorcha chisporroteó y se apagó. Más truenos y Bethesda acurrucada contra mí, murmurando no sé qué en su críptico idioma.

La lluvia caía densa y pertinaz, tamborileando sobre las tejas y el suelo, una lluvia prolongada e ininterrumpida, lo suficientemente intensa para limpiar las más repugnantes cloacas y calles de Roma, lluvia purificadora que poetas y sacerdotes dicen que procede de los dioses para borrar los pecados de padres e hijos.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente me levanté temprano y me lavé en la fuente del jardín. La tierra reseca se había hinchado y humedecido por la lluvia caída durante toda la noche. Un espeso rocío goteaba en la vegetación. El cielo era una perla lechosa veteada de coral, tan opalescente como la cara interior de una concha. Me puse la túnica más ligera y la toga más limpia y comí un poco de pan.

Fui a casa de Cicerón a paso vivo. Nos habíamos despedido el día anterior tras acordar que pasaría por su casa antes de ir a inspeccionar el lugar donde se había cometido el asesinato de Sexto Roscio. Pero cuando llegué, Cicerón me hizo saber por medio de Tirón que no se levantaría hasta mediodía. Padecía una enfermedad crónica de los intestinos y culpaba de la recaída a la ciruela que había comido en casa de Cecilia Metela. Amablemente, puso a Tirón a mi servicio durante el resto del día.

Las calles todavía relucían por la lluvia y el aire tenía un olor a limpio, como si lo hubieran fregado. Cuando llegamos al pie del Capitolino, cruzamos la Puerta Fontinal y llegamos a los alrededores del Circo Flaminio, el calor ya había comenzado a reafirmar su poder sobre la ciudad. Las piedras del suelo comenzaron a desprender vaho. Los ladrillos de las paredes, a rezumar y sudar. El fresco de la mañana se volvió húmedo y sofocante.

Me sequé la frente con el borde de la toga y en silencio maldije el calor. Miré a Tirón y vi que sonreía, la vista al frente y una expresión idiota en los ojos. Imaginaba la razón de su euforia, pero no dije nada.

La zona que rodea el Circo Flaminio es un laberinto de calles. Las que están más cerca del Circo, especialmente las que desembocan en él, abundan en tiendas, tabernas, burdeles y posadas. La telaraña más alejada de calles está atestada de viviendas de dos y tres pisos, muchas de las cuales se ciernen sobre la calzada y ocultan la luz del sol. Las calles se parecen mucho entre sí y son una mezcolanza de épocas y características arquitectónicas. Dada la frecuencia de incendios y terremotos, Roma se reconstruye a menudo; a medida que la población crece y el suelo cae en manos de los especuladores, el diseño y la construcción material de los nuevos edificios tienden a ser de lo peor que se conoce. Bajo el gobierno de Sila, naturalmente, tales problemas han empeorado.

Seguimos la ruta que Sexto Roscio había descrito, tal como el joven Mesala la había anotado la víspera. Las frases de Rufo eran atroces, casi ilegibles. Pese a todo, no me cabía la menor duda sobre la veracidad de la ruta en cuestión; seguía el camino más lógico entre la casa de Cecilia Metela y el centro del distrito del Circo, avanzando por las calles más anchas, evitando los atajos más estrechos y peligrosos. Pasamos ante varias tabernas, pero Sexto el viejo no se habría detenido en ellas, al menos aquella noche, si realmente estaba deseoso de verse con la remitente del mensaje críptico.

Llegamos a una plaza en la que daba el sol de pleno. Algunas tiendas daban al interior de la plaza, hacia la cisterna central donde los vecinos iban a buscar el agua di-

ariamente. Una mujer alta y de hombros anchos, con un vestido bastante sucio, parecía haberse nombrado a sí misma dueña de la cisterna, regulando la pequeña hilera de esclavos y amas de casa que chismorreaban mientras esperaban su turno. Un esclavo arrojó un cubo de agua sobre un grupo de pilluelos harapientos que pululaban por las inmediaciones. Los niños gritaron de alegría y se sacudieron como perros.

—Por ahí —dijo Tirón. Observó las indicaciones y juntó las cejas—. Eso creo, vaya.

—Sí, era un callejón entre una bodega y un alto edificio pintado de rojo. —Recorrí con la mirada la plaza irregular, las seis calles que desembocaban en ella. La que Sexto Roscio el viejo había tomado aquella noche era la más estrecha y debido a que formaba un recodo al principio mismo, era la de menos visibilidad. Quizá era el camino más corto hasta la mujer llamada Elena. Quizá el único.

Miré a mi alrededor y divisé a un hombre cruzando la plaza. Supuse que era un mercader de poca monta o un tendero, un hombre de posibles aunque no rico, a juzgar por su calzado, de buena factura pero gastado. A juzgar por su despreocupación, deduje que se trataba de un hombre que vivía por allí y que había cruzado la plaza muchas veces, quizá cada día.

Se detuvo ante un reloj de sol montado sobre un pedestal, frunciendo el entrecejo y arrugando la nariz al ver la hora. Fui hacia él.

—¡Que los dioses confundan —cité— *al que las horas inventó y al que el primer reloj de sol en Roma instaló!*

—¡Ah! —Levantó la vista sonriendo e instantáneamente me dio la réplica—: *¡Ay, ay de mí! Han fragmentado mis días como las púas de un peine!*

—Ah, conocéis la obra —dije, pero no permitió que le interrumpiera.

—Cuando era niño, mi estómago era mi reloj y nunca fallaba; ahora, aunque la mesa esté a rebosar, nadie come hasta que las sombras se alargan. Roma está gobernada por el reloj de sol y los romanos de hambre y sed desfallecen.

Nos echamos a reír a la vez.

—Ciudadano —dije—, ¿conoces este barrio?

—Hace años que vivo aquí.

—Entonces estoy seguro de que podrás ayudarme. No desfallezco de hambre y sed, pero tengo otro apetito que quisiera saciar. Me gustan las aves.

—¿Aves? Por aquí sólo hay palomas. Una carne demasiado correosa para mi gusto. —Sonrió, enseñando un amplio hueco entre los dientes.

—Pensaba en aves más vistosas. Unas aves que tan a gusto se hallan en el agua, en la tierra y en el cielo. El amigo de un amigo me dijo que había cisnes por aquí.

Lo comprendió en seguida.

—Te refieres a la Casa de los Cisnes.

Asentí.

—Por ahí recto. —Señaló el callejón que había entre la vinatería y el edificio rojo.

—¿Llegaría igualmente por cualquiera de esas otras calles?

—No, a menos que quieras andar el doble de lo necesario. No, esta calle es el único camino directo. Se trata de una sola manzana de la que parten unos callejones sin salida. Y el paseo vale la pena —añadió con un guiño.

—Eso espero. Vamos, Tirón. —Dimos media vuelta y caminamos hacia la angosta calle. Era muy poco lo que quedaba visible de ella. Los edificios que había a ambos lados eran altos, viviendas en su mayoría, muchas de una sola puerta y sin ventanas que dieran a la calle, de manera que anduvimos un buen trecho entre paredes desnudas. Los pisos superiores sobresalían de los inferiores; protegían de la lluvia, pero también creaban profundas zonas de sombra por la noche. Durante todo el camino, cada cincuenta pasos más o menos, unas abrazaderas surgían de las paredes, ostentando todavía los cabos de las antorchas de la noche anterior, que ardían sin llama. Bajo cada antorcha había una pequeña piedra emplazada en la pared; cada piedra tenía grabado el perfil de un cisne, una tosca labor realizada por artesanos de poca categoría. Las baldosas eran anuncios. Las antorchas servían para guiar a la clientela nocturna hasta la Casa de los Cisnes.

—Estamos cerca —dijo Tirón, levantando la mirada de la tablilla escrita con las indicaciones—. Ya hemos pasado una travesía a la izquierda y ahora otra a la derecha. Según las indicaciones de Rufo, Sexto Roscio encontró una gran mancha de sangre en mitad de la calle. Pero supongo que no seguirá aquí, después del tiempo transcurrido...

Las palabras de Tirón no llegaron a convertirse en pregunta. Antes bien, su voz se apagó con la última palabra cuando bajó los ojos y se detuvo bruscamente.

—Mira —susurró y tragó saliva ruidosamente.

Considerad que el cuerpo de un hombre contiene una gran cantidad de sangre. Considerad la naturaleza porosa del empedrado y el defectuoso drenaje de muchas calles de Roma, en especial las que se hallan en elevaciones de poca altura. Considerad que aquel verano había llovido muy poco. No obstante, Sexto Roscio el viejo debía de haber estado desangrándose durante mucho tiempo tendido en el centro de aquella calle para dejar una mancha tan grande y duradera.

La mancha era redonda y tenía un radio como el brazo de un hombre. Hacia los bordes se volvía borrosa, confundiéndose con la mugre del suelo. Pero cerca del centro todavía estaba muy concentrada, de un rojo muy oscuro, casi negro. El hollar diario de los pies que por allí pasaban había pulido la superficie de las piedras, pero cuando me arrodillé para mirar más de cerca aún pude detectar unas diminutas y secas costras rojas en las cisuras más profundas.

Levanté la mirada. Ni siquiera desde el centro de la calle se podía ver lo que ocurría en las ventanas del primer piso. Para ver la calle desde las ventanas había que inclinarse mucho sobre el antepecho.

La puerta más cercana estaba a un par de metros calle arriba; era la entrada a la larga vivienda de nuestra izquierda. La pared de nuestra derecha estaba igualmente exenta de accidentes, excepción hecha de la pequeña tienda de comestibles que había

un poco por detrás de nosotros, en la esquina donde la calle se cruzaba con un angosto callejón sin salida. La tienda todavía no había abierto. La puerta era cuadrada, muy alta y ancha, de madera pintada de un amarillo pálido, y ostentaba en la parte superior unos símbolos tallados que representaban el grano, las verduras y las especias. Más abajo, en un ángulo de la puerta, había otra marca que me hizo contener el aliento.

—¡Tirón! Ven a ver esto. —Me acuclillé ante la puerta. De un metro para abajo, la madera estaba recubierta de una película de hollín y polvo que se espesaba hasta formar una capa mugrienta conforme se aproximaba al suelo. A medio metro de altura, bajo la suciedad resultaba claramente visible la huella de una mano. Coloqué mi palma encima, sentí un extraño estremecimiento y supe que estaba tocando la huella ensangrentada que meses antes había dejado la mano de Sexto Roscio.

Tirón miró la huella y luego observó la mancha de sangre de la calle.

—Están muy separadas —susurró.

—Sí. Pero la huella de la mano debió de ser anterior. —Me puse en pie y fui hacia la esquina. La travesía ni siquiera era una calle, y si lo había sido, ahora su extremo estaba cerrado por un sólido muro de dos plantas de altura. Tenía quizá una longitud de seis metros y no más de metro y medio de anchura. En el otro extremo habían quemado basura; fragmentos de desperdicios y huesos asomaban de un montón de cenizas grises y blancas que me llegaba a la cintura. Ninguna ventana daba a ese espacio, ni de los muros que lo rodeaban ni de las viviendas que había al otro lado de la calle. Las antorchas más cercanas se hallaban a una distancia de unos doce metros. De noche, posiblemente, aquel pequeño callejón sin salida quedaba completamente a oscuras e invisible hasta que se pasaba por delante: un lugar perfecto para tender una emboscada.

—Aquí fue donde le esperaron, en este mismo lugar, ocultos en este escondrijo, sabiendo que pasaría por esta calle para responder a la nota de la mujer llamada Elena. Debían de saber qué aspecto tenía, lo suficiente para reconocerle a la luz de las antorchas que llevaban sus esclavos, porque no vacilaron en saltar sobre él y apuñalarle aquí, en la esquina.

Anduve hacia la huella de la mano.

—La primera herida debió ser en el pecho, o en el vientre, porque llegó a tocarse la herida, manchándose de sangre la mano. De algún modo se zafó de sus asaltantes. Quizá pensó que podría abrir la puerta, pero debió de caer de rodillas: ya ves a qué poca altura está la huella. —Eché un vistazo a la calle—. Pero la verdadera carnicería tuvo lugar allí, en mitad de la calzada. De algún modo consiguió ponerse en pie y tambalearse hasta el centro antes de que le dieran alcance.

—Quizá los esclavos intentaron repeler la agresión —dijo Tirón.

—Quizá —asentí, aunque era más fácil imaginarlos dándose a la fuga al ver brillar el primer acero.

Me arrodillé para volver a examinar la huella. La gigantesca puerta se abrió de súbito y me golpeó en la nariz.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —dijo una voz procedente del interior—. ¿Otro vagabundo durmiendo delante de mi tienda? Te voy a moler a palos. ¡Vamos, déjame abrir!

La puerta dio otra sacudida. La bloqueé con el pie hasta que pude levantarme y hacerme a un lado. Se asomó una cara llena de verrugas.

—¡He dicho que fuera! —gruñó el hombre. La puerta se abrió trazando un amplio arco, vibrando sobre los goznes, y golpeó la pared que había al otro lado del callejón sin salida, ocultándolo completamente.

—Vaya, no es un vagabundo —murmuró el viejo, mirándome de arriba abajo. Yo todavía me frotaba la nariz—. Perdona. —En su voz no había cordialidad ni arrepentimiento.

—¿Es tuya la tienda, ciudadano?

—Por supuesto. Desde que murió mi padre, cosa que probablemente ocurrió antes de que tú nacieras. Y antes era de mi abuelo. —Entornó los ojos ante la luz del sol y volvió a entrar arrastrando los pies.

—¿A esta hora abres? —dije, siguiéndole—. Un poco tarde, ¿no?

—La tienda es mía. La abro cuando procede.

—¡Cuando procede! —exclamó una voz chillona desde algún lugar más allá del mostrador, en la trastienda. El largo recinto estaba en sombras—. ¿Cuando procede? ¡Cuando consigo sacarlo de la cama y vestirle, entonces es cuando procede! Uno de estos días no me molestaré en sacarlo de la cama, me quedaré acostado como él. ¿Dónde iremos a parar entonces?

—¡Cállate vieja! —El hombre tropezó con una mesa baja. Se volcó una cesta y un montón de aceitunas secas se esparció por el suelo. Tirón comenzó a recogerlas.

—¿Quién es éste? —dijo el viejo, inclinándose sobre él y entornando los ojos—. ¿Tu esclavo?

—No.

—Bueno, pues se comporta como un esclavo. ¿Quieres venderlo?

—Te he dicho que no es mi esclavo.

El viejo se encogió de hombros.

—Antes teníamos un esclavo. Hasta que el imbécil de mi hijo liberó al muy vago. Abría la tienda todas las mañanas. ¿Qué hay de malo en que un viejo duerma hasta tarde si tiene un esclavo que le abra la tienda? Tampoco robaba mucho, aunque era un vago y un cabrón. Todavía debería estar aquí, esclavo o no. Un liberto tiene ciertas obligaciones hacia quienes lo han manumitido, todo el mundo lo sabe, obligaciones legales, esclavo o no, y ahora es cuando le necesitamos. Ahora está en algún lugar de Apulia, se casó. Dadles la libertad y lo primero que hacen es marcharse y engendrar como si fueran personas. El era quien abría la tienda. Y tampoco robaba mucho.

Mientras el hombre seguía divagando, los ojos se me acostumbraron a la oscuridad. La tienda estaba en un estado ruinoso, polvorienta y sin barrer. La mitad de los estantes y mostradores estaban vacíos. Las aceitunas negras y arrugadas que Tirón había conseguido recoger estaban cubiertas de polvo. Levanté la tapa de un tarro de

arcilla y saqué un higo seco. La pulpa estaba moteada de hongos grisáceos. Toda la habitación estaba impregnada del típico olor a moho de las casas deshabitadas desde hace mucho tiempo.

—Pero ¿tú qué sabes? —insistió la voz chillona. Ahora podía ver a la mujer. Llevaba una túnica oscura y parecía cortar algo con un cuchillo—. No sabes nada, o es que tienes la cabeza como un colador. Aquel inútil de Galio robaba todo lo que podía. Tendría que haberle cortado las manos, aunque entonces no nos habría servido de nada. No puedes vender a un esclavo manco y nadie compraría a un reconocido ladrón. No servía para nada. Estamos mejor sin él.

El hombre se volvió hacia mí e hizo una mueca de espaldas a la mujer.

—Bueno, ¿has venido a comprar o a escuchar las tonterías de esta mujer?

Miré a mi alrededor, buscando algo que pareciera comestible.

—Había unas marcas en la puerta que me han llamado la atención. Esos pequeños símbolos que representan frutas, grano...

—Ah, sí, los hizo Galio. Era un esclavo con talento, aunque muy vago. Y robaba poco, no creas.

—Hay una marca en particular, distinta de las demás. En la parte inferior de la puerta... la huella de una mano.

Se le endureció la expresión.

—Galio no pintó eso.

—Ya decía yo. Parece sangre.

—Lo es.

—Viejo, hablas demasiado. —La mujer frunció el entrecejo y dio un golpe en el mostrador—. Hay cosas de las que es mejor no hablar.

—¡Cállate, mujer! Si por mí fuera, la habría limpiado hace mucho, pero tú quisiste que la dejara, y mientras esté ahí, no ha de sorprenderte que la gente la vea.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Meses. Desde final de septiembre, creo.

Asentí.

—¿Y cómo...?

—Mataron a un hombre en la calle, un hombre muy rico, por lo que he oído decir. Imagínate, lo mataron a puñaladas delante de mi tienda.

—¿Por la noche?

—Naturalmente; si no, la puerta habría estado abierta. ¡Por Hércules, imagínate que hubiera entrado! La de murmuraciones y problemas que habría habido.

—Viejo, no sabes nada, ¿por qué no te callas de una vez? Pregúntale a este buen hombre si ha venido a comprar algo. —La mujer mantenía la cabeza baja, como un buey, y me miraba desde debajo de sus espesas cejas.

—Sé que mataron a un hombre, si no te molesta —ladró el viejo.

—No vimos ni oímos nada. Sólo habladurías al día siguiente.

—¿Habladurías? —dije—. Entonces se habló del asunto en el barrio. ¿Vivía por

aquí el muerto?

—No, que yo sepa —dijo el hombre—. Pero algunos de los habituales de los Cisnes estaban en la calle cuando a la mañana siguiente levantaron el cadáver, y reconocieron su cara.

—¿Los Cisnes?

—Una casa de esparcimiento, para hombres. Yo no sabía nada de nada. —Señaló a su mujer con los ojos y bajó la voz—. Mi hijo solía contarme anécdotas escandalosas sobre ese lugar. —El cuchillo golpeó el mostrador con singular violencia—. En cualquier caso, ocurrió mucho después de que cerráramos la tienda aquella noche y nos fuéramos a dormir a la parte de arriba.

—¿No oísteis nada entonces? Pensé que habría habido gritos, algún ruido.

El hombre fue a responder, pero la mujer le interrumpió.

—Nuestras habitaciones están en la parte de atrás del edificio. No hay ninguna ventana que dé a la parte de delante. ¿Por qué te interesa tanto el asunto?

Me encogí de hombros.

—Es sólo que pasaba por aquí y vi la huella. Me pareció extraño que nadie la hubiera borrado.

—Mi mujer —dijo el viejo con expresión de disgusto—. Supersticiosa, como casi todas las mujeres.

El cuchillo cayó de nuevo ruidosamente.

—Sigue ahí por una buena razón. ¿Nos han robado alguna vez desde que está ahí? Dime.

El viejo arrugó los labios.

—Se imagina que aleja a los ladrones por la noche. Le dije que lo más probable es que también alejara a los clientes.

—Pero cuando la puerta está abierta nadie puede verla. Sólo se ve cuando está cerrada y es entonces cuando necesitamos protección. ¿y me llamas supersticiosa? Un delincuente normal se lo pensará dos veces antes de entrar a robar en una tienda en la que hay una huella de sangre en la entrada. Una marca así tiene poder. A los ladrones les cortan las manos. Pregunta a ese desconocido. Él lo ha notado, ¿no es cierto?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Tirón, que estaba detrás de mí.

—¡De verdad no quieres venderlo? —preguntó el viejo.

—Ya te he dicho que...

—¡Hay poder en esa mano! —chilló la mujer.

—¿Vio alguien al asesino? Siempre hay rumores sobre esto. La gente entra y sale de tu tienda continuamente. Si hubiese habido testigos, lo sabrías.

El hombre me miró durante un largo instante y se volvió a mirar a la vieja.

—Había una persona... una mujer. Vive en la casa de enfrente. Se llama Polia. Una joven, es viuda. Vive con su hijo, un muchacho mudo. Me parece recordar que otro cliente dijo que Polia estaba hablando con alguien acerca del asesinato justo después de que sucediera, que lo había visto desde la ventana. Naturalmente, la si-

guiente vez que vino le pregunté por el asunto. Pero no dijo ni una palabra, se volvió tan muda como el muchacho y lo único que le saqué fue que jamás volviera a preguntarle por el asunto y que no le dijera a nadie nada que pudiera... —Abruptamente cerró las quijadas con un espasmo de culpabilidad.

—Cuéntame —dije, hurgando entre los higos secos para encontrar unos cuantos que merecieran comerse—, ¿Te gustan los higos a ese muchacho mudo? Tirón, dale al hombre una moneda de mi bolsa. —Tirón, que llevaba mi bolsa colgada del hombro, la abrió y sacó un as de cobre—. Un poco más, Tirón. Dale un sestercio y que se quede con el cambio. Tu amo corre con todos los gastos, ¿no?

El viejo aceptó la moneda y la miró con suspicacia. Detrás de él, su mujer seguía dándole al cuchillo con expresión satisfecha.

—Qué esclavo tan callado y educado. ¿Seguro que no quieres venderlo?

Me limité a sonreír e hice un gesto a Tirón para que me siguiera. Antes de salir a la luz del sol me volví.

—Si tu hijo vendió el único esclavo que tenías, ¿por qué no está aquí ahora para ayudarte?

Tan pronto como hube pronunciado estas palabras, supe la respuesta. Me mordí el labio, deseando no haberlas dicho.

La mujer lanzó el cuchillo, que se hundió en la pared, donde quedó temblando. Levantó los brazos al techo y se dejó caer sobre el mostrador. El hombre inclinó la cabeza y se retorció las manos.

—Las guerras —murmuró el viejo—. Murió en las guerras...

Me volví y rodeé con el brazo a Tirón, que se había quedado sin habla. Salimos juntos a la calle.

Capítulo Diez

La casa de vecinos que había al otro lado de la calle era de construcción reciente. Los muros sin ventanas habían sido desfigurados por una modesta cantidad de consignas electorales (las elecciones habían proseguido, aunque sin entusiasmo, bajo la dictadura de Sila). Más abundante era el surtido de pintadas pornográficas, probablemente hechas, a juzgar por su contenido, por clientes de la Casa de los Cisnes. Vi que Tirón torcía la cabeza para descifrar una de las frases más obscenas y chasqué la lengua con el talante reprobador de un maestro de escuela. Pero con un ojo miré también las frases, por si aparecía allí un nombre concreto; pero ni el nombre de Elena ni las dotes específicas que pudiera poseer eran objeto de mención.

Un breve tramo de peldaños conducía a la puerta del edificio. De un pequeño y desnudo vestíbulo partían dos pasillos hacia la izquierda. Uno era una larga escalera cerrada que conducía al primer piso. El otro era un oscuro pasadizo que recorría todo el edificio, flanqueado por numerosos cubículos cerrados con disparejas cortinas deshilachadas.

Al final del pasadizo, un hombre alto y flaco se levantó del suelo, donde había estado sentado, y se acercó a nosotros frotándose la barbilla. Era el vigilante. En todos los edificios hay uno y si los edificios son muy grandes a veces hay uno por planta: es un vecino sin empleo que cobra una pequeña tarifa a los demás, o al propietario, por vigilar mientras los inquilinos están fuera y por tener los ojos bien abiertos cuando llegan visitas. A veces se utilizan esclavos, pero aquel edificio no tenía aspecto de albergar gente con esclavos; además, vi que llevaba el anillo de ciudadano libre.

—Ciudadano —dijo deteniéndose abruptamente ante nosotros. Era muy alto, con una barba canosa y una expresión ligeramente arisca en los ojos.

—Ciudadano —dije—, busco a una mujer.

Sonrió como un idiota.

—¿Y quién no?

—Una mujer llamada Polia.

—¿Polia?

—Sí. Vive en el piso de arriba, creo.

—¿Polia? —volvió a decir, frotándose la barbilla.

—Viuda, con un hijo mudo.

El hombre se encogió de hombros. Al mismo tiempo volvió hacia arriba, lentamente, la palma de la mano derecha.

—Tirón —dije, pero Tirón ya se me había adelantado. Sacó un par de ases de cobre y me los enseñó. Asentí, pero hice ademán de que esperara. El gigante flaco se nos acercó, mirando el puño cerrado de Tirón con descarada codicia.

—¿Hay aquí alguna mujer llamada Polia? —dije.

El hombre frunció los labios y asintió. Incliné la cabeza hacia Tirón, que le entregó un solo as.

—¿Está en su cuarto ahora?

—Eso no lo sé. Vive en el último piso. Tiene una habitación con puerta y todo.

—¿Una puerta que cierra?

—Tan mal que no hay que preocuparse.

—Entonces supongo que tendré que tratar con otro vigilante al final de las escaleras, ¿no? Guardaré las demás monedas para él. —Me volví hacia la escalera.

El gigante me detuvo amablemente con una mano en el hombro.

—Espera, ciudadano. Con él sólo desperdiciarás tu dinero. No sirve para nada y empieza a beber desde que se levanta. Es probable que a esta hora esté dormido, con este calor. Tendrías que despertarle para poder preguntarle dónde está la habitación de Polia. Y yo mismo puedo enseñártela a condición de que subamos en silencio.

El gigante nos hizo de guía, subiendo con facilidad los escalones de dos en dos y de puntillas; parecía a punto de perder el equilibrio a cada paso. Como había predicho, el vigilante del piso de arriba estaba profundamente dormido. El hombre, pequeño y gordo, estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, con las piernas estiradas, una bota de vino colgando de una rodilla y una botella de arcilla entre los muslos. El

gigante pasó cautelosamente por encima de él con un gesto de superioridad.

El estrecho pasadizo estaba débilmente iluminado por pequeñas ventanas en cada extremo. El techo era tan bajo que nuestro guía tenía que encorvarse para evitar las vigas más bajas.

Le seguimos hasta una puerta que había a mitad de pasillo y aguardamos mientras llamaba sin hacer ruido. A cada golpecito observaba nerviosamente al vigilante dormido y en cierto momento en que Tirón hizo crujir una tabla pidió silencio con ambas manos. Se entreabrió la puerta.

—Ah, eres tú —dijo una voz de mujer—. Te he dicho mil veces que no. ¿Por qué no me dejas en paz? Debe de haber cincuenta mujeres en toda la casa.

El gigante me lanzó una fugaz mirada y se ruborizó.

—No estoy solo. Tienes visita —susurró.

—¿Visitas? ¿No es... mi madre?

—No. Un hombre y un esclavo.

La mujer contuvo el aliento.

—¿No son los de antes?

—Claro que no. Están aquí, a mi lado.

La puerta se abrió un poco más, lo suficiente para dejar al descubierto la cara de la viuda. No mucho más se podía ver en aquella semioscuridad, sólo dos ojos asustados.

—¿Quién eres?

Al final del pasillo, el vigilante ebrio se agitó inquieto, volcando la botella que tenía entre las piernas y que rodó hacia las escaleras.

—¡Por Hércules! —El gigante soltó un grito ahogado y avanzó de puntillas hacia el rellano. En cuanto llegó, la botella cayó por el borde y comenzó a descender las escaleras ruidosamente. El vigilante ebrio despertó al instante.

—¿Qué ocurre? ¡Tú! —Se incorporó tambaleándose. El gigante bajaba ya la escalera cubriéndose la cabeza con las manos, pero el otro era más rápido. Cogió una larga tabla y se puso a golpear al gigante en la cabeza y los hombros, chillándole—: ¡Otra vez trayendo desconocidos a mi planta! ¡Robándome las propinas! ¡Pensabas que no te pillaría! ¡Eres un asqueroso montón de estiércol! ¡Vete, vete o te apalearé como a un perro!

El espectáculo era absurdo, patético, vergonzoso. Tirón y yo nos echamos a reír y nos volvimos para observar el rostro ceniciento de la viuda.

—¿Quién eres? ¿Para qué has venido?

—Me llamo Gordiano. He sido contratado por el honorable abogado Marco Tulio Cicerón. Éste es Tirón, su secretario. Sólo quería hacerte unas preguntas acerca de unos sucesos ocurridos en septiembre del año pasado.

Palideció.

—Lo sabía. No me preguntes cómo, pero lo sabía. Soñé con ello anoche... Pero tendrás que marcharte. No puedo hablar con nadie en este momento.

Su cara se apartó. Empujó la puerta. La bloqueé con el pie.

La madera era tan delgada y tan mala que crujió con la presión.

—Por favor, ¿no vas a dejarme entrar? Tienes un verdadero perro guardián en la escalera y ya le oigo volver. No tienes nada que temer... sólo tienes que gritar si hago algo impropio.

La puerta se abrió de golpe, pero no fue la viuda quien quedó de pie ante nosotros, sino su hijo, y aunque no debía de tener más de ocho años, el chicuelo impresionaba, sobre todo porque empuñaba una daga con la mano derecha.

—¡No, Eco, no! —La mujer cogió el brazo del muchacho y tiró de él. Sus ojos quedaron fijos en los míos, sin pestañear. A lo largo del corredor se oyó un golpeteo de puertas. El pequeño vigilante gritó con voz ebria desde la escalera:

—¿Qué pasa ahí arriba?

—Por Cibeles, entrad. —La mujer consiguió arrebatarle el cuchillo al niño y rápidamente atrancó la puerta detrás de nosotros.

El muchacho seguía mirándome con hostilidad.

—¿No preferirías cortar esto? —dije, sacando los higos y lanzándoselos. Cogió el paquete con una mano.

La habitación era pequeña y estaba llena a rebosar, al igual que casi todos los habitáculos de aquella clase de edificios, pero había una ventana con postigos y espacio suficiente para que dos personas durmieran en el suelo sin tocarse.

—¿Vivís aquí solos? —pregunté—. ¿Sólo vosotros dos? —Observé los escasos objetos personales que estaban esparcidos por la habitación: una muda de ropa, un pequeño cesto de cosméticos, juguetes de madera.

—¿Es acaso asunto tuyo? —Polia estaba ahora en un rincón del cuarto, cerca de la ventana, con el muchacho delante. La mujer le rodeaba con un brazo, acariciándolo y conteniéndolo al mismo tiempo.

—En absoluto —dije—. ¿Te importa si echo un vistazo por la ventana? No sabéis lo afortunados que sois por tener una ventana a la calle. —El muchacho apretó los puños en cuanto me acerqué, pero la mujer lo sujetó con fuerza—. La vista no es gran cosa —dije—, pero imagino que la calle es tranquila por la noche y el aire fresco se agradece.

El alféizar me llegaba a los muslos. La ventana era un hueco de unos treinta centímetros de profundidad y formaba una especie de asiento sobre el que había un cojín. Tuve que inclinarme hacia delante para ver el exterior. Como la fachada se curvaba sobre la planta baja, no podía ver nada de la parte de pared que quedaba debajo de nosotros, pero volviéndome un poco a la derecha distinguí la entrada de la pequeña tienda de comestibles; la mujer barría la calle con la misma agresividad que al manejar el cuchillo. Debajo mismo, destacando claramente, se veía la gran mancha de sangre dejada por Sexto Roscio el viejo.

Di unos golpecitos al cojín.

—Bonito asiento, sobre todo cuando hace tanto calor como hoy. También debe

de ser agradable en otoño, si hace buena noche. Incluso se podrán ver las estrellas del cielo cuando no haya nubes.

—En cuanto oscurece cierro las contraventanas —dijo la mujer—, haga bueno o malo. Y no presto atención a la gente que pasa por la calle. Sólo me ocupo de mis asuntos.

—Te llamas Polia, ¿verdad?

Se encogió contra la pared, abrazando al muchacho con más fuerza y acariciándole torpemente el pelo. El niño hizo una mueca y levantó los brazos, apartando los de la madre con nerviosismo.

—No te conozco. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Dime, Polia: esa prudente política de ocuparte sólo de tus asuntos... ¿desde cuándo la sigues? ¿Siempre te has atenido a ella o se trata de una decisión reciente? ¿Quizá la tomaste... pongamos el pasado septiembre?

—No sé de qué estás hablando.

—Cuando el vigilante nos trajo, pensaste que podía ser otra persona.

—Sólo le pregunté si era mi madre. Siempre viene a pedirme dinero y no puedo darle más.

—No, lo que yo oí fue distinto. Te dijo que se trataba de un ciudadano y un esclavo y tú preguntaste: «¿No son los de antes?». Parecías muy alterada ante la perspectiva de volver a verles.

La nerviosa agitación del muchacho se convirtió en abierto forcejeo. La mujer le dio un manotazo en la coronilla.

—¿Por qué no os marcháis? ¿Por qué no nos dejáis en paz?

—Porque un hombre ha sido asesinado y otro hombre va a morir por ello.

—¿Y a mí qué me importa? —dijo. La amargura estropeaba lo que le quedaba de belleza—. ¿Qué crimen había cometido mi marido cuando lo mató la fiebre? ¿Qué había hecho para merecer la muerte? Ni los dioses pueden responder a eso. A los dioses poco les importa. Cada día muere alguien.

—El hombre al que me refiero fue apuñalado bajo esta ventana en septiembre del año pasado. Creo que viste lo que ocurrió.

—No. ¿y cómo iba a recordar algo así, de todos modos? —La mujer y su hijo parecían ejecutar una extraña y culebreante danza, forcejeando en el rincón. Polia comenzaba a respirar con dificultad. El muchacho no apartaba los ojos de mí.

—Creo que es algo difícil de olvidar. Desde aquí puedes ver la mancha de sangre.

De pronto, el chico se soltó de la madre. Retrocedí de un salto. Tirón se desplazó para protegerme, pero no hubo necesidad. El muchacho rompió a llorar y salió precipitadamente de la habitación.

—¿Ves lo que has conseguido? Me has obligado a mencionar a su padre. Sólo porque no puede hablar, la gente se olvida de que Eco es capaz de oír tan bien como cualquiera. Antes también podía hablar. Pero no desde que su padre murió. Ni una palabra ha dicho desde entonces. La fiebre atacó a ambos... Ahora, vete. No tengo nada

que hablar contigo. ¡Fuera!

Manoseó el cuchillo mientras hablaba y de pronto pareció apercibirse de lo que tenía entre las manos. Lo esgrimió contra nosotros, sujetándolo torpemente, con manos temblorosas.

—Vamos, Tirón —dije—. No tenemos nada más que hacer aquí.

El pequeño vigilante había rellenado la bota y estaba sentado en lo alto de las escaleras, echándose un chorro de mosto entre los labios ennegrecidos. Murmuró no sé qué y tendió la mano cuando pasamos. No le hice el menor .caso. El vigilante de la planta baja se encontraba en el mismo lugar donde lo habíamos encontrado al principio. No nos hizo el menor caso.

En la calle hacía un calor brutal.

Tirón bajaba lentamente los escalones con aire perplejo.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—¿Por qué no le has ofrecido dinero? Sabemos que vio el asesinato, eso dijo el viejo. Seguro que le irían bien unas monedas.

—No hay suficiente dinero en mi bolsa para hacerla hablar. ¿Acaso no te has dado cuenta? Es una mujer asustada. De todos modos no creo que hubiera cogido el dinero. No está acostumbrada a ser pobre o al menos no lo suficiente para pedir limosna. ¿Quién sabe cuál es su historia? —Intenté endurecer la voz—. Sea cual fuere, hay mil viudas en esta ciudad con la misma historia, a cual más patética. Lo único que nos importa es que alguien la ha hecho callar antes de que llegáramos. Ahora ya no nos sirve para nada.

Casi esperé que Tirón me reprendiera, pero era un esclavo, y muy joven, e incapaz de darse cuenta de lo mal que había negociado con la mujer. La había tratado tan toscamente como al tendero y al vigilante. Quizá habría hablado si hubiera pulsado una tecla distinta de la del miedo. Eché a andar rápidamente, demasiado enfadado para saber adónde me dirigía. El sol de mediodía me golpeó la nuca como un puño. Me di de bruces con el muchacho.

Ambos retrocedimos sobresaltados, sin aliento a causa del choque. Solté una maldición. Eco emitió un ruido áspero y ahogado.

Yo había tenido el suficiente sentido común para lanzar una cauta mirada a sus manos. Estaban desnudas. Observé el interior de sus ojos un instante y me hice a un lado para seguir andando. Me cogió la manga de la túnica. Meneó la cabeza y señaló la ventana.

—¿Qué quieres? Hemos dejado en paz a tu madre. Ahora deberías ir con ella.

Eco cabeceó y dio una patada en el suelo. De nuevo señaló la ventana. Hizo ademán de que aguardáramos y entró en el edificio.

—¿Qué querrá? —preguntó Tirón.

—No estoy seguro —dije, pero mientras hablaba intuí la verdad y sentí un cosquilleo de temor.

Un momento después reapareció Eco con un manto negro sobre el brazo y ocul-

tando algo entre los pliegues de la túnica. Sacó la mano y la larga hoja brilló a la luz del sol. Tirón soltó un grito ahogado y me cogió el brazo. Lo contuve con dulzura. Eco avanzó hacia mí. No había nadie más en la calle, hacía demasiado calor.

—Creo que quiere contamos algo —dije.

Eco asintió.

—Algo sobre aquella noche de septiembre.

Asintió de nuevo y con la hoja señaló la mancha de sangre.

—Acerca de la muerte del anciano. Ocurrió un par de horas después de anochecer. ¿Estoy en lo cierto?

Asintió.

—Entonces ¿cómo es posible que se distinguiera nada entre las sombras?

Señaló los soportes de las antorchas, instalados a lo largo de la calle, y luego hacia arriba. Sus manos trazaron una esfera.

—Ah sí, eran los Idus... había luna llena —dije y Eco asintió—. ¿y los asesinos? ¿De dónde vinieron?

Eco señaló el callejón sin salida, cerrado ahora por la puerta de la tienda de comestibles.

—Justo lo que pensaba. ¿y cuántos eran?

Enseñó tres dedos.

—¿Sólo tres? ¿Estás seguro?

Asintió vigorosamente. Entonces comenzó la pantomima.

Corrió un breve trecho por la calle, se dio la vuelta y avanzó con afectación hacia nosotros, con los ojos gachos y expresión despectiva. Señaló a ambos lados con una aparatosa reverencia.

—Sexto Roscio el viejo —dije—. Y viene escoltado por sus dos esclavos, uno a cada lado.

El muchacho batió palmas y asintió. Corrió hacia la puerta de la tienda, la empujó con el hombro y la cerró. Oí maldecir a la vieja desde el interior del establecimiento. El muchacho se echó la oscura capa sobre los hombros y se acuclilló contra la pared en el callejón sin salida, empuñando el largo cuchillo. Le comprendí perfectamente.

—Tres asesinos, dijiste. ¿y quién eres tú? ¿El jefe?

Asintió, me indicó por señas que ocupara el lugar de Sexto Roscio y que avanzara lentamente calle abajo.

—Vamos, Tirón —dije—, tú serás el esclavo que estaba a la derecha del amo, el más próximo a la emboscada.

—¿Crees que es prudente, señor?

—Tranquilo, Tirón, síguele la corriente.

Caminamos juntos calle abajo. Desde la perspectiva de la víctima, el estrecho callejón aparecía sin previo aviso; por la noche, incluso con luna llena, debía de ser un agujero invisible en la oscuridad. Con la vista al frente, tan sólo vi un ligerísimo movimiento por el rabillo del ojo, pero para entonces ya era demasiado tarde. El muchacho

mudo quedó de improviso detrás de nosotros, sujetó a Tirón por el hombro y lo empujó a un lado. Lo hizo dos veces, una a la izquierda, otra a la derecha: dos asesinos apartando a dos esclavos. La segunda vez, Tirón le devolvió el empujón.

Fui a volverme, pero Eco me dio un apretón en los hombros, indicándome que me quedara donde estaba. Desde atrás enlazó sus brazos en los míos para inmovilizarme. Tras darme un golpecito en el brazo, pasó a interpretar otro papel y se colocó delante de mí, cubriéndose la cara con una capucha, empuñando el cuchillo, caminando como un cojo. Levantó una mano para cogerme la mandíbula y me miró directamente a los ojos. Alzó la daga y la dejó caer, rasgando el aire.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Dónde fue la primera herida? Señaló un punto entre mi clavícula y mi tetilla, justo encima del corazón. Me lo toqué sin pensar. Eco asintió, la cara invisible tras la sombra de la capucha. Señaló la huella de la mano que había en la puerta de la tienda.

—Entonces Sexto debió de soltarse...

Negó con la cabeza e hizo un movimiento como para caer de bruces.

—¿Lo tiraron al suelo? —Asintió—. y consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta la puerta...

Eco volvió a negar con la cabeza y señaló el lugar donde había caído el viejo. Se dirigió al cuerpo imaginario y comenzó a darle de puntapiés con saña, emitiendo ruidos extraños con la boca, haciendo muecas despectivas, jadeando, ladrando, remedando una carcajada.

—Entonces fue aquí —dije, ocupando mi lugar a los pies del muchacho—. Aturdido, perplejo, desangrándose. Lo arrastraron, le dieron de puntapiés y lo escarnecieron. El anciano estiró la mano y rozó la puerta...

La puerta de marras volvió a abrirse con brusquedad y por segunda vez en lo que llevábamos de jornada me dio en las narices.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Era la vieja—. No hay derecho...

Eco la vio y se quedó helado.

—Sigue —dije—, no te preocupes por ella. Sigue. Sexto Roscio cayó, se apoyó en la puerta. ¿Qué pasó a continuación?

El muchacho vino hacia mí, cojeando de nuevo, e hizo ademán de cogerme la toga con ambas manos y de lanzarme en mitad de la calle. Avanzó cojeando hacia el caído invisible y lo fue empujando a puntapiés hasta que quedó encima de la mancha de sangre de la calzada. Hizo una señal a los compañeros invisibles que tenía a los costados.

—Tres —dije—, los tres asesinos le rodean. Pero ¿y los esclavos? ¿Muertos?

—No—. ¿Heridos? —No. El muchacho hizo un obsceno ademán de repulsa. Los esclavos habían huido. Observé a Tirón, que parecía profundamente decepcionado.

Eco se acuclilló sobre la sangre, sacó el cuchillo, lo levantó y lo abatió varias veces sobre la mancha. Comenzó a temblar. Cayó hacia delante, de rodillas. Emitió un ruido, como el rebuzno de un asno. Lloraba. Me arrodillé y le puse la mano en el hombro.

—Muy bien —dije—. Sólo quiero que recuerdes un poco más. —Se alejó de mí y se limpió la cara, enfadado consigo mismo por haber llorado—. Sólo un poco más. ¿Alguna otra persona lo vio? ¿Alguien del edificio o de la casa de enfrente?

Miró a la mujer del tendero, que nos observaba desde la entrada de la tienda. Levantó la mano y la señaló.

—¡Ta! —La mujer se cruzó de brazos y bajó la cabeza, como un buey—. Es un embustero. O es ciego además de mudo.

El muchacho volvió a señalarla, como si el hecho de apuntarla con el dedo pudiera hacerla confesar. Luego señaló la pequeña ventana que había encima de la tienda, desde donde el viejo tendero se había asomado durante un instante antes de desaparecer abruptamente tras los postigos cerrados desde dentro.

—Un embustero —rezongó la mujer—. Deberían azotarlo.

—Dijiste que vivíais en la parte de atrás, sin ventanas a la calle —señalé.

—¿Eso dije? Entonces es verdad. —No podía saber que acababa de ver a su marido encima de nosotros como si se tratara de la cara incorpórea del *deus ex machina* de una obra de teatro.

Me volví hacia Eco.

—Has dicho que eran tres. ¿Había algo que los distinguiera a pesar de la capa? ¿Eran altos, bajos, había algo inusual en ellos? Dijiste que uno cojeaba, el jefe. ¿De qué pierna, la izquierda o la derecha?

El muchacho se quedó pensando un instante y se tocó la pierna izquierda. Comenzó a cojear en círculo alrededor de mí.

—La izquierda. ¿Estás seguro?

—¡Ridículo! —exclamó la mujer—. ¡Este idiota no sabe nada! ¡La pierna mala era la derecha, la derecha! —Las palabras le brotaron antes de que pudiera impedirlo. De un manotazo se tapó la boca. Esbocé una sonrisa de triunfo, aunque cuando la mujer me lanzó la misma mirada que Medusa debió de lanzarle a Perseo, se me desvaneció. Por un momento pareció confusa. Salió a la calle hecha una furia, asió el tirador de la puerta y volvió a meterse en la tienda, cerrándola tras de sí—. ¡Volveremos a abrir —exclamó desde dentro— cuando la chusma haya despejado las calles!

—La izquierda —dije, volviéndome hacia el muchacho. Eco asintió—. ¿Y la mano? ¿Cuál utilizó para apuñalarle? ¡Piensa!

Eco pareció observar un gran abismo que surgiera bajo la mancha de sangre. Lentamente, como si estuviera en trance, se pasó el cuchillo de la derecha a la izquierda. Entornó los ojos. Sufrió un espasmo en la mano izquierda e hizo ademán de apuñalar el aire varias veces y con rapidez. Parpadeó y levantó la mirada hacia mí, asintiendo.

—¡Zurdo! Bien, zurdo y cojo de la pierna izquierda... en teoría, tiene que ser fácil reconocerle. ¿y la cara? ¿Se la viste?

Se estremeció y pareció contener las lágrimas. Asintió lenta, gravemente, sin mirarme del todo a los ojos.

—¿Le viste bien? ¿Lo suficiente para reconocerle si volvieras a verle? —Me lanzó una mirada de pánico e hizo ademán de irse corriendo. Lo agarré del brazo y tiré de él, acercándolo a la mancha de sangre—. Pero ¿cómo pudiste verlo de tan cerca? ¿Dónde estabas, en la ventana de tu habitación? —Asintió. Levanté la mirada—. Demasiado lejos para ver la cara de un hombre aun a plena luz del día. Y aquella noche estaba oscuro, aunque hubiera luna llena.

—¡Necio! ¿No lo comprendes? —La voz venía de arriba, de la ventana de la tienda. El viejo había abierto los postigos y de nuevo nos observaba—. La cara del hombre no la vio aquella noche. Los asesinos regresaron unos días más tarde.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté, estirando el cuello.

—Porque entraron en mi tienda.

—¿Y cómo los reconociste? ¿Presenciaste tú también el crimen?

—Yo no. Oh, no, no, de ninguna manera. —Miró con cautela por encima del hombro—. Pero nada de lo que sucede en esta calle, sea de día o de noche, se le escapa a mi mujer. Ella los vio aquella noche, desde donde yo estoy ahora. Y los reconoció cuando volvieron, días después, a plena luz del día... los tres: reconoció al cabecilla por la cojera y al otro por su estatura: un gigante rubio de cara rojiza. Los tres llevaban barba, creo, pero eso es lo único que puedo decir. El jefe iba haciendo preguntas por el barrio, igual que tú. Sólo que a ellos no les dijimos nada, ni una palabra sobre Polia, te lo juro. No me gustaba su aspecto. Al menos no les dije nada; aunque ahora que me acuerdo, me parece que tuve que abandonar la tienda, sólo por un momento, mientras mi mujer se libraba de ellos... pero no creerás que ella se fue de la lengua, ¿verdad?

Detrás de mí oí un extraño grito animal. Me volví y me agaché cuando el cuchillo de Eco pasó volando por encima de mi cabeza. Los reflejos del viejo fueron asombrosamente rápidos. El cuchillo pasó silbando hacia la ventana abierta y se clavó en los postigos ya cerrados. La hoja golpeó de canto la madera y cayó en la calzada con metálico tintineo. Me volví y contemplé a Eco, asombrado de que un simple muchacho pudiera haber arrojado el cuchillo con tanta fuerza. Ocultó la cara entre las manos, llorando.

—Esa gente está loca —susurró Tirón.

Así las muñecas de Eco y le aparté las manos de la cara. Sacudió violentamente la cabeza para ocultar las lágrimas. Intentó librarse de mí. Le sujeté con más fuerza.

—Los hombres regresaron —dije—. Venían por ti. ¿Crees que vieron el crimen? —Negó furiosamente con la cabeza—. Entonces lo supieron por la mujer de la tienda. Ella les condujo hasta ti. Pero, según los rumores, fue tu madre quien vio el crimen. ¿Fue así? ¿Era ella quien estaba en la ventana? —Negó otra vez con la cabeza—. Entonces fuiste tú el único que lo vio. Tú y la vieja. Pero ésta tuvo la sensatez de mantenerse alejada de todo el asunto y les llevó en otra dirección. Contaste a tu madre todos los detalles, ¿verdad? E hizo correr el rumor de que era ella quien había presenciado el crimen. ¿No es eso? —Se estremeció sollozando—. Desdichada —murmuré—. De modo que aquel día vinieron a buscarla a ella, no a ti. Y la encontraron en vuestra

casa. ¿Tú estabas allí? —Asintió—. ¿y entonces? ¿Amenazas, sobornos? —pregunté, sabiendo que era algo mucho peor.

El chico se soltó de mis manos, que aún le sujetaban. Sollozando, gimoteando, comenzó a abofetearse. Tirón se apretó contra mí, horrorizado. Finalmente, el muchacho se detuvo. Dio una patada en el suelo y me miró de hito en hito. Rechinando los dientes, retorció la cara con odio y levantó los brazos. Sus manos se movieron lenta, rígidamente, como contra su voluntad. Hizo un ademán obsceno y cerró los puños.

Habían violado a su madre, que no había visto nada, que nada habría sabido del crimen si él no se lo hubiera dicho, y cuyo único delito había sido propalar habladurías de segunda mano que habían llegado a oídos de la vieja que vivía enfrente. La habían violado y Eco lo había visto todo.

Miré a Tirón para ver si comprendía. Se tapó la boca y apartó los ojos. De repente, Eco me hizo a un lado y corrió hacia el cuchillo que había en la calle. Lo cogió y regresó corriendo hacia mí, cogiendo mi mano y cerrándola alrededor de la empuñadura. Antes de que pudiera darle dinero, antes de que pudiera hacer ningún ademán de consuelo o comprensión, volvió corriendo al edificio, apartando al flaco vigilante, que salía del portal para tomar el aire.

Miré el cuchillo. Suspiré y cerré los ojos, súbitamente mareado por el calor.

—Pide venganza —murmuré—. Cree que haremos justicia.

Capítulo Once

En el momento más caluroso de la tarde nos sentamos en una taberna. Mi intención había sido seguir la pista de Elena (la Casa de los Cisnes debía de encontrarse a muy poca distancia de la escena del crimen), pero no había tenido ánimos. Dimos media vuelta, caminando sin muchas energías por aquella angosta calle hasta alcanzar la plaza.

El lugar estaba casi desierto. Las tiendas habían cerrado. El calor era tan intenso que hasta los vendedores ambulantes habían desaparecido. Sólo quedaban unos cuantos niños que jugaban con un perro en los charcos que rodeaban la cisterna pública. Habían corrido la tapa de hierro y uno de los chicuelos estaba de pie, peligrosamente cerca del borde. Sin dignarse mirar por si lo veía alguien, se levantó la túnica y se puso a orinar dentro.

Un mosaico con un racimo de uvas rojas incrustado en la piedra angular de un pequeño edificio de viviendas anunciaba la proximidad de una taberna. Un sendero de baldosas blancas y moradas doblaba la esquina y conducía hasta un breve tramo de escalones. La taberna era un espacio pequeño, mohoso, oscuro, malsano y vacío.

El calor me había dejado exhausto y sin habla. Después de tanto caminar debería haber comido algo, pero no tenía apetito. Pedí agua y vino, y convencí a Tirón de que bebiera conmigo. Cuando volví a pedir otra ración, Tirón ya no necesitaba que lo convenciesen. Ya con la lengua floja y la guardia baja, tuve ganas de preguntarle sobre

su encuentro con la hija de Sexto Roscio. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Pero por una vez reprimí la curiosidad.

Tirón no estaba acostumbrado al vino. Durante un rato Se sintió muy animado y habló por los codos. Luego quedó repentinamente en silencio, observando su copa con una expresión de melancolía. Dio un sorbo final, dejó la copa en la mesa, se echó atrás en la silla y se quedó dormido.

Al cabo de un rato cerré los ojos y aunque no cogí el sueño, fui echando esporádicas cabezadas durante lo que me pareció un intervalo bastante largo, abriendo los ojos de vez en cuando para ver, invariablemente, a Tirón estirado en la silla, con la mandíbula floja, durmiendo con ese sueño perfecto de los jóvenes inocentes.

Mi duermevela fue inquieta y no tuvo nada de inocente. Me vi en casa de Cecilia Metela, interrogando a Sexto Roscio, aunque yo apenas podía comprender una palabra de cuanto decía aquel hombre. Cuando se levantó de la silla me di cuenta de que llevaba una gruesa capa y al caminar hacia mí lo hizo cojeando, arrastrando la pierna izquierda. Desvié la mirada horrorizado y corrí hacia el vestíbulo. Los pasillos se ramificaban y convergían como los senderos de un laberinto. Me había perdido. Aparté una cortina y le vi por detrás. Delante de él, la joven viuda estaba atada a la pared, desnuda y llorando mientras él la violaba con furia.

Pero tal como sucede en los sueños, lo que vi en primer lugar se convirtió en otra cosa y con un sobresalto me di cuenta de que la mujer no era la viuda; era la propia hija de Roscio; y cuando vio que yo la miraba no sintió vergüenza alguna. Me envió un beso y me hizo un gesto obsceno con la lengua.

Abrí los ojos y vi a Tirón durmiendo al otro lado de la mesa. Una parte de mí quería despertar, pero me sentía demasiado débil. Me pesaban los párpados y carecía de voluntad para mantenerlos abiertos.

En el cuarto que hacía de despensa en casa de Cecilia, el hombre y la mujer seguían copulando. Los observé desde la puerta, tímido como un muchacho. El hombre de la capa miró a su espalda. Sonreí para mí, pues esperaba ver la cara de Tirón, arrebolada de excitación e inocencia. Pero a quien vi fue a Sexto Roscio, poseído por una vergonzosa pasión.

Me cubrí la boca y retrocedí aterrado. Alguien tiró de mi túnica. Era el muchacho mudo, rojos los ojos de tanto llorar, mordiéndose el labio para no sonreír como un tonto. Quiso entregarle un cuchillo, pero me negué a aceptado. Me empujó a un lado, colérico, y se lanzó sobre las dos figuras que copulaban.

El muchacho los apuñaló de manera brutal e indiscriminada. Pero ellos no se detenían, como si el apuñalamiento fuera un engorro de poca monta y no mereciera la pena la satisfacción que les reportaría apartar y abofetear al muchacho. De algún modo supe que no podían apartado, que su carne, en cierto modo, se había fundido y era sólo una. Incluso mientras se agitaban y retorcían, un charco de sangre manaba de sus cuerpos entremezclados. Se extendía por el suelo como una vistosa alfombra roja. Fue deslizándose bajo mis pies. Intenté dar un paso adelante pero me había quedado hela-

do en aquel lugar, incapaz de moverme ni de hablar, rígido como un cadáver.

Abrí los ojos, pero no pareció cambiar nada. Me di cuenta de que en realidad no había abierto los ojos y de que todavía soñaba a pesar mío. Levanté un brazo para abrirme los ojos con los dedos; pero los párpados siguieron pegados. Forcejeé, jadeando y sin aliento, incapaz de salir por propia voluntad de aquel sueño.

Desperté. Tenía los ojos abiertos. Las manos sobre la mesa, temblando. Tirón estaba frente a mí, sesteando plácidamente.

Tenía la boca seca como el alumbre y la cabeza como rellena de lana. Tenía la cara y las manos entumecidas. Intenté llamar al tabernero y vi que apenas podía hablar. Tanto daba; el hombre también estaba cabeceando, sentado en un taburete en un rincón, con los brazos cruzados y la barbilla sobre el pecho.

Me puse en pie. Me tambaleé hasta la entrada y subí las escaleras hasta la calle, di la vuelta a la esquina y entré en la plaza. Estaba vacía e inundada de luz cegadora; hasta los galopines habían desaparecido. Fui hasta la cisterna, me arrodillé junto al borde y escruté la negrura. El agua estaba demasiado profunda para reflejar nada, pero sentí un frescor ascendiendo hasta mi cara. Subí el cubo, me salpiqué la cara y me lo eché por la cabeza.

Comencé a sentirme un poco humano, pero todavía débil. Lo único que quería era descansar en mi propia casa, a la sombra del pórtico, contemplar el resplandor del sol en el jardín, con Bast entre mis pies y Bethesda poniéndome un trapo helado en la frente.

Noté una mano en el hombro. Era Tirón.

—¿Estás bien, señor?

Inhalé profundamente.

—Sí.

—Es el calor. Este calor terrible y antinatural. Es como un castigo. Embota el cerebro, dice Cicerón, y reseca el espíritu.

—Tirón, ayúdame a levantarme.

—Deberías permanecer echado. Duerme.

—¡No! El sueño es el peor enemigo del hombre con este caloro Sueños terribles...

—¿Regresamos a la taberna?

—No. Bueno, sí, hay que pagar el vino.

—Lo hice al salir. El tabernero estaba dormido, pero le dejé el dinero en el mostrador.

Meneé la cabeza.

—¿Y le despertaste antes de marcharte, para que ningún ladrón pudiera entrar y robarle?

—Por supuesto.

—Tirón, eres un modelo de virtud. Una rosa entre espinas, el dulce fruto entre las zarzas.

—No soy más que el espejo de mi amo —dijo, más orgulloso que humilde.

Capítulo Doce

Durante un rato, el sol quedó oculto tras un manto de nubes blancas. Lo peor del calor había pasado, pero ahora la ciudad emanaba todo lo que había absorbido durante el día. El pavimento y los ladrillos eran como las paredes de un horno. A menos que otra tormenta las enfriara, las piedras desprenden calor toda la noche, cociendo la ciudad y a todos los que en ella vivían.

Tirón me instó a que regresáramos, a que alquiláramos una litera para volver a casa o a que al menos fuésemos al domicilio de Cicerón. Pero no tenía sentido haber llegado a la Casa de los Cisnes sin hacer una visita.

Recorrimos de nuevo la calleja, pasamos ante al callejón de los asesinos, oculto ahora por la puerta de la tienda. Del oscuro interior de ésta llegó un olor empalagoso a fruta podrida. Rodeamos la mancha de sangre y pasamos ante la casa donde vivía la viuda. El vigilante flaco dormitaba sentado en las escaleras. Abrió los ojos y me lanzó una mirada perpleja y malhumorada, como si nuestra entrevista hubiera ocurrido tanto tiempo antes que hubiera olvidado nuestras caras.

La Casa de los Cisnes estaba más cerca de lo que había creído. La calle se estrechaba y viraba hacia la izquierda, impidiéndonos ver el trecho que acabábamos de recorrer. De repente la vi a nuestra derecha, inconfundible por sus chillonas pretensiones.

Qué seductora tenía que parecer a los ojos de los hombres de renta modesta que llegaban allí de noche, guiados por los comentarios que corrían de boca en boca, siguiendo las antorchas y los toscos cisnes de los mosaicos incrustados en las paredes de la calle. Qué deliciosamente vulgar debía de parecer él cualquier hombre de cierto gusto como Sexto Roscio el viejo, qué incitante para un hombre lleno de apetitos carnales.

La fachada contrastaba con todo cuanto la rodeaba. Los edificios circundantes estaban encalados y pintados con sobrios matices de color azafrán, óxido o crema. La fachada principal de la Casa de los Cisnes era de un rosa chillón y estaba salpicada de azulejos, al igual que los frontones de las ventanas. Un pórtico semicircular se adentraba en la calzada. Una estatua de Venus asomaba de la cima de la cúpula truncada, demasiado pequeña para abarcar el edificio; la calidad del trabajo era realmente asquerosa, casi blasfema. Incluso Tirón rió disimuladamente al verla. Dentro del pórtico, una gran lámpara colgaba de la semicúpula; con un poco de generosidad podría decirse que tenía forma de bote de remos, aunque sospecho que la suave curvatura y el extremo redondeado intentaban reproducir un apéndice humano representado obscenamente a escala desproporcionada.

Un esclavo nos abrió la puerta, un joven alto y musculoso que parecía más un guardaespaldas o un gladiador que un portero. Sus modales eran desagradablemente

serviles. Nunca dejaba de sonreír, asintiendo e inclinando la cabeza a medida que nos conducía hasta el triclinio de la antesala. Esperamos unos momentos y apareció el dueño en persona.

Era un hombre que tendía a la redondez por todas partes, desde la barriga hasta la nariz y la raleante cabeza. El poco pelo que le quedaba había sido engrasado y peinado a conciencia y sus carrillos grotescamente empolvados. Su gusto por las joyas parecía tan recargado como sus gustos mobiliarios. En resumen, parecía un epicúreo venido a menos y sus intentos de recrear el ambiente de un prostíbulo oriental bordeaban lo grotesco. Cuando los romanos intentan imitar a Oriente, rara vez lo consiguen. La elegancia y el verdadero lujo no son fáciles de copiar ni se compran al por mayor.

—Ciudadano —dijo—, vienes a una hora inusual. Casi todos nuestros clientes acostumbran a llegar tras la puesta de sol. Pero tanto mejor para ti, podrás elegir a la mujer que te apetezca sin tener que esperar. Casi todas están durmiendo, pero las despertaré con mucho gusto.

—En realidad pensaba en una mujer en concreto.

—¿Sí?

—Me la han recomendado. Una tal Elena.

El hombre me miró sin expresión y tardó un poco en responder. Cuando habló no detecté artimaña alguna, sino el sincero olvido de un hombre que ha comprado y vendido tantos cuerpos a lo largo de los años que no se puede esperar que los recuerde todos.

—Elena —dijo, como si fuera una palabra extraña cuya definición no recordara del todo—. ¿y hace poco que te la han recomendado?

—Sí. Pero ha pasado algún tiempo desde que mi amigo la visitó por última vez. Mi amigo ya no está en Roma, tiene mucho que hacer en sus propiedades. Los negocios le impiden visitar la ciudad, pero me escribe hablándome de los recuerdos que conserva de Elena, diciendo que ojalá pudiera encontrar en el campo una mujer cuyas caricias pudieran proporcionarle una mínima parte del placer que hallaba en Elena.

—Ah. —El hombre juntó las yemas de los dedos, frunció los labios y pareció contar los anillos que llevaba en cada mano.

Contemplé la pintura que había en la pared de enfrente, Príapo acosando a un grupo de cortesanas desnudas y aterradas por la descomunal hortaliza que brotaba en oblicuo de la entrepierna del dios.

—Dime cómo es esa tal Elena.

Pensé durante un momento y cabeceé.

—Mi amigo no me ha descrito ningún rasgo suyo en particular. Sólo me dio su nombre y la garantía de que no quedaría decepcionado.

Mi anfitrión se animó.

—Ah, bueno, te aseguro que puedo garantizarte lo mismo de cualquiera de mis chicas.

—¿Estás seguro entonces de que no tienes a ninguna Elena?

—La verdad es que el nombre me resulta familiar. Sí, creo recordarla vagamente. Pero estoy seguro de que hace mucho que no tenemos a ninguna Elena.

—¿Y qué puede haberle ocurrido? Seguro que tus mujeres gozan de buena salud.

—Por supuesto; nunca se me ha muerto ninguna por cuestiones de salud. Recuerdo que fue vendida para uso privado de un ciudadano; no a una casa rival —añadió, como para evitarme que la buscara en otra parte.

—¿A un ciudadano? Mi amigo se sentirá muy decepcionado cuando se entere. Me pregunto si conoceré al comprador... ¿Podrías decirme a quién se la vendiste?

—Tendré que consultar con el contable. Aunque debería decirte que no suelo hablar de las mujeres que vendo, excepto con un posible comprador.

—Claro, claro.

—Eh, Estabio, trae cuatro chicas, de las mejores. Tu único problema, ciudadano, será decidir cuál te gusta más. A lo mejor te apetece estar con dos a la vez. O con las cuatro, pero de una en una. Mis chicas convierten en sátiros a los hombres más normales, y tú, ciudadano, creo que superas toda normalidad.

Comparada con la de los lupanares de Antioquía o Alejandría, la oferta inicial del amo de la Casa de los Cisnes resultó decepcionante. Todas eran morenas. Dos me parecieron vulgares, casi feas, aunque para los hombres que sólo miran de cuello para abajo poseían encantos variopintos. Las otras dos eran atractivas, aunque no tan hermosas como la viuda Polia, no tanto por lo menos como debía de haberlo sido antes de que el sufrimiento le estropease la cara. Las cuatro llevaban túnica de colores sin mangas, de una tela tan ceñida y diáfana que sólo los más sutiles detalles del cuerpo quedaban en el misterio. Mi anfitrión rozó el hombro de la más joven y guapa y la hizo adelantarse.

—Te ofrezco, señor, el más tierno capullo de mi jardín, mi flor más reciente y fresca: Talía. Tan guapa y juguetona como una niña. Pero ya es una mujer, no lo dudes. —Se puso detrás de la joven y le levantó la túnica desde arriba. La prenda se abrió por el eje central y durante un breve instante quedó desnuda, la cabeza inclinada y desviando los ojos. Tirón ahogó un grito.

El dueño del burdel le acarició suavemente los pechos y deslizó los dedos abdomen abajo. Vi que por debajo del ombligo se le ponía la piel de gallina.

—¿Ves cómo se ruboriza...? Y qué color tienen las mejillas. A Talía también se le ruborizan otros puntos demasiado delicados para nombrarse. —La cubrió—. Pero a pesar de su pudor adolescente, te aseguro que en la cama no tiene ninguna vergüenza.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Oh, no mucho, señor. Sólo un mes. Una virgen, como quien dice, y aun así asombrosamente diestra con sus santuarios. Por ejemplo, sabe trabajar muy bien con la boca...

—No me interesa.

—¿No?

—Quiero a Elena. —Apretó los dientes—. Pero si no está aquí, tráeme a la más veterana. No me interesa su aspecto. Éstas son demasiado jóvenes para saber lo que hacen; no me interesan las niñas. Quiero una mujer hecha y derecha, con el pelo en su sitio, de sangre ardiente y ducha en todo lo concebible. Y que hable un latín que se entienda. Hablar y escuchar constituye la mitad de mi placer. ¿Tienes una mujer así en la Casa de los Cisnes?

Mi anfitrión dio dos palmadas. El esclavo llamado Estabio hizo salir a las chicas. Talía, la joven flor virginal, la tímida, la ruborosa, se alejó bostezando.

—¡Estabio!

El esclavo se dio la vuelta.

—Estabio, tráenos a Electra.

Electra tardó en aparecer. Cuando mi anfitrión la anunció, supe que era la mujer que yo quería.

El pelo era su rasgo más sobresaliente, una abundante melena negra veteada de blanco en las sienes. Llevaba el maquillaje con una habilidad que sólo se alcanza con años de práctica; mi anfitrión tendría que haber aprendido de ella. Aunque sus rasgos no podían calificarse ya de delicados y su cutis había perdido la lozanía, a la tenue luz del atrio aún podía afirmarse con completa convicción que era hermosa. Con la edad había adquirido el derecho de llevar una túnica más discreta que la de sus compañeras más jóvenes: blanca, suelta, de largas mangas, ceñida en la cintura. Las curvas de sus pechos y caderas no necesitaban entreverse bajo telas transparentes para resultar seductoras.

Hay al menos una mujer así en cada burdel y en las ciudades donde se explota la lujuria especializada siempre hay establecimientos donde todas son como ella. Electra era la Gran Madre. No la madre del adulto, sino la madre que el adulto recuerda de la infancia; sabia pero no vieja, con un cuerpo que no es ni enjuto ni adolescente, ni viejo ni feo, sino abundante, suculento, macizo, la flor de la canela.

Observé a Tirón y vi que estaba asombrado ante la presencia de Electra. Al servicio de su amo Cicerón, no acostumbraba a encontrarse con mujeres así.

Hice un aparte con mi anfitrión y negociamos.

Naturalmente, pedía demasiado. Volví a lamentar la pérdida de Elena. Hizo una mueca y bajó el precio. Protesté. Volvió a bajar el precio. Accedí. Ordené a Tirón que pagara. El esclavo entregó las monedas con expresión de asombro, no sé si porque pensaba que el precio era excesivo (ya que era Cicerón quien corría con los gastos) o porque le parecía una ganga.

Electra nos condujo a su habitación. La seguí e indiqué a Tirón que nos acompañara.

Tirón pareció confuso. También el dueño de la casa.

—Ciudadano, no sabía que quisieras estar también con el jovencito. Como es lógico, tendrás que pagar un suplemento. —El esclavo va donde yo voy.

—Señor...

—Es un esclavo, una propiedad, un mueble. ¿O piensas cobrarme también por el calzado? Creía que esta casa era un lugar decente. Y ahora veo que me engañaron cuando me dijeron que había aquí cierta muchacha...

El anfitrión agitó las monedas. Su tintineo se sumó al de los anillos. Enarcó las cejas, chascó los labios y se hizo a un lado.

La habitación de Electra no se parecía ni al vestíbulo ni a los pasillos. Sospechaba que la había decorado ella misma; poseía la sencillez del gusto griego y la sensación de comodidad de una habitación en que se ha vivido mucho tiempo. La mujer se recostó en un triclinio. Había dos sillas. Indiqué a Tirón que se sentara en una. Yo me senté en la otra.

Electra rió por lo bajo, pensando que quizá era tímido o que fingía serlo.

—Estarás más cómodo aquí —dijo, pasando la mano por la tela raída del triclinio. El acento griego apenas se le notaba.

—No lo dudo. Pero primero quiero hablar.

Se encogió de hombros.

—Claro. ¿Me desnudo?

Miré a Tirón, que ya estaba ruborizado.

—Sí —dije—. Quítate la ropa mientras charlamos. Sin prisas.

Electra se puso en pie. Se echó el pelo atrás y se llevó las manos a la nuca para desabrocharse el vestido. Tras ella, en una mesa, vi un diminuto reloj de arena. El cono superior estaba lleno; la arena caía libremente. Debía de haberle dado la vuelta al entrar, con tanta discreción que ni me había dado cuenta. Era toda una profesional.

—Háblame de Elena —dije.

Vaciló sólo un instante.

—¿Eres amigo suyo? ¿Un cliente?

—No.

—¿De qué la conoces?

—No la conozco.

Aquello le hizo gracia.

—Entonces ¿por qué me preguntas por ella? —El vestido se deslizó con toda facilidad de sus hombros y la parte superior quedó colgando de la cintura, sujeto por el ceñidor. Su carne era sorprendentemente tersa y firme. Contrastando con su pálida desnudez observé sus joyas, las pulseras de plata y el delicado collar que acusaba la espléndida curva de los pechos.

Parecía empeñada en no prestar atención al esclavo, que la contemplaba con atención concentrada, los labios fruncidos y el entrecejo arrugado, como si sufriera algún dolor.

—Responde a mi pregunta. Ya he pagado por estar contigo. Si no me complaces me quejaré a tu amo, exigiré que me devuelva el dinero. Y te azotará.

Rió a carcajadas.

—No lo creo —dijo—. Y tú tampoco. —Cogió un peine y un pequeño espejo de la

mesa y se sentó en el triclinio para peinarse.

—Tienes razón. Sólo lo he dicho para excitar al muchacho.

Electra apartó la mirada del espejo, lo suficiente para arquearme una ceja.

—Eres un vicioso. Creo que estamos perdiendo el tiempo, así que deja de hablar.

Negué con la cabeza.

—Háblame de Elena. ¿Cuándo se marchó?

—En otoño.

—¿Quizá en septiembre?

—Sí. Sí, poco antes del Festival Romano. Lo recuerdo porque durante las vacaciones siempre hay mucha actividad. Debió de ser a finales de septiembre.

—¿Qué edad tiene Elena?

—Una niña.

—¿Tan joven como Talía?

—Dije una niña, no una criatura.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Muy guapa. Siempre dije que era una de las chicas más guapas de la casa. Muy rubia, con la tez de la miel clara. Creo que sus padres eran escitas. Tenía un cuerpo muy hermoso, magnífico para su edad, pecho abundante, amplias caderas y cintura estrecha. ¡Cómo se enorgullecía de su talle de avispa!

—¿Tenía algún cliente especial? ¿Un hombre que se interesara por ella de manera insistente?

Electra me miró con desasosiego.

—¿Por eso has venido?

—Sí.

—¿Eres amigo de ese hombre? ¿Cómo se llama, Sexto?

—Sí, así se llamaba. Y no era amigo suyo.

—Hablas de él como si hubiera muerto.

—Lo está.

Se puso el espejo y el peine en el regazo.

—¿Y estaba Elena con él cuando murió? ¿Sabes dónde está ahora?

—No sé nada de ella, sólo lo que tú puedas decirme.

—Era una chica encantadora. Muy delicada. —De pronto, Electra pareció ponerse triste. Volvió a coger el peine y el espejo—. Hace mucho que no está aquí. Un año, creo. El amo la compró en una subasta en el templo de Cástor, junto con media docena de chicas, todas de la misma edad y color. Pero ella era especial, aunque él no se diera cuenta.

—Pero Sexto sí se dio cuenta.

—¿El viejo? Oh, sí. Después de la primera vez, venía al menos cada cinco o seis días. Hacia el final solía venir un día sí y otro no.

—¿El final?

—Cuando quedó embarazada. Antes de marcharse.

—¿Embarazada? ¿De quién?

Electra se echó a reír.

—Esto es un burdel, amigo mío. Ningún cliente se contenta con mirar a una mujer mientras se peina. —Se encogió de hombros—. En un lugar como éste, nunca se sabe quién puede haber sido, aunque algunas chicas fantasean. Era la primera vez que le pasaba a Elena. Le dije que abortara, pero no quiso. De haber cumplido con mi deber, se lo habría dicho al amo.

—Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Elena era encantadora. Quería mucho al niño. Me dije que si podía ocultárselo al amo el tiempo suficiente, tendría que permitirle dar a luz, aunque luego no la dejara quedarse con el niño.

—Pero Elena se lo dijo a alguien más. Algunas chicas tienen fantasías, has dicho. ¿Cuál era su fantasía?

Sus ojos relampaguearon de cólera.

—Ya lo sabes. Puedo adivinarlo por tu forma de preguntarlo.

—Sólo sé lo que me has dicho.

—Muy bien. Le dijo al viejo Sexto que estaba embarazada. Le dijo que el niño era de él. Y el idiota la creyó. Los hombres que envejecen a veces quieren tener hijos a toda costa. Había perdido un hijo, siempre lo sacaba a relucir cuando estaba con Elena. Quizá por eso sabía ella que el viejo le creería. Quién sabe, a lo mejor era hijo suyo.

—¿Y qué beneficio podía proporcionar a Elena todo esto?

—¿Cómo que qué beneficio? Es el sueño de toda mujer pública, al menos hasta que se desengaña. Un hombre rico se enamora de ella, la compra a su amo, se la lleva a su casa. Quizá incluso la libera y le pone casa propia para criar a su hijo como ciudadano libre. En sus fantasías más desaforadas, incluso puede que Sexto reconociera al bastardo, lo convirtiera en heredero. Se dice que tales milagros ocurren. Elena era lo suficientemente joven para albergar tales sueños.

—¿Y cómo acabó el sueño?

—Sexto prometió comprarla y liberarla. Hasta habló de casarse con ella. Eso me dijo Elena. No creo que ella se lo acabara de creer.

—¿Y luego?

—El viejo dejó de venir. Elena puso mala cara durante un tiempo, pero comenzaba a notársele que estaba embarazada y pasaban los días. Yo la consolaba cuando lloraba por la noche. La crueldad de los hombres.

—¿Dónde está Elena ahora?

—El amo la vendió.

—¿A quién?

—No lo sé. Creí que a lo mejor Sexto la había comprado, después de todo. Pero dices que ha muerto y que no sabes nada de Elena. —Negué con la cabeza—. Vinieron a buscarla a finales de septiembre. Sin previo aviso ni preparativo alguno. Estabio

irrumpió en la habitación, diciéndole que recogiera la ropa. El amo la había vendido y debía marcharse en seguida. Elena temblaba como una gatita. Lloraba de felicidad y lloré con ella. No se molestó en llevarse casi nada, dijo que Sexto le compraría lo más elegante del mercado. La seguí por el pasillo. La esperaban en el vestíbulo. En cuanto los vi me di cuenta de que algo andaba mal. Y creo que ella también se dio cuenta, pero intentó ocultarlo. Me dio un beso y sonrió mientras salía por la puerta con ellos.

—No era Sexto —dije—. Sexto ya estaba muerto por entonces.

—No, no era el viejo. Eran dos hombres. No me gustó su aspecto. Ni el del rubio ni el del que cojeaba. —Debí de hacer algo sin darme cuenta. Electra dejó de cepillarse el pelo y se me quedó mirando—. ¿Qué ocurre? ¿Conoces al cojo?

—Aún no.

Dejó el cepillo y me observó con un brillo en la mirada.

—¿Qué galimatías es éste? ¿Sabes dónde está Elena o no? ¿Sabes quién la compro?

—Ya te lo he dicho. Todo lo que sé de Elena es lo que me estás diciendo.

—Eso es mentira —dijo.

Tirón se agitó inquieto. Supongo que nunca había oído a una esclava hablar de aquel modo a un ciudadano.

—Sí —dije—. Es mentira. Hay una cosa que sé de Elena; por eso estoy aquí. Te la diré. La noche en que Sexto fue asesinado no lejos de aquí, en esta misma calle, estuvo cenando en casa de una gran dama de la nobleza. Cecilia Metela: ¿has oído alguna vez este nombre? ¿Lo mencionó alguna vez Elena?

—No.

—Un emisario llegó después del anochecer con un mensaje escrito para Sexto. Era de Elena, instándole a que acudiera de inmediato a la Casa de los Cisnes.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Elena no sabía escribir.

—Pudo escribírselo alguien de la casa.

—Estabio sabe escribir, un poco. Y los empleados, pero nunca los vemos. No importa. Enviar un mensaje a un hombre adinerado, mandándole a buscar como a un perro a casa de una gran matrona... Elena sería una soñadora, pero no estaba loca. Nunca hubiera hecho una cosa así y menos sin pedirme consejo.

—¿Estás segura?

—Del todo.

Asentí. Miré el reloj de arena. Todavía quedaba tiempo.

—Creo que ya hemos hablado todo lo que había que hablar —dije.

Fue Electra quien miró ahora el reloj de arena. Cerró los ojos un momento. La agitación y la angustia desaparecieron de su cara. Se puso en pie y se desanudó el ceñidor.

—Sólo una cosa más —dijo dulcemente—. Si averiguas algo de Elena y el niño,

¿me lo dirás? Aunque sean malas noticias. No tienes por qué volver a verme si no quieres. Bastará con que envíes a un esclavo y que le deje el recado a Estabio. Él se encargará de que yo reciba el mensaje.

—Si descubro algo me aseguraré de que lo sepas.

Asintió agradecida y el vestido cayó al suelo.

La observé durante un rato. Se quedó inmóvil, la cabeza inclinada, los brazos en los costados, para que la contemplara a mis anchas.

—Eres una mujer hermosa, Electra.

—Eso me han dicho otros hombres.

—Pero yo no he venido aquí porque necesitara una mujer. Vine en busca de Elena.

—Entiendo.

—Y aunque he pagado a tu amo, no era tu cuerpo lo que quería.

—Lo sé. —Me miró a los ojos—. Pero nos queda mucho tiempo.

—No. A mí no. Y hoy, menos todavía. Pero hay algo que sí puedes hacer por mí. Un favor.

—Sí.

—El muchacho. —Señalé a Tirón, que me devolvió la mirada con una mezcla de lujuria y estupefacción. Estaba rojo hasta las orejas.

—Desde luego —dijo Electra—. ¿Te gusta mirar?

—No.

—¿Quieres poseernos a los dos? —Inclinó la cabeza y me sonrió—. Sí, podría compartirte con él.

—No me has comprendido. Esperaré fuera. Se trata de que complazcas al muchacho, no a mí. Y si quieres, disfruta también tú.

Enarcó una ceja con escepticismo comprensible. ¿Qué hombre paga para que su esclavo se refocile con una puta?

Me di la vuelta para marcharme. Tirón se levantó de la silla.

—Pero señor...

—Basta, Tirón. Quédate. Es un regalo. Acéptalo sin protestar.

Me fui, cerrando la puerta a mis espaldas. Estuve paseando por el corredor durante un buen rato, medio esperando que Tirón me siguiera. No lo hizo.

En el vestíbulo se notaba ya que el negocio había comenzado a funcionar. El propietario daba la bienvenida a nuevos clientes; Estabio y otro esclavo exhibían la mercancía. Todos los asientos estaban ocupados y algunos clientes tenían que estar de pie. Me quedé entre ellos, sin molestar y sin dejarme ver. No pasó mucho tiempo antes de que Tirón apareciera a paso vivo por el pasillo, ajustándose la túnica con torpeza. Tenía la cara húmeda de sudor, el pelo revuelto.

—¿Ya? —dije.

Esperaba una sonrisa, pero apenas me miró antes de zambullirse en la pequeña multitud y dirigirse a la puerta. Le seguí, mirando por encima del hombro el grupo de

chicas que acababa de salir. La joven Talía estaba entre ellas. Su propietario le había abierto el vestido y le acariciaba suavemente los pechos.

—¿Veis cómo se ruboriza? —decía—. Y qué color tienen las mejillas. A Talía también se le ruborizan otros puntos demasiado delicados para nombrarse...

Tirón caminaba tan rápido que tuve que correr por la calle para alcanzarlo.

—No debería haberlo hecho —decía cabeceando y con la vista al frente.

Le puse una mano en el hombro. Aunque rechazó el contacto, obedeció como obedece un caballo.

—¿No la encontrabas deseable, Tirón?

—Claro que sí. Pero... —Buscó una palabra y al no encontrar ninguna adecuada encogió los hombros con desesperación.

—¿No te ha gustado?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, lo menos que puedes hacer es darme las gracias.

—Pero no deberías haberlo hecho. —Frunció el entrecejo—. Era Cicerón quien pagaba, no tú. Cargas los gastos a su cuenta. ¿Qué crees que dirá si se entera? Utilizar su dinero para comprarme una mujer... ,

—No tiene por qué saberlo. De todos modos, ya había pagado por la puta; era un gasto justificado, admítelo. Lo lógico era que uno de los dos hiciera uso de sus servicios.

—Sí, si lo miras de ese modo. Pero... —Me miró fijamente a los ojos, lo suficiente para ver mi interior. La culpa que sentía no se debía a haber abusado de la confianza de Cicerón, sino a haber traicionado a otra. Entonces me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de la hija de Sexto Roscio.

Capítulo Trece

Pasamos por delante de la casa de la viuda Polia, junto a la mancha de sangre, junto al viejo tendero y su mujer. Tirón caminaba muy rápido; lo alcancé e impuse un ritmo aún más rápido. Por aquel día ya había tenido suficiente de desconocidos y tragedias. Deseaba volver a mi casa.

Entramos en la plaza. Las tiendas habían vuelto a abrir; los vendedores ambulantes habían regresado. Los niños jugaban alrededor de la cisterna; las amas de casa y los esclavos hacían cola a fin de recoger el agua para la cena. La plaza estaba llena de ruido y movimiento, pero algo anormal ocurría. Sólo gradualmente me di cuenta de que la mitad de la multitud había vuelto la cara en la misma dirección. Algunos señalaban con el dedo.

Roma es una ciudad de fuego y humo. La gente se alimenta de pan, el pan se cuece en los hornos, los hornos emanan hilos de humo. Pero el humo de un edificio en llamas posee un aspecto completamente distinto. Surge negro y espeso. Chorros de ceniza giran y se retuercen en las alturas. El incendio estaba en algún lugar situado

entre nosotros y el Capitolino. Tirón, al verlo, pareció olvidar de pronto todas sus angustias. El instinto humano dicta huir del fuego, pero la vida de la ciudad neutraliza los impulsos animales; de hecho, a medida que nos aproximábamos no vimos pasar ni una sola persona en dirección opuesta y también a nosotros nos atraía la creciente congestión de peatones y carros.

El incendio se había declarado cerca del Capitolino, un poco más allá de la muralla de Servio, en un bloque de casas elegantes al sur del Circo Flaminio. Una vivienda de cuatro plantas estaba casi completamente consumida por las llamas, que salían por las ventanas y danzaban en la azotea. Si había sido uno de esos dramas que la multitud adora, nos lo habíamos perdido; no había víctimas desamparadas gritando desde las ventanas del piso superior ni criaturas arrojadas a la calle. Los inquilinos ya habían huido o muerto dentro del edificio.

En la multitud había mujeres mesándose los cabellos, hombres llorando, familias que se abrazaban. Los que se lamentaban y los indigentes fueron engullidos por la multitud, que observaba las llamas con variadas expresiones de pavor y deleite.

—Dicen que comenzó a primera hora de la tarde —comentó un hombre— y todavía no ha parado. —Su amigo asintió muy serio—. Varias familias han perecido en los pisos superiores. Dicen que un hombre en llamas se ha tirado por una ventana del piso de arriba no hace ni una hora, aterrizando en medio de la multitud. Si avanzamos podremos ver el lugar donde cayó...

En el pasillo abierto entre la multitud y las llamas, un anciano de barba gris corría frenéticamente de un lado a otro, contratando a desconocidos que pasaban por la calle para contener la conflagración. Lo que ofrecía apenas sobrepasaba el estipendio simbólico de un bombero voluntario y eran pocos los que aceptaban. Hacia el norte, según se miraba colina arriba, no parecía haber peligro de que se extendiera. Pero por el sur, hacia el Circo, a menos de dos metros del edificio incendiado se alzaba otro de menor altura. La pared de aquel lado ya estaba chamuscada y a medida que el edificio en llamas comenzaba a desmoronarse, cúmulos de cenizas y escombros se iban depositando en el espacio entre ambos y parte del material incendiado caía sobre la azotea de la estructura más baja, donde ya había un equipo de esclavos trabajando.

Un noble, elegantemente vestido y acompañado de una numerosa comitiva de esclavos, secretarios y gladiadores, surgió de entre la multitud y se acercó al hombre de la barba gris.

—Ciudadano —le gritó—, ¿eres el propietario de estos edificios?

—Del incendiado no —contestó el hombre—. Ése es de mi vecino Vario, un idiota que permite que sus inquilinos enciendan fuego el día más caluroso del año. No le verás aquí, combatiendo el fuego. Probablemente está de vacaciones en Bayas. El mío es ése, el que todavía está en pie.

—Quizá no por mucho tiempo. —El noble hablaba con una educadísima voz que no habría estado fuera de lugar en el Foro.

Todavía no le había visto la cara, pero sabía quién podía ser.

—Craso —susurré.

—Sí —dijo Tirón—. Mi amo lo conoce. —Hubo un deje de orgullo en su voz, el orgullo de quien aprecia un breve encuentro con una celebridad, sea cual fuere su naturaleza—. Ya conoces el refrán: «Craso, rico como Creso». Dicen que es el hombre más rico de Roma, sin contar a Sila, naturalmente, lo cual lo hace más rico que muchos reyes; y es más rico cada día que pasa. Eso dice Cicerón.

—¿Y qué más dice Cicerón de Craso? —El objeto de nuestra conversación había rodeado con el brazo los hombros del barbudo. Juntos caminaron hasta un lugar desde donde se veía mejor el pasaje abierto entre los dos edificios. Les seguí y observé, más allá de ellos, la hendidura intransitable a causa de la constante lluvia de ceniza y ladrillos al rojo.

—Todos dicen que Craso posee muchas virtudes y sólo un vicio, que es la avaricia. Pero Cicerón dice que su codicia es sólo síntoma de una vicio más profundo: la envidia. Riqueza es lo único que posee Craso. Y sigue amasándola porque está celoso de las cualidades de los demás, como si la envidia fuera un pozo profundo y sólo pudiera cegado con oro, ganado, edificios y esclavos, con objeto de situarse al mismo nivel que sus rivales.

—¿Debemos compadecemos entonces de Marco Craso? Tu amo es muy generoso.

Avanzamos más allá de la multitud y nos acercamos lo suficiente para oír gritar a Craso y al propietario del edificio por encima del rugido de las llamas. Tuve que parpadear para protegerme de las flotantes cenizas. Parecía un extraño lugar para hacer transacciones comerciales, aunque hay que tener en cuenta que las circunstancias favorecían a Craso. El pobre hombre de la barba gris no estaba en situación de imponer condiciones.

—Diez mil denarios —exclamó Craso. No pude oír la respuesta del propietario, pero su cara y sus ademanes denotaban indignación—. Muy bien. —Craso se encogió de hombros. Pareció a punto de ofrecer un precio más alto cuando una llamarada brotó de la base del edificio en peligro. Un grupo de obreros corrió inmediatamente hacia el lugar, golpeando las llamas con mantas y haciendo circular una cadena de baldes de agua. Sus esfuerzos apagaron las llamas, pero el fuego asomó por otro lugar—. Ocho mil quinientos —rectificó Craso—. Mi última oferta. Es más de lo que vale el terreno, que quizá sea lo único que quede. Piensa en lo que me costará retirar los escombros. —Observó la conflagración y cabeceó—. Ocho mil denarios, no más. Acepta ahora si estás interesado. En cuanto las llamas alcancen en serio el edificio, no ofreceré ni un as.

El de la barba gris estaba angustiado. Unos miles de denarios no iban a resarcirle de las pérdidas, pero si el edificio quedaba destruido carecería por completo de valor.

Craso llamó a su secretario.

—Reúne a mi séquito. Que se prepare todo el mundo para partir. He venido aquí a comprar, no a ver un incendio.

El de la barba gris se vino abajo. Asió a Craso por la manga y asintió. Craso hizo

una seña a su secretario, que sacó una gruesa bolsa y pagó al hombre puntualmente. Craso levantó una mano y chascó los dedos. Al instante, toda su comitiva se puso en acción. Los gladiadores y los esclavos rodearon el edificio a toda prisa, cogiendo los baldes de agua de manos de los voluntarios, arrancando baldosas y lanzando pedruscos, tierra y todo lo que no ardiera en el pasaje que había entre ambos edificios.

Craso dio media vuelta y se dirigió hacia nosotros. Lo había visto muchas veces en el Foro, pero nunca tan de cerca. No tenía mal aspecto: era un poco mayor que yo, de pelo raleante, nariz poderosa y barbilla prominente.

—¡Ciudadano! —me dijo—. Únete a la batalla. Te pagaré diez veces más de lo que gana diariamente un obrero, la mitad ahora y la mitad después, y lo mismo a tu esclavo.

Me quedé tan atónito que no pude responder. Craso siguió caminando, imperturbable, haciendo la misma oferta a todos los hombres capacitados que había en la multitud. Su secretario le seguía; desembolsando el dinero.

—Deben de haber visto el humo y venido directamente desde el Foro —dijo Tirón.

—Una oportunidad para comprar una propiedad al pie del Capitalino por casi nada... He oído decir que tiene esclavos apostados en lo alto de las colinas para avisarle en cuanto se declara un incendio.

—No es lo peor que cuentan de Craso —dijo Tirón, totalmente lívido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sólo que consiguió su fortuna aprovechándose de las proscripciones de Sila. Los amigos del dictador compraban a precios escandalosos las haciendas confiscadas a los enemigos del Estado.

—Todo el mundo sabe eso, Tirón.

—Pero al final Craso fue demasiado lejos. Incluso para Sila.

—¿Cómo?

Tirón bajó la voz, aunque era imposible que se nos oyera entre el fragor de las llamas y el alboroto que producían los mercenarios de Craso.

—Oí que Rufo se lo contaba un día a mi amo. Rufo quedó emparentado con Sila cuando éste casó con su hermana Valeria; así se entera de cosas que de otro modo jamás saldrían de las paredes de la casa de Sila.

—Continúa.

—Parece que Craso añadió el nombre de un inocente a la lista de proscritos para hacerse con sus propiedades. Se trataba de un viejo patricio que no tenía a nadie que velara por sus intereses; sus hijos habían muerto en las guerras... ¡luchando por Sila! El pobre hombre cayó en poder de unos maleantes y fue decapitado el mismo día. Sus tierras fueron subastadas días después y Craso se las arregló para que no se permitiera pujar a nadie más. Sila se puso furioso, o lo fingió, y desde entonces no le ha permitido desempeñar ningún cargo público.

Busqué a Craso entre la activa multitud. Estaba en medio de la arremolinada masa de esclavos y gladiadores, ajeno a la confusión, con los ojos abiertos como platos

y sonriendo con orgullo. El muro del edificio en llamas se derrumbó con gran estrépito y un chaparrón de chispas. Se contuvo el incendio. El edificio más pequeño no sucumbiría.

Miré de nuevo a Marco Licinio Craso. Su cara reflejaba una especie de éxtasis religioso. Bañada por el resplandor del fuego, parecía más joven de lo que correspondía a su edad, arrebolada por la victoria y con unos ojos en los que relucía una inextinguible avaricia. En aquella cara estaba escrito el futuro de Roma.

Capítulo Catorce

Cicerón todavía estaba recluido en sus habitaciones cuando regresé con Tirón a la casa del Capitolino. El viejo criado nos informó solemnemente de que su amo se había levantado antes de mediodía para ir al Foro a encargarse de unos asuntos; pero había regresado al cabo de poco tiempo, debilitado por la agitación de sus intestinos y agotado por el calor. Se había retirado advirtiendo que ni Tirón debía importunarle. Menos mal. No me apetecía en absoluto contarle los pormenores de la jornada.

Tirón me ofreció comida y bebida, incluso un lecho si me sentía demasiado agotado para marcharme a mi casa. Decliné la invitación. Me preguntó a qué hora debería aguardarme al día siguiente. Le dije que no nos veríamos hasta transcurridas treinta y seis horas como mínimo. Había decidido ir a Ameria y visitar las propiedades rurales de Sexto Roscio.

El paseo colina abajo y a través del Foro me despejó la cabeza. Se acercaba la hora de cenar y en la brisa del atardecer flotaban aromas de comida. En el Foro habían concluido las gestiones comerciales y financieras. El sol proyectaba sombras en las plazas. Aquí y allá proseguían los negocios en una vena informal. Los banqueros se reunían en pequeños grupos al pie de las escaleras del templo para intercambiar las últimas comidillas del día; amigos que pasaban por allí intercambiaban invitaciones de última hora; los mendigos se sentaban en oscuros rincones para contar los ingresos del día.

Ésta es quizá la hora en que Roma se vuelve más atractiva. El trasiego enloquecedor de las horas diurnas se ha reducido y aún queda por delante la languidez de una cálida noche. El crepúsculo en Roma es una meditación sobre las victorias conseguidas y los placeres inminentes. No importa que las victorias hayan sido triviales y fugaces ni que los placeres no consigan satisfacerse. A esta hora, Roma está en paz consigo misma.

Abandoné el Foro y fui por calles más corrientes. De pronto deseé que el sol se inmovilizara en el horizonte, como una pelota sobre un alféizar, a fin de que el ocaso se dilatara indefinidamente. Entré en la calle larga, sinuosa y monótona, llamada el Pasadizo, que Tirón y yo habíamos recorrido la víspera. Allí, la sensación de paz y serena expectativa vacilaron y me abandonaron. Una cosa es recorrer el Pasadizo mientras el sol está todavía alto y otra muy distinta cruzarlo cuando ya se va la luz. Al cabo de

unos metros me vi sumergido en una noche prematura, negros muros a ambos lados, un gris incierto delante y detrás, y una fina orla de azul crepuscular en lo alto. En un lugar así es fácil imaginar no sólo toda clase de sonidos y formas, sino todo un catálogo de fenómenos detectados por un sentido sin nombre, más enrarecido que la vista o el oído. Más de una vez, yendo por aquella calle, me había parecido oír pasos a mis espaldas. Y tampoco era la primera vez que dichos pasos se detenían cuando me quedaba inmóvil y con el oído alerta. Pero aquella noche comencé a sentir un temor desacostumbrado. Me di cuenta de que andaba cada vez más deprisa y que miraba hacia atrás para asegurarme de que la nada que había visto momentos antes era la misma que me perseguía. Cuando abandoné el Pasadizo y desemboqué en una calle más ancha, las últimas trazas del crepúsculo parecían tan tentadoras como la luz de mediodía.

Tenía un último asunto que tratar antes de poner rumbo al Esquilinó. Hay unas cuadras en la Vía Subura, no lejos del sendero que conduce a mi casa, donde los granjeros que están de visita en la ciudad proporcionan techo y paja a sus jamelgos y donde los jinetes cambian de cabalgadura. El propietario es un viejo conocido. Le dije que necesitaría una montura para el día siguiente, para un breve viaje de ida y vuelta al norte, a Ameria.

—¿Ameria? —dijo con los ojos entornados, encorvado sobre un banco, mientras contaba los ingresos del día, a la luz del candil recién encendido—. Ocho horas a caballo, por lo menos.

—Es lo máximo que puedo permitirme. Una vez allí invertiré el resto del día en atender ciertos asuntos; regresaré a Roma a amanecer. Salvo que me vea obligado a huir a toda prisa.

El propietario de las cuadras me miró ceñudo. Nunca ha sabido con exactitud cómo me gano la vida, aunque debe de sospechar un no sé qué de delictivo en ello, dada la anomalía de mis idas y venidas. Con todo, siempre me ha servido con la mayor amabilidad.

—Supongo que vas solo, como todos los mentecatos.

—Sí.

Carraspeó y escupió un espeso gargajo en el suelo cubierto de paja.

—Necesitarás una cabalgadura rápida y resistente.

—La más rápida y resistente —dije—. Avispa.

—¿Y si Avispa no está disponible?

—Desde aquí puedo verle la cola.

—Así que le ves la cola. No me vengas pasado mañana contándome la historia de su final desdichado y que hiciste todo lo posible por alejada del peligro. «Huir a toda prisa», dices. Ja, ja y ja. ¿De qué? Calla, prefiero que no me lo digas. Es mi mejor yegua. No debería dársela a un hombre que la explotará al máximo y encima la pondrá en peligro.

—Mucho más probable es que uno de estos días me la lleve y regrese ilesa y sin jinete, aunque supongo que eso no te hará derramar una sola lágrima. Volveré antes del

amanecer. Tenla a punto.

—¿La tarifa usual?

—No —dije y vi que se quedaba boquiabierto—. Añade una gratificación. —Sonrió. Sonreí. A fin de cuentas, Cicerón corría con todos los gastos.

El día se demoraba sobre las siete colinas de Roma. El sol se había puesto, pero la ladera del Esquilino estaba todavía más iluminada que la arteria estrecha que había a sus pies. Ascendí por el sendero que conducía a mi casa. Por encima de la cumbre de la colina, las estrellas ya brillaban débilmente en un cielo del más profundo azul.

Mi nariz fue la primera en enterarse. El olor a excremento cocido durante las largas horas de sol flotaba sobre los secos adoquines. Mi palurda vecina había arrojado puntualmente su regalo por encima de la tapia, la pasta había aterrizado ante mi puerta y el vecino que coleccionaba excremento todavía no la había retirado. Contuve la respiración, levanté la toga y me desvié a la izquierda según me aproximaba a la masa acartonada que parecía un sapo meditabundo. Por pura casualidad se me ocurrió mirar al suelo, recordando con una sonrisa la advertencia que había dado a Tirón acerca de no ensuciarse los...

Me detuve en seco. A pesar de la luz agonizante y de las sombras, las huellas de mierda poseían una claridad pretenatural. Dos hombres, al menos, me habían visitado durante mi ausencia. Los dos habían pisado el excremento al salir.

La puerta de mi casa estaba abierta de par en par. En la madera del jambaje habían dejado una huella oscura. No tuve ni que tocarla para saber qué era; aun a la luz del ocaso pude ver que se trataba de una huella de sangre.

Dentro de la casa todo estaba en silencio. Ni candiles ni velas; la única iluminación era la del crepúsculo que bañaba el jardín central, un gran rombo azul que se filtraba entre las columnas hacia el interior de las habitaciones abiertas. El suelo se extendía ante mí oscuro e incierto, como la superficie de un estanque, aunque justo ante mis pies pude distinguir muy claramente una salpicadura de sangre: gotas gruesas, unas redondas, otras estrelladas como si se hubieran pisado. Las gotas formaban un reguero que finalizaba en la pared de la habitación de Bethesda.

En el centro del muro había una gran mancha de sangre, de un intensísimo negro que resaltaba en el yeso blanco, con diminutos filamentos que apuntaban hacia el techo y una ancha franja que descendía hasta el suelo. Al lado había un mensaje garabateado en sangre. Las letras eran pequeñas, irregulares y torpes. En la oscuridad me fue imposible leerlas.

—¿Bethesda? —murmuré. Repetí el nombre en voz alta, a continuación a gritos, asustado por el tono estridente de mi voz. No hubo respuesta.

Me quedé inmóvil. El silencio era absoluto. La oscuridad parecía concentrarse en los rincones y escurrirse hacia fuera, llenando la habitación. El jardín adquirió un color ceniciento a la luz de las estrellas y la luna. El crepúsculo había acabado. Comenzaba la verdadera noche.

Me aparté de la pared, intentando pensar dónde habría un candil y una yesca. La

encargada de aquellas cosas era Bethesda. En ese momento tropecé con algo que había en el suelo.

Era pequeño, blando e inerte. Retrocedí y resbalé en la sangre. La forma que había a mis pies estaba casi sumida en la oscuridad y mutilada hasta un punto imposible de reconocer, aunque al instante supe lo que era o lo que había sido.

Una luz titiló en la puerta. Retrocedí, maldiciéndome por no tener ningún arma. Entonces me acordé del cuchillo que el muchacho mudo me había dado y que aún llevaba entre los pliegues de la túnica. Lo empuñé y avancé con resolución hacia la puerta, vi un candil encendido que al parecer había salido de la nada, me puse detrás de él. Y atenacé con el brazo el cuello de quien lo portaba.

Lanzó un chillido y me mordió el antebrazo. Intenté liberarme, pero sus dientes no me soltaban la carne.

—¡Bethesda, caramba, suéltame!

Me soltó y se dio la vuelta, la espalda contra el muro. Se llevó la mano a la boca para limpiarse el sabor de la sangre. Había conseguido mantener el candil en alto y ardiendo sin derramar ni una gota de aceite.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó. Golpeó con el puño la pared que había a su espalda. Había una especie de frenesí en sus ojos. A la luz del candil pude ver las magulladuras que tenía en la cara y el cuello. Le habían desgarrado brutalmente la parte superior del vestido.

—Bethesda, estás herida? ¿Estás sangrando?

Cerró los ojos y tragó aire.

—Un poco. —Levantó el candil, miró en el interior de la habitación y puso tal cara de congoja que pensé que un nuevo peligro andaba al acecho. Pero cuando seguí su mirada hasta el suelo no vi más que el destrozado y ensangrentado cadáver de su amado Bast.

Intenté abrazarla, pero me rechazó. Me apartó con un estremecimiento y fue apresuradamente de habitación en habitación, encendiendo todas las velas y candiles. Cuando toda la casa estuvo iluminada y se hubo asegurado de que ningún intruso acechaba en los rincones más oscuros, atrancó la puerta y recorrió de nuevo toda la vivienda, cerrando las ventanas.

La observé en silencio. Entonces vi el lamentable estado en que había quedado la casa: los muebles volcados, las colgaduras arrancadas de las paredes, los objetos rotos y hechos añicos. Bajé los ojos, insensibles de tanto mirar el caos, y seguí el rastro de sangre del suelo, el cuerpo mutilado de Bast, las letras en la pared. Me acerqué. La letras eran de diferente tamaño, algunas deformes e invertidas, pero todas las palabras estaban bien escritas. Obviamente las había garabateado una persona poco dada a escribir, quizá un analfabeto que había copiado los caracteres de alguna muestra. Leerlo me hizo daño a los ojos:

CALLA O MUERE.
DEJA QUE LA JUSTICIA ROMANA
SIGA SU CURSO

Bethesda pasó a mi lado, describiendo un amplio arco alrededor del gato y desviando los ojos de la pared.

—Debes de estar hambriento —dijo. Su voz era extrañamente serena.

—Muy hambriento —admití. La seguí hacia la parte trasera de la casa, hasta la despensa.

Levantó la tapa de una marmita y sacó un pescado entero, que arrojó sobre la mesa. Al lado había un manojo de hierbas frescas, una cebolla y algunas uvas.

—Ya ves —dijo Bethesda—. Acababa de volver del mercado.

—¿Cuándo vinieron? ¿Cuántos eran?

—Dos hombres. —Cogió un cuchillo y lo abatió sobre el pescado, cortándole la cabeza de un tajo—. Vinieron dos veces. La primera a última hora de la mañana. Hice lo que me habías dicho, mantuve la puerta cerrada y atrancada y les hablé por la mirilla. Les dije que te habías ido y que probablemente no regresarías hasta muy tarde. No dijeron quiénes eran, sólo que volverían. —Se puso a limpiar el pescado, utilizando las uñas y la punta del cuchillo. Sus manos eran increíblemente hábiles—. Luego fui al mercado. Conseguí el pescado muy barato. Hacía tanto calor y había tanto polvo que el pescadero tenía miedo de que se le estropeara la mercancía. Acabé la compra y subí la colina. La puerta estaba cerrada, el pestillo en su lugar. —Comenzó a cortar las hierbas, abatiendo la hoja con golpes secos y rápidos. Me acordé de la mujer del viejo tendero—. Pero hacía mucho calor y no corría el aire. Se me cerraban los ojos. Dejé la puerta abierta. Sólo un ratito, pensé, pero supongo que me olvidé. Estaba tan soñolienta que me fui a mi habitación. No sé si me dormí o no, pero después de un rato los oí en el vestíbulo. No sé cómo, pero supe que eran los mismos. Los oí hablar en voz baja; luego un ruido, como de una mesa volcada. Comenzaron a gritar tu nombre entre obscenidades. Me escondí. Les oí recorrer la casa dando puntapiés, volcando todos los muebles, arrojando cosas contra la pared. Entraron en mi habitación. Siempre imagina una que podrá esconderse llegado el caso, pero me encontraron en seguida.

—¿Y entonces? —El corazón se me aceleró.

—No pasó lo que piensas. —Levantó una mano para secarse una lágrima—. La cebolla —dijo. Vi el cardenal que le circundaba el brazo como un brazalete.

—Pero te hicieron daño.

—Me zarandearon. Me dieron un par de golpes. Uno me agarró por detrás. Me obligaron a mirar. —Bajó los ojos hacia la mesa. Su voz adquirió un tono muy serio—. Todo el día había estado riñendo a Bast. Uno lo encontró en la cocina y lo llevó al vestíbulo. Bast lo mordió y le arañó la cara. El hombre lo arrojó contra la pared. A continuación sacó un cuchillo. —Levantó la mirada—. Escribieron algo. Con sangre. Dijeron que era para ti, que no debías olvidarlo. ¿Qué dice? ¿Es una maldición?

—No. Una amenaza. No tiene sentido.

—Tiene que ver con el joven esclavo que vino ayer, ¿verdad? ¿El nuevo cliente, el parricida?

—Es posible, aunque no veo la relación. Cicerón me mandó a buscar ayer mismo. Hasta hoy no he comenzado a causar problemas... y ellos deben de haber venido incluso antes de que yo hablara con el tendero y su mujer... ¿Cómo conseguiste huir?

—Del mismo modo que escapé de ti hace un momento. A dentelladas. El grandote que me sujetaba era un cobarde. Chilló como un cerdo.

—¿Qué aspecto tenían?

Se encogió de hombros.

—Guardaespaldas, gladiadores. Soldados. Fornidos. Feos.

—Y uno cojeaba. —Lo dije sin vacilar, pero Bethesda negó con la cabeza.

—No. No cojeaba. Los vi alejarse la primera vez.

—¿Estás segura de que no cojeaba?

—La verdad es que no pude ver al que me sujetaba. Pero el que escribió en la pared era muy grande y rubio, un gigante. Le sangraba la cara a causa de los arañazos de Bast. Espero que le quede una cicatriz. —Devolvió el pescado a la marmita, lo roció con las hierbas y lo cubrió de granos de uva. Le echó agua de un cántaro y puso la marmita al fuego.

—Hombres así —dijo— no se contentan con matar a un gato, ¿no te parece?

—Tienes razón.

—La puerta todavía estaba abierta. Supe que tenía que huir mientras el gigante rubio garabateaba en la pared, de manera que mordí al otro lo más fuerte que pude. —Se tocó la parte más gruesa del antebrazo—. Me libré de él y corrí hacia la puerta. Me siguieron. Pero se detuvieron en seco nada más cruzar la puerta y les oí lanzar exclamaciones de asco.

—Es que pisaron la mierda de la vecina.

—Pues vaya. No les importa mancharse las manos con sangre de gato, pero se vuelven matronas remilgadas cuando se ensucian las sandalias de mierda. ¡Romanos! —La palabra salió de su boca como un dardo venenoso. Sólo una alejandrina de nacimiento podría pronunciar el nombre de la capital del mundo con tanto asco—. Me escabullí por las calles hasta que pensé que se habían marchado ya. Pero cuando regresé al pie del sendero tuve miedo dé subir. Fui a la taberna que hay al otro lado de la calle. Conozco a una mujer que trabaja allí de cocinera, la veo a menudo en el mercado. Me dejó esconderme en una de las habitaciones vacías de la parte de arriba, hasta que te vi llegar. —Observó el fuego—. ¿Volverán?

—Esta noche no —la tranquilicé, aunque en realidad sabía tanto como ella.

Después de cenar sólo deseaba dormir, pero Bethesda no me dejó descansar hasta que nos deshicimos del cadáver.

Los romanos nunca han adorado a los animales como dioses. Tampoco son senti-

mentales con las criaturas domésticas. ¿Cómo iba a ser de otro modo con una raza que tiene la vida humana en tan poca estima? A causa de la insensible apatía de sus amos, los esclavos de Roma, importados de todos los lugares del orbe, pero en especial de Oriente, a menudo pierden todas las ideas que sobre lo sagrado de la vida han aprendido de niños en su país de origen. Pero Bethesda conservaba el temor respetuoso ante la muerte de los animales y a su manera se afligía por la muerte de Bast.

Insistió en que encendiera una pira en el centro del jardín. Cogió un vestido de su guardarropa, una bonita túnica de lino blanco que le había regalado hacía sólo un año. Fruncí el entrecejo cuando la vi desgarrar las costuras para hacer una mortaja. Envolvió el cadáver despedazado hasta que la tela exterior apareció limpia de sangre. Depositó el bulto en la pira y murmuró algo para sí mientras contemplaba las llamas.

Anhelaba irme a dormir. Le ordené que viniera conmigo, pero se negó hasta que hubo limpiado todo el suelo de sangre. La convencí de que no tocara el mensaje de la pared, aunque, naturalmente, pensaría que conservarlo era invocar toda suerte de desastres mágicos.

No me permitió apagar ninguna luz. Me quedé dormido en una casa que parecía arder por los cuatro costados. En algún momento Bethesda acabó de fregar y vino a acostarse, pero su presencia no me supuso ningún alivio. Durante toda la noche no dejó de levantarse para comprobar los cerrojos de puertas y ventanas, para reponer las velas y añadir aceite a los candiles.

Dormí a rachas. Soñé. A lo largo de interminables kilómetros de páramo cabalgaba un corcel blanco, incapaz de recordar cuándo o cómo había partido, incapaz de llegar a ninguna parte. Desperté en plena noche, harto ya de un viaje tan largo y desagradable.

Capítulo Quince

No era aconsejable que Bethesda se quedara sola en casa mientras yo estaba fuera. Un año antes, el problema ni se habría planteado; entonces yo poseía dos esclavos jóvenes y fuertes. Exceptuando aquellas raras ocasiones en que necesitaba un séquito o una escolta y me los llevaba conmigo, siempre se quedaban con Bethesda: uno la acompañaba a los recados, el otro vigilaba la casa en su ausencia, y ambos la ayudaban en las labores domésticas y la protegían. Y lo mejor de todo era que así tenía a quien dar órdenes; por la noche me esforzaba por no sonreír cuando echaba pestes de los chismorreos que suponía intercambiaban los esclavos a sus espaldas. Pero los esclavos son un gasto constante y una mercancía valiosa, especialmente para los que apenas pueden permitirse ese lujo. Y sucumbí a la debilidad de venderlos ante la oferta imprevista de un cliente.

No podía dejarla sola. Pero si contrataba una escolta durante el día, ¿estaría más segura? Los asesinos podrían regresar; ¿sería suficiente un guardaespaldas, dos, tres, si aquellos sujetos estaban resueltos a matarla? Si encontraba un lugar seguro

para ella, dejaría la casa desierta. Pero, ¿y si frustrados al no poder capturar ninguna presa prendían fuego a todo cuanto poseía?

Desperté mucho antes del primer canto del gallo, dándole vueltas al dilema. Lo único que se me ocurrió tras mucho cavilar fue abandonar el caso completamente. No habría viaje a Ameria. Con la primera luz del alba bajaría a la Subura y enviaría un mensaje a Cicerón, diciéndole que me retiraba del caso y pidiéndolo que me pagara por el tiempo invertido. Me quedaría todo el día en casa, en compañía de Bethesda, haciendo el amor, paseando por el jardín y quejándome del calor; y a cualquier intruso que golpeara la puerta le diría: «¡Sí, he preferido callar a morir! ¡He dejado que la justicia romana siga su curso! ¡y ahora, largo!».

Hay un gallo en la falda de la colina que siempre canta mucho antes que los demás; sospecho que pertenece a la vecina de la mierda: un gallo de pueblo con costumbres de pueblo. Cuando cantó, aún debían de faltar dos horas para el amanecer.

Me levanté de golpe,. dándome cuenta sobresaltado de que me había quedado dormido o rondando las inmediaciones del sueno. Durante un confuso instante me pregunté si había soñado el canto del gallo. Entonces volví a oírlo.

A la luz de las numerosas velas y candiles me cambié la túnica y me lavé la cara. Bethesda se había ido a descansar; la vi encogida en un colchón de paja, bajo la columnata, en el extremo más alejado del jardín, rodeada por un cerco de velas, dormida por fin. Había elegido un lugar lo menos cercano posible de la pared donde había muerto Bast.

Crucé el jardín, caminando en silencio para no despertarla. Yacía de lado, abrazándose el pecho. Los músculos de su cara estaban relajados. Un brillante mechón de pelo negruzco caía en desorden sobre su mejilla. Al resplandor de las velas me pareció, más que nunca, una niña. Una parte de mí deseaba cogerla en brazos y llevarla a la cama, abrazarla allí, acariciarla, dormir con ella hasta que nos despertara el sol de la mañana en la cara. Olvidarme de todo aquel sórdido asunto que Cicerón me había metido en la cabeza. Mientras observaba a Bethesda sentí tal ola de ternura que mis ojos se llenaron de lágrimas. La imagen de su cara se disolvió, la luz de las velas se transformó en una niebla reluciente. Una cosa es, o al menos eso me han dicho siempre, unir dos fortunas desposando a una mujer libre y otra poseer a una mujer como esclava, y a menudo me he preguntado cuál es más dulce y cuál más amarga.

El gallo cantó de nuevo y a él se unió otro. En aquel instante me decidí.

Me arrodillé junto a Bethesda y la desperté lo más suavemente que pude. Incluso así tuvo un sobresalto y se me quedó mirando un instante, como si yo fuera un extraño. Sentí una puntada de duda y le di la espalda, sabiendo que si veía mi indecisión, no haría más que alimentar su miedo y entonces sería mucho peor. Le dije que se vistiera y se peinara, Y cogiera un trozo de pan si tenía hambre; tan pronto como estuviera a punto daríamos un corto paseo.

Rápidamente me separé de ella y comencé a apagar las velas. La casa quedó a oscuras. Al cabo de poco tiempo Bethesda emergió de su habitación y anunció que es-

taba lista. Su voz poseía un deje de angustia, pero ni una nota de desconfianza o reproche.

El sendero que bajaba la colina estaba revestido de sombras, negro sobre negro. Bajo el resplandor de las antorchas, las piedras que había a nuestros pies adquirían las propiedades de lo ilusorio, arrojando sombras confusas en indiscernibles mientras sus bordes aparecían traicioneros y abruptos. Habría sido más seguro avanzar sin luz alguna. Bethesda tropezó y se cogió de mi brazo. Miraba a un lado y a otro, pero no a sus pies por miedo de que algo acechara en la oscuridad.

A mitad de camino entramos en un largo tramo de niebla que fluía y se arremolinaba como un río al pasar por un desfiladero, tan espesa que la luz de la antorcha devolvía su propio reflejo, envolviéndonos en un capullo blanco y lechoso. Al igual que en el extraordinario calor que se había apoderado de Roma, había algo anómalo en aquella niebla. No traía fresco ni alivio; aquella gran masa era cálida y húmeda, con súbitas bolsas de aire helado. Devoraba la luz. Engullía el sonido. El ruido de nuestros pasos sobre las piedras quedaba amortiguado. Incluso los grillos dejaron de cantar y por un momento los gallos quedaron en silencio.

Bethesda se estremeció, pero me alegré en secreto por ,la presencia de la niebla. Si duraba hasta la salida del sol, podría salir de la ciudad sin que me vieran ni siquiera los espías contratados para vigilarme.

El dueño de las cuadras estaba dormido cuando llegué, pero un esclavo consintió en despertarle. Al principio puso mala cara; había llegado una hora antes de lo acordado y, en cualquier caso, el esclavo podía haberse encargado del alquiler sin molestar a su amo. Pero cuando le expliqué lo que quería y le propuse las condiciones abrió los ojos de par en par y se mostró afable.

Durante los dos días siguientes alojaría a Bethesda en su casa. Le advertí que no la hiciera trabajar demasiado, pues estaba acostumbrada a su propio ritmo y no solía hacer faenas pesadas. (Esto último era mentira, pero no tenía intención de permitir que la hiciera trabajar hasta el límite de sus posibilidades.) Si podía encomendarle una tarea continuada, coser quizá, se ganaría con creces su manutención.

Quería también contratarle a dos recios esclavos para que me vigilaran la casa. Insistió en que sólo podía prescindir de uno. Me mostré incrédulo hasta que levantó a un muchacho de la cama. En lugar de ser robusto, era el joven más feo que había visto nunca. De dónde procedía, era incapaz de imaginármelo. Respondía al grosero nombre de Escaldo. Tenía la cara tosca y enrojecida, llena de ampollas a causa del sol intenso de las pasadas semanas; el pelo se le apelmazaba en rígidas mechas que le caían de la cabeza, de la misma textura y color que las briznas de paja que se le pegaban al cráneo. Si toda su corpulencia no conseguía intimidar al visitante, la cara se encargaría de hacerlo. Se apostaría a la puerta de mi casa y no abandonaría el lugar hasta que yo regresara; una mujer que trabajaba en las caballerizas le llevaría comida y agua durante el día. Aun cuando resultara más débil de lo que parecía, o un cobarde, al menos daría la alarma si aparecía algún intruso. Por lo que se refiere a los gastos, el dueño de las

cuadras consintió en ampliar mi crédito. Lo cargaría en la cuenta de Cicerón.

No había necesidad de regresar a casa. Había cogido todo lo que necesitaba para el viaje. Un esclavo sacó a Avispa de la cuadra. La monté, di media vuelta y vi a Bethesda mirándome con los brazos cruzados. Quedarse allí no le hacía gracia, según deduje por la firmeza de sus labios y por el brillo de cólera de sus ojos oscuros. Sonreí aliviado. Se estaba recuperando del sobresalto de la noche anterior.

Tuve el impulso de besarla, incluso delante del dueño de las caballerizas y sus esclavos; pero desvié mi atención hacia Avispa, calmando su fogosidad de primera hora de la mañana, guiándola hacia la calle y apaciguándola hasta conseguir un trote suave. Hace mucho que aprendí que siempre que en público se muestra afecto por un esclavo, el gesto se malinterpreta. Por muy sincero que sea, el acto se convierte en condescendiente, embarazoso, una burla. Y con todo, un súbito miedo se apoderó de mí, la premonición de que quizá lamentara para siempre haberme negado aquel beso de despedida.

La niebla era tan espesa que me habría perdido de no saber el camino de memoria. La niebla nos rodeaba, apagando el resonar de los cascos de Avispa y ocultándonos de los dos millones de ojos de Roma. A mi alrededor la ciudad comenzaba a despertar aunque era una ilusión; la ciudad no había llegado a dormirse. Durante toda la noche, hombres, caballos y carros iban y venían por las calles sumidas en sombras. Crucé la Puerta Fontinal. Hice trotar a la yegua en cuanto dejamos atrás el colegio electoral del Campo de Marte, tomando la gran Vía Flaminia, rumbo al norte.

Roma menguaba, invisible, detrás de mí. El amortiguado hedor de la ciudad era reemplazado por los olores de la. tierra labrada y el rocío. Oculto por la bruma, el mundo parecía abierto e ilimitado, un lugar sin muros ni hombres. A continuación el sol se levantó sobre los campos negros y verdes, disipando todos los vapores. Cuando llegué al tramo del Tíber que se curva hacia el norte, el cielo estaba diáfano como el cristal, completamente despejado y preñado de calor.

SEGUNDA PARTE

Portentos

Capítulo Dieciséis

Los ricos, cuando viajan desde la ciudad a sus villas de recreo y viceversa, lo hacen con una escolta de gladiadores y guardaespaldas. Los pobres que vagan por los campos lo hacen en grupos. Los actores van en compañías. Cualquier granjero que lleve sus ovejas al mercado lo hará rodeado de pastores. Pero el hombre que viaja solo (eso dice un refrán tan viejo como los etruscos) sólo tiene a un necio por compañero.

En todas partes donde he vivido existe la creencia, entre la gente de ciudad, de que la vida en el campo ha de ser más segura y tranquila. Los romanos, en particular, poseen un ciego sentimentalismo con respecto a la vida rural, atribuyéndole un carácter sereno y grandioso, ajeno al delito y a las bajas pasiones. Esta fantasía sólo se la creen los que nunca han estado mucho tiempo en el campo y especialmente los que nunca han viajado día tras día por las carreteras con que Roma ha cuadriculado el mundo. El delito está en todas partes y en ningún otro lugar se corre más peligro que cuando se está solo en una carretera, en pleno campo.

A pesar de estos pensamientos, o quizá a causa de ellos, pasé todo aquel largo día sin incidentes. La distancia que debía recorrer exigía que cabalgara muchas horas sin interrupción. Ni un solo jinete me alcanzó en todo el día. Adelanté a todos los viajeros como si fueran tortugas junto a la carretera.

La Vía Flaminia avanza hacia el norte de Roma, atravesando el Tíber dos veces, y cruza el sureste de Etruria. Al final alcanza el río Nera, que desemboca en el Tíber por el este. La carretera atraviesa un puente en la ciudad de Narnia y se adentra en la parte meridional de la Umbría. Unos kilómetros al norte de Narnia, una carretera secundaria se desvía hacia el oeste y hacia el Tíber, Asciende una serie de escarpadas colinas y luego baja a un valle poco profundo de fértiles prados y viñedos. Allí, entre los brazos de la horquilla formada por el Tíber y el Nera, se encuentra el soporífero pueblo de Ameria.

No me había desplazado al norte de Roma desde hacía muchos años. Cuando tenía que abandonar la ciudad, el trabajo normalmente me llevaba hacia el este, al puerto de Ostia, o hacia el sur, siguiendo la Vía Apia a través de esa región de lujosas villas y haciendas que finaliza en Bayas y Pompeya, donde los ricos calman su aburrimiento urdiendo escándalos y tramando crímenes, y donde los poderosos reclutaron sus facciones durante las guerras civiles. A veces me aventuraba hacia el este, hasta los territorios rebeldes que se habían levantado contra Roma durante las guerras sociales. Hacia el sur y hacia el este había visto en persona las devastaciones de diez años de guerra: granjas en ruinas, carreteras y puentes destruidos, montones de cadáveres pudriéndose hasta que se convertían en montañas de huesos.

Había esperado ver lo mismo en el norte, pero aquí la tierra estaba en su mayor parte intacta; aquí la gente había practicado la prudencia hasta alcanzar el grado de cobardía, guardándose siempre las espaldas, permaneciendo en la neutralidad hasta que surgía un claro vencedor, para correr a su lado inmediatamente. En las guerras

sociales se habían negado a unirse a los demás Estados clientes para hacer valer sus derechos ante Roma, aguardando, por el contrario, a que Roma les solicitara ayuda, asegurándose con ello los mismos derechos sin tener que entrar en la contienda. Durante las guerras civiles habían contemporizado entre Mario y Sila, entre Sila y Cina, hasta que el dictador salió triunfante. Sexto Roscio el viejo se había declarado partidario de Sila antes de lo conveniente.

La guerra no había echado a perder los pastos ni los densos bosques que alfombraban las extensiones que había al sur de Etruria y la Umbría. Mientras en otras regiones podían percibirse de mil maneras los perjuicios ocasionados por la guerra y la repoblación, aquí aparecía una sensación de intemporalidad, de inmutabilidad, casi de estancamiento. La gente no se mostraba ni cordial ni curiosa al ver pasar a un extraño; las caras se volvían hacia mí desde los campos, me miraban sin expresión y volvían al trabajo con un desinteresado fruncimiento de entrecejo. La seca primavera había deparado hasta el momento muy poco color para rejuvenecer la tierra. Por los lechos rocosos de los arroyos corría apenas un hilo de agua; un fino polvo cubría y lo oscurecía todo. El calor caía a plomo sobre la tierra, aunque había algo más que parecía envolverlo: una asfixiante y desalentadora melancolía bajo la cegadora luz del sol.

La monotonía del viaje me dio tiempo para pensar: la campiña siempre cambiante liberó mi mente de las telarañas y callejones sin salida de Roma. Y aun así, el misterio de quién había asaltado mi casa carecía de solución. Una vez comenzada la investigación en serio, estaba expuesto a peligros procedentes de cualquier dirección: el tendero y su mujer, la viuda, la puta, cualquiera podía haber dado la alarma al enemigo. Pero mis visitantes habían acudido la mañana posterior a mi primer encuentro con Cicerón, cuando yo aún no había visto la escena del crimen ni interrogado a nadie. Conté los nombres de aquellos que el día anterior sabían que yo me encargaría del caso: el propio Cicerón y Tirón; Cecilia Metela; Sexto Roscio; Rufo Mesala; Bethesda. A menos que la trama contra Sexto Roscio fuese más retorcida de lo que cabía sospechar, ninguna de estas personas tenía ninguna razón para alejarme del caso. Siempre cabía la posibilidad de que algún sirviente hubiera escuchado a escondidas en casa de Cicerón o de Cecilia, un espía que pasara información a los enemigos de Sexto Roscio; pero dada la lealtad que inspiraba Cicerón y el castigo que Cecilia le infligiría, la probabilidad parecía absurdamente pequeña. Y sin embargo, alguien se había enterado de mi relación con el caso con la suficiente prontitud para enviar a mi casa a unos matones a sueldo a la mañana siguiente, alguien dispuesto a matarme si me negaba a abandonar.

Cuantas más vueltas le daba, más se enmarañaba el problema y más parecía crecer el peligro, hasta que comencé a preguntarme si Bethesda estaba segura donde la había dejado. Si no sabía de dónde procedía la amenaza, ¿cómo podía protegerla? Aparté la duda de mi mente y observé la carretera que había ante mí. El miedo no servía de nada. Sólo la verdad podría ponerme a salvo.

La segunda vez que crucé el Tíber me detuve un rato a la sombra de un enorme roble que había a la orilla del río. Mientras descansaba, un granjero de pelo gris y tres

capataces llegaron cabalgando desde el norte con un séquito de treinta esclavos. El granjero y dos de sus hombres desmontaron y se sentaron a la sombra con las piernas cruzadas, mientras que el tercero llevó a los esclavos, que iban encadenados entre sí por el cuello, a beber en el río. El granjero y sus hombres permanecieron aparte. Tras unas miradas suspicaces se olvidaron de mí. Por unos fragmentos de su conversación me enteré de que el granjero venía de Narnia y de que recientemente había adquirido una propiedad cerca de Faleria; los esclavos eran conducidos allí para reforzar la mano de obra.

Tomé un poco de pan y vino, y aparté con la mano una abeja que me rondaba la cabeza. Los esclavos se alinearon en la orilla y cayeron de rodillas, sacudiéndose el polvo de la cara e inclinándose para beber como animales. Casi todos eran cuarentones; había unos más viejos y otros más jóvenes. Todos llevaban una especie de sandalia para protegerse, una tira de cuero atada a cada pie. Iban desnudos, a excepción de unos cuantos que llevaban un trapo alrededor de la cintura. Muchos tenían cicatrices y verdugones recientes en las nalgas y la espalda. Incluso los más recios tenían un aspecto ojeroso y poco saludable. El más joven, o al menos el más pequeño, era un muchacho delgado y desnudo que iba al final de la comitiva. Sollozaba continuamente y no dejaba de murmurar incoherencias sobre su mano, que llevaba en alto, en oblicuo. El capataz le dio un grito, golpeó el suelo con el pie y chascó el látigo, pero el muchacho no dejó de quejarse.

Acabé el pan, volví a empinar la bota y me recosté contra el árbol. Intenté descansar, pero el constante gimoteo del esclavo, interrumpido por el chascar del látigo, me alteraba los nervios. Para un granjero rico, los esclavos son más baratos que el ganado. Cuando mueren son reemplazados sin problemas; la afluencia de los esclavos en Roma es inacabable, como las olas que rompen contra la playa. Monté a Avispa y seguí cabalgando.

El calor fue haciéndose más intenso. A lo largo de la tarde apenas vi a nadie. Los campos se habían abandonado hasta que refrescara un poco y la carretera estaba vacía; puede que yo fuese el único viajero en todo el mundo. Cuando llegué a Narnia, los campos habían comenzado a desperezarse y el tráfico se incrementó lentamente. Narnia es una ciudad con un animado mercado. Lápidas y pequeños templos flanquean sus calles periféricas. En el centro di con una amplia plaza con árboles y circundada de tiendas y establos. El aroma de la paja y el fuerte olor de las vacas, bueyes y ovejas flotaban en el aire cálido.

Había una pequeña taberna en un ángulo de la plaza. Incrustada en la puerta de madera había una baldosa de arcilla en que se veía a un joven pastor con un cordero sobre los hombros; un rótulo de madera, encima del dintel, daba la bienvenida a El Cordero Balador. El local era oscuro, pero fresco. Sólo había un cliente: un anciano demacrado sentado a la mesa del rincón y mirando al vado. El mesonero era un etrusco gordo con los dientes negros y amarillentos; era tan gordo que casi llenaba el local. Se sintió contento de servirme un vaso de vino del país.

—¿Cuánto falta para Ameria? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿Va muy cansado tu caballo?

Miré a mi alrededor y me vi reflejado en un aguamanil que había en el mostrador. Tenía la cara roja y sudorosa, el pelo enmarañado y lleno de polvo.

—Tanto como yo.

Volvió a encogerse de hombros.

—Una hora si vas al trote. Un poco más si no quieres reventar al animal. ¿De dónde vienes?

—De Roma. —Se me escapó antes de que pudiera evitarlo. Me había pasado el día recordándome los peligros del campo y unos momentos en una pintoresca taberna provinciana me habían aflojado la lengua.

—¿De Roma? ¿Todo este camino en un solo día? Debes de haber salido muy temprano. Toma otro vaso. No te preocupes, le echaré bastante agua. De Roma, sí señor. Tengo un hijo allí; o lo tenía. Luchó en el bando de Sila durante la guerra. Iban a darle un pedazo de tierra. Quizá fue así. No he tenido noticias de él desde hace meses. ¿Tanto camino en tan poco tiempo? ¿Tienes familia en Ameria?

Resulta más fácil confiar en un gordo que en un flaco. La traición se revela como una cicatriz en una cara chupada, pero se oculta perfectamente tras una cortesía rolliza e infantil. Pero los ojos no mienten y aquellos carecían de doblez. El tabernero se mostraba simplemente curioso, locuaz, aburrido.

—No —dije—. No tengo familia, sino negocios.

—Ah, deben de ser importantes para que hagas un viaje tan largo y pesado.

Con doblez o no, decidí no confiarle más verdad de la necesaria.

—Mi cliente es un hombre importante —dije—. Tan impaciente como rico. Está interesado por una parcela que hay cerca de Ameria. Me ha enviado para inspeccionarla en su nombre.

—Ah, ocurre mucho hoy en día. Cuando yo era pequeño, en los alrededores había muchas granjas pequeñas que pasaban de padres a hijos. Ahora vienen forasteros de Roma, lo compran todo. Nadie conoce ya a los propietarios. No son de aquí, sino ricachones de la metrópoli que aparecen dos veces al año para jugar a granjeros. —Se echó a reír y la cara se le ensombreció al instante—. Y cuanto mayor es la propiedad, más esclavos traen. Solían hacerla s desfilar por esta plaza o los transportaban en carretas, hasta que pusimos fin a eso y los obligamos a circular por la carretera principal. No es bueno para un hombre encadenado pasar por aquí y respirar estos aires de libertad. Demasiados esclavos infelices paseando por aquí hacen que un hombre como yo se sienta incómodo.

Todavía mirando al vacío, el viejo que había en el rincón golpeó la mesa con el vaso. El tabernero se le acercó con andares de paquidermo. El menor ejercicio le provocaba jadeos.

—De manera que te preocupan los esclavos fugitivos —dije.

—Ocurren cosas. Oh, en la ciudad no tanto, pero tengo una hermana que casó con un granjero, allá en el norte. Vive en un auténtico desierto. Naturalmente, tienen esclavos domésticos y unos cuantos libertos que les protegen. Pero sólo un necio dejaría de echar el cerrojo por la noche. Un día de estos se fugará algún que otro esclavo. Supongamos que veinte... o cien; y que algunos fueran asesinos profesionales. Hay una hacienda, unos cincuenta kilómetros carretera arriba, donde envían a los esclavos para que se entrenen como gladiadores. Imagina que mil bestias de ésas escapan de sus jaulas. No tienen nada que perder.

—¡Calla, boceras! —ladró el viejo. Levantó el vaso y lo vació de un trago. El vino tinto le resbaló por las comisuras de la boca y le chorreó por el cuello. Volvió a golpear la mesa y miró al frente—. ¡So pánfilo! ¿Nada que perder? ¡Los crucificarían y les arrancarían las tripas! ¿Crees que Sila y el Senado permitirían que cien gladiadores fueran por ahí matando terratenientes y violando a sus mujeres? Ni siquiera a un esclavo le gusta que le claven las manos a un árbol. No te preocupes, no los soliviantará el sufrimiento mientras el miedo los tenga a raya.

El viejo levantó la barbilla y esbozó una sonrisa siniestra. Entonces me di cuenta de que era ciego.

—Naturalmente, padre. —El gordo sonrió como un bendito e hizo una reverencia que el viejo no podía ver.

Di la vuelta al vaso sin soltado de la mano.

—Temeroso de los esclavos o no, a veces da la impresión de que un hombre no está a salvo ni en su propia casa. Puede que ni un padre esté a salvo de su hijo. Sólo agua esta vez. —Le tendí el vaso. El tabernero se movió con premura.

—¿Qué quieres decir? —Las manos le temblaban mientras vertía el líquido. Miró inquieto al viejo.

—Pensaba en un chisme que oí ayer en Roma. Hablé de mi viaje a algunos de mis colegas del Foro y les pregunté si sabían algo de Ameria. Bueno, la verdad es que casi ninguno había oído hablar de la región.

Di un sorbo prolongado y callé. El tabernero se pellizcó el entrecejo, alisándose el pentagrama de gruesas arrugas que le surcaba la frente. El viejo giró la cabeza hacia mí. La pequeña estancia quedó de pronto tan silenciosa como una tumba. El etrusco resolló.

—¿Y qué? —dijo —¿Qué de qué?

—¡El chisme! —Era el viejo. Hizo un gesto de burla y volvió la cara, desinteresado de pronto o sólo fingiéndolo—. Es lo único que le interesa al cerdo este. Es peor que su madre.

El mesonero me miró e hizo un ademán de desamparo. Encogí los hombros con hastío, como si no valiera la pena contarlo.

—Es acerca de un juicio que pronto se celebrará en Roma, está implicado un hombre de Ameria. Se llama Roscio, creo; sí, igual que el actor. Acusado de... bueno, casi me da vergüenza decirlo... acusado de matar a su padre.

El mesonero asintió ligeramente y retrocedió. Se sacó un trapo del cinto de la túnica, se secó el sudor de la frente y se puso a frotar el mostrador, resoplando por el esfuerzo.

—¿Es cierto? —dijo—. Sí, creo que algo he oído.

—¿Sólo algo? Un crimen así, en un lugar tan pequeño, y tan cerca, pensé que habría estado en boca de todos.

—Bueno, no ocurrió exactamente aquí.

—¿No?

—No. Ocurrió en Roma. Allí es donde asesinaron a Roscio el viejo, según dijeron.

—Lo conocías, claro. —Procuré que mi voz sonara despreocupada, como si sólo escuchara a medias. Puede que el tabernero no fuera suspicaz, pero el viejo desde luego que sí. Podía adivinarlo por su manera de fruncir los labios y mover lentamente la mandíbula de un lado a otro, escuchando cada palabra.

—¿A Sexto Roscio el viejo? No. Bueno, un poco. Lo veíamos por aquí cuando yo era niño, ¿no es verdad, padre? Pero últimamente muy poco. Desde hace muchos años. Se convirtió en un hombre de ciudad de modales mundanos. Creo que visitaba a su padre de vez en cuando, pero nunca se detenía aquí. ¿Verdad, padre?

—Belitre —gruñó el viejo—. Manazas, saco de manteca...

El tabernero volvió a secarse la frente, echó un vistazo a su padre y me dirigió una sonrisa azorada. Miré al viejo con todo el fingido afecto que pude reunir y me encogí de hombros como si dijera: «Lo comprendo. Viejo e insoportable, pero ¿qué va a hacer un buen hijo?».

—Cuando pregunté si conocías a Roscio, me refería al hijo. Si es cierta la barbaridad de que le acusan... bueno, es para preguntarse qué hombre podría cometer un crimen así.

—¿Sexto Roscio? Sí, lo conozco. No mucho, pero lo suficiente para saludarlo por la calle. Tiene más o menos mi edad. Solía venir al mercado los días de fiesta. Y se dejaba caer por El Cordero Balador.

—¿Y qué piensas? ¿Parecía capaz de algo así?

—Oh, guardaba cierto resquemor contra el viejo, de eso no hay duda. Aunque tampoco era de los que siempre están con lo mismo, no se ponía farruco, ni siquiera después de tomarse unas copas. Aunque algo dejaba escapar de vez en cuando. Es probable que los demás no se dieran cuenta, pero yo escucho. Y oigo.

—Entonces ¿crees posible que lo haya hecho?

—Oh no. Sé de cierto que no lo hizo.

—¿Y cómo es eso?

—Porque se hallaba lejos de Roma cuando ocurrió. Se habló mucho cuando llegó la noticia de la muerte del viejo y hay mucha gente que podría decirte que Sexto Roscio no abandonó su principal propiedad de Amena durante días.

—Pero nadie acusa al hijo de empuñar el cuchillo. Dicen que contrató a unos asesinos.

El mesonero no tuvo respuesta para esto, pero estaba claro que tal hecho no le impresionaba. Arrugó la frente mientras cavilaba.

—Es extraño que menciones el asesinato. Prácticamente fui el primero que lo supo.

—¿El primero en Narnia, quieres decir?

—El primero aquí y en cualquier otra parte. Ocurrió en septiembre del año pasado. —Miró la pared de enfrente como para recordar—. El asesinato ocurrió por la noche; Si, supongo que así fue. Hacía frío y viento de tormenta, y había nubes grises. Si fuera supersticioso, te diría que aquella noche tuve un sueño de mal agüero o que me desperté con un fantasma en el cuarto.

—¡Blasfemo! —soltó el Viejo, cabeceando con reprobación—. No tienes respeto por los dioses.

El mesonero pareció no oírle, todavía escrutando las profundidades de la pared de arcilla.

—Pero algo debió de despertarme, porque me levanté muy pronto al día siguiente. Más temprano de lo que acostumbro.

—Eres el vago de la familia —refunfuñó el viejo.

—No hay razón por la que un tabernero deba levantarse temprano; los clientes rara vez vienen antes de media mañana. Pero aquel día ya estaba en pie antes del amanecer. Quizá fue por algo que comí.

El viejo soltó un bufido y frunció el entrecejo.

—¡Algo que comió! ¿Habráse visto?

—Me lavé y me vestí. Dejé a mi esposa durmiendo y bajé a la taberna. Salí a la calle. Hacía un poco de frío, pero no soplaba nada de aire. Por encima de las colinas vi las primeras luces del amanecer. El cielo se había despejado por la noche; no había una sola nube en el este. Y por la carretera venía alguien del sur. Primero le oí... ya sabes que el aire transporta el sonido cuando hace frío y todo está en silencio. A continuación le vi, en un carro ligero tirado por dos caballos, a tal velocidad que a punto estuve de entrar en el edificio para ponerme a salvo. Pero me quedé donde estaba y conforme se acercaba, el hombre redujo la velocidad y se detuvo. Se quitó el gorro de cuero que llevaba y vi que era Malio Glaucia.

—¿Un amigo?

El mesonero arrugó la nariz.

—Mío, no. Antes era esclavo e incluso entonces era insolente y arrogante. Los esclavos se parecen a sus amos, dicen, y eso nunca fue más verdad que en el caso de Malio Glaucia. Encontrarás dos ramas de la familia Roscio en la colina de Ameria —prosiguió—. Sexto Roscio, padre e hijo, las respetabilísimas personas que se hicieron ricas con la tierra; y los dos primos, Magno y Capitón, y su clan respectivo. Yo los calificaría de repugnantes, aunque no he tenido con ellos un trato personal que vaya más allá de servirles un vaso de vino. Pero puedo adivinar que algunas personas son peligrosas mirándolas a la cara. Magno y el viejo Capitón. Malio Glaucia, el hombre que llegó

del sur aquella mañana, era esclavo de Magno desde su nacimiento, hasta que éste lo liberó. Como recompensa por algún crimen horrendo, no me cabe duda. Glaucia siguió sirviendo en casa de Magno y aun hoy continúa a su servicio. Tan pronto como le vi en el carro deseé haber retrocedido hasta la puerta para que no pudiera verme.

—Ese Malio Glaucia, ¿es un hombre corpulento?

—Los dioses mismos no son más corpulentos.

—¿De piel clara?

—Quizá de pelo claro, pero feo como una cabra. Y también tiene la cara roja como un cangrejo. El caso es que llega con el carro. «Abres temprano», dice. Le dije que todavía no había abierto y retrocedí hacia dentro. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando la bloqueó con el pie. Volví a decirle que todavía no había abierto y quise cerrar la puerta, pero afianzó el pie y metió una daga por el resquicio. Y por si eso fuera poco, la daga no estaba limpia ni resplandeciente.. oh no. La hoja estaba cubierta de sangre.

—¿Roja o negra?

—No muy fresca, pero no seca del todo. Por el centro todavía estaba un poco húmeda y roja. Por más que lo intento no puedo cerrar la puerta. Pienso en gritar, pero mi esposa es una mujer timorata, mi hijo está fuera y los esclavos no me sirven de nada contra Glaucia... —Echó una mirada culpable al viejo—. De manera que le dejo entrar. Quiere vino, sin agua. Le sirvo un vaso; lo apura de un solo trago y a continuación lo arroja al suelo y me dice que le de una botella. Se sienta donde estás tú ahora y se la bebe entera. Varias veces intenté abandonar el establecimiento, pero cada vez que me movía comenzaba a hablarme en voz alta. Dijo que venía de Roma, que había salido mucho después de anochecer. Dijo que llevaba noticias terribles. Entonces contó que Sexto Roscio había muerto. No pensé mucho en ello. «Un viejo —le dije—. ¿Fue el corazón?». Y se echó a reír. «Más o menos —dijo—. Le ayudó un cuchillo.» y clavó la hoja ensangrentada en la mesa. —El tabernero señaló mi mesa y junto a mi vaso vi una raja en la madera—. Bueno, supongo que vio la expresión de mi cara. Rió de nuevo... debió de ser el vino. «No te asustes, tabernero —dice—. No fui yo quien lo hizo. ¿Acaso te parezco capaz de matar a un hombre? Pero ésta es la hoja, sacada directamente del corazón del cadáver.» A continuación se puso furioso. «¡No me mires de ese modo! —dice—. Te he dicho que no me mires así. Soy sólo un mensajero que trae malas noticias a sus parientes.» Y se fue tambaleando hasta la puerta, montó en el carro y desapareció.

Me quedé mirando la mesa, la raja que había dejado el cuchillo. Por un efecto de la luz y la concentración, parecía volverse más profunda y oscura cuanto más la miraba.

—De modo que ese hombre vino a decirle a Sexto Roscio que su padre había sido asesinado.

—No exactamente. Es decir, no fue a Sexto Roscio a quien vino a informar. Los rumores afirman que Sexto se enteró aquel mismo día, pero mucho más tarde, una vez que las habladurías comenzaron a circular. Un vecino se lo encontró en la carretera y

le dio el pésame sin saber que Sexto no estaba al tanto de nada. Al día siguiente, llegó de Roma un mensajero de la casa del viejo (y se detuvo en esta misma taberna), aunque por entonces las noticias ya no eran frescas.

—Entonces ¿a quién vino a decírselo Glaucia? ¿A su antiguo amo, Magno?

—Si es que Magno estaba en Ameria. Aunque ese bribón está casi siempre en Roma, mezclándose con las bandas, según dicen, y trapicheando para su primo mayor; me refiero al viejo Capitón. Probablemente es a este último a quien Glaucia vino a informar. Aunque tampoco creas que Capitón lloró la muerte de Sexto el viejo; las dos ramas de la familia Roscia no se tienen mucho aprecio. Es una rivalidad muy antigua.

El cuchillo ensangrentado, el mensajero enviado en plena noche, la vieja rivalidad familiar; la conclusión parecía obvia. Esperé a que el tabernero la formulara, pero se limitó a suspirar y a cabecear, como si hubiera llegado al final del relato.

—Pero por lo que me has contado —dije—, lo más seguro es que nadie crea que Sexto Roscio matara a su padre.

—Ah, ésa es la parte que me intriga. Un completo misterio. Porque lo que todo el mundo sabe, al menos por estos alrededores, es que Sexto Roscio el viejo fue asesinado por los hombres de Sila o al menos por una banda que actuó en nombre de Sila.

—¿Qué?

—El viejo estaba proscrito. Era enemigo del Estado. Figuraba en las listas.

—No. Debes de estar equivocado. Confundes esta historia con otra..

—Bueno, hay unos cuantos de por aquí que han tenido negocios y casa en Roma y que se incluyeron en las listas; y o bien perdieron la cabeza, o bien huyeron del país. Pero no los confundo con Sexto Roscio. Por aquí todo el mundo sabe que estaba proscrito. —«Pero si era partidario de Sila», fui a decir, pero guaro dé silencio—. Así es como ocurrió —añadió el tabernero—. Un grupo de soldados llegó de Roma unos días más tarde e hizo una declaración pública, afirmando que Sexto Roscio el viejo era enemigo del Estado y que como tal había sido ejecutado en Roma, y que sus propiedades iban a ser confiscadas por la fuerza y puestas en subasta.

—Pero todo eso ocurrió en septiembre del año pasado. Las proscripciones ya habían acabado; hacía meses que habían terminado.

—¿Supones que con ellas acabaron los enemigos de Sila? ¿Qué iba a impedirle encontrar más?

Giré el vaso vacío entre las manos y me quedé mirando su interior.

—¿Oíste esa declaración personalmente?

—Pues sí. Lo proclamaron primero en Ameria, según me contaron, pero hicieron lo mismo aquí, puesto que hay muchos lazos familiares entre ambos pueblos.

—Si lo que dices es verdad, Sexto Roscio el joven se quedó sin herencia.

—Supongo que sí. Hace mucho que no lo vemos. Lo último que supe de él es que estaba en Roma, con la protectora de su padre. Bueno, lo más probable es que en esta historia haya gato encerrado.

—Desde luego. Entonces ¿quién se quedó con las propiedades del viejo?

—Trece granjas, eso es lo que dicen. El viejo Capitón debió de ser el primero de la lista, pues se quedó con tres de las mejores, incluyendo la casa familiar. Dicen que echó a patadas a Sexto el joven. Pero ahora es su propiedad, con todas las de la ley; la adquirió en la subasta oficial que se celebró en Roma.

—¿Y las otras granjas?

—Todas las adquirió un ricachón que vive en la capital; no creo haber oído su nombre. Supongo que nunca ha estado en Ameria y que será otro propietario absentista de esos que compran propiedades en el campo. Igual que la persona para la que trabajas, sin duda. ¿Es ése tu problema, ciudadano? Bueno, pues verdad es que llegas tarde. Si buscabas buena tierra en Ameria, tendrás que mirar en otra parte.

Miré por la puerta. La cola de Avispa proyectaba una sombra anormalmente alargada que se agitaba nerviosamente. El día terminaba y no tenía ningún plan para pasar la noche. Saqué unas monedas de la bolsa y las puse sobre la mesa. El tabernero las recogió y desapareció por una estrecha abertura que había en la parte trasera, no sin ponerse antes de perfil para escurrirse con algún esfuerzo.

El viejo giró la cabeza, aguzando el oído ante el ruido producido por el tabernero al salir.

—Codicia —murmuró—. Cada moneda que recauda corre a meterla en su cajita. Tiene que llevar las cuentas cada hora, no puede esperar a cerrar la taberna. Siempre será un gordinflón, un cerdo avaricioso. Le viene de su madre, no de mi, basta verlo para adivinarlo.

Me desplacé sigilosamente hacia la puerta, aunque no lo suficiente. El viejo se puso en pie de un salto y me bloqueó la salida. Parecía mirarme a los ojos a través de las membranas blanquecinas que le cubrían los ojos.

—Tú, forastero —dijo—, no estás aquí para comprar tierra. Estás aquí por ese asesinato, ¿no es cierto?

Adopté una expresión impenetrable, aunque comprendí que no era necesario.

—No —dije.

—¿De qué lado estás? ¿De Sexto Roscio o de quienes lo acusan?

—Ya te he dicho, anciano...

—Es un misterio, que un viejo sea proscrito por el Estado y luego su propio hijo acusado de asesinato. ¿y no resulta extraño que el despreciable Capitón sea quien más provecho haya sacado? Y más extraño aún que Capitón fuera el primer Amerino en enterarse del crimen, y que el mensaje lo trajera en plena noche Glaucia, a quien sólo podía haber enviado un hombre, el condenado Magno. ¿Cómo es que Magno se enteró del incidente a tal velocidad y por qué envió un mensajero? ¿y cómo es que éste tenía la daga ensangrentada? Todo está muy claro para ti, ¿no es cierto? Mi hijo dice que Sexto es inocente, pero mi hijo es un necio, un palurdo, y tú otro necio por escucharle. Dice que se entera de todo lo que se dice en este local, pero la verdad es que no se entera de nada; siempre está demasiado ocupado hablando. Yo soy el que se entera de todo. Durante diez años, desde que perdí la vista, he aprendido a oír. Antes nunca oí

nada; creía oír, pero estaba sordo, igual que tú, igual que todos los que ven. —Le toqué el hombro para apartarlo suavemente, pero permaneció donde estaba como una barra de hierro—. Sexto Roscio, el joven y el viejo, los he conocido a los dos durante, años. Y te diré que, por imposible que parezca, el hijo está detrás de la muerte del padre. ¡Cuánto odio se profesaban! Todo comenzó cuando Roscio se casó en segundas nupcias y su mujer tuvo un hijo, Cayo, al que mimó y malcrió hasta el mismísimo día de su muerte. Recuerdo el día en que trajo al niño a esta taberna e hizo que todos los que estaban en el local tomaran en brazos a la preciosa criatura de cabellos dorados, y Sexto Roscio el joven, mientras tanto, permanecía en la puerta, olvidado y lleno de odio. Por entonces yo aún veía. No recuerdo qué aspecto tiene una flor, pero todavía puedo ver la cara de aquel joven y el deseo de matar en sus ojos. —Me pareció oír el regreso del tabernero y me volví a mirar—. ¡El hijo odiaba al padre y el padre odiaba al hijo! —prosiguió el ciego—. Sentí cómo el odio crecía en esta misma taberna, año tras año. Oí palabras que nunca fueron pronunciadas, palabras de cólera, resentimiento, venganza...

Retrocedí aterrado. El grueso tabernero me hizo a un lado, agarró al viejo por los hombros y lo apartó de la puerta. Salí y volví la vista atrás. Los ojos lechosos del viejo estaban fijos en mí. Balbucía. El hijo le apartó la cara.

Desaté a Avispa, monté y crucé Narnia y el puente lo más rápido que pude.

Capítulo Diecisiete

Avispa parecía tan ansiosa como yo por abandonar el pueblo de Narnia. No se quejó mientras la espoleaba tenazmente hacia la etapa final de aquella jornada. Cuando llegamos a una bifurcación que se encontraba justo al norte del pueblo, pareció reacia a detenerse.

Un abrevadero público se erguía en el cruce. La hice beber lentamente, tirando de las riendas a cada par de sorbos. Detrás del abrevadero había una tosca señal, el cráneo de una cabra montado sobre un palo. En la frente blanqueada habían pintado una flecha que señalaba a la izquierda y la palabra AMERIA. Dejé la ancha Vía Flaminia para tomar la carretera comarcal de Ameria, un estrecho sendero que culebreaba en pendiente hasta un empinado risco.

Iniciamos el ascenso. Al final Avispa comenzó a fatigarse y los saltos y las sacudidas de mis posaderas me hacían rechinar los dientes. Me incliné hacia delante, acariciándole el cuello. El calor del día había comenzado a disiparse y el risco proyectaba sobre nosotros una fresca sombra.

Cerca de la cumbre me encontré con un grupo de esclavos arracimados en torno a un carro tirado por un buey, al que empujaban para que subiera hasta la cornisa por donde discurría la carretera. El vehículo dio una sacudida y se balanceó; finalmente alcanzó el nivel de la cornisa. Los esclavos se apoyaron uno contra otro, unos sonriendo de alivio, otros demasiado fatigados para expresar nada. Cabalgué hacia arriba hasta

llegar junto al carretero y le saludé.

—¿Haces este trayecto a menudo? —pregunté.

El joven sufrió un sobresalto al oírme y sonrió.

—Sólo cuando hay algo que llevar al mercado de Narnia. Lo peligroso es la bajada.

—Me lo imagino.

—El año pasado perdimos un esclavo. Estaba ayudando a frenar el carro mientras descendíamos y cayó bajo una rueda. Hacia allá, rumbo a Ameria, no hay tanta pendiente.

—Es cuesta abajo. Mi yegua se alegrará.

—Hermoso animal. —Miró a Avispa con la admiración de un campesino.

—¿Eres de Ameria? —dije.

—De cerca de allí. Vivo nada más salir del pueblo, al pie de la colina.

—¿Puedes indicarme dónde está la casa de Sexto Roscio?

—Pues sí. Pero Sexto Roscio ya no vive allí.

—¿Te refieres al viejo?

—¿El que fue asesinado? Si es ése el que buscas, encontrarás lo que quede de él en el cementerio familiar. Nunca vivió en Ameria, que yo sepa.

—No, no me refiero al viejo, sino al hijo.

—Vivía cerca de la casa de mi padre, si te refieres al que tiene dos hijas.

—Sí, tiene una hija más o menos de tu edad, muy guapa.

El mozalbete sonrió.

—Muy guapa. Y muy simpática. —Arqueó las cejas en un esfuerzo por parecer mundano. La imagen de Roscia desnuda pasó como un destello por mi mente. La vi apretada contra la pared, languideciendo de satisfacción, con Tirón arrodillado ante ella. Puede que Tirón no hubiese sido el primero.

—Dime dónde puedo encontrar su casa.

Se encogió de hombros.

— Puedo decirte donde encontrarla, pero como te he dicho, ya no es suya. Echaron a Sexto Roscio.

—¿Cuándo?

—Hace unos dos meses.

—¿Y por qué?

—La ley, una ley dictada en Roma. Su padre estuvo proscrito. ¿Sabes lo que eso significa?

—Demasiado lo sé.

Se pasó un dedo por el cuello.

—Y te arrebatan toda la tierra y todo el dinero. No dejan nada a la familia. Se hizo una subasta en Roma. Mi padre dijo que no le importaría pujar por un poco de tierra, en especial las parcelas contiguas a la nuestra. Pero dijo que no serviría de nada. La subasta estaba amañada. Tenías que ser amigo de un amigo de Sila o saber a quién

sobornar.

Era la segunda vez que me contaban la historia de la proscripción. No tenía sentido, pero si era cierta, resultaría sencillo probar que Sexto Roscio era inocente de la muerte de su padre.

—Dime, ¿quién vive allí ahora?

—El viejo Capitón. Adquirió la casa familiar y algunas de las mejores tierras. Mi padre escupió en el suelo cuando se enteró de que iba a ser nuestro vecino. Durante todo el invierno, Capitón permitió que Sexto y su familia se quedaran. La gente pensaba que eso era lo decente, que Capitón debía compadecerse de él. Luego lo echó para siempre.

—¿Y nadie le dio cobijo? Seguramente Sexto Roscio tenía amigos que le debían algún favor.

— Te sorprendería lo rápido que un hombre puede perder a sus amigos cuando llegan problemas desde Roma; eso es lo que dice mi padre. Además, Roscio fue siempre un solitario; no parecía tener amigos. Supongo que mi padre era su amigo más íntimo, por ser vecino y todo eso. Después de que Capitón le echara, pasó unas cuantas noches bajo nuestro techo. El, su mujer y sus hijas. —La voz del muchacho se desvaneció lentamente y vi en sus ojos que estaba pensando en Roscia—. Pero no se quedó en Ameria mucho tiempo. Se marchó a Roma en seguida. Dijo que el viejo tenía una protectora poderosa y Sexto iba a pedirle ayuda.

Cabalgamos en silencio. Las ruedas del carro crujieron y se sacudieron en la carretera llena de baches. Los esclavos caminaban al lado, agotados.

—Me has dicho que ese hombre estuvo proscrito —dije.

—Sí.

—Y cuando se hizo público, ¿nadie protestó?

—Oh, sí. Se envió una delegación a Sila y todo eso. Pero si realmente quieres conocer todo el asunto, tendrás que preguntarle a mi padre.

—¿Cómo se llama tu padre?

— Tito Megaro. Yo soy Lucio Megaro.

—Yo me llamo Gordiano. Sí, me gustaría mucho hablar can tu padre. Dime, ¿cómo crees que se lo tomaría si llevaras a cenar a casa a un forastero al que has conocido por casualidad?

El mozalbete se mostró cauto.

—Eso depende.

—¿De qué?

—Por lo que has dicho, tienes cierto interés por Capitón y sus tierras.

—Así es.

—¿Y de qué lado estás?

—A favor de Sexto y en contra de Capitón.

—Entonces creo que mi padre se alegrará de verte.

—Muy bien. ¿y dónde está tu casa?

—¿Ves aquella columna de humo, a la derecha, justo sobre los árboles? Allí es.

—Muy cerca. ¿Y dónde está la casa de Capitón?

—Un poco más lejos, al otro lado de la carretera principal, a tu izquierda. Veremos el tejado cuando doblemos aquella curva.

—Muy bien. Haz esto por mí: cuando llegues a casa, di a tu padre que un hombre que ha venido de Roma querría hablar con él esta noche. Dile que soy amigo de Sexto Roscio. Esperaría hasta la mañana, pero no tengo tiempo. Si pudiera invitarme a su mesa, le estaría muy agradecido. Si pudiera dormir bajo su techo se lo agradecería doblemente; me bastaría con un rincón en el granero. ¿Se sentiría ofendido si le ofreciera dinero?

—Probablemente.

—Entonces no lo haré. Ahora tenemos que separamos. —Mientras doblábamos la curva distinguí, a través de los árboles y sobre un lejano tejado de tejas rojas, el sol que ya declinaba.

—Voy a hacer una breve visita a vuestro nuevo vecino. Probablemente no sirva de nada, pero al menos quiero echar un vistazo al lugar y quizá también al nuevo dueño. —Me despedí del muchacho y espoleé a Avispa hasta que comenzó a trotar suavemente.

La casa en que Sexto Roscio el joven había nacido y se había criado, y sobre la que había ejercido su autoridad en ausencia del padre, era un perfecto ejemplo de villa ideal, una imponente mansión de dos plantas con tejado de arcilla roja, rodeada por una serie de cobertizos y graneros. A la menguante luz del atardecer oí el repiqueteo de los cencerros y el balar de las ovejas que regresaban. Los trabajadores volvían a paso lento a través de las viñas, procedentes de los campos; una larga hilera de guadañas parecía flotar por encima de un mar de hojas y sarmientos. Las afiladas hojas recibían los últimos rayos del sol poniente y emitían un frío destello del color de la sangre.

En la casa principal se estaban llevando a cabo importantes reformas. Una maraña de pasarelas y redes ocultaba la fachada; a ambos lados se estaban construyendo sendas alas simétricas. Estas nuevas alas estaban aún huecas y abiertas, a medio terminar. Escrutando a través del armazón del ala izquierda vi un jardín detrás de la casa donde un hombre con la cara roja como un gallo de pelea caminaba impaciente entre las zanjas y los enrejados, voceando instrucciones a un grupo de esclavos que se apoyaban en las palas y manoseaban las azadas, reflejando en la cara sucia de tierra la expresión humillada y hastiada de hombres que sólo reciben gritos y órdenes.

El amo continuaba vociferando sin intención de detenerse. Iba de aquí para allá, agitando los brazos y estrangulando el aire. Era un hombre al borde de la vejez, de pelo blanco y un poco encorvado. Tenía la piel muy curtida, picada de viruela y cicatrices. Nariz, mejillas y barbilla parecían confundirse. Sólo sus ojos destacaban, brillando con viveza a la tenue luz, como las hojas de las lejanas guadañas.

Desmonté y sujeté las riendas de Avispa mientras golpeaba la puerta. El esclavo alto y delgado que respondió se me quedó mirando sumisamente los pies y me dijo con amedrentado susurro que su amo estaba en la parte exterior de la casa, muy ocupado.

—Lo sé —dije—. Lo he visto preparando un desfile militar en el jardín. Pero no es a tu amo a quien quiero ver.

—¿No? Me temo que mi ama está indispuesta. —El esclavo levantó la vista, aunque no lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Dime, ¿desde cuándo eres esclavo de Capitón?

Frunció el entrecejo, como si meditara la peligrosidad de la pregunta.

—Desde hace muy poco.

—Sólo desde que la finca cambió de manos... ¿es eso lo que quieres decir? En otras palabras, ibas incluido con la casa.

—Así es. Pero debería avisar al amo...

—Dime una cosa: había dos esclavos que servían a tu amo en Roma, se llamaban Félix y Cresto. ¿Sabes a quiénes me refiero?

—Sí. —Asintió sin tenerlas todas consigo y siguió mirándome los pies como si le fascinasen.

—Estaban con él en Roma cuando fue asesinado. ¿Dónde están ahora?

—Están...

—¿Sí?

—Estuvieron aquí un tiempo, en esta casa. Sirvieron a mi anterior amo, Sexto Roscio, mientras estuvo aquí como huésped de mi nuevo amo, Capitón.

—¡Y tras la marcha de Sexto Roscio? ¿Se llevó a los esclavos consigo?

—Oh, no. Se quedaron aquí una temporada.

—¿Y luego?

—Creo... aunque no estoy seguro...

—¿Qué? Habla.

—Quizá deberías hablar con el amo Capitón.

—No creo que tu amo se moleste en hablar conmigo, al menos no mucho tiempo. ¿Cómo te llamas?

—Caro. —Sufrió un pequeño sobresalto y aguzó la oreja, como si hubiera oído algo dentro de la casa, pero el ruido procedía del exterior. En el silencioso crepúsculo pude oír perfectamente a Capitón voceando en la parte posterior de la casa; se le unió una áspera voz femenina. Sólo podía tratarse del ama. Parecían gritarse el uno al otro delante de los esclavos.

—Dime, Caro. ¿Era Sexto Roscio mejor amo que Capitón?

Pareció incómodo, como un hombre con la vejiga llena. Asintió de manera casi imperceptible.

—Entonces quizá me ayudes si te digo que soy amigo de Sexto Roscio. El mejor amigo que le queda en el mundo. Necesito saberlo con urgencia: ¿dónde están Félix y Cresto?

Su expresión se tornó afligida, hasta tal punto que creí que me diría qué estaban muertos. Miró a su espalda y sus ojos regresaron a mis pies.

—En Roma —dijo—. Mi amo los vendió al socio que tiene en la ciudad, el otro que también echó mano a las riquezas de Sexto Roscio.

—Te refieres a Magno.

—No, al otro. —Bajó la voz—. El Aureonato. Félix y Cresto están en Roma, sirviendo en casa de un hombre llamado Crisógono.

Crisógono en griego significa «nacido de oro». Por un instante el nombre flotó informe en mi mente; de pronto, pareció estallar en mis oídos como un trueno. La palabra se convirtió en una clave puesta en mis manos por aquel esclavo para descifrar el misterio del asesinato de Sexto Roscio.

Oí a Capitón vociferar a su esposa en el jardín y a ésta responderle a su vez a gritos.

—No le digas nada a tu amo —susurré al esclavo—. ¿Lo has entendido? Nada. —Me volví hacia la valla y monté a Avispa. Creyendo que por fin habíamos llegado a nuestro destino, la yegua bufó y relinchó para protestar; la acaricié. Cabalgué con un ojo a mis espaldas, procurando que Capitón no me viera. Nadie debía saber que había estado en la casa; nadie debía saber dónde dormía. Crisógono, pensé, cabeceando ante la magnitud del asunto. Me estremecí. La solución había estado allí desde el principio, pero ahora tenía ojos para verla.

Llegué a la carretera y regresé hacia la bifurcación que conducía a la casa de Tito Megaro. Por encima de los árboles, a la luz del crepúsculo, vi alzarse la columna de humo con su promesa de comodidad y descanso. Me alcé un poco sobre la silla y de pronto vi a dos jinetes acercándose por la Vía Flaminia. Avanzaban a paso lento, tan cansados como Avispa. Los hombres casi parecían dormitar, como agotados por un largo día a caballo; levantaron la mirada y vi sus caras.

Los dos eran corpulentos, de hombros anchos, vestidos con túnicas ligeras de verano que dejaban al descubierto unos brazos musculosos. Ambos iban afeitados. El de la derecha tenía el pelo negro y sucio, los ojos relucientes y una boca cruel, y llevaba las riendas con la mano izquierda. Su amigo tenía el pelo revuelto y de color pajizo y la expresión de un hombre bruto, feo y torpe; era tan grande que su caballo parecía un potrillo, y cruzándole una mejilla se veían unas costras rojas, paralelas y finas, señal inequívoca de las uñas de un gato.

El corazón comenzó a latirme con tal fuerza que pensé que debían de oído. Me miraron con absoluta frialdad cuando pasé junto a ellos. Conseguí hacer una inclinación de cabeza y dirigirles un débil saludo. Ellos no dijeron nada y volvieron los ojos hacia la carretera. Aceleré el paso de Avispa y al cabo de un momento me atreví a mirar atrás. Por encima de la breve cuesta vi que tomaban el camino que conducía a casa de Capitón.

Capítulo Dieciocho

—El de pelo negro —dijo mi anfitrión— debe de ser Magno. Sí, es cojo de la pierna izquierda, desde hace años; nadie sabe exactamente por qué. Cuenta historias distintas. Unas veces dice que fue por culpa de una puta romana, una loca; otras, que fue un marido celoso; y otras, en fin, que un gladiador borracho. Siempre afirma que mató al que se lo hizo y probablemente así fue.

—¿Y el otro? ¿El rubio corpulento?

—Malio Glaucia, no hay duda. El ex esclavo de Magno y ahora su mano derecha. Magno pasa mucho tiempo en Roma estos días, mientras su primo Capitón está ocupado reformando la villa de Roscio; Glaucia corre de uno a otro como un perro al que tiran un hueso.

El mundo estaba lleno de estrellas. La luz de la luna se derramaba sobre las colinas bajas y onduladas, volviéndolas de plata. Estaba sentado con Tito Megaro en la azotea de su casa, de tal modo que teníamos una amplia perspectiva del sur y del este. Sobre el horizonte discurría una línea de elevadas colinas que señalaban el extremo más alejado del valle; en alguna parte, más allá, discurría el Tíber. En las proximidades, unas cuantas luces desperdigadas y los tejados iluminados por la luna señalaban el dormido pueblo de Ameria, y a la izquierda, oscurecido por los árboles que había en medio, apenas se distinguía el piso superior, no mayor que la uña de mi pulgar, de la casa donde Capitón, Magno y Malio Glaucia estaban reunidos.

Tito Megaro no era un hombre de mundo, pero sí un excelente anfitrión. Él mismo me dio la bienvenida en la puerta de su casa e inmediatamente procuró que acomodaran a Avispa en las cuadras. No quiso hablar de ningún tema polémico en la mesa, diciendo que provocaba indigestión. Mientras cenábamos, sus cinco hijos se turnaron para cantar canciones. Los alimentos fueron frescos y abundantes; el vino, excelente. Lentamente me relajé y me desembaracé del temor hasta que me encontré medio echado en un triclinio en la azotea adornada con flores y plantas. En el abierto peristilo que había debajo, se reunieron la mujer y los niños. Una de las hijas cantó mientras otra tocaba la lira. El sonido ascendía armonioso y suave sobre el cálido aire de la noche, con un vago eco, como si procediera de un pozo. Ante la invitación de su padre, el joven Lucio se sentó a nuestro lado, escuchando pero sin hablar.

Yo estaba tan agotado y con tantas agujetas que apenas podía moverme, pero me sentía tan cómodo que tampoco lo deseaba. Estaba echado en el triclinio con una copa de vino en una mano, luchando contra el sueño, contemplando la absoluta paz del valle y asombrándome de los sanguinarios secretos allí ocultos.

—Fue este tal Malio Glaucia quien vino a mi casa anoche —dije—, junto con otro asesino. Estoy seguro... las marcas de las garras del gato no dejan lugar a duda. El mismo hombre que cabalgó como un demonio toda la noche para llevar a Capitón la noticia del asesinato de Sexto Roscio. Seguramente fue el mismo amo quien le dio los dos encargos.

—Glaucia no hace nada sin una orden de Magno; es como un títere.

Tito levantó los ojos hacia las estrellas. Yo cerré los míos e imaginé a Bethesda junto a mí, más cálida que la brisa de la tarde, más blanda que las pálidas y translúcidas nubes que discurren ante la luna creciente. Hubo un estallido de carcajadas femeninas en el peristilo y pensé en lo fácilmente que Bethesda encajaría en las sencillas maneras del campo.

Tito tomó un sorbo de vino.

—De manera que Sexto ha cargado con la muerte del viejo. Es algo que no sabía; debería ir a chismorrear más a menudo a la taberna de Narnia. Y tú estás aquí para husmear la verdad. Buena suerte. La necesitarás. —Se inclinó hacia delante, escrutando las luces de la villa de su nuevo vecino—. Capitón y Magno lo quieren fuera de circulación. No descansarán hasta que esté muerto.

Observé la villa de Capitón, luego contemplé las estrellas. Yo sólo quería dormir. Pero ¿quién podía decir si mi anfitrión estaría igual de locuaz por la mañana?

—Dime, Tito Megaro... —Entre el vino y el cansancio, la voz se me iba.

—¿Decirte qué, Gordiano de Roma? —Su habla era confusa. Parecía un hombre de naturaleza sobria, tan moderado en todo lo demás que pensé que sólo debía de permitirse un leve exceso con el vino cuando tenía alguien a quien agasajar.

—Cuéntamelo todo. Todo lo que sepas de la muerte de Sexto Roscio el viejo y sus disputas familiares con Capitón y Magno; y lo que vino después.

—Fue un lamentable escándalo —dijo frunciendo el entrecejo—. Todo el mundo sabe que hay algo que huele mal en este asunto, pero nadie hace nada.

—Comienza por el principio. La disputa familiar entre el fallecido Sexto Roscio y sus primos Capitón y Magno... ¿a cuándo se remonta?

—La heredaron al nacer. Los tres tuvieron el mismo abuelo; el padre de Sexto era el mayor de los tres hijos, Capitón y Magno eran vástagos de los hijos menores. Cuando el abuelo murió, casi todas las propiedades pasaron a manos del hijo mayor, naturalmente... al padre de Sexto Roscio el viejo. Bueno, ya sabes cómo son las cosas, unas veces hay acuerdo amistoso con el resto de la familia y otras una desagradable ruptura. Lo único que sé es que la disputa se transmitió a los primos de la segunda generación, y que Capitón y Magno siempre estuvieron en contra del viejo Sexto, siempre en connivencia para obtener una porción, cuanto más grande mejor, de la fortuna familiar. De un modo u otro lo han conseguido. Unas cuantas almas cándidas de Ameria creen que han sido bendecidos por la fortuna. Cualquiera que tenga dos dedos de frente puede ver que tienen las manos manchadas de sangre, aunque han sido lo suficientemente inteligentes para lavárselas.

—Muy bien; el padre de Sexto Roscio el viejo hereda la hacienda de la familia, dejando a los demás una renta mísera. El viejo Sexto es el heredero principal... supongo que era el mayor de la familia.

—El único hijo varón; los Roscio no son una familia prolífica.

—Muy bien, Sexto el viejo hereda, en gran parte para eterno fastidio de los empobrecidos Capitón y Magno. ¿Eran muy pobres?

—El padre de Capitón siempre retuvo una de las granjas junto al río Nera y le daba lo suficiente para vivir modestamente. Fue Magno quien se llevó la peor parte. El padre perdió la granja que había heredado y finalmente se suicidó. Por eso Magno se fue a la ciudad, a abrirse camino.

—Dos hombres resentidos. Y si Magno fue a Roma para aprender de la vida, el asesinato es una lección que no se tarda en encontrar. Ahora corrígeme si la memoria me falla: Sexto el viejo se casa dos veces. La primera unión da lugar a Sexto el joven. La esposa muere y Sexto el viejo vuelve a casarse. Nace un segundo hijo, Cayo, y su amada esposa muere al dar a luz. Sexto el joven se hace cargo de las granjas, mientras su padre y Cayo se marchan a Roma. Pero hace tres años, la víspera del triunfo de Sila, Sexto el joven reclama la presencia de su padre y su hermano en Ameria, y mientras están allí Cayo muere a causa de un alimento en mal estado. Dime, Tito, ¿qué dicen acerca de eso las habladurías de Ameria?

Se encogió de hombros y bebió un poco más de vino

—A Cayo no se le conocía mucho por aquí, aunque puedes averiguar que todo el mundo estaba de acuerdo en que era un joven apuesto. Personalmente, yo lo encontraba demasiado elegante y frívolo; supongo que era la manera en que lo educó su padre, con tutores y costosos festejos. No era culpa del muchacho.

—Pero su muerte, ¿fue aceptada como accidental?

—Nadie lo puso nunca en duda.

—Supón que no fue un accidente. ¿Es posible que Capitón y Magno hubieran tenido que ver con ella?

—Parece poco plausible. ¿Qué habrían conseguido, aparte de afligir a Sexto el viejo? Si querían matar a alguien, ¿por qué no al viejo o a toda la familia? Desde luego, Capitón es un hombre violento. Ha apuñalado y azotado a más de un esclavo hasta matarlo, y dicen que una vez, en Roma, arrojó al Tíber a un completo desconocido sólo porque el hombre no quería dejarle paso en un puente, y que luego se zambulló detrás del hombre para asegurarse de que se había ahogado. Supongo que él y Magno pudieron asesinar a Cayo por pura crueldad, pero no lo creo probable.

—Ni yo. Es simplemente un detalle secundario. Retrocedamos hasta septiembre del año pasado. Sexto Roscio es asesinado en Roma. Algunos testigos ven al homicida principal, un hombre fuerte con un manto negro y cojo de la pierna izquierda.

—¡Magno, sin duda!

—Parece conocer a su víctima. También es zurdo y muy fuerte.

—Magno.

—Al asesino lo acompañan otros dos matones. Uno es un gigante rubio.

—Malio Glaucia.

—Y el otro... El tendero dice que llevaba barba. La viuda Polia podría identificarlos a todos, pero nunca la convenceremos para testificar. En cualquier caso, es Glaucia quien llega a primera hora de la mañana siguiente para dar la noticia a Capitón, llevando con él un cuchillo ensangrentado.

—¿Qué? Es un detalle que no sabía.

—Me lo contó el tabernero de Narnia.

—Ah, el hijo del ciego. Un par de mequetrefes. Sangre de horchata.

—El tabernero dice que Glaucia llevaba la noticia directamente a Capitón. ¿Quién fue el primero que informó a Sexto Roscio de la muerte de su padre? —Le miré y levanté una ceja.

—Fui yo. Me enteré a primera hora de la mañana en el pozo público de Ameria. Cuando vi a Sexto esa tarde, estaba seguro de que ya lo sabía. Cuando le di el pésame, la expresión de su cara... bueno, fue extraña; debes saber que había muy poco amor entre ellos. Temor, eso es lo que vi en sus ojos.

—¿Y sorpresa? ¿Conmoción?

—No exactamente. Confusión y miedo.

—De manera que al día siguiente llega un mensajero más oficial, enviado por los administradores de la casa romana del viejo.

Tito asintió.

—Y un día después llegan los restos del difunto. Los Rocíos están enterrados en una pequeña colina, un poco alejada de la villa; desde aquí puedes ver las lápidas en un día despejado. Sexto enterró a su padre al octavo día y a continuación comenzaron los siete días de duelo. Sexto no los acabó.

—¿Por qué?

—Porque en ese período llegaron los soldados. Debieron de venir de Volaterra, al norte, donde Sila estaba de campaña contra los últimos hombres de Mario en Etruria. En cualquier caso, los soldados llegaron e hicieron una proclama pública en la plaza del pueblo: Sexto Roscio el viejo había sido declarado enemigo del Estado y su muerte en Roma una ejecución legal por orden de nuestro estimado Sila. Se le desposeía de todos sus bienes. Todo iba a ser subastado: tierras, casas, joyas, esclavos. Se anunciaron la fecha y el lugar.

—¿Y cómo reaccionó Sexto?

—Nadie lo sabe. Se recluyó en su villa, negándose a salir de casa y sin ver a nadie. Para un hombre que está de luto, quizá sea un comportamiento convincente, pero Sexto se arriesgaba a perderlo todo. La gente comenzó a decir que quizá era cierto que su padre había sido proscrito. ¿Quién sabe lo que hacía el viejo en Roma? Quizá era espía de Mario, quizá se le había descubierto en alguna conspiración para asesinar a Sila.

—Pero las proscripciones terminaron legalmente el primero de junio. A Roscio lo asesinaron en septiembre.

Tito se encogió de hombros.

—Hablas como un abogado. Si Sila quería que muriera, ¿por qué no iba a ser legal, siempre y cuando el dictador lo declarara así?

—¿Levantó mucha expectación la subasta?

—Todo el mundo sabía que estaba amañada. ¿Por qué preocuparse? Algún amigo

de Sila acabaría pagando un precio irrisorio por todo y cualquiera que se molestara en pujar saldría de la sala escoltado por los soldados. Créeme, todos quedamos sorprendidos cuando Magno y una banda de matones venidos de Roma aparecieron ante la puerta de Sexto con una especie de decreto judicial, diciéndole que renunciara a toda su propiedad y la desalojara en seguida.

—¿De manera que lo quitaron de en medio fácilmente?

—Nadie vio lo que sucedió, excepto los esclavos. A la gente le gusta adornar los hechos. Unos dicen que Magno apareció por sorpresa ante Sexto mientras este quemaba mirra ante la tumba de su padre, le arrebató el incensario de las manos y lo apartó de la urna intimidándole a punta de lanza. Otros afirman que desgarró las ropas de Sexto por la espalda y soltó a los perros para que lo persiguieran. Sexto nunca me ha contado nada; se negaba a hablar de ello y yo no quería hostigar su vergüenza. En cualquier caso, Sexto y su familia pasaron la noche en casa de un amigo, un mercader de Ameria, y al día siguiente Capitón se mudó a la villa. No todo el mundo se mostró disconforme; en el valle, Sexto tenía sus enemigos y Capitón sus amigos. Luego, Sexto va directamente a ver a Capitón; de nuevo, nadie puede atestiguarlo. Al final, Capitón permite que Sexto regrese a la propiedad, obligándolo a alojarse en una pequeña casa que había en un extremo de la hacienda, donde generalmente se daba albergue a los peones temporeros cuando era época de cosecha.

—¿Y ahí acabó todo?

—En realidad no. Convoqué una reunión del consejo municipal de Ameria y dije que teníamos que hacer algo. Me costó convencer a esos viejos carcamales de que tomaran una decisión. Y mientras tanto, Capitón no dejaba de mirarme desde el otro lado de la mesa... oh sí, Capitón se sienta en nuestro estimado consejo municipal. Finalmente se decidió que debíamos protestar por la proscripción de Sexto Roscio, reivindicar su nombre y procurar que su propiedad fuera devuelta a su hijo. Capitón estuvo de acuerdo en todo. Sila todavía estaba acampado en Volaterra; una delegación de diez hombres fue enviada a presentar el caso: yo, Capitón y ocho más.

—¿Y qué dijo Sila?

—No lo vimos. Primero nos hicieron esperar. Nos tuvieron aguardando cinco días, como si fuéramos bárbaros esperando un favor y no ciudadanos romanos cursando una petición al Estado. Todo el mundo estaba impaciente; habrían abandonado enseguida si yo no les hubiera instado a que siguieran hasta las últimas consecuencias. Por fin se nos permitió ver, no a Sila, sino al lugarteniente de éste, un egipcio llamado Crisógono. ¿Has oído hablar de él? —preguntó Tito, viendo la expresión que me cruzaba la cara—. Un joven, dicen, de atractivo natural y muy apuesto, y con inteligencia y ambición suficientes para convertir eso en su mayor arma. Comenzó como esclavo en casa de Sila, trabajando en sus jardines. Pero Sila tiene buen ojo para la belleza y no le gusta verla desperdiciada en faenas pesadas. Crisógono se convirtió en su favorito. De eso hace muchos años, cuando todavía vivía la primera mujer de Sila. Éste, con el tiempo, se cansó del cuerpo del esclavo y lo recompensó con la libertad, riquezas y un

cargo de categoría en su séquito. —Dio un bufido—. Me pregunto qué debió de ocurrir en realidad. Sólo nos dijeron que este Crisógono era un hombre poderoso que tenía acceso a la intimidad de Sila. Dije que queríamos ver al dictador en persona, pero todos los secretarios y ayudantes cabecearon como si yo fuera un niño y dijeron que nos convenía, antes que nada, ganamos las simpatías de Crisógono, quien entonces expondría el caso ante Sila en nuestro nombre.

—¿Y lo hizo?

Tito me miró tristemente.

—La cosa fue así: finalmente conseguimos nuestra audiencia y se nos llevó a presencia de su Oropel, que permaneció sentado mirando al techo como si le hubieran golpeado la frente con un martillo. Finalmente condescendió a parpadear y otorgamos una fugaz mirada. Y a continuación sonrió. Te juro que nunca he visto sonrisa semejante; como si Apolo hubiera descendido a la tierra. Había algo reservado en él, aunque no frío. Era como si sintiera lástima de nosotros, y pena; como un dios que se entristeciese al observar a unos simples mortales. Inclinó la cabeza. Fijaba los ojos en ti y era como si tuvieras la sensación de que un ser superior te estuviera haciendo un inmenso favor al reconocer tu existencia. Escuchó nuestra petición y cada uno dijo lo que tenía asignado, excepto Capitón, que permaneció al fondo, tan inmóvil y silencioso como una piedra. Crisógono se levantó, echó los hombros atrás, se apartó un mechón de pelo dorado de la frente y se llevó un dedo a los labios. Nos dijo que éramos buenos romanos por haber pasado tantas penalidades en nombre de la justicia. Que sucesos como los que le habíamos contado eran raros, muy raros, pero que cierta, lamentable y desgraciadamente había existido un puñado de hombres falsamente proscritos. A la menor oportunidad presentaría nuestra petición al gran Sila en persona. Mientras tanto, debíamos ser pacientes; seguramente nos dábamos cuenta de que el dictador de la República tenía miles de preocupaciones que le asaltaban de todos lados y una de las más importantes era el esfuerzo definitivo por erradicar todo vestigio de conspiración de los partidarios de Mario, que aún persistía en las colinas etruscas. Diez cabezas se bambolearon como corchos sobre una ola y la mía fue una de ellas. Pero entonces me aclaré la garganta y encontré el valor necesario para decir que si no podíamos ver a Sila, al menos insistíamos en tener alguna respuesta clara antes de nuestro regreso a Ameria. Crisógono volvió hacia mí sus ojos azules y arqueó las cejas tal como mirarías a un esclavo que tuviera la impertinencia de interrumpirle con alguna nimiedad que él considera importante. Asintió y dijo: «Por supuesto, por supuesto», y añadió que cuando regresara a Roma, él mismo cogería un estilo y tacharía el nombre de Sexto Roscio de las listas de proscritos, y que procuraría que la propiedad del difunto fuese reunificada y las escrituras devueltas a su hijo. Naturalmente, debíamos tener paciencia, pues las ruedas de la justicia giran lentas en Roma, aunque nunca contra la voluntad del pueblo. Entonces miró fijamente a Capitón, comprendiendo que se había quedado al menas con una de las propiedades confiscadas, y le preguntó si estaba de acuerdo en que se hiciera justicia de aquel modo, incluso a costa de sus propios intereses. Y Capi-

tón asintió y sonrió como un niño, declaró que en su corazón sólo existía el espíritu de la ley romana y que si podía probarse que su difunto primo no había sido enemigo del Estado ni del bien amado Sila, devolvería con gusto su parte de la hacienda al legítimo heredero, cediéndole sin cargo alguno todas las mejoras que había hecho. Esa noche lo celebramos con vino y cordero asado en una taberna de Volaterra y dormimos bien, y a la mañana siguiente regresamos a Ameria y seguimos caminos separados.

—¿Qué sucedió después?

—Nada. Sila y su ejército finalizaron sus asuntos en Volaterra y regresaron a Roma.

—¿Y no hubo noticias de Crisógono?

—Ninguna. —Tito se encogió de hombros con aire culpable—. Ya sabes cómo son las cosas, cómo dejas que algo así caiga en el olvido... Yo soy granjero, no político. Finalmente remití una carta en diciembre y otra en febrero. Sin respuesta. Quizá algo se hubiera conseguido si el propio Sexto Roscio hubiera puesto algún empeño, pero estaba más recluido que nunca. Él y su familia se alojaban en su pequeña casa, en la hacienda familiar, pero no había ni la menor noticia de ellos, como si fueran prisioneros, o como si Capitón los hubiera convertido en esclavos. Bueno, si un hombre no hace valer sus derechos, no puede esperar que sus vecinos lo hagan por él.

—¿Cuánto tiempo duró esto?

—Hasta abril. Entonces fue cuando algo debió de ocurrir entre Capitón y Sexto. En mitad de la noche Sexto apareció ante mi puerta con su mujer y sus dos hijas. Habían venido en una vulgar carreta de bueyes, con todas sus pertenencias y ni un solo esclavo para conducir el vehículo. Me pidió que los alojara por una noche, cosa que, por supuesto, hice. Se quedaron cuatro o cinco noches, no recuerdo...

—Tres —dijo una voz discreta. Era Lucio, el muchacho, cuya presencia casi había olvidado. Estaba sentado en un rincón del antepecho, con las piernas encogidas. Sonreía débilmente, tal como había sonreído ante la mención de la hija de Roscio, horas antes, cuando nos encontramos.

—Bueno, pues tres —dijo Tito—. Supongo que me parecieron más. Sexto Roscio trajo su tristeza con él. Mi esposa no dejaba de decir que nos traería mala suerte. Y la joven Roscia... —bajó la voz—. La hija mayor. No es exactamente la mejor influencia moral que uno puede llevar a una casa donde vive un muchacho. —Lanzó una mirada a Lucio, que levantó los ojos hacia la luna en una convincente imitación de la sordera—. Días después se marcharon a Roma, diciéndome que su padre había disfrutado de la protección de una dama que podía ejercer alguna influencia en Sila. No mencionó que fueran a juzgarle por asesinato. Supuse que estaba lo suficientemente desesperado para llevar su petición ante Crisógono por sí mismo.

—Imagino que no te sorprenderá saber que el propio Crisógono se benefició del expolio de los bienes de Sexto Roscio.

—Bueno, el asunto es bastante sucio. ¿y cómo lo sabes?

—Un esclavo llamado Caro me lo dijo esta tarde. Es quien responde a la puerta

cuando llamas a la villa de Capitón.

—Entonces los tres estaban en el ajo desde el principio: Capitón, Magno y Crisógono.

—Eso parece. ¿Quién sino Crisógono podía haber incluido ilegalmente a Sexto el viejo en las listas de proscripción? ¿Quién deseaba que muriera, aparte de Capitón y Magno?

—Ahí está. Los tres urdieron el asesinato de Sexto Roscio el viejo, lo pusieron en las listas y compraron las tierras una vez que el Estado las confiscó. Y cualquier persona ajena al asunto que intentara aclararlo tendría que enfrentarse con Crisógono. Vaya tejemaneje, es más sucio de lo que creía.

Levanté la vista hacia la luna. Ya estaba grande y blanca; estaría llena cuando llegaran los Idus, para los que faltaban seis días, y Sexto Roscio se enfrentaría entonces a su destino.

—Todavía hay una pieza en este rompecabezas —dije— que no acaba de encajar. Algo que impide que todo tenga sentido. Algo más sucio de lo que piensas...

Cerré los ojos y no volví a abrirlos durante varias horas.

Capítulo Diecinueve

Desperté con un parpadeo y me vi solo en una habitación oscura, asfixiado de calor. Tenía la boca seca, pero me sentía asombrosamente despejado. Había dormido sin sueños. Estaba echado de espaldas y durante un prolongado momento me sentí satisfecho de percibir el flujo de la vida en los brazos, las piernas, los dedos. Pero cuando me moví me di cuenta de que había un inexorable precio que pagar por el durísimo viaje a caballo del día anterior. Conseguí incorporarme y apoyar las doloridas piernas en el suelo. Me levanté y fui tambaleándome hasta la ventana. Aparté la cortina y una luz ardiente y cegadora inundó la estancia.

En ese mismo instante, oí crujir la puerta de la habitación y Lucio asomó la cabeza.

—Por fin —dijo, utilizando el tono exasperado con que los niños imitan a sus padres—. He intentado despertarte dos veces. Hace horas que todos se han levantado.

—¿Qué hora es?

— Mediodía. Acabo de regresar del pueblo, miré el reloj de sol del jardín y me pregunté si todavía estarías durmiendo.

Recorrí la habitación con la mirada.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Recién me desvistió? —Recogí gimiendo la túnica, que había caído al suelo desde el brazo de la silla:

—Mi padre y yo te trajimos anoche. ¿No te acuerdas? Pesas como un saco de ladrillos y no dejabas de roncar.

—Pero si no ronco. —Eso me había dicho Bethesda. ¿O había mentido para halagar mi vanidad?

Lucio se echó a reír.

—¡Si se te oía por toda la casa! Mi hermana Tercia hizo un I chiste y todo. Dijo...

—Tanto da. —Comencé a introducir la cabeza dentro de la túnica. Pero se retorció y enmarañó como si poseyera vida propia. Tenía los brazos tan entumecidos como las piernas.

—Mi padre dijo que te desvistiéramos, pues tus ropas estaban sudadas y sucias del viaje. La vieja Náyade las lavó antes de acostarse. Hace tanto calor hoy que ya están casi secas.

Finalmente conseguí vestirme, aunque con infinita torpeza. Volví a mirar por la ventana. Ni un soplo agitaba las copas de los árboles. Los esclavos estaban ocupados en los campos, aunque el patio que había abajo estaba vacío, a excepción de una niña que jugaba con un gato. La luz que caía sobre las baldosas era cegadora.

—No conseguiré regresar a Roma hoy.

—Más te vale. —Era la voz de Tito Megaro, que apareció detrás de su hijo con una severa expresión en la cara—. Esta mañana eché un vistazo a la yegua con que llegaste. ¿Tienes por costumbre montar una cabalgadura hasta que cae rendida?

—La verdad es que no tengo costumbre de montar.

—No me sorprende. Ningún jinete agotaría a un animal tan bueno de esa manera. Supongo que no pensarás en serio en volver a montarla hoy.

—Pues sí.

—No puedo permitirlo.

—¿Entonces cómo voy a marcharme?

—Tomarás uno de mis caballos.

—Eso no le gustará al propietario de Avispa.

—He pensado en ello. La noche pasada me dijiste que el juicio de Sexto Roscio tendrá lugar en los Idus.

—Sí.

—Entonces iré a la ciudad el día antes y llevaré a Avispa conmigo. Yo mismo la devolveré a las cuadras de la Vía Subura y si puedo ser de alguna ayuda me dirigiré a casa de ese abogado, Cicerón, y le contaré lo que sé. Si quiere llamarme como testigo en el juicio... bueno, supongo que estaré dispuesto a dar la cara, aunque el propio Sila en persona esté allí. Y antes de que me olvide, toma esto. —Sacó de su túnica un pergamino enrollado.

—¿Qué es?

—La petición que el consejo municipal de Ameria presentó a Sila, bueno, a Crisógono, en protesta por la proscripción de Sexto Roscio. Es una copia que el consejo conservó para tener constancia escrita. El original debe de hallarse en algún lugar del Foro, aunque este tipo de documentos suelen desaparecer cuando existe el riesgo de que importunen a alguien. Es una copia compulsada y certificada; lleva nuestros nombres, incluso el de Capitón. Tenerla en casa no es de ninguna utilidad a nadie. Quizá

Cicerón pueda hacer uso de ella. Mientras tanto, te prestaré uno de mis caballos. Tengo un primo que posee una granja camino de Roma. Puedes pasar la noche con él y proseguir viaje mañana. Me debe algunos favores, de modo que no tengas empacho en saciarte en su mesa. Y si te consume la impaciencia, convéncele de que te cambie uno de sus caballos por el mío.

Arqueé una ceja Y asentí. Su expresión severa se relajó. Tito era un verdadero padre romano que impartía lecciones e imponía su voluntad sobre todos los habitantes de su casa. Su deber para con Avispa estaba cumplido, sonrió y revolvió los cabellos de su hijo.

—Y ahora lávate la cara y las manos y come con nosotros. Puede que la gente de la ciudad se levante a esta hora, pero algunos llevamos trabajando desde que cantó el gallo y tenemos apetito.

Toda la familia se reunió a la sombra de una gigantesca higuera para tomar la colación de mediodía. Tito Megaro y otro hijo, además de Lucio, un niño todavía, así como sus tres hijas, todas con el correspondiente gentilicio y el adjetivo ordinal que les tocaba: Megara Mayor, Megara Menor, Megara Tercia. Aunque no pude discernir quién residía en la casa y quién estaba sólo de visita para comer; pues había también dos cuñados, uno de ellos casado y con hijos pequeños, dos abuelas y un abuelo. Los niños correteaban en las inmediaciones, las mujeres estaban sentadas en la hierba, los hombres en sillas y las dos esclavas iban de un lado a otro para asegurarse de que nadie se quedara con hambre.

Tito me presentó a su padre y a sus cuñados, que ya parecían estar al tanto de mi visita. Juntos se mofaron de Capitón y de Magno, y de su secuaz Glaucia. Pronto la conversación versó sobre las cosechas y el tiempo, y Tito acercó su silla a la mía.

—Si planeas echar otro vistazo a Capitón y compañía antes de marcharte, quizá quedes decepcionado.

—¿Cómo es eso?

—Envié a Lucio a la ciudad esta mañana para un recado y a la vuelta se cruzó con los tres en la carretera. Magno murmuró algo ofensivo y Lucio les preguntó educadamente adónde se dirigían. Capitón dijo que a cazar en sus nuevos terrenos junto al Tíber. Lo cual significa, naturalmente, que no regresarán antes del anochecer, si es que regresan hoy.

—Lo cual deja la casa a cargo de la mujer de Capitón.

—Oh, no, porque hay más. Mientras Lucio estaba en la ciudad oyó decir que hubo una terrible disputa ayer y que la mujer salió echando chispas de la casa después de anochecido y se fue a la de su hija, que vive en Narnia. Lo cual quiere decir que no hay nadie al frente de la hacienda, a excepción de un viejo y canoso administrador que Capitón heredó de Sexto Roscio. Dicen que el hombre se pasa el día dándole al vino y que odia a su nuevo amo. Te digo todo esto por si has dejado algún asunto pendiente en casa de Capitón.

Se volvió para reincorporarse a la conversación general con la sutil sonrisa de un conspirador satisfecho de sí.

Me fui de casa de Tito Megaro sin intención de detenerme de nuevo en la de Capitón. Ya me había enterado de todo lo que necesitaba saber y además llevaba en el zurrón la copia compulsada de la petición que Tito y otros ciudadanos habían entregado a Crisógono. Apenas me molesté en volver la mirada hacia el valle de Ameria mientras lo dejaba atrás. Mis pensamientos, mientras guiaba mi mediocre montura colina arriba, estaban vueltos hacia Roma, hacia Bethesda, Cicerón y Tirón; hacia la calle de la Casa de los. Cisnes. Fruncí el entrecejo al recordar a la viuda Polia, pero sonreí al recordar a la puta llamada Electra; de pronto di la vuelta y me encaminé a casa de Capitón.

El esclavo Caro no se sintió complacido al verme. Me reconoció con afligida expresión, como si yo fuera un demonio llegado especialmente para atormentarle.

—¿Por qué tan taciturno? —dije, pasando junto a él y adentrándome en el vestíbulo. Hacía poco que a las paredes se les había dado una mano de pintura rosa. El suelo, de baldosas blancas y negras, estaba oscurecido de montoncitos de serrín y por toda la habitación resonaban los antinaturales ecos de una casa sometida a reformas.

—Es como si estuvieras de vacaciones, pues tus amos no están en casa.

Arrugó la cara como si estuviera a punto de decir una mentira, pero se lo pensó mejor.

—¿Qué quieres?

—¿Qué había aquí antes? —pregunté, acercándome a una hornacina que contenía una malísima reproducción de un busto griego de Alejandro. Era pretencioso y ciertamente no el objeto que un pueblerino como Sexto Roscio el joven habría guardado en su casa; se parecía más a lo que podría encontrarse en la casa de un bandolero que saquea las villas de ricachones sin sentido del gusto.

—Un ramo de flores —dijo Caro, mirando con hostilidad aquel busto de expresión abúlica y con indómitos sarmientos en vez de cabellera, casi más una cabeza de Medusa que de Alejandro—. Antes del cambio, el ama tenía un vaso de plata en la hornacina, con flores frescas del jardín. A veces, en primavera, las muchachas traían flores silvestres de las colinas...

—¿Todavía está borracho el administrador?

Me miró con suspicacia.

—Analeo casi nunca está sobrio.

—Entonces debería preguntar: ¿está indispuesto?

—Si quieres decir inconsciente, es muy probable. Hay una pequeña casa al final de la hacienda donde le gusta meterse cuando puede andar derecho.

—¿La casa en la que se alojaron Sexto y su familia después de que Capitón los desahuciara?

—Exacto. Vi que Analeo se dirigía allí esta mañana, en cuanto se marchó el amo, con la nueva esclava que trabaja en las cocinas. Eso y una botella de vino lo tendrán

ocupado todo el día.

—Bueno, entonces no le molestaremos. —Me dirigí hacia la siguiente habitación. Era donde pasaban la mayor parte del día. En el lugar se desperdigaban los vestigios de la fiesta de la noche anterior, el tipo de fiesta que tres hombres de tosca naturaleza llevarían a cabo en ausencia de sus mujeres. Una tímida y joven esclava intentaba poner orden en aquel caos, desplazándose de desastre en desastre con expresión de total desamparo. Rehuyó mi mirada. Caro dio un par de palmadas y la echó de la habitación.

Empotrado en la pared había un gran retrato familiar hecho al encausto sobre madera. Reconocí a Capitón por haberle visto brevemente el día anterior: un hombre de pelo blanco y aspecto irascible. Su mujer era una severa matrona de nariz grande. Estaban flanqueados por varios hijos ya adultos y sus respectivas esposas. Toda la familia parecía contemplar al artista como si ya sospecharan que les iba a cobrar de más.

—Cómo los detesto —susurró Caro. Le miré sorprendido. Tenía los ojos fijos en el retrato—. A todos. Están podridos hasta el tuétano. Míralos, tan presuntuosos y pagados de sí mismos. Ese retrato fue lo primero que encargaron en cuanto se mudaron a la casa; trajeron a un pintor de Roma para hacerlo. Estaban ávidos de dejar a la posteridad su jactanciosa expresión de triunfo. —Pareció incapaz de seguir hablando; sus labios temblaron como si tanto odio le provocara náuseas—. ¿Cómo explicar lo que he visto en esta casa desde que llegaron? ¿La mezquindad, la vulgaridad, la crueldad deliberada? Puede que Sexto Roscio no fuera el mejor de los amos y puede que el ama tuviera sus momentos de cólera, pero nunca me escupieron a la cara. Y si Sexto Roscio era un pésimo padre para sus hijas, ¿acaso era asunto mío? Ah, las hijas eran muy amables. Cómo las compadezco.

—¿Un pésimo padre? —dije—. ¿Qué quieres decir?

No me hizo caso. Cerró los ojos y los apartó del retrato.

—¿Qué quieres de mí? ¿Quién te ha enviado? ¿Sexto Roscio? ¿O esa romana rica de la que tanto hablaba? ¿Para qué has venido, para matarlos mientras duermen?

—No soy un asesino —dije.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —Volvía a tener miedo.

—He venido porque hay una pregunta que olvidé hacerte ayer.

—¿Sí?

—Sexto Roscio... el viejo, no el joven, solía verse con una prostituta en Roma. Bueno, con varias, pero una era muy especial para él. Una joven con el pelo color de miel, muy dulce.

—Elena.

—Sí.

—La trajeron aquí poco después de que el viejo fuera asesinado.

—¿Quién la trajo?

—Es difícil recordar exactamente quién o cuándo. Todo era confusión, todo

aquel sinsentido acerca de las listas y la ley. Supongo que fueron Magno y Malio Glaucia quienes la trajeron.

—¿Y qué hicieron con ella?

Soltó un bufido.

—Querrás decir qué no le hicieron.

—¿La violaron?

—Mientras Capitón miraba. Y se reía. Hicieron que las mujeres de la cocina les llevaran comida y vino mientras todo ocurría, y las asustaron hasta hacerles perder los estribos. Les dije que se quedaran en la cocina, que ya serviría yo... y Capitón me azotó con un látigo y juró que me castraría. Sexto Roscio se puso furioso cuando se lo conté. Esto fue cuando aún se le permitía vivir en la casa, a pesar de que los soldados ya le habían expulsado. Discutía constantemente con Capitón y cuando no discutían se quedaba encerrado en la pequeña casa que hay al final del sendero. Sé que discutieron mucho a causa de Elena.

—Y cuando la trajeron, ¿se notaba que estaba embarazada?

Me lanzó una mirada colérica y asustada, y comprendí que se estaba preguntando cómo podía saber yo lo que sabía sin ser uno de ellos.

—Desde luego —respondió en tono brusco— y más cuando estaba desnuda. No lo comprendes; la violaron precisamente por esa. Magno y Glaucia afirmaban que podían provocarle un aborto si la poseían los dos a la vez.

—¿Y abortó?

—No. Después la dejaron en paz. Quizá Sexto consiguió ablandar a Capitón, no lo sé. El vientre le creció más y más. La pusieron con las esclavas de la cocina y la hicieron trabajar igual que ellas. Pero después de dar a luz al niño, desapareció.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Hace tres meses? No lo recuerdo exactamente.

—¿De modo que la devolvieron a Roma?

—Es posible. O quizá la mataron. O a ella o al niño; o a los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Ven.

Sin decir palabra me sacó de la casa y me llevó a los campos que había en la parte de atrás. Se abrió camino entre las parras, pasando junto a los esclavos que estaban escondidos y dormitaban a la sombra. Un tortuoso sendero conducía colina arriba, hacia el cementerio familiar cuyas lápidas había columbrado el día antes.

—Aquí —dijo—. Puedes ver por la tierra removida que han enterrado a alguien hace poco. El viejo fue enterrado aquí, junto a Cayo. —Señaló dos tumbas. La más antigua estaba decorada con una estela en la que había esculpido un joven y apuesto romano vestido de pastor y rodeado de sátiras y ninfas; debajo había muchos ringorrangos y las siguientes palabras: CAYO, MI QUERIDO HIJO, REGALO DE LOS DIOSES. El montículo más reciente estaba solo señalado por una sencilla lápida sin ninguna inscripción y tenía aspecto de ser provisional—. Puedes adivinar cuánto idolatraba el pa-

dre a Cayo —dijo Caro—. Una hermosa obra, ¿no te parece? Realizada especialmente por un artesano de la ciudad que conocía al muchacho; la talla es idéntica a él. Era muy apuesto; la piedra recoge incluso la expresión de sus ojos. Naturalmente, hasta ahora el viejo no tiene más que esa lápida de mendigo que ni siquiera ostenta su nombre. De todos modos Sexto el joven pensaba encargar un relieve.

Se llevó los dedos a los labios y a continuación a la parte superior de cada lápida, según la vieja costumbre etrusca de mostrar respeto por los muertos. Me condujo a un pedazo de tierra lleno de malas hierbas que había al lado.

—Y ésta es la que apareció después de que perdiéramos de vista a Elena.

No había más que un montículo de tierra y una piedra rota en la cabecera, para señalar el lugar.

—La oímos dar a luz la noche anterior. Gritaba tan fuerte que despertó a toda la casa. Al día siguiente Sexto apareció en la casa, aunque Capitón hacía tiempo que le había prohibido entrar. Pero Sexto se abrió paso y acorraló a Capitón en su estudio. Cerraron la puerta y los oí discutir durante largo rato, primero chillando y luego en voz baja. Luego Elena se fue, pero no supe adónde. Y entonces fue cuando algunos esclavos me hablaron de la nueva tumba. Es pequeña, pero demasiado grande para un recién nacido. Elena era pequeña, poco mayor que una niña. ¿Qué piensas? ¿Contiene a la muchacha y al niño juntos?

—No lo sé —dije.

—Ni yo tampoco. Y nadie me lo dijo jamás. Pero te diré lo que creo: el niño nació muerto o lo mataron.

—¿Y Elena?

—La llevaron con Crisógono, a Roma. Eso se rumoreaba entre los esclavos. Quizá deseábamos que fuera cierto.

—O quizá es Elena quien está enterrada aquí y el niño vive.

Caro se encogió de hombros y regresó a la casa.

Así pues, abandoné Ameria más tarde de lo previsto. Seguí el consejo de Tito Megaro y pasé la noche con su primo. Durante todo aquel día y aquella noche, bajo un techo extraño, medité acerca de lo que Caro me había contado, y por alguna razón las palabras que rondaron mis pensamientos no fueron acerca de Elena y su hijo, ni acerca de Capitón y su familia, sino que se referían a algo que había dicho acerca de su antiguo amo: «Y si Sexto Roscio era un pésimo padre para sus hijas, ¿acaso era asunto mío?» Había algo turbador en aquellas palabras y les estuve dando vueltas hasta que el sueño me venció.

Capítulo Veinte

Llegué a Roma poco después de mediodía. El clima era sofocante, pero el ambiente en el estudio de Cicerón era bastante fresco.

—¿Dónde has estado? —dijo con malhumor, paseándose por la estancia con los

brazos cruzados, mirándome primero a mí y luego hacia el atrio, donde un esclavo arrancaba las malas hierbas. Tirón permanecía junto a una mesa, ante unos rollos que se mantenían desplegados con ayuda de sendas pesas. También estaba Rufo, sentado en un rincón y dándose golpecitos en el labio inferior. Los dos me lanzaron solidarias miradas que sugerían que yo no era el primero en recibir la cólera de Cicerón aquella mañana. Faltaban cuatro días para el juicio. Y el abogado debutante se veía superado por las circunstancias.

—Pero ya sabías que estaba en Ameria —dije—. Se lo dije a Tirón antes de irme.

—Sí, eso está muy bien, salir corriendo para Amena y dejarnos el caso aquí, para nosotros solitos. Dijiste a Tirón que regresarías ayer. —Soltó un eructo e hizo una mueca, tocándose la barriga.

—Dije a Tirón que al menos estaría un día fuera, posiblemente más. Supongo que no te interesará saber que desde que te vi por última vez mi casa ha sido invadida por matones armados. Puede que hayan repetido la faena, pero no puedo saberlo porque todavía no he pisado mi casa, pues he venido aquí directamente. Amenazaron a mi esclava, que por suerte consiguió escapar, y despanzurraron a mi gato, cosa que puede parecerte baladí, pero que constituiría un presagio de proporciones catastróficas en un país civilizado como Egipto.

Tirón parecía aterrado. Cicerón, dispéptico.

—¿Un ataque a vuestra casa... la noche que dejaste Roma? No es posible que eso tenga relación con el trabajo que haces para mí. ¿Cómo podía saber nadie...?

—No puedo responder a eso, pero el mensaje escrito con sangre que dejaron en mi pared era lo suficientemente explícito. «Calla o muere. Deja que la justicia romana siga su curso». Probablemente es un buen consejo. Antes de irme de Roma tuve que incinerar a mi gato, encontrar alojamiento para mi esclava y buscarme un guardián que vigilara mi casa. Por lo que se refiere al viaje, te invito a ir a caballo a Ameria y regresar en dos días, a ver si eso te mejora el humor. Me duelen tanto las posaderas que apenas me tengo en pie, por no hablar de cuando me siento. Tengo los brazos quemados por el sol y las tripas como si un titán hubiera jugado a los dados conmigo.

La mandíbula de Cicerón se puso rígida y tembló, se le fruncieron los labios. Estaba a punto de volver a hablarme de mala manera.

Levanté la mano para silenciarle.

—No, Cicerón, no me agradezcas todavía las penalidades que he pasado por ti. Vamos a sentamos tranquilamente unos momentos mientras encargas a un sirviente que nos traiga algo que nos apague la sed y un poco de comida para un hombre que no ha probado bocado desde el amanecer. Te contaré lo que descubrí el otro día durante las investigaciones que hice con Tirón y lo que averigüé en Ameria. Luego me darás las gracias.

Lo hizo efusivamente cuando hube acabado el informe. Su indigestión pareció desvanecerse, incluso rompió el ayuno para compartir una copa de vino con nosotros.

Me sumergí en la turbia cuestión de mis honorarios, gastos y dietas de viaje y se mostró muy razonable. No sólo consintió en pagar los gastos adicionales derivados de haber dejado a Avispa en Ameria unos cuantos días, sino que además se ofreció a pagar a un profesional armado para que vigilara mi casa hasta el día del juicio.

—Contrata a un gladiador, elígelo tú mismo —dijo—. Yo correré con los gastos. —Cuando le enseñé la petición de los ciudadanos de Ameria, pensé que iba a nombrarme su heredero.

Mientras le contaba todo lo ocurrido, presté atención a la cara que ponía Rufo. Sila era su cuñado, después de todo. Rufo sólo profesaba desdén por el dictador y, en cualquier caso, la historia de Tito Megaro complicaba no sólo a Sila, sino también a Crisógono, su ex esclavo y lugarteniente. Sin embargo, me daba miedo ofenderle. Por un instante pensé que podía haber sido Rufo quien me había delatado a los enemigos de Sexto Roscio y enviado a Malio Glaucia a asaltar mi casa, pero no detecté doblez en sus ojos castaños y era difícil imaginar que aquellas cejas burlonas pertenecieran a un espía. (El cabello rojo en la mujer es una advertencia, dicen los alejandrinos, aunque se puede confiar en un hombre pelirrojo.) De hecho, cuando el informe volvió a referirse a Sila dejándole en no muy buen lugar, Rufo pareció complacido.

Cuando hube acabado la historia y Cicerón comenzó a tramar su estrategia, Rufo estuvo deseoso de ayudar. Cicerón quería enviarle al Foro, pero yo sugerí que viniera conmigo y se ocupara de los detalles legales. Ahora que había descubierto la verdad, quería carear a Sexto Roscio con ella, para ver si podía abrirme paso a través de su caparazón, y en consideración al decoro prefería ir a casa de Cecilia Metela no como un solitario inquisidor, sino como un humilde visitante en compañía de su querido y joven amigo.

Tirón estaba completando un resumen de mi informe. Tan pronto como mencioné que pensaba visitar a Cecilia, vi que levantaba la cabeza furtivamente. Se mordió el labio y arrugó la frente, intentando concebir una excusa legítima para venir con nosotros. Naturalmente, estaba pensando en la joven Roscio. En cuanto Rufo y yo estuvimos prestos para partir, le vi cada vez más agitado, pero no dijo nada.

—Cicerón —dije finalmente—, si pudieras prescindir de Tirón... es decir, si no le necesitas para nada relacionado con el caso, te estaría agradecido si le permitieras venir con nosotros. —Observé que la cara de Tirón se iluminaba.

—Había pensado repasar con él tu informe. Podría tomar notas y hacer observaciones.

—Sí, bueno, pero pensaba... es decir, hay algunos detalles de las conversaciones que tuvieron lugar el otro día cuando vino conmigo, en particular la que mantuvimos con Electra en la Casa de los Cisnes, que necesito discutir con él... agujeros en la memoria que hay que subsanar y cosas por el estilo. Naturalmente podría esperar otro día, aunque tampoco quedan muchos. Además, tendré que anotar las nuevas declaraciones de Roscio.

—Muy bien —dijo Cicerón—. Estoy seguro de que me las podré arreglar sin él el

resto de la tarde. —Eufórico ante la perspectiva de una contundente victoria en la columna rostral, llegó hasta el extremo de servirse otra copa de vino y un pedazo de pan.

Tirón estaba tan contento que pensé que iba a echarse a llorar.

Había mentido a Cicerón; no tenía nada que preguntar a Tirón. Fue con Rufo con quien hablé mientras cruzábamos el Foro hasta la casa de Cecilia, en el Palatino. Tirón iba detrás de nosotros, distraído y con los ojos vidriosos.

Me había fijado poco en Rufo la primera vez que le vi. Todas sus cualidades habían sido eclipsadas por las de aquellos que le rodeaban. En tanto que miembro de la nobleza, Cecilia Metela irradiaba más autoridad que él, se sentía más a gusto con su poder y era más consciente del mismo; Cicerón le superaba en erudición; y en cuanto a lozanía juvenil, no podía competir con Tirón. Cuando por fin hablé con él a solas, quedé impresionado por su discreción y sus modales, y de igual modo por su viva inteligencia. Por lo visto, Cicerón lo había tenido ocupado en el Foro todos los días desde que se había encargado del caso, confiando a Rufo la tarea de clasificar los documentos necesarios y gestionar los trámites legales en su nombre. Mientras atravesábamos el Foro, saludaba con la cabeza o cambiaba algunas palabras con las personas que conocía. A pesar de que no llevaba la toga viril, obviamente era conocido por las personas importantes y se había ganado su respeto.

A un hombre se le conoce en el Foro por el tamaño y magnificencia de su séquito. Craso es legendario por pavonearse con su cohorte de guardaespaldas, esclavos, secretarios, sicofantes, adivinos y gladiadores. Después de todo, estamos en una república y toda la masa de cuerpos que rodea a un político llama la atención. La cantidad de los secuaces, más que la calidad, a menudo concede a un hombre prestigio en el Foro; se dice que los que pretenden cargos públicos compran séquitos al por mayor y hay romanos que se ganan la vida con las migajas que reciben por dejarse ver siguiendo a un hombre poderoso por toda la ciudad. Cuando estábamos en mitad del Foro, me di cuenta de que Tirón y yo, a pesar de lo poco idóneo de nuestro aspecto, parecíamos el séquito de Rufo. La idea me hizo gracia.

Rufo pareció leer mis pensamientos.

—Mi cuñado —dijo, pronunciando las palabras de modo que sólo podían referirse a Sila— ha adquirido la costumbre de cruzar el Foro sin séquito alguno, ni siquiera con un guardaespaldas. En previsión para cuando se retire, dice, y regrese a la vida privada.

—¿Es eso prudente?

—Supongo que es tan importante que no precisa de séquito para impresionar a los demás. Tan brillante que cualquier compañía resultaría invisible, oscurecida por la luz cegadora, como las velas junto al sol.

—Y mientras que uno puede apagar las velas de un soplido si se le antoja, nadie puede extinguir el sol.

Rufo había dado el primer paso, mostrando predisposición a hablar con franqueza del marido de su hermana.

—Sila te disgusta profundamente, ¿no es cierto? —dije.

—Le respeto enormemente. Creo que en el fondo es un gran hombre. Pero apenas soporto estar en la misma habitación que él. No puedo imaginarme qué ha visto Valeria en él, aunque sé que le ama de verdad. ¡Cómo desea tener un hijo suyo! Siendo la amada del Amado de la Fortuna, supongo que conseguirá lo que quiere.

—¿Has llegado a conocerle bien, entonces?

—Tan bien como me he visto obligado a hacerlo, siendo el hermano menor de su mujer.

—¿Y estás familiarizado con su círculo?

—Vas a preguntarme por Crisógono.

—Sí.

—Todas las historias son ciertas. Naturalmente, ahora no hay nada entre ellos, sólo amistad. En cuestiones de sexo, dicen que Sila es muy voluble, aunque al mismo tiempo fiel, porque nunca abandona a sus amantes; una vez que ha entregado su afecto, nunca lo retira. Sila es persona constante, como amigo y como enemigo. Por lo que se refiere a Crisógono, en cuanto lo veas lo comprenderás. Es cierto, comenzó como simple esclavo, pero a los dioses a veces les gusta colocar el alma de un león en el cuerpo de un cordero.

—¿Entonces Crisógono es un cordero feroz?

—Ya no es un cordero. Sila le cortó la lana, desde luego, pero lo que creció después fue una melena de oro puro. Crisógono la lleva con mucho porte. Es muy rico, muy poderoso y completamente despiadado. Y tan hermoso como un dios. Sila tiene buen ojo para eso.

—Parece como si tuvieras aún menos simpatía al favorito de Sila que al propio Sila.

—Nunca he dicho que tuviera aversión a Sila. Es difícil expresarlo con palabras. Es un gran hombre. Las atenciones que me presta son halagadoras, aun cuando resulten indecorosas, pues está casado con mi hermana. —Me miró de soslayo, aparentando más de dieciséis años—. Supongo que pensaste que Cecilia estaba bromeando o mal de la cabeza cuando, el otro día, sugirió que sedujera a Sila en beneficio de Sexto Roscio. —Gruñó y arrugó la nariz—. ¿Con Sila? No me lo imagino.

Nos cruzamos con un grupo de senadores. Algunos, al reconocer a Rufo, se detuvieron a charlar, preguntándole por sus estudios y diciendo que habían oído decir a su hermano Hortensio que estaba metido en un caso que iba a llevarse ante los Rostra. Ante esta clase de hombres Rufo ostentaba un comportamiento perfecto, era a la vez encantador y obsequioso, modesto y al mismo tiempo se daba autobombo, tal como hacen todos los romanos; pero advertí que parte de él permanecía frío e indiferente, observador y crítico respecto de su propio decoro artificial. Comencé a darme cuenta de por qué Cicerón estaba tan complacido de tenerlo como protegido, y me pregunté si

no sería Cicerón el alumno que quería aprender de Rufo a ascender por encima del anonimato rural para imitar esa seguridad que sin esfuerzo muestra cualquier joven noble de las grandes familias de Roma.

Los senadores siguieron andando y Rufo reanudó la conversación como si nada la hubiera interrumpido.

—Estoy invitado a una fiesta mañana por la noche, en la casa de Crisógono, en el Palatino, muy cerca de la casa de Cecilia. Sila y su círculo más cercano estarán allí; Valeria no. Esta misma mañana recibí un mensaje de Sila diciendo que debía ir sin excusa. «Pronto vestirás la toga viril. Ya es hora de que comience tu educación masculina. ¿Qué mejor lugar que en compañía de las mejores personas de Roma?». Se refería a sus amigos del teatro, trágicos, cómicos y acróbatas. Junto con los esclavos que ha convertido en ciudadanos para que ocupen el lugar de los que ha decapitado. Mis padres me instan a que vaya. Hortensio dice que sería una necedad no ir. Incluso Valeria opina lo mismo.

—Yo también —dije en voz baja, respirando profundamente para comenzar a ascender el Palatino.

—¿Y pasarme la noche parándole los pies a Sila? Para eso tendría que ser acróbata, trágico y cómico, todo a la vez.

—Hazlo por Sexto Roscio y su caso. Hazlo por Cicerón.

Ante la mención del nombre de Cicerón, se puso serio.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito acceso a la casa de Crisógono. Necesito entrar allí, ver cuáles de los esclavos de Sexto Roscio están todavía en su poder. Quiero interrogarles si puedo. Sería más fácil si tuviera un amigo dentro de la casa. ¿Crees que es una casualidad que esta fiesta coincida con nuestras necesidades? Los dioses nos sonríen.

—Fortuna, espero, no Venus.

Me eché a reír.

—¿Entonces es cierto? —dije, escrutando los ojos de Sexto Roscio e intentando hacerle parpadear antes que yo—. ¿Todo lo que Tito Megaro me contó? Pero si es así, ¿por qué no nos lo contaste al principio?

Estábamos sentados en la misma habitación descuidada y mal ventilada en que nos habíamos conocido. Esta vez nos acompañaba Cecilia Metela. La idea de que su amado Sexto hubiera sido proscrito como enemigo de Sila era obscena y absurda, según ella. Estaba ansiosa por oír lo que su hijo tuviese que decir al respecto. Rufo se sentó junto a ella y una de las esclavas permaneció de pie y en silencio en un rincón, abanicándola con plumas de pavo real, como si fuera una faraona. Tirón estaba a mi derecha, con su tablilla y su estilo.

Sexto me devolvía la mirada, sin ganas de parpadear. El efecto era tan enervante como el calor. Si estaba ocultando algo, no daba señal de ello. La mayoría de los hombres, al idear una mentira o una evasiva, apartan la mirada, desplazándola hacia algo, cualquier cosa, que no se la devuelva. Sexto Roscio me miraba directamente a los

ojos sin ninguna expresión en la cara, hasta que finalmente fui yo quien parpadeó. Creo que entonces sonrió, pero puede que sólo lo imaginase. Comencé a pensar que podía estar verdaderamente loco.

—Sí —dijo finalmente—. Es cierto. Todo.

Cecilia soltó una risa nerviosa y afligida. Rufo le acarició la mano arrugada.

—Entonces ¿por qué no se lo contaste a Cicerón? ¿Se lo contaste a Hortensio cuando era tu abogado?

—No.

—¿Y cómo puedes esperar que se te defienda si no cuentas lo que sabes?

—Nunca pedí a nadie que aceptara el caso. Ella fue quien lo solicitó. —Señaló groseramente a Cecilia Metela.

—¿Estás diciendo que no quieres abogado? —le espetó Rufo—. ¿Qué oportunidades crees tener si te presentas solo en los Rostra, frente a un fiscal como Cayo Erucio?

—¿Y qué oportunidades tengo ahora? Aunque consiga escapar en el tribunal, tarde o temprano me encontrarán y me borrarán del mapa, tal como hicieron con mi padre.

—No necesariamente —arguyó Rufo—. No si Cicerón es capaz de denunciar las mentiras de Capitón y Magno ante el tribunal.

—Pero para eso tendrá que pisotear el nombre de Crisógono, ¿no es cierto? Oh, claro, no hay manera de quitarle las pulgas al perro sin pelear con él y no se puede hacer sin tirar de la correa del amo. Puede que el perro intente morderte, pero al amo no le gustará que un abogado advenedizo lo ponga en evidencia. Aun cuando gane el caso, vuestro maravilloso Garbancerón acabará con la cabeza en una pica.

Rufo y Tirón estaban exasperados. ¿Cómo podía Roscio decir algo así acerca de Cicerón? Los temores de Roscio no significaban nada para ellos; su fe en Cicerón era absoluta.

Pero Sexto Roscio podía tener razón. El caso era exactamente tan peligroso como lo había descrito. Ya me habían amenazado a mí, aunque no había querido decirlo hasta el momento en casa de Cecilia por cuestiones de táctica. Si no habían hecho lo mismo con Cicerón era sólo porque todavía estaba un tanto apartado de la investigación y porque era un hombre mucho mejor relacionado que yo. Sí, el caso de Roscio era peligroso y defenderlo podía atraer las iras de los poderosos. Pero ¿qué podía importarle a él, si su otra alternativa era una muerte horrible? Si se decidía a luchar, proporcionándonos las armas de la verdad, lo podía ganar todo: la vida, la salud mental, incluso la revocación de la proscripción de su padre y la recuperación de sus tierras. ¿Estaba tan desmoralizado como para desear la derrota y la muerte?

—Sexto Roscio —dije—. Ayúdame a comprenderte. ¿Sabes quién mató a tu padre?

—No.

—Pero debes de tener alguna sospecha.

—Si.

—Muy bien. Una vez acomodado en tu antigua propiedad, Capitón te invita amablemente a regresar a ella, permitiendo a tu familia ocupar una destartalada casa, alejada de la villa. ¿Cómo soportaste tamaña humillación?

—¿Qué podía hacer? La ley es dura, pero es la ley. Tito Megaro y el consejo municipal de la ciudad llevaron una petición a Sila. Sólo podía esperar.

—Pero Capitón acabó echándote de la finca. ¿Por qué?

—Supongo que se hartó de mí. O comenzó a sentirse culpable.

—Pero por entonces ya te habías dado cuenta de que el propio Capitón estaba involucrado en el asesinato de tu padre. ¿Le amenazaste?

Apartó la mirada.

—Nunca llegamos a las manos, pero nuestras discusiones eran violentas. Le dije que era un necio por haberse instalado tan precipitadamente en la mansión principal, que nunca le permitirían quedársela. Me dijo que yo era peor que un mendigo y que debería besarle los pies por su caridad. —Se sujetó a los brazos de la silla y los nudillos se le pusieron blancos. Los dientes le rechinaron de furia—. Dijo que moriría antes de recuperar mis tierras. Que tenía suerte de no estar ya muerto. Me echó a patadas, o al menos eso es lo que parece, pero la verdad es que huí temiendo por mi vida. Ni en casa de Tito me sentía seguro; vigilaban la villa por la noche, como buitres esperando la hora propicia. Par eso vine a Roma. Pero tampoco aquí estaba seguro en las calles. Esta habitación es el único lugar seguro. ¡Y ni siquiera aquí me dejarán en paz! Nunca pensé que las cosas llegaran tan lejos, que me llevarían a juicio y me meterían dentro de un saco. ¿No os dais cuenta de que todo el poder está de su lado? ¿De parte de quién creéis que se pondrán los jueces en cuanto se corra peligro de ofender al dictador? ¡No se puede hacer nada! —De pronto se echó a llorar.

Cecilia Metela hizo una mueca, como si se le repitiera la comida. Sin decir palabra se levantó de la silla y salió por la puerta, seguida de la esclava de las plumas de pavo real. Rufo se puso en pie de un salto, pero le indiqué que se quedara.

Roscio tenía la cara entre las manos.

—Eres un hombre extraño —‹lije finalmente—. Sufres, pero me veo incapaz de compadecerte. Te hallas próximo a una muerte horrible, en un lugar donde casi todos los hombres contarían cualquier mentira para salvarse y aun así no quieres contarnos la verdad que podría salvarte. Ahora que conocemos la verdad, la admites y no tienes razón para mentir, y aun así... Me haces dudar de mis propios instintos, Sexto Roscio. Estoy confundido, como un lebrel que huele a raposa en una conejera.

Levantó lentamente la cabeza. Su cara estaba contorsionada por el odio, la desconfianza, el miedo que siempre acechaba en sus ojos.

Cabeceé.

—Hablar contigo me agota. Me das dolor de cabeza. Sólo espero que la cabeza de Cicerón sea más fuerte. —Nos levantamos para partir. Me di la vuelta—. Hay algo más —dije—. Algo de escasa importancia. Es sobre una putilla llamada Elena. ¿Sabes a

quién me refiero?

—Sí. Durante una temporada vivió en la casa, después de que Capitón tomara posesión de ella.

—¿Y cómo llegó allí?

Interrumpió el llanto para pensar.

—Magno y Glaucia la encontraron en la ciudad, creo. Supongo que mi padre debió de comprarla poco antes, dejándola bajo la custodia del propietario del burdel. Tras las subastas, Magno la reclamó como propiedad suya.

—Creo que tenía un niño.

Hizo una pausa.

—Sí, tienes razón.

—¿De quién era el niño?

—¿Quién sabe? Era una puta.

—Naturalmente. ¿Y qué fue de ella?

—¿Cómo vaya saberlo?

—Quiero decir después de dar a luz al niño.

—¿Cómo vaya saberlo? —repitió colérico—. ¿Qué harías con una puta y un esclavo recién nacido si fueras un hombre como Capitón? Debió de venderlos hace mucho tiempo.

—No —‹lije—. No a los dos. Al menos uno de los dos murió y está enterrado junto a la tumba de tu padre, en Ameria.

Lo observé atentamente desde la puerta y esperé, pero no hubo reacción alguna.

Caminamos en silencio hacia las habitaciones de Cecilia. Por el rabillo del ojo pude ver que Tirón arrastraba los pies, cada vez más nervioso a medida que se acercaba la hora de partir. Mi cabeza estaba demasiado llena de Sexto Roscio para pensar en él, pero por fin, mientras regresábamos al ala de Cecilia, comencé a buscar alguna burda excusa para permitirle ir en busca de la muchacha.

Tirón se me adelantó. De pronto se detuvo y comenzó a palparse el pecho como quien ha perdido algo.

—Por Hércules —dijo—. He olvidado el estilo y la tablilla. Vuelvo en seguida... creo que me los he dejado en la habitación de Roscio, pero puede que fuera en otra parte —añadió, en busca de una excusa para prolongar su ausencia.

—Te he visto con ellos en la mano —dijo Rufo con un deje ligeramente hostil.

Cabeceé.

—Yo no estoy tan seguro. Anda, ve a buscarlos, Tirón. Tómate tu tiempo. Ya es demasiado tarde para que Rufo pueda hacer nada en el Foro y el sol es demasiado intenso para volver corriendo a casa de Cicerón. No estaría mal convencer a nuestra anfitriona de que nos deje descansar un rato en el jardín.

Cecilia no pudo unirse a nosotros; el eunuco Ahausaro nos explicó que la entrevista con Sexto Roscio la había agotado. Aunque estaba indispuesta, nos permitió hacer uso de los sirvientes, que corrían por el peristilo apartando los muebles del sol,

trayéndonos bebidas frías y haciendo lo posible para que nos sintiéramos cómodos. Rufo estaba apático y un tanto nervioso. Volví a preguntarle por la fiesta que iba a celebrarse la noche siguiente en casa de Crisógono.

—Si realmente te incomoda asistir —dije—, no vayas. Yo sólo quería que me proporcionaras acceso a la casa, por ejemplo por la puerta de los esclavos. Hay unos cuantos detalles que, de otro modo, no creo que pueda descubrir. Pero, naturalmente, no tengo derecho a pedírtelo...

—Quita, quita —murmuró, como si le hubiera sorprendido pensando en las musarañas—. Iré. Te enseñaré la casa antes de que abandonemos el Palatino; está muy cerca. Aunque sólo sea por Cicerón, como bien has dicho.

Llamó a uno de los sirvientes y pidió más vino. Me pareció que ya había tomado demasiado. Cuando llegó el vino, lo apuró de un solo trago y pidió más. Me aclaré la garganta y fruncí el entrecejo.

—Ya sabes lo que dice el refrán, todo con moderación, Rufo. Estoy seguro de que Cicerón insistiría en eso.

—Cicerón —dijo, como quien lanza un taco; repitió el nombre, esta vez como si fuera una gracia. Se levantó de la silla de tijera y se echó en un triclinio afelpado, estirándose entre los cojines. Una suave brisa recorrió el jardín, haciendo que las hojas de los papiros susurraran y los acantos suspirasen. Rufo cerró los ojos y la dulce expresión de su cara me recordó que todavía era un muchacho, vestido con la túnica de la adolescencia, la misma que debía de llevar Roscia en aquel momento, a menos que Tirón ya se la hubiera quitado.

—¿Qué crees que harán ahora? —preguntó Rufo de pronto, abriendo un ojo para observar la asombrada expresión de mi cara.

Fingí confusión y cabeceé.

—Ya sabes a qué me refiero —gruñó—. Tirón tarda una barbaridad en encontrar el estilo. —Se echó a reír, como si acabara de comprender el doble y triple sentido de lo que había dicho. Pero la risa fue breve y amarga.

—Entonces ya lo sabes —dije.

—Claro que lo sé. Sucedió la primera vez que vinimos con Cicerón. Desde entonces ha ocurrido todas las veces. Comenzaba a pensar que eras un mal sabueso por haber pasado por alto algo tan evidente.

Parecía celoso y resentido. Asentí en señal de simpatía. Roscia, después de todo, era una joven muy deseable. Yo mismo envidiaba a Tirón hasta cierto punto.

Bajé la voz, intentando ser amable pero no condescendiente.

—Es sólo un esclavo y tiene poco que esperar de la vida.

—¡De eso se trata! —dijo Rufo—. De que un simple esclavo consiga seducir a una joven de tan notables prendas y yo esté aquí chupándome el dedo. Crisógono también era un esclavo y encontró lo que quería, igual que Sila encontró lo que quería en Crisógono y en Valeria, y en el resto de sus conquistas, concubinas y esposas. A veces me parece que todo el mundo está compuesto de personas que se encuentran mutuamente

mientras yo permanezco aparte, solitario. ¿Y quién va a quererme, aparte de Sila? Es una broma de los dioses, una broma de mal gusto. Sila me desea y no puede tenerme; y yo deseo a quien ni siquiera se apercibe de que existo. ¡Qué terrible es desear a una sola persona en el mundo y que nuestro anhelo no obtenga respuesta favorable! ¿Has experimentado alguna vez un amor no correspondido, Gordiano?

—¿Quién no?

Llegó un esclavo con otra copa de vino. Rufo dio un sorbo, la dejó sobre la mesa y se la quedó mirando. En mi opinión, Roscia no valía tanto sufrimiento, pero yo no tenía dieciséis años.

—Esto es escandaloso —murmuró—. ¿Cuánto tiempo van a tardar?

—¿Lo sabe Cecilia? —pregunté—. ¿y Sexto Roscio?

—Seguro que no. Cecilia vive en las nubes, ¿y quién sabe lo que hay en la cabeza de Sexto?

Hice una pausa, no queriéndole importunar con mis preguntas demasiado rápidamente. Estaba pensando en Tirón y en el peligro que corría. Rufo era un noble y se sentía frustrado, y Tirón era un esclavo que estaba haciendo algo inconcebible en casa de una gran dama. Con una sola palabra, Rufo podía aplastarlo como a una cucaracha.

—¿Y qué me dices de Cicerón... lo sabe él?

Me miró directamente a los ojos.

—¿Si lo sabe? —susurró. Entonces se le pasó el arranque de cólera. Parecía agotado—. ¿Lo de Tirón y Roscia? No, naturalmente que no. Estas pasiones le pasan desapercibidas.

Rufo se desplomó sobre los cojines, completamente desesperado.

—Comprendo —dije—. Aunque te cueste creerlo, te comprendo. Roscia es una joven hermosa, pero considera su situación. ¿No existe manera honorable de que puedas hacerle la corte abiertamente?

—¿Yo? ¿A quién? ¿A Roscia? —Parecía perplejo—. Por mí, Roscia puede irse a...

—Entiendo —dije, aunque en realidad no entendía nada—. ¡Ahora caigo! Es a Tirón a quien... —y me encontré ante una nueva serie de complicaciones. Porque entonces me di cuenta de la verdad. En un instante lo comprendí, no por sus palabras ni su cara, sino por alguna inflexión que recordé en aquel momento.

Qué absurdo, pensé, y qué conmovedor, pues ¿quién podría dejar de sentirse emocionado por la sinceridad del sufrimiento de Rufo? Las leyes del hombre se afanan buscando equilibrio, pero las leyes del amor son totalmente caprichosas. Cicerón, el serio, exigente y dispéptico Cicerón, era probablemente el hombre que menos posibilidades tenía en toda Roma de corresponder a los deseos de Rufo; el muchacho no podía haber elegido un objeto amoroso que le ofreciera menos esperanzas de satisfacción. No había duda de que Rufo, tan joven, tan lleno de sentimientos ardientes, estaba empapado de los ideales griegos del círculo ciceroniano y se consideraba a sí mismo el Alcibíades del nuevo Sócrates. No me extrañó pues que le enfureciera pensar en la dicha que en aquel mismo instante compartían Tirón y Roscia, mientras él se consumía

en la devoradora y reprimida pasión de su juventud.

Me recliné hacia atrás, perplejo y sin ningún consejo que poder darle. Di un par de palmadas, hice una seña con la mano a una esclava y le indiqué que trajera más vino.

Capítulo Veintiuno

El dueño de las cuadras no pareció muy complacido cuando vio el caballo que yo montaba en lugar de su adorada Avispa. Un puñado de monedas y la seguridad de que sería ampliamente recompensado por cualquier molestia le dejaron satisfecho. Por lo que a Bethesda se refiere, me informó de que había estado de muy mal talante durante mi ausencia, que había roto tres boles en la cocina, echado a perder la labor de costura que le habían encomendado y que había hecho llorar al jefe de cocina y al ama de llaves. El administrador había pedido permiso para azotarla, pero el dueño de las cuadras, fiel a mis exigencias, se lo había prohibido. Gritó a un esclavo que fuera a buscarla.

—Y que se vaya con viento fresco —añadió, aunque cuando Bethesda salió de la casa con aire arrogante y entró en las cuadras, observé que no podía dejar de mirarla.

Fingí desinterés. Ella fingió frialdad. Insistió en detenerse en el mercado al volver a casa, para que pudiéramos comer algo esa noche. Mientras comprábamos vagué por las calles, absorbiendo los repugnantes olores de la Subura, contento de volver al hogar. Ni el reciente montón de excrementos que tuvimos que sortear enturbió mi buen humor.

Escaldo, el esclavo del amo de las cuadras, estaba sentado en el suelo, ante la puerta, apoyado en ella con las piernas estiradas.

Al principio pensé que dormía, pero al acercarnos el coloso se agitó y se puso en pie a una velocidad alarmante. Al reconocer mi cara se relajó y sonrió estúpidamente. Me dijo que se había turnado con su hermano para que la casa jamás quedara sin vigilancia, y que nadie más había estado allí en mi ausencia. Le di una moneda y le dije que se fuera, y obedientemente comenzó a descender la colina.

Bethesda me miró alarmada, pero le aseguré que estaríamos a salvo. Cicerón había prometido costear la vigilancia de la casa.

Buscaría a un profesional en la Subura antes de irnos a dormir.

Bethesda fue a decir algo y por la manera en que curvó los labios supe que estaba a punto de decir algo sarcástico. Me comí su primer balbuceo con un beso. La hice caminar de espaldas hacia la casa y cerré la puerta con el pie. Dejó caer las verduras y el pan y me ciñó la espalda y el cuello. Se encogió hasta el suelo y me arrastró encima de ella.

Se sentía contentísima de volver a verme y lo demostró. Estaba enfadada por haberla dejado en una casa extraña y también lo demostró, clavándome las uñas en la espalda y golpeándomela con los puños, mordisqueándome el cuello y los lóbulos. Yo la devoré como si hubiera estado famélico durante días. Era imposible creer que sólo hubiera estado fuera dos noches.

Una súbita brisa procedente del atrio heló el sudor de mi espina dorsal. La espalda de Bethesda se erizó bajo mi lengua. Hubo un extraño momento en que pareció que el corazón me dejaba de latir, suspendido entre la menguante luz, el calor de su cuerpo y el mensaje garabateado con sangre de gato que había en la pared, que había encima de nosotros. Súbitamente, el mundo me pareció un lugar extraño e inhóspito, e imaginé que oía aquellas palabras susurradas en mi oído. Podía considerarlo una profecía. Podía haber huido de la casa, de Roma, de la justicia romana. La mordí con más fuerza, Bethesda jadeó y la noche prosiguió hasta su desesperada conclusión.

Juntos encendimos los candiles y aunque no había temor en sus facciones, volvió a insistir en que iluminábamos todas las habitaciones. Le dije que me acompañase a la Subura a contratar un guardaespaldas, pero prefirió quedarse para preparar la cena. Sentí una punzada de temor ante la idea de dejarla sola en casa, aunque fuera sólo un rato, pero se mostró firme y sólo me pidió que no tardara. En mi ausencia quemaría un palo de incienso y ejecutaría algún rito aprendido en la infancia. Al cerrar la puerta a mi espalda, escuché para asegurarme de que la atrancaba desde dentro.

Estaba saliendo una luna casi llena, que proyectaba una luz sobre las silenciosas casas de la falda de la colina, y los tejados parecían festoneados de cobre. La Subura, al pie del monte, a una inmensa charca de luz y sonidos amortiguados que me engulló a medida que descendía y me adentraba en la calle más concurrida de la noche romana.

Podía haber encontrado una banda en cualquier esquina, era no deseaba ningún matón vulgar y corriente. Quería un luchador, un guardaespaldas profesional del séquito de algún ricachón, un esclavo de probada valía en quien pudiera confiar. Fui a una pequeña taberna que estaba oculta tras uno de los burdeles más caros de la Subura y me encontré con Varo el Intermediario. Inmediatamente comprendió lo que quería y supo que mi crédito era bueno. Tras haberle invitado a una copa de vino, desapareció. No mucho después regresó en compañía de un gigante.

No podían ser más diferentes. Varo era tan bajo que sólo llegaba a los codos del gigante; su mollera calva y sus dedos llenos de anillos brillaban a la luz de la taberna, mientras que sus rasgos pastosos parecían suavizarse y diluirse en el resplandor de las lámparas. La bestia que había a su lado apenas parecía domada; a sus ojos asomaba una luz roja que no procedía de los candiles. Daba la impresión de poseer una fuerza y una solidez antinaturales, como si estuviera hecho de bloques de granito o de troncos de árbol; incluso su cara poseía la expresión de haber sido cincelada en piedra, un tosco modelo descartado por un escultor a causa de su bárbara deformidad. El pelo y la barba eran largos y espesos, pero no descuidados, y su túnica estaba confeccionada con buen paño. Tal acicalamiento daba fe de un propietario responsable. Parecía tan bien cuidado como un valioso alazán. También parecía capaz de matar a un hombre moviendo sólo los dedos. Era exactamente el hombre que necesitaba. Se llamaba Zótico.

—El favorito de su amo —me aseguró Varo—. Ese hombre jamás sale de casa sin tener a Zótico a su lado. Es perfectamente capaz de matar: el mes pasado le rompió el

cuello a un ladrón. Y puedes estar seguro de que es fuerte como un toro. ¿Hueles el ajo que hay en su aliento? Su amo le hace tragar tanto ajo como avena a su caballo. Un truco que utilizan los gladiadores, da mucha fuerza. Su amo es un rico y respetable propietario de tres burdeles, dos tabernas y una sala de juego, todos en la Subura; un hombre piadoso sin ningún enemigo en el mundo, te lo digo yo, pero le gusta protegerse de los imprevistos. ¿Ya quién no? Nunca da un paso sin su fiel Zótico. Pero me debe un favor y me lo ha cedido por los cuatro días convenidos. Tienes mucha suerte, Gordiano, de ser amigo de Varo el Intermediario.

Regateamos y dejé que abusase, pues estaba deseoso de regresar junto a Bethesda. Pero el esclavo hacía honor a su precio; mientras íbamos por la Subura observé que los desconocidos retrocedían y nos abrían paso y vi la medrosa expresión de sus ojos mientras miraban por encima de mi cabeza al monstruo que me seguía. Zótico hablaba poco, lo cual me complacía. Mientras ascendíamos por el desierto sendero hasta mi casa, dejando atrás el alboroto de la Subura, surgía detrás de mí como un espíritu protector, escrutando incesantemente las sombras que nos rodeaban.

Cuando divisamos mi casa, oí acelerarse su respiración y sentí su mano como un ladrillo en mi espalda. Había un hombre en la puerta con los brazos cruzados. Nos gritó que nos detuviéramos y desenvainó un puñal. En un abrir y cerrar de ojos me encontré detrás de Zótico y mientras el mundo giraba o giraba yo, vi una larga hoja de acero en su manaza.

La puerta se abrió de golpe y oí reír a Bethesda, que pasó a explicarse. Por lo visto, había malinterpretado a Cicerón. No sólo se había ofrecido a pagar el guardaespaldas; incluso se había preocupado de buscar uno y enviárnoslo. Minutos después de que me marchara, habían llamado a la puerta. Al principio, Bethesda no había hecho caso; luego había mirado a través de la rejilla. El hombre había preguntado por mí; Bethesda había fingido que yo estaba en casa, pero indispuesto. Entonces le dio el nombre de Cicerón, presentó sus respetos y le dijo que el abogado lo había enviado para vigilar la casa. Y se instaló junto a la puerta de la calle sin decir nada más.

—De todos modos, dos serán mejor que uno —insistió Bethesda, y sentí el aguijón de los celos mientras sus ojos iban del uno al otro. Me habría costado mucho decir cuál de los dos era más feo, o más recio, o más temible, o a cuál de los dos encontraba Bethesda más fascinante. De no ser por la barba roja y la tez encarnada, el otro podría haber sido el hermano de Zótico; incluso su aliento tenía el mismo olor a ajo. Se observaban tal como hacen los gladiadores, con las mandíbulas apretadas y ojos de basilisco, como si el menor tic pudiera echar a perder la pureza de su recíproco desprecio.

—Muy bien —dije a Bethesda—, por esta noche nos quedamos a los dos; mañana ya lo arreglaremos. Uno puede rodear la casa y vigilar el sendero y el otro permanecer en el vestíbulo, detrás de la puerta.

Mientras abandonaba el vestíbulo eché una mirada al barbirrojo que había enviado Cicerón. Estaba sentado en una silla, contra la pared, observando la puerta ce-

rrada con los brazos cruzados. Aún tenía en el puño la daga desenvainada. Por encima de su cabeza estaba el mensaje escrito con sangre y no pude por menos de volver a leerlo: «Calla o muere». Ya estaba harto de aquellas palabras; por la mañana diría a Bethesda que lo borrara. Volví a echar un vistazo a los ojos del barbirroja, que jamás parpadeaba, y le sonreí. No me devolvió la sonrisa.

En las comedias aparecen a menudo personajes que llevan a cabo actos necios que resultan necios para todo el mundo excepto para sí mismos. El público se revuelve, ríe, incluso grita en voz alta: «¡Eh, que no te enteras, so mostrenco!». Ese ser predestinado que está en escena no puede oír y los dioses, con gran alborozo, siguen urdiendo la destrucción de otro ciego mortal. Pero a veces los dioses nos conducen al borde de la destrucción sólo para arrancarnos del abismo en el último momento, porque les divierte por igual nuestra inexplicable salvación que nuestra muerte inesperada.

Desperté de súbito, sin transición entre el sueño y la vigilia.

Estaba solo en el dormitorio. Bethesda me había conducido a él tras saturarme de pescado y vino, despojándome de mi túnica y cubriéndome con una fina manta de lana a pesar del calor, besándome en la frente como si fuera un niño. Me incorporé y aparté la manta; el aire nocturno estaba impregnado de calor. La habitación estaba a oscuras, iluminada tan sólo por un rayo de luna que se adentraba por una diminuta ventana que estaba en lo alto de la pared. Anduve de memoria hasta el rincón del cuarto, pero en la oscuridad fui incapaz de encontrar el orinal.

No importaba. En aquella noche misteriosa, el orinal habría podido convertirse en seta o desvanecerse en el aire, sin que el fenómeno me hubiese sorprendido. Era la misma sensación extraña que había experimentado anteriormente, echado sobre Bethesda en el vestíbulo. Veía y percibía todo cuanto había a mi alrededor con absoluta claridad, y sin embargo me parecía un territorio misterioso y poco familiar, como si la luna hubiera cambiado de color, como si los propios dioses se hubieran olvidado de nosotros y caído en un profundo sueño, abandonando nuestra existencia a sus propios recursos. Todo podía suceder.

Aparté la cortina y salí al atrio. Quizá, después de todo, no estaba despierto y caminaba en sueños, pues la casa poseía la irrealidad de los lugares familiares que adquieren un sesgo misterioso en la topografía de la noche. La luz azul de la luna inundaba el jardín y lo convertía en una jungla de huesos que proyectaban sombras afiladas como cuchillos. Aquí y allá, en el peristilo, los candiles ardían con llama tenue, como soles marchitos al borde de la extinción. La que brillaba con más intensidad se encontraba tras la pared que ocultaba el vestíbulo, proyectando una luz amarilla que doblaba la esquina como el resplandor de las hogueras de un campamento al otro lado de una colina.

Fui a un lado del jardín y me subí la túnica. Iba tan silencioso como un colegial, hacia la blanda hierba, sin hacer ruido. Terminé y me bajé la túnica, observando el campo de huesos, transformado por culpa de una nube pasajera en las ruinas cenicien-

tas de Cartago durante una noche sin luna.

Entre los olores de la tierra, la orina y los jacintos, percibí un tenue olor a ajo en el aire cálido y seco. La luz del candil del vestíbulo parpadeaba, se agitaba y proyectaba la sombra de un hombre en la pared que cerraba la habitación de Bethesda.

Como un hombre que sueña, caminé hacia el vestíbulo; como en un sueño, me figuraba invisible. Había un candil en el suelo, proyectando hacia arriba grotescas sombras. El barbirrojo estaba de pie ante la pared donde estaba escrito el mensaje amenazador, mirándola como si fuera un estanque y moviendo una mano sobre la superficie. La mano que se movía estaba enfundada en una tela manchada de sangre que goteaba en el suelo. Su otra mano aferraba la daga. La hoja, reluciente, estaba manchada de sangre.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Caído contra ella, como si la estuviese abriendo, se encontraba el inmenso cuerpo de Zótico, con un tajo tan hondo en la garganta que la cabeza estaba casi separada del tronco. Un gran chorro de sangre le había brotado del cuello hasta inundar el suelo. La alfombra estaba empapada. El barbirrojo retrocedió y se encorvó para mojar la tela en la sangre, sin apartar los ojos de la pared, como si fuera un pintor y la pared un fresco que estuviera creando. Dio un paso hacia delante y siguió escribiendo.

Entonces, muy lentamente, volvió la cara y me vio. Entonces me devolvió la sonrisa que le había dirigido antes de cenar, pero acompañada de una mueca horrible.

La lógica pedía que se arrojase sobre mí con rapidez, pero me pareció que se movía con insoportable lentitud. Tuve todo el tiempo del mundo para ver que levantaba el puñal, para percibir el tufo de ajo, para ponderar el tenso y tembloroso rictus de su cara, para preguntarme, estúpidamente, qué razón había para que me tuviera tanta aversión.

Mi cuerpo fue más juicioso que mi cerebro. Conseguí agarrarle de la muñeca y desviar el arma. Apenas me rozó la mejilla, haciéndome un rasguño que sólo sentí mucho más tarde. De pronto fui aplastado contra la pared, sin aliento, tan confuso que por un instante pensé que estaba con la espalda en el suelo, con todo el peso del barbirrojo sobre mi pecho.

Forcejeando violentamente, como si fuésemos acróbatas que han perdido la sincronía, nos tambaleamos hasta caer al suelo. Luchamos a brazo partido como hombres que se ahogan azotados por el oleaje, de manera que no sabía si me encontraba arriba o abajo. La punta del puñal seguía dirigida hacia mi cuello, pero en todas las ocasiones conseguía desviarle la muñeca. Era absurdamente fuerte, una tormenta, un alud y no un hombre. Luchando contra él, me sentía como un muchacho. No tenía la menor esperanza de derrotarle. Lo único que podía hacer era permanecer con vida este instante y el siguiente.

De pronto pensé en Bethesda y pensé que ya debía de estar muerta, al igual que Zótico. ¿Por qué me había dejado para el final? Entonces fue cuando el madero cayó sobre el cráneo del barbirroja.

Mientras se balanceaba encima de mí, aturdido, vi a Bethesda detrás de su hombro. Empuñaba con ambas manos el madero con que atrancábamos la puerta. Pesaba tanto que apenas podía con él. Fue a levantarlo de nuevo, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. El barbirrojo volvió en sí. La sangre le brotaba del corte que le había hecho en la parte posterior de la cabeza, golpeándole sobre la barba y la boca, dándole el aspecto de un animal furioso o un hombre lobo que acabara de atracarse de sangre. Se puso de rodillas y dio varias vueltas, levantando el puñal. Le golpeé en el pecho, pero con escaso impulso.

Bethesda alzó el madero. El barbirrojo le dio un golpe con el puñal, pero sólo consiguió desgarrarle el vestido. Rápidamente, se revolvió hacia el lado contrario y agarró el vestido de Bethesda con la mano libre. Tiró con fuerza y Bethesda cayó hacia atrás. El madero cayó por su propio peso. Puntería o casualidad, golpeó al barbirrojo en la coronilla, se derrumbó sobre mí, le sujeté el brazo armado y se lo retorcí hacia el pecho.

El filo se le hundió en el corazón hasta la empuñadura. Su cara estaba encima de la mía, los ojos giraron en las órbitas, se le quedó la boca completamente abierta. Aparté la cabeza para alejarme del hedor a ajo y a caries dental. Sufrió una sacudida y se estremeció encima de mí, como si algo explotara en su interior. Un instante después, la sangre brotaba de su boca abierta como el agua de un canalón en un día de lluvia.

En algún lugar, a lo lejos, Bethesda dio un grito. Algo muerto, viscoso y enorme yacía encima de mí, convulsionándose y eructando veneno, cegándome e inundándome las fosas nasales, la boca y los oídos de sangre. Luché por desembarazarme de él y estuve desamparado hasta que noté que Bethesda me ayudaba a empujar. El enorme cadáver giró sobre su espalda y se quedó mirando al techo con la quijada inerte.

Tambaleándome, me puse de rodillas. Nos abrazamos temblando de tal manera que apenas conseguimos acertar al estrecharnos. Escupí sangre, solté un bufido y me limpié la cara con la parte superior de su limpio vestido blanco. Nos acariciamos y balbucimos palabras sin sentido de consuelo y tranquilidad, como supervivientes de una gran devastación.

El candil iluminaba poco y chisporroteaba, proyectando sombras y haciendo que los rígidos cadáveres parecieran estremecerse. La peculiar geografía de la noche nos dominaba por completo: éramos amantes en un poema, uno desnudo y el otro a medio vestir, abrazándonos de rodillas junto a un lago vasto e inmóvil. Pero el lago era de sangre, había tanta sangre que podía ver mi reflejo en ella. Escruté el interior de mis ojos y con un sobresalto volví en mí, y finalmente tuve la certeza de que no estaba en un sueño, sino en el mismísimo corazón de la imponente y adormecida ciudad de Roma.

Capitulo Veintidós

—Está claro —dije—, el mensaje era una advertencia para ti, Cicerón.

—Pero si intentó mataros a ti y a tu esclava, ¿por qué no acabó la carnicería que había comenzado? ¿Por qué no siguió adelante y te mató mientras dormías, para escribir el mensaje luego?

Me encogí de hombros.

—Porque ya tenía suficiente sangre a su disposición, la que se había derramado de la garganta cercenada de Zótico. Porque la casa estaba en silencio y no temía que me despertara. Porque al dejar el mensaje ya escrito, en caso de que surgiera alguna complicación imprevista o si gritábamos al morir, podría huir de la casa inmediatamente. O quizá estaba esperando a que se le uniera otro asesino. No lo sé, Cicerón, no puedo hablar por un cadáver. Pero tenía intención de matarme, de eso estoy seguro. Y la advertencia era para ti.

La luna había caído. La noche estaba en su punto más oscuro, aunque quizá no faltara mucho para el alba. Bethesda estaba en algún lugar, en el ala de los esclavos, profundamente dormida, al menos eso esperaba. Rufo, Tirón y yo estábamos sentados en el estudio de Cicerón, rodeados de braseros chisporroteantes. Nuestro anfitrión se paseaba haciendo muecas y frotándose la barbilla.

Tenía un aspecto ojeroso y en su mandíbula asomaban los telas rígidos y breves de la barba, aunque sus ojos estaban brillantes, en absoluto soñolientos; era el mismo aspecto que tenía cuando Bethesda y yo habíamos golpeado su puerta tras cruzar a toda prisa media ciudad. De manera extraordinaria, Cicerón estaba despierto y las luces de su casa encendidas. Un esclavo de ojos hinchados nos había conducido a su estudio, donde Cicerón paseaba con un pergamino en las manos, leyendo en voz alta y bebiendo de un bol de humeante sopa de puerros: la receta Secreta de Hortensia para suavizar la voz.

Con Tirón encargado de transcribir sus palabras, Cicerón casi había acabado el primer borrador del discurso de defensa de Sexto Roscio, tras haber trabajado sin cesar toda la noche. Había estado ensayándolo delante de Tirón y Rufo cuando llegamos a su puerta, empapados en sangre y temblando.

Bethesda había desaparecido rápidamente, abrazada a la principal administradora de la casa de Cicerón, que había prometido ocuparse de ella. Cicerón insistió en que me lavara y me pusiera una túnica limpia antes de nada. Hice todo lo que pude, pero a la luz de las lámparas de su estudio seguía observando diminutas motas de sangre seca en las uñas de las manos y en los pies desnudos.

—De manera que ahora hay dos cadáveres en tu casa —dijo Cicerón, moviendo los ojos de un lado a otro—. Bien, mañana enviaré a alguien para que se encargue de ellos. ¡Más gastos! Al propietario de Zótico no le gustará que se le devuelva un cadáver en vez de un gladiador; tendremos que llegar a un acuerdo. Eres como un pozo sin fondo al que voy arrojando monedas, Gordiano.

—Ese mensaje —interrumpió Rufo, con aspecto pensativo— ¿qué decía exactamente?

Cerré los ojos y vi las palabras en un rojo vívido, iluminadas por la luz vacilante

de un candil:

—«El necio ha desobedecido. Ahora está muerto. Un hombre más juicioso se tomaría unas vacaciones durante los Idus de Mayo». También parecía haber retocado el mensaje anterior con sangré fresca.

—Qué puntilloso —dijo Cicerón.

—Sí y escribía mejor que Malio Glaucia. Tenía buena letra y parece que no llevaba las palabras escritas en un papel, sino que se las sabía de memoria. Un esclavo cuyo amo tenía más categoría.

—Dicen que Crisógono tiene gladiadores que saben leer y escribir —dijo Rufo.

—Sí, es una lástima que hayas matado al barbirroja —dijo Cicerón con cierto aire de reproche—. Nos habríamos enterado de quién le envió.

—Pero si dijo que lo enviaste tú.

—No tienes por qué utilizar ese tono tan sarcástico, Gordiano. Naturalmente que no lo envié yo. Tú mismo ibas a contratar un guardaespaldas y yo lo pagaría, ése fue nuestro acuerdo. Para serte sincero, en cuanto te marchaste olvidé lo que habíamos convenido. Comencé a trabajar en mis notas para la defensa y ni volví a pensar en ello.

—Sin embargo, cuando apareció ante mi puerta, dijo claramente a mi esclava que le habías enviado tú. Fue una treta deliberada, calculada para engañarme; eso significa que quienquiera que lo envió sabía lo que habíamos acordado horas antes, que pagarías un guardián para proteger mi casa. ¿Cómo es posible, Cicerón? Las únicas personas que estaban al corriente de lo que habíamos hablado son las que están en esta habitación en este momento.

Miré a Rufo. Se sonrojó y bajó la vista. El amor frustrado puede convertirse en odio y el deseo frustrado puede anhelar venganza. Todo este tiempo había sido una víbora, pensé, a la que se le había confiado la esencia de la estrategia de Cicerón para planear su tergiversación mientras tanto. Nunca puedes confiar en un noble, pensé, por muy joven e inocente que pueda parecer. De algún modo, los enemigos de Sexto Roscio habían dado la vuelta a los motivos de Rufo hasta salirse con la suya. Había estado dispuesto a sacrificar mi vida y la de Sexto Roscio para humillar a Cicerón; parecía imposible al contemplar aquella cara adolescente y aquella nariz pecosa, pero de esa pasta están hechos los romanos.

Estaba a punto de acusarle en voz alta y de desvelar sus secretos (su oculta pasión por Cicerón, su traición) cuando, en aquel instante, el mismo dios que me había salvado la vida salvó también mi honor y me libró de quedar en ridículo ante un cliente generoso y su nobilísimo admirador.

Tirón hizo un ruido ahogado, como si intentara aclararse la garganta y no lo consiguiera.

Nos volvimos hacia él. Su cara era la viva imagen de la culpa: parpadeante, sonrojado, mordiéndose el labio.

—¿Tirón? —La voz de Cicerón era aguda y áspera, a pesar de la sopa de puerros.

Sin embargo, su cara sólo evidenciaba una ligera consternación, como si, antes de juzgar a Tirón, aguardara una explicación simple y satisfactoria.

Rufo me fulminó con la mirada, como para decir: ¿Cómo puedes haber dudado de mí?

—Sí, Tirón —dijo cruzando los brazos—. ¿Hay algo que desees explicarnos? —Era más arrogante de lo que había imaginado. Aquella mirada fría e implacable ¿era una máscara que todos los nobles llevaban consigo para utilizarla de manera espontánea o era la verdadera cara que exhibían cuando todas las demás habían caído?

Tirón se mordió los nudillos y comenzó a llorar. De pronto supe la verdad.

—La jovencita —susurré—. Roscia.

Tirón ocultó la cara y sollozó sonoramente.

Cicerón estaba furioso. Recorría la habitación como un lobo en celo. Había veces, cuando pasaba al lado del nervioso y cabizbajo Tirón, que pensaba que iba a golpear al pobre esclavo. Pero, lejos de ello, lanzaba los brazos al aire y gritaba a pleno pulmón hasta que se ponía tan ronco que apenas podía hablar.

De vez en cuando, Rufo procuraba interponerse, asumiendo el papel del noble que todo lo comprende y todo lo perdona. Pero se sentía incómodo en ese papel.

—Pero, Cicerón, son cosas que pasan. Además, Cecilia no tiene por qué enterarse. —Extendió un brazo para coger la mano de Cicerón, pero éste la apartó violentamente.

—¿Mientras todos sus esclavos se ríen a sus espaldas? No, no, puede que hayan engañado a Cecilia, pero ¿acaso no ves que los esclavos estaban al corriente de todo? Que ocurra un escándalo así bajo la mismísima nariz de una matrona romana mientras los esclavos se ríen a sus espaldas... ¿es que no te das cuenta de que no hay nada peor que eso? ¡Y pensar que he sido yo quien ha llevado tal vergüenza a su casa! Nunca podré volver a mirarla a la cara.

Tirón sorbió por la nariz y se encogió como un perro cuando Cicerón pasó majestuosamente ante él. Me rasqué la sangre que tenía en las uñas e hice una mueca en cuanto recibí la primera punzada que presagiaba el inminente dolor de cabeza. La luz que había en el atrio anunciaba el primer arrebol del amanecer.

—Azótale si tienes que hacerlo, Cicerón. O hazle estrangular —dije—. Estás en tu derecho y nadie pondrá la menor objeción. Pero conserva la voz para el juicio. Si te pones a gritar, sólo nos castigas a mí y a Rufo. —Cicerón se puso rígido y me lanzó una mirada hostil. Al menos había puesto punto final a tanto paseo—. Puede que Tirón haya actuado estúpidamente, e incluso inmoralmente —proseguí—. O puede que haya actuado como cualquier joven ávido de amor. Pero no hay razón para creer que te haya traicionado, al menos a sabiendas. Lo embaucaron. Es de lo más corriente.

Por un momento, Cicerón pareció calmarse, respirando profundamente Y mirando al techo. A continuación volvió a estallar.

—¿Cuántas veces? —exigió, elevando las manos—. ¿Cuántas? —Ya habíamos to-

cado este punto, pero el número de veces parecía irritarle particularmente.

—Cinco, creo. Quizá seis —respondió dócilmente Tirón, como ya había respondido en las ocasiones anteriores.

—Y la primera vez coincidió con mi primera visita a la casa de Cecilia Metela. ¿Cómo has podido hacer una cosa así? ¡Y luego has seguido haciéndolo en secreto, a mis espaldas, a espaldas de su padre y de la protectora de su padre, en su propia casa! ¿Es que no tienes sentido de la decencia? ¿Y si te hubieran descubierto? ¡No habría tenido otra elección que aplicarte el más horrendo castigo, allí mismo! Y yo habría sido responsable. Su padre podría haberme llevado a los tribunales, podría haberme destruido. —Su voz se había vuelto tan áspera que oírla me daba grima.

—Algo bastante improbable —bostezó Rufo—, dadas las circunstancias.

—¡Eso no tiene la menor importancia! De verdad, Tirón, no veo salida a este embrollo. Todos los castigos que se me ocurren son tan severos que me estremecen. Pero no veo otra alternativa.

—Siempre puedes perdonarle —sugerí, frotándome los ojos.

—¡No, no, no! Si Tirón fuera un empleado idiota e ignorante, un esclavo de la más baja estofa, apenas por encima de un animal, entonces su comportamiento sería excusable... habría que castigarle, desde luego, pero al menos el delito sería comprensible. Pero se trata de un esclavo culto, más versado en leyes que muchos ciudadanos. Lo que ha hecho con la joven Roscia no ha sido el torpe acto de una ignorante criatura instintiva, sino la elección consciente de un esclavo ilustrado cuyo amo ha sido demasiado indulgente y demasiado confiado.

—¡Por Júpiter, basta ya, Cicerón! —Rufo había llegado al límite. Cerré los ojos y pronuncié una oración de gracias a los dioses Invisibles de que fuera Rufo quien finalmente hubiera hablado y no yo, pues me había estado mordiendo la lengua con tanta fuerza que casi sangraba—. ¿No ves que todo esto es inútil? Sea cual fuere el delito que Tirón haya cometido, sólo lo conocemos quienes estamos en esta habitación, y a nadie más importa, siempre y cuando la muchacha tenga la boca cerrada. Esta cuestión debéis solucionarla tú y tu esclavo. Duerme un poco y bórratelo de la mente hasta después del juicio, y mientras tanto que se mantenga alejado de la muchacha. Tal como dice Gordiano, ahorra la voz y la cólera para cuestiones más importantes, como por ejemplo salvar a Sexto Roscio. Lo que importa ahora es descubrir lo que Tirón le contó y qué información obtuvieron nuestros enemigos.

—Y por qué la pequeña traicionó a su propio padre. —Miré fatigosamente a Tirón—. ¿Qué dices tú, chico?

Tirón observó dócilmente a Cicerón, como si deseara pedirle permiso para hablar e incluso respirar. Por un momento, Cicerón pareció al borde de otro estallido de cólera. Pero se limitó a soltar una maldición y se volvió hacia el débil resplandor del atrio, abrazándose con fuerza como para contener su furia.

—¿Y bien, Tirón?

—Parece imposible —dijo en voz muy baja, meneando la cabeza—. Quizá estoy

equivocado. Es sólo que, cuando dijiste que alguien en esta habitación te había traicionado, me dije: no he sido yo, yo no se lo he dicho a nadie, y entonces me di cuenta de que se lo había contado a Roscia...

—Igual que le hablaste de mí el día que me entrevisté por primera vez con Sexto Roscio —dije.

—Sí.

—Y al día siguiente, Malio Glaucia y otro matón de Magno vinieron a mi casa para asustarme y hacerme dejar el caso, matando a mi gato y escribiendo un mensaje con sangre. Sí, me parece bastante probable que tu Roscia sea la grieta de nuestra tinaja.

—Pero ¿por qué? Ella ama a su padre. Haría cualquier cosa para ayudarle.

—¿Es eso lo que te dijo?

—Sí. Por eso siempre me acosa a preguntas acerca de la investigación, interrogándome sobre qué hace Cicerón para ayudar a su padre. Sexto Roscio siempre la hacía abandonar la habitación cuando hablaba de este asunto y no decía nada ni a ella ni a su madre. No podía soportar estar en la ignorancia.

—De manera que, entre vuestras apresuradas citas, durante o después de ellas, te importunaba con preguntas acerca de la defensa de su padre.

—Sí. Pero haces que todo suene siniestro, desagradable y artificial.

—Oh, no, estoy seguro de que tu amiga es de lo más convincente.

—Hablas de ella como si fuera una actriz. —Bajó la voz y miró a Cicerón, que le había dado la espalda y caminaba hacia el atrio—. O una puta.

Me eché a reír.

—Una puta, no, Tirón. Ya deberías conocer la diferencia.

—Le vi enrojecer y mirar de nuevo a Cicerón, como si temiese que ahora mencionara a Electra y lo hundiera aún más a ojos de su amo—. No —dije—, los motivos de una puta son siempre transparentes y comprensibles, precisamente porque son damas muy sospechosas y sólo embaucan a los tontos de nacimiento. —Me levanté de la silla y le puse una mano en el hombro—. Pero incluso los sabios pueden ser embaucados por las jóvenes inocentes y hermosas. En especial si ellos mismos son jóvenes e inocentes.

Tirón miró hacia el atrio, donde Cicerón estaba fuera del alcance de nuestras palabras.

—¿De verdad crees que eso era lo único que quería de mí, Gordiano? ¿Sólo una manera de averiguar lo que yo sabía?

Pensé en lo que había visto el primer día en casa de Cecilia, en la expresión del rostro de la muchacha y en el arco anhelante del desnudo cuerpo femenino contra la pared. Pensé en la breve mirada impúdica que había resplandecido en los ojos del joven Lucio Megaro al recordar la estancia de Roscia en casa de su padre, en Ameria.

—No, no del todo. Si lo que quieres decir es que ella no sentía nada en absoluto cuando estaba contigo, me parece improbable. La confianza rara vez es enteramente pura y nunca engañosa.

—Si estaba recogiendo información —dijo Rufo—, quizá ella misma se la estaba

transmitiendo a alguien de manera inocente. Puede que haya un esclavo en la casa en el que ella confía, algún espía colocado por Crisógono que la acribilla a preguntas de la misma manera que ella hace con Tirón.

Cabeceé.

—No lo creo. Dime si me equivoco, Tirón. Hasta ahora sólo has conseguido verla siempre que acompañabas a uno de nosotros a casa de Cecilia, ¿exacto?

—Sí...

—Pero algo me dice que Roscia te propuso que os encontrarais… ¿mañana?

—Sí.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Rufo.

—Porque el juicio se acerca. Quienquiera que le esté sonsacando información, la acuciará para obtener informes más regulares a medida que se acerque el día señalado. No pueden confiar en la fortuita circunstancia de que Tirón pueda ir a verla cada día. La hostigarán para que concierte una cita. ¿No es cierto, Tirón?

—Sí.

—Y mañana ya es hoy —dije, mirando el jardín donde Cicerón aún estaba intentando tranquilizarse. La luz había cambiado del rosa al ocre y rápidamente pasaba al blanco. La frialdad de la noche ya menguaba.

—¿Cuándo y dónde, Tirón?

Miró hacia su amo, que todavía no daba señal de oírnos, y dejó escapar un profundo suspiro.

—En el Palatino. Cerca de casa de Cecilia, hay un terreno con árboles y hierba, un parque abierto entre dos casas; tengo que encontrarme con ella tres horas después de que el sol pase por su cenit. Le dije que sería imposible. Me dijo que si estaba contigo o con Rufo dijera que tenía un recado urgente que dar a Cicerón. Dijo que estaba segura de que ya se me ocurriría algo.

—Y ahora ya no hará falta. Porque yo voy a ir contigo.

—¿Qué? —Era Cicerón, encolerizado, entrando en la habitación—. ¡Ni hablar! ¡Imposible! No habrá más contacto entre ellos.

—Sí —dije—, lo habrá. Porque lo digo yo. Porque mi vida está en juego a cada minuto, desde ahora hasta el juicio, y no dejaré sin explorar ningún camino que pueda conducir a la verdad.

—Pero ya conocemos la verdad.

— Ah ¿sí? ¿Igual que la sabíamos hace una hora, antes de que Tirón confesara? Siempre hay otras verdades por descubrir, y otras y otras y otras. Mientras tanto, sugiero que todos intentemos dormir un poco. Tenemos un día muy largo por delante. Rufo tiene asuntos en el Foro, Tirón y yo tenemos una cita con Roscia. Y por la noche, mientras tú, Cicerón, trabajas en tus notas, pules tu discurso y tomas sopa de puerros, nosotros tres asistiremos a una pequeña fiesta ofrecida por el amable Crisógono en su mansión del Palatino. Y ahora, buenos días, Cicerón, y si me indicas un lugar donde pueda dormir, buenas noches.

Capítulo Veintitrés

Cuánto durmió mi anfitrión, o si llegó a dormir algo, nunca lo supe; sólo sé que cuando Tirón me despertó aquella tarde, en un diminuto cubículo situado delante del estudio, oí a Cicerón declamando con su voz áspera y aguda mientras paseaba por el jardín.

—Recordad, caballeros, la historia, no muy lejana, de un tal Tito Cloelio de Tarracina, agradable municipio que podéis encontrar a unos cien kilómetros al sur de Roma, por la Vía Apia. Una noche acabó de cenar y se acostó en la misma habitación que sus dos hijos adultos. A la mañana siguiente le descubrieron con la garganta cortada. La investigación no descubrió ni sospechas ni motivos; los hijos insistieron en que ninguno oyó nada mientras dormía. Y aun así fueron acusados de parricidio... y es cierto que las circunstancias los convertían en sospechosos. ¿Cómo es posible, argüía la acusación, que pudieran haber dormido sin despertarse mientras ocurría un hecho así? ¿Por qué no se pusieron en pie y defendieron a su padre? ¿Qué asesino habría osado aventurarse en una habitación donde dormían tres hombres con la intención de matar a uno de ellos y desaparecer?

»Y sin embargo, los justos jueces absolvieron a los hijos y los declararon libres de toda sospecha. ¿y cuál fue la prueba que les llevó a tal conclusión? Los hijos fueron encontrados a la mañana siguiente profundamente dormidos. ¿Cómo habría sido posible, se arguyó, y los jueces estuvieron unánimemente de acuerdo, si hubieran sido culpables? Pues ¿qué hombre cometería un crimen horrendo y repugnante ante las leyes de los dioses y los hombres para caer a continuación profundamente dormido? Es seguro, se afirmó, que los hombres que perpetraron tan atroz delito contra el cielo y la tierra no podían haberse quedado profundamente dormidos en la misma habitación, roncando junto al cadáver todavía caliente del padre. Y, de este modo, los dos hijos de Tito Cloelio fueron absueltos...

»Sí, sí, esta parte es muy buena, muy buena, no hay que cambiar ni una palabra.

Se aclaró la garganta y susurró algo para sí antes de volver a levantar la voz:

—La leyenda nos habla de hijos que mataron a sus madres para vengar a sus padres: Orestes mató a Clitemnestra para vengar a Agamenón, Alcmeón le quitó la vida a Erífile para vengar a Anfiaro... ¿o fue Anfiaro quien mató a Erífile? No, no, está bien... Y a pesar de todo, aun cuando se afirmó que esos hombres habían obrado de acuerdo con la voluntad divina, obedeciendo oráculos y las mismísimas voces de los dioses, las Furias los acosaron después del hecho, privándoles inexorablemente de todo descanso, pues así es la naturaleza, incluso cuando esté justificado cometer un acto de deber filial en nombre del padre asesinado, de la naturaleza... No, no, esto no funciona, no tiene sentido. Demasiadas palabras, demasiadas palabras...

—¿Abro las cortinas? —preguntó Tirón. Yo estaba sentado en el triclinio, frotándome los ojos y lamiéndome los labios resecos. La habitación era como un horno,

calurosa y sin aire. Las cortinas amarillas difundían una luz tan chillona como la voz de Cicerón.

—De ninguna manera —dije—. Pues entonces tendré que ver además de oír. Además, no estoy seguro de poder soportar tanta claridad. ¿Hay algo para beber?

Tirón se dirigió a una pequeña mesa y me sirvió una copa de agua de una jarra.

—¿Qué hora es, Tirón?

—La hora novena... dos horas después de mediodía.

—Ah, entonces nos queda una hora para nuestra cita. ¿Se ha levantado Rufo?

—Hace horas que Rufo Mesala está en el Foro. Cicerón le dio una larga lista de encargos.

—¿Y mi esclava?

Tirón sonrió con disimulada coquetería. ¿Qué habría hecho Bethesda? ¿Besarle en la mejilla, lisonjearle, tomarle el pelo o simplemente mirarle con un destello en los ojos?

—No estoy seguro de dónde está ahora. Cicerón dio órdenes de que no debía hacer nada más que atender a tus necesidades, pero ella se ofreció a ayudar en la cocina esta mañana. Hasta que el encargado de la cocina dijo que se marchara.

—Supongo que persiguiéndola a gritos y arrojándole las cacerolas.

—Algo así.

—Ya. Si ves al mayordomo, dile que puede confinarla en mi habitación. Que se siente aquí y se pase el día oyendo declamar a Cicerón. Será castigo suficiente por cualquier plato roto.

Tirón frunció el entrecejo para indicarme que reprobaba mi sarcasmo. Una leve brisa agitó las cortinas amarillas y transportó la voz de Cicerón:

—Y es precisamente por la mismísima enormidad del crimen de parricidio por lo que debe probarse de manera irrefutable antes de que cualquier hombre razonable lo crea. Pues ¿qué loco, qué ser humano envilecido y destruido, atraería sobre sí y sobre su casa una maldición de este jaez, no sólo del pueblo, sino de los cielos también? Ya sabéis, romanos, que lo que digo es cierto: es tal el poder de la sangre que liga a un hombre con su propia carne que una sola gota derramada produce una mancha que jamás podrá lavarse. Penetra en el corazón del parricida y siembra la locura y la furia en un alma que debía de estar ya completamente depravada... ¡Por Hércules, esto es muy bueno!

—Si quieres lavarte la cara, te traeré un jarro de agua y una toalla —dijo Tirón, señalando la pequeña mesa que había junto al triclinio—. Y ya que no trajiste ninguna muda, buscaré a ver si encuentro algo que sea de tu talla. No será nuevo, desde luego, pero sí limpio.

Reunió las túnicas y las depositó sobre el triclinio, a mi lado, para que las inspeccionara. No podían pertenecer a Cicerón, cuyo torso era mucho más largo y estrecho que el mío; sospeché que habían sido hechas para Tirón. Incluso la túnica más sencilla tenía mejor acabado y el material era de calidad superior a la más elegante de mis

togas. La noche anterior, Cicerón me había dado un holgado camisón sin mangas cuando me enseñó dónde estaba mi cama; al parecer ignoraba que era posible dormir en cueros vivos. Por lo que se refería a la túnica manchada de sangre que llevaba al llegar a su casa, y con que apresuradamente me había ataviado mientras Bethesda y yo huíamos, alguien la había recogido del suelo mientras yo dormía y la había retirado.

Mientras me lavaba y me vestía, Tirón me llevó un poco de pan y un bol de fruta de la cocina. Me lo acabé todo y le pedí un poco más. Estaba famélico y el calor, la monótona cháchara de Cicerón, sus repeticiones y sus autofelicitaciones no iban a echarme a perder el apetito.

Al final abandoné la protección de las cortinas y salí, en compañía de Tirón, a la radiante luz del jardín. Cicerón levantó la mirada del texto, pero antes de poder pronunciar una palabra, Rufo apareció detrás de él.

—Cicerón, Gordiano, escuchad esto. No vais a creerlo. Es un verdadero escándalo. —Cicerón se volvió hacia él y alzó una ceja—. Naturalmente, son sólo rumores, pero estoy seguro de que podrán verificarse. ¿Sabéis cuál es el valor de todas las propiedades de Sexto Roscio?

Cicerón se encogió levemente de hombros y me trasladó la pregunta.

—Una serie de granjas —calculé—, alguna en los terrenos más fértiles cerca de la confluencia del Tíber y el Nera; una costosa villa en la hacienda principal, cerca de Ameria; algunas propiedades en la ciudad... al menos cuatro millones de sestercios.

Rufo negó con la cabeza.

—Cerca de seis millones. ¿y qué creéis que pagó Crisógono... sí, el Aureonato, no Capitón ni Magno...? ¿Qué creéis que pagó por todo el lote en la subasta? Dos mil sestercios. ¡Dos mil!

Cicerón estaba visiblemente impresionado.

—Imposible —dijo—. Ni siquiera Craso es tan codicioso.

—Ni tan poco sutil—dije—. ¿Dónde lo has averiguado?

Rufo se ruborizó.

—Ése es el problema. ¡Y el escándalo! Fue uno de los funcionarios de subastas quien me lo contó. Él mismo se encargó de la puja.

Cicerón levantó los brazos al cielo.

—¡Ese hombre nunca testificará!

Rufo pareció dolido.

—Por supuesto que no. Pero al menos estuvo dispuesto a hablar conmigo. Y estoy seguro de que no exageraba.

—Eso no tiene la menor importancia. Lo que necesitamos es un testimonio escrito de la venta. Y, por supuesto, el nombre de Sexto Roscio en las listas de proscripción.

Rufo se encogió de hombros.

—Me he pasado el día buscando y no hay nada. Como es natural, los archivos oficiales son un desastre. Los documentos están totalmente manoseados y los han tacha-

do y vuelto a tachar, y hasta es posible que algunos hayan sido robados. Entre las tierras civiles y las proscripciones, los archivos del Estado se han convertido en un caos impresentable.

Cicerón se acarició el labio.

—Sabemos que si el nombre de Sexto Roscio fue incluido en las listas de proscripción, se trató de una falsificación. Aun así, que figurase en ellas exculparía al hijo.

—Y si no, ¿cómo pueden justificar Capitón y Crisógono que sigan siendo dueños de la propiedad? —preguntó Rufo.

—Lo cual —interrumpí— es sin duda el motivo por el que Crisógono y compañía querían a Sexto muerto y completamente fuera de circulación, y a ser posible por medios legales. Una vez borren a la familia del mapa, no habrá nadie que pueda plantarles cara y la cuestión de la proscripción será más bien discutible. El escándalo resulta evidente para cualquiera que, aun de modo casual, investigue la verdad; por eso actúan con tanta desesperación y crueldad. Su única estrategia es silenciar a cualquiera que sepa o se interese por estos hechos.

—Ya pesar de todo —dijo Cicerón—, cada vez me sorprende más que se despreocupen hasta tal punto de la opinión pública, o de las decisiones del tribunal. Su principal objetivo es ocultar el escándalo a Sila. Por Hércules, sinceramente creo que no sabe nada y que ellos quieren a toda costa que siga ignorante.

—Es posible —dije—. Y no hay duda de que cuentan con tu instinto de conservación para evitar que saques a la luz un desagradable escándalo ante los Rostra. No es posible que te abras paso hasta la verdad sin pisotear el nombre de Sila. Como poco, lo pondrás en evidencia; como mucho, lo implicarás. No hay manera de acusar a un antiguo esclavo sin ofender a su amigo y antiguo amo.

—De verdad, Gordiano, ¿tan poco confías en mi oratoria? Estaré en la cuerda floja, desde luego. Pero Diódoto me enseñó a apreciar la discreción tanto como la verdad. En manos de un abogado sincero y prudente, sólo el culpable ha de temer las armas de la retórica, y un orador verdaderamente prudente nunca las vuelve en contra suya. —Me dirigió una sonrisa llena de confianza en sí mismo, aunque me dije que lo que había oído de su discurso hasta entonces sólo arañaba la periferia del escándalo. Sobrecoger al público con inexplicables relatos de padres asesinados en plena noche y arrullados con leyendas era una cosa; dejar caer el nombre de Sila, por Hércules, era otra muy distinta.

Observé el reloj de sol. Quedaba media hora para que la joven Roscia comenzara a impacientarse. Me despedí de Rufo y de Cicerón y puse la mano sobre el hombro de Tirón mientras partíamos. Detrás de mí, oí a Cicerón enfrascarse inmediatamente en su discurso, regalando a Rufo con sus partes favoritas:

—Pues ¿qué loco, qué ser humano envilecido y destruido, atraería sobre sí y sobre su casa una maldición de este jaez...? —Miré a mi espalda y vi que Rufo seguía cada palabra y cada ademán con ojos de arrebatada adoración.

De pronto me di cuenta de que Cicerón no le había dirigido ni una palabra a Ti-

rón antes de partir. Fueran cuales fuesen las palabras que hubieran cambiado a propósito de la conducta del esclavo, yo las desconocía, y si había habido un castigo formal para Tirón, ni Cicerón ni el interesado me habían dicho nada; y ni una sola vez, al menos en mi presencia, había vuelto Cicerón a referirse al asunto.

Tirón permaneció en silencio mientras cruzamos el Foro y ascendimos el Palatino. A medida que nos aproximábamos al lugar de la cita, se le veía cada vez más agitado y su cara se volvía tan hosca como una máscara teatral. Cuando el pequeño parque apareció en nuestro campo visual, me tocó la manga y se detuvo.

—¿Me permites que la vea a solas un momento? Por favor —rogó con la cabeza gacha, tal como pide permiso un esclavo.

Respiré profundamente.

—Claro que sí, pero sólo un momento. No le digas nada que la haga huir. —Permanecí bajo la sombra de un sauce y le vi apresurarse por el pasadizo que formaban los altos muros de las mansiones vecinas. Desapareció entre el follaje, oculto por los tejos y una gran profusión de rosas.

Lo que le dijo en aquella gran pérgola, nunca lo supe. Cuando tuve ocasión de preguntárselo, no lo hice, y nunca lo contó por propia voluntad. Quizá Cicerón le interrogara posteriormente y se enterase de los detalles, pero lo creo improbable. Hay veces en que incluso un esclavo puede poseer un secreto, aunque el mundo no le permita poseer nada más.

Aguardó un rato, no tan largo como había esperado; a cada instante que transcurría imaginaba a la joven huyendo por la salida más lejana del parque, hasta que me fue imposible permanecer inmóvil.

El pequeño parque estaba fresco y en sombras, aunque sofocante a causa del polvo. El polvo se pegaba a las hojas resecas de las rosas y de la hiedra que ascendía por los muros. Mientras avanzaba oí quebrarse ramitas y crujir hojas; me oyeron llegar, aunque pisé lo más suavemente que pude. Los divisé a través de la maraña vegetal y al momento siguiente me los encontré sentados en un banco de piedra. La joven me miró con ojos de animal asustado. Habría huido de no ser porque Tirón la cogió rápidamente por la muñeca.

—¿Quién eres? —Me clavó la mirada e hizo una mueca mientras intentaba soltarse la mano. Se volvió hacia Tirón, pero éste no le devolvió la mirada.

Entonces se quedó absolutamente quieta, pero tras sus ojos pude ver el pánico y el frenesí de sus pensamientos.

—Gritaré —dijo sin inmutarse—. Si nadie más me oye, lo harán los guardas de la casa de Cecilia. Vendrán si me oyen gritar.

—No —dije, dando un paso hacia atrás y hablando en voz baja para calmarla—. No vas a gritar, vas a hablar.

—¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy.

—El que llaman el Sabueso.

—Así es. Y te hemos descubierto, Roscia Mayor.

Se mordió el labio y entornó los ojos. Aunque era muy hermosa, su cara podía resultar insufriblemente desagradable.

—No sé a qué te refieres. De manera que me has descubierto sentada con este esclavo... es el esclavo de Cicerón, ¿no es cierto? Él me persuadió de venir aquí, me dijo que tenía un mensaje de su amo acerca de mi padre...

No hablaba en el tono vacilante de quien fabrica una mentira para uso posterior, sino como si dijera la verdad aunque se la inventara. Comprendí que era una embustera consumada. Tirón seguía sin mirarla. Susurró:

—Por favor, Gordiano, ¿puedo irme ahora?

—De ninguna manera. Te necesito aquí para que me digas cuándo está mintiendo. Además, eres mi testigo. Déjame solo con ella y es probable que invente sórdidas historias acerca de mi conducta.

—Un esclavo no puede hacer de testigo —espetó Roscia.

—Claro que puede. Supongo que a las hijas de los granjeros de Ameria no les enseñan derecho romano. Un esclavo es un testigo perfectamente de fiar, siempre y cuando su testimonio se obtenga mediante tortura. De hecho, la ley exige que un esclavo que sirva de testigo debe ser torturado. De manera que espero que no grites ni crees problemas, Roscia Mayor. Aunque lo que sientas por Tirón no sea más que desprecio, no creo que quieras ser responsable de que lo lleven al potro y lo quemen con hierros.

Me miró de hito en hito.

—Un monstruo, eso es lo que eres. Igual que los demás. Os desprecio a todos.

La respuesta fue a mis labios sin esfuerzo, pero dejé transcurrir un prolongado instante antes de pronunciarla, sabiendo que una vez dicha ya no habría vuelta atrás.

—Pero tu padre es el mayor de todos.

—No sé a qué te refieres. —Su respiración era un tanto entrecortada y la cólera que cubría su cara se desvaneció para revelar el dolor que había debajo. Después de todo era una niña, a pesar de sus mañas. Se revolvió, intentando cubrirse con aquel escudo de amargura y sólo lográndolo a medias, de manera que cuando volvió a hablar fue como si estuviera medio desnuda, descaradamente hostil, pero con su vulnerabilidad dolorosamente al descubierto.

—¿Qué quieres? —susurró—. ¿Por qué has venido? ¿Por qué no nos dejas en paz? Díselo tú, Tirón. —Roscia acarició la mano con que Tirón le sujetaba la muñeca, mirándolo y a continuación bajando los ojos recatadamente. El ademán parecía al mismo tiempo calculado y sincero, manipulador y a pesar de ello verdaderamente deseoso de ternura. Tirón se sonrojó hasta las raíces del pelo. Por el blanco de sus nudillos y la súbita mueca en la cara de Roscia advertí que le hacía daño en la muñeca de tanto apretársela, aunque quizá sin darse cuenta.

—Díselo, Tirón —jadeó, y ningún hombre podría haber dicho de cierto si la com-

punción que había en su voz era auténtica o no.

—Tirón ya me ha dicho suficiente. —La miré con fijeza, aunque no quise ver el dolor de su cara. Hice que mi voz sonara fría y dura—. ¿Con quién te ves cuando sales de casa de Cecilia? ¿Es en este mismo lugar donde informas de los secretos de tu padre a los lobos que quieren verle despellejado vivo? ¡Dímelo, estúpida chiquilla! ¿Qué soborno puede convencerte de traicionar a tu propia carne?

—¡Mi propia carne! —chilló—. ¿Traicionar a mi propia carne? ¡Yo no tengo carne! ¡Ésta es la carne de mi padre, ésta! —Se desasió de Tirón, se subió la manga y se pellizcó el brazo—. ¡Esta carne, ésta es su carne! —volvió a decir, levantando el dobladillo del vestido para enseñarme las piernas blancas y desnudas—. ¡Y ésta, y ésta! ¡No mía, sino suya! —vociferó, tratando de arrancarse el pelo, la carne de las mejillas y las manos. Cuando iba a desgarrarse el cuello del vestido para desnudar los pechos, Tirón la detuvo. La habría abrazado, pero ella lo rechazó de un bofetón.

—¿Lo comprendes? —Se estremeció como si llorara, pero ninguna lágrima acudió a sus ojos febriles y centelleantes.

—Sí —dije. Tirón estaba sentado a su lado, cabeceando, todavía confuso.

—¿Realmente lo comprendes? —Una sola lágrima brotó de un ojo y cayó rodando por la mejilla.

Tragué saliva y asentí lentamente.

—¿Cuándo comenzó?

—Cuando yo era de la edad de Menor. Ésa es la razón… —De pronto sollozó y no pudo hablar.

—¿Menor... tu hermana pequeña?

Asintió. Tirón comprendió por fin. Le temblaron los labios. Sus ojos se ensombrecieron.

—De manera que ésta es tu venganza... ayudar a sus enemigos siempre que puedes.

—¡Embustero! ¡Dijiste que lo habías comprendido! No es mi venganza... Menor...

—Para salvar a tu hermana de él, entonces.

Asintió, volviendo la cara, avergonzada. Tirón la observó con una expresión de absoluto desamparo, moviendo las manos como para tocarla, pero temeroso de hacerla. No soportaba verlos a los dos y volví la cara hacia el cielo vacío, interminablemente cálido.

Una brisa recorrió el parque, haciendo que las hojas susurraran. En algún lugar remoto una mujer gritó y a continuación todo quedó en silencio.

—¿Cómo llegaron hasta ti? ¿Cómo lo supieron?

—Un hombre... fue aquí... un día. —Ya no sollozaba, pero la voz se le quebraba—. Desde que llegué a la ciudad he venido aquí cada tarde. Es el único lugar que me recuerda mi casa, el campo. Un día apareció un hombre... debían de vigilar la casa de Cecilia, pues sabían que yo era la hija de Sexto Roscio. Al principio el hombre me asustó. Luego hablamos. Chismes, lo llamó, procurando que pareciera inocente, cuando comen-

zó a hablar de mi padre, como si sólo fuera un vecino curioso. Debió de creerse muy sutil, o que yo era idiota, por la manera en que hizo las preguntas. Me ofreció un estúpido e insignificante collar, el típico objeto que Cecilia arrojaría a la basura. Le dije que lo apartara de mí y no me ofendiera. Le dije que no era idiota y que sabía lo que quería. Oh, no, no, dice, y organiza una farsa tal que me dan ganas de escupirle a la cara. ¡Le dije que ya estaba bien, que no quería que siguiera! Sabía lo que quería. Le dije que sabía que lo enviaba el viejo Capitón o Magno, pero hizo como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Me importa poco, le dije. Sé lo que quieres. Y te ayudaré siempre que pueda. Finalmente conseguí metérselo en la sesera. Deberías haberle visto la cara.

Observé la yedra que había sobre su cabeza, la oscuridad densa y asfixiada de polvo, el dominio de avispas y caracoles y la miríada de formas de vida más pequeñas que se devoraban mutua e incesantemente.

—Y todavía vienes aquí cada tarde.

—Sí.

—Y siempre aparece el mismo hombre.

—Sí. Y le digo que se marche para poder estar sola.

—Y le cuentas todo.

—Todo. Lo que mi padre ha comido para desayunar. Lo que mi padre le ha dicho a mi madre en el lecho la noche anterior mientras yo escuchaba en la puerta. Cada vez que Cicerón y Rufo nos visitan y lo que dicen.

—¡Y los pequeños secretos que puedes sonsacarle a Tirón?

Vaciló un instante.

—Sí, eso también.

—¿Como por ejemplo mi nombre y por qué me contrató Cicerón?

—Sí.

—¿Como por ejemplo que pedí a Cicerón contratara un guardián para mi casa?

—Oh, sí. Eso fue ayer. Me interrogó muy atentamente acerca de ese punto. Quería saber exactamente lo que Tirón me había dicho, los detalles exactos.

—Y naturalmente se te da muy bien obtener los detalles exactos y recordarlos.

.

Me miró fijamente. Endureció de nuevo la expresión.

—Sí. Muy bien. No olvido nada. Nada.

Cabeceé.

—Pero ¿qué consigues con eso? ¿Qué me dices de tu propia vida? ¿Qué futuro puedes esperar sin tu padre?

—No será peor que el pasado, no más horrible que lo que me ha hecho todos estos años... los años en que he sido su...

Tirón intentó consolarla de nuevo, pero ella volvió a apartarle.

—Aunque lo detestes con tanta saña, ¿qué será de tu vida, de ti, de tu madre y de la pequeña Menor, si todo este asunto sigue su curso? Sin nadie a quien pedir ayuda, reducidas a la mendicidad...

—Ahora ya somos mendigas.

—Pero puede que absuelvan a tu padre. Si eso sucede, existe la oportunidad de que le devuelvan sus propiedades.

Me miró fijamente, considerando mis palabras, sopesándolas sin ninguna expresión. Entonces pronunció su veredicto.

—Tanto me da. Si me dieras a escoger entre lo que he hecho y la posibilidad de volver a mi vida anterior, la verdad es que tampoco me arrepentiría. Es más, volvería a hacerlo. Le traicionaría de todas las manera posibles. Haría cualquier cosa para ayudar a sus enemigos para que le hagan ejecutar. Ya ha comenzado a acosar a mi hermana. Lo sé por la manera en que la mira cuando mi madre abandona la habitación. La expresión de sus ojos... A veces observa a Menor y a continuación a mí, y sonríe. Sonríe para darme a entender que sabe que me doy cuenta. Sonríe para recodarme todas las veces que ha gozado conmigo. Sonríe pensando en el placer que podría obtener de Menor. Incluso ahora, cuando su vida está acabada, todavía piensa en eso. Quizá no piense en otra cosa. Hasta ahora la he mantenido lejos de él... con astucias, con engaños; una vez incluso lo amenacé con un cuchillo. Pero ¿sabes qué creo? Que si le condenan a muerte, lo hará. Aunque sea ante sus verdugos, encontrará la manera de arrancarle la ropa y penetrarla.

Tembló y osciló como si fuera a desmayarse. En su desamparo, dejó que Tirón le abrazara suavemente los hombros. Su voz era lejana y hueca, como si procediera de la luna.

—Le odias tanto —dije— que no te importa a quién pueda hacer daño tu traición ni a cuántos inocentes puedas destruir. Dos veces han estado a punto de matarme por tu culpa.

Palideció, aunque sólo un instante.

—Nadie que ayude a mi padre es inocente —dijo con un hilo de voz. El abrazo de Tirón comenzó a aflojarse.

—¿Y cualquier hombre es digno de tu cuerpo, siempre y cuando pueda serte de utilidad?

—¡Sí! ¡Sí, y no me avergüenzo! Mi padre tiene todos los derechos sobre mí, eso dice la ley. Soy sólo una muchacha, no soy nada, soy la mugre que hay bajo sus uñas, apenas mejor que un esclavo. ¿Qué armas tengo? ¿Qué puedo utilizar para proteger a Menor? Sólo mi cuerpo. Sólo mi inteligencia. De manera que me sirvo de ellos.

—¿Aunque tu traición signifique mi muerte?

—¡Sí! Si ése es el precio... si otros han de morir. —Comenzó a llorar de nuevo, dándose cuenta de lo que había dicho—. Aunque nunca se me ocurrió, no lo sabía. Es a él a quien odio.

—¿Y a quién amas, Roscia Mayor?

Se esforzó por contener el llanto.

—A Menor —susurró.

—¿Y a nadie más?

—A nadie.

—¿Qué me dices de cierto muchacho de Ameria, Lucio Megaro?

—¿Cómo sabes eso?

—¿Y qué me dices del padre de Lucio, el buen granjero Tito, el mejor amigo que tiene tu padre en este mundo?

—Eso es mentira —respondió bruscamente—. Con él no ocurrió nada.

—Eso significa que te le ofreciste y que él te rechazó. —Quedé casi tan sorprendido como Tirón cuando su silencio admitió la verdad. Se apartó de ella completamente. Roscia pareció no darse cuenta.

—¿A quién más te has prostituido, Roscia Mayor? ¿A otros esclavos de la casa de Cecilia, en recompensa por espiar a tu padre? ¿Al espía que se encuentra aquí contigo? ¿Qué me dices de él? ¿Qué sucede cuando le has dado la información que quiere?

—No seas estúpido —dijo. Ya no lloraba, pero estaba malhumorada.

Suspiré.

—Tirón no significa nada para ti, ¿verdad?

—Nada —dijo.

—¿Ha sido sólo una herramienta?

Me miró fijamente a los ojos.

—Sí —dijo—. Nada más que eso. Un esclavo. Un necio. Una herramienta. —Fue a dirigirle la mirada, pero la apartó.

—Por favor... —dijo Tirón.

—Sí —dije—. Puedes irte ahora, Tirón. Ambos nos iremos. No hay nada más que decir.

Tirón no intentó volver a tocarla, ni tampoco la miró. Caminamos entre la vegetación enmarañada hasta que desembocamos en los oblicuos rayos del sol de la tarde. Tirón cabeceó, dando una patada al polvo.

—Gordiano, perdóname —comenzó a decir, pero le corté en seco.

—Ahora no, Tirón —dije con toda la amabilidad de que fui capaz—. Nuestra cita no ha terminado. Sospecho que nos vigilan incluso ahora... no, no mires atrás; mira hacia delante y haz como si no te dieras cuenta de nada. Cada tarde, ha dicho ella.

No creo que haya visto al hombre antes de tu visita; lo verá después. Sólo está esperando a que nos marchemos. Sígueme hasta ese sauce que hay en la esquina de la casa de Cecilia. Si nos ocultamos tras él, podremos vigilar el acceso donde se oculta Roscia sin ser observados.

No tuvimos que esperar mucho. Momentos después, un hombre con una túnica negra atravesó sigiloso la calle y desapareció en el interior del verde desfiladero. Indiqué por señas a Tirón que le siguiéramos. Volvimos a toda prisa hacia atrás y nos abrimos paso entre el verdor hasta que comencé a oír voces. Indiqué a Tirón que se detuviera. Agucé los oídos, pero sólo capté unas pocas palabras antes de entrever a Roscia en una brecha entre los tejos. Quiso la suerte que ella también me viera. Por un

instante pensé que callaría, pero fue leal a los enemigos de su padre hasta el final.

—¡Vete! —gritó—. ¡Corre! ¡Han vuelto!

Hubo un crujir de hojas cuando el hombre se dirigió hacia nosotros.

—¡No! —gritó Roscia—. Por el otro lado. —Pero el hombre estaba demasiado dominado por el pánico para poder oírla. Fue directo a mis brazos, golpeando su cabeza contra la mía y derribándome al suelo. Un instante después estaba de nuevo en pie, apartando a Tirón de un golpe. Tirón fue tras él, pero la persecución fue inútil. Lo seguí y lo alcancé en la calle, regresando con una expresión de derrota en la cara y chorreando sudor. Tenía una mano en la frente, donde le había arañado la espina de un rosal.

—Lo intenté, Gordiano, pero no pude atraparle.

—Mejor; si lo hubieras hecho probablemente tendrías un cuchillo hundido entre las costillas. No importa. Pude verle la cara de cerca.

—¿De verdad?

—Una cara familiar en la Subura, y en el Foro, si a eso vamos. Un mercenario de Cayo Erucio, el fiscal. Ya me lo figuraba. Erucio no se detiene ante nada para obtener sus pruebas.

Descendimos cansinamente la ladera del Palatino y aunque era cuesta abajo, pareció un trayecto duro y difícil. Sentí una profunda y amarga vergüenza por haber interrogado a la muchacha con tanta aspereza, pero lo había hecho por Tirón. La había amado; la revelación de su sufrimiento la había hecho amarla aún más: había visto florecer ese amor ante mis ojos. Una pasión tan desesperada sólo podía traer un dolor y un pesar interminables. ¡Sólo que ella le rechazara podía liberarle y yo me había afanado por despertar toda la amargura que había en ella para que él la viera. Pero ahora comenzaba a preguntarme si Roscia había colaborado conmigo por amor a Tirón, pues la mirada final que ella me había lanzado antes de hablar indicaba que lo comprendía todo, y cuando había hablado de Tirón con tan descarnado desdén puede que lo dijera en serio, aunque quizá fuera el último rasgo de ternura que podía ofrecer al joven esclavo.

Capítulo Veinticuatro

Cuando regresamos a la casa del Capitolino, Rufo ya se había marchado. Cicerón estaba descansando, pero había dejado recado de que nos presentáramos ante él de inmediato. Mientras Tirón trajinaba en silencio en el estudio, Tirón el viejo, el portero, me introdujo en las profundidades de la casa, en una región que no había visto antes.

El dormitorio de Cicerón era tan austero como el que me había ofrecido. La única concesión al lujo era un pequeño y privado jardín adjunto con una diminuta fuente cuyas aguas reflejaban la cara pensativa de la Minerva que se erguía encima. La idea ciceroniana del descanso era, al parecer, trabajar echado en lugar de hacerlo de pie.

Lo encontré tendido de espaldas, absorto en el pergamino que tenía en las manos. Había más esparcidos por el suelo.

Le conté, en lenguaje frío y llano, lo de la traición de Roscia: los abusos sexuales del padre, el resentimiento de ella, las astucias de Cayo Erucio para sacar provecho de la desesperación de la muchacha. Las noticias no parecieron afectarle. Hizo pocas preguntas aclaratorias, asintió para dar a entender que lo comprendía y reanudó la lectura con un brusco ademán de despedida.

Me quedé observándole, perplejo e indeciso, preguntándome si era posible que la revelación del carácter de Roscio no le afectara en absoluto.

—¿Todo eso no significa nada para ti? —pregunté finalmente.

—¿Qué? —Arrugó la frente irritado, pero no levantó la mirada.

—¡No te importa qué clase de hombre sea el tal Sexto Roscio?

Bajó el pergamino hasta dejado sobre el pecho y encaró mi mirada durante un instante antes de hablar.

—Gordiano, escúchame con atención. En este momento no tengo interés en juzgar el carácter de Sexto Roscio ni en valorar sus pecadillos morales. La información que me has traído no contiene nada que pueda serme de ayuda en mis preparativos. No tengo tiempo para nada que me distraiga del sencillo y cerrado círculo lógico que me esfuerzo en construir para la defensa de Sexto Roscio. Tu deber, Gordiano, es ayudarme a construirlo. ¿Está claro?

No se molestó en comprobar si yo estaba de acuerdo o no. Con un suspiro y un ademán me despidió y siguió estudiando sus notas.

Encontré a Bethesda en mi dormitorio. Estaba ocupada pintándose las uñas de los pies con un nuevo compuesto de gena que había descubierto en un mercadillo cerca del Circo Flaminio, donde se había pasado casi todo el día paseando y chismorreando. Acababa de pintarse el dedo gordo. Estaba sentada, con la pierna encogida y el muslo al descubierto. Sonrió y agitó los dedos de los pies como una niña.

Me acerqué a ella y le acaricié el pelo con el dorso de la mano. Entornó los ojos y levantó la cara, rozando mis nudillos con su piel tersa y suave. De pronto me sentí como un animal, harto de pensamientos y deseoso de sumergirse en las sensaciones del cuerpo.

Lejos de ello, me encontré sumido en la confusión. La imagen de Roscia seguía revoloteando en las orillas de mi mente, inflamándome, haciendo que mi cara ardiera con un calor que ni era puramente lujuria ni vergüenza, sino una mezcla de ambas cosas. Mi mano recorrió la carne de Bethesda, cerré los ojos y vi el cuerpo desnudo y tembloroso de Roscia entre la pared y el agitado lomo de Tirón. Puse los labios en la oreja de Bethesda; suspiró y me estremecí porque imaginé que la oía suspirar el nombre de la hermana pequeña. Seguramente había visto a la niña la primera vez que me había entrevistado con Sexto Roscio, pero no recordaba su cara. Sólo podía ver la cara de Roscia Mayor, convulsa de angustia mientras la interrogaba, la misma expresión que

le había visto mientras copulaba con Tirón.

Lujuria, vergüenza; éxtasis, angustia; todo era lo mismo y mi cuerpo ya no podía distinguir una sensación de otra mientras se confundía con el de Bethesda. Afianzó sus fríos muslos alrededor de mi sexo y lo apretó, riendo suavemente. Recordé al joven Lucio en la carretera de Ameria, sonriendo satisfecho y sonrojándose; imaginé a Roscia, con los muslos todavía mojados con la simiente de Lucio, ofreciéndose al padre del muchacho. ¿Cómo la habría rechazado Tito Megaro? ¿Con un suspiro de pesar, un estremecimiento de odio, una bofetada paternal en plena cara? Vi las brutales y endurecidas manos de granjero de Sexto Roscio deslizándose entre los frescos muslos de la muchacha, los callos raspando su carne delicada. Cerré los ojos con fuerza y vi sus ojos devolviéndome la mirada como dos brasas ardientes. Bethesda me abrazó y me pregunté por qué temblaba.

Cuando tuve el orgasmo salí de ella y derramé la simiente entre sus piernas, mojando las sábanas ya arrugadas y húmedas de sudor. Se abrió un gran vacío y se cerró inmediatamente. Mi cabeza yacía entre sus pechos, que oscilaban como la cubierta de un barco en alta mar. Lenta, muy lentamente, retiró las uñas pintadas de mi espalda, como un gato encogiendo las garras. Por encima de los latidos de su corazón oí una suave voz procedente del jardín:

—La naturaleza y los dioses exigen obediencia absoluta al padre. Los sabios afirman, y hemos de creerles, que incluso un simple gesto puede suponer desobediencia... no, no, ya he acabado con esta parte. Dónde está la parte en que... ¡Tirón, ayúdame! Ah, aquí. Pero veamos ahora el papel desempeñado por este Crisógono... su nombre extranjero lo quiere nacido áureo, aunque más bien parece surgido del metal más innoble, burdamente dorado con insidiosos esfuerzos, como una vasija de estaño chapada con oro robado...

La fiesta de Crisógono no comenzaba hasta la puesta de sol. Por entonces Cicerón ya había comido y se había puesto el atavío nocturno. Casi todos los esclavos dormían y la casa estaba a oscuras a excepción de las habitaciones donde Cicerón trabajaría en su discurso antes de retirarse a dormir. Ante mi insistencia, y a regañadientes, había apostado a algunos de sus esclavos más recios para que vigilaran desde el tejado y protegieran el vestíbulo. Parecía improbable que nuestros enemigos osaran atacar a Cicerón directamente, pero ya se habían mostrado capaces de sembrar el terror y derramar sangre más allá de lo que yo había esperado.

Se me ocurrió que Tirón y yo podíamos acompañar a Rufo disfrazados de esclavos, pero ahora parecía impensable; había muchas razones para pensar que alguno de los invitados pudiera reconocemos, a uno o a los dos. Rufo asistiría a la fiesta por su cuenta, saliendo de la casa de su familia y llegando con su propio séquito. Tirón y yo tendríamos que esperar fuera, en las sombras.

La casa de Crisógono estaba muy cerca de la de Cecilia y de donde Tirón se había citado con Roscia. A la luz del atardecer le vi escrutar las densas sombras mien-

tras pasábamos, como si ella aún pudiera estar esperándole. Redujo el paso hasta que se detuvo del todo, observando la oscuridad. Le tiré de la manga. Se sobresaltó, me miró estúpidamente, entonces prosiguió rápidamente.

La entrada de la mansión de Crisógono rebosaba de luz y ruido. Las antorchas rodeaban el pórtico, unas en antorcheros, otras sostenidas por esclavos. Unos cuantos esclavos tocaban liras, címbalos y flautas junto a los anteriores, mientras llegaba una ininterrumpida hilera de invitados. Casi todos llegaban en litera, llevados por esclavos que alcanzaban la cumbre de la colina jadeando. Algunos de los que vivían en el Palatino eran lo suficientemente modestos para ir a pie, rodeados de una superflua hueste de ayudantes y esclavos.

Los porteadores de literas, tras dejar a sus amos, eran enviados trotando a la parte de atrás de la casa. Los esclavos ayudantes se congregaban en un lugar un tanto apartado y allí esperaban mientras sus amos se divertían. La noche era calurosa; muchos de los invitados se demoraban en la puerta a escuchar a los intérpretes. La música parecía flotar en el crepúsculo, más dulce que el canto de los pájaros. Crisógono podía permitirse comprar lo mejor.

—¡Apartaos de nuestro camino! —La voz resultaba familiar y procedía de nuestra espalda. Tirón y yo saltamos a un lado mientras una pesada litera nos pasó rozando. Era una litera biplaza y abierta y la llevaban diez esclavos. En ella iban Rufo y su hermanastro Hortensio. Era Rufo quien había proferido el grito; parecía divertirse y nos dirigió una mirada de complicidad al pasar. Por el arrebol de sus mejillas sospeché que debía de haber estado bebiendo para prepararse.

Hortensio, por suerte, miraba al otro lado y no nos vio. De haberlo hecho, seguro que me habría reconocido. De pronto me di cuenta de lo visibles que éramos y arrastré a Tirón hacia las densas sombras que había tras una higuera. Allí esperamos un rato, observando a los convidados y sus séquitos llegar y desaparecer dentro de la casa. Crisógono, si recibía a sus huéspedes en persona, lo hacía dentro del vestíbulo; ningún hermoso semidiós rubio se dejaba ver en la escalinata.

Por fin, la marea de invitados menguó hasta que pareció que todos habían llegado, aunque los portadores de antorchas permanecieron rígidos en su lugar y los músicos siguieron tocando. La escena se volvió misteriosa y ligeramente irreal y fantástica. El invitado de honor todavía no había llegado.

Por fin oí rumor de pies. Me volví hacia el lugar por donde habíamos llegado y vi una litera envuelta en gasa amarilla acercándose en la oscuridad, bamboleándose como si fuera transportada sobre olas invisibles. Parecía flotar sin ningún medio de propulsión o apoyo y durante un breve instante la ilusión fue absolutamente convincente, como si todo hubiera sido tramado para engañar a mis ojos.

De pronto, las olas de movimiento adquirieron forma en torno a la caja amarilla; de pronto se transformaron en carne. Los porteadores de la litera eran todos nubios. Su piel era absolutamente negra e iban vestidos con taparrabos y sandalias negras. En la oscuridad eran casi invisibles; cuando se adentraban en el claro de luna parecían

absorberlo, reflejando solamente un débil fulgor que señalaba la anchura de sus inmensos hombros. Eran doce en total, seis a cada lado, muchos más de los que se precisan para transportar una litera privada con un solo ocupante. Les seguía un gran séquito de esclavos, ayudantes, secretarios, guardaespaldas y parásitos.

Mientras se acercaba el séquito, uno de los portadores de antorchas que estaban en el pórtico se precipitó hacia la casa. Un momento después, Crisógono, vestido totalmente de amarillo y oro, salió al pórtico. La verdad es que jamás le había visto y sólo conocía su reputación. Era asombrosamente hermoso, alto y de complexión fuerte, con el pelo dorado, amplia mandíbula y unos relucientes ojos azules. A la luz vacilante de las antorchas leí la mudable máscara de su cara: angustiada e insegura al principio, como cualquier anfitrión que aguardara a un tardío huésped de honor, a continuación repentinamente nerviosa, como si hiciera acopio de fuerzas, y en seguida aureolada de un encanto tan abrumador que era difícil imaginar cualquier otra expresión en su rostro. Hizo un imperceptible movimiento con la mano. Los músicos tocaron más fuerte y con más ánimo.

La litera se detuvo. Los nubios dejaron la carga en el suelo. Un soldado apartó la gasa amarilla que protegía al ocupante de la litera. El corpulento Sila, sonriendo, alzó la rubicunda cara, que brilló a la luz de las antorchas. Llevaba un elaborado manto de diseño asiático, costumbre que había adquirido durante sus campañas contra Mitrídates; era de tonos verdes con bordados de plata. Su pelo, antaño tan claro como el de Crisógono, era espeso y descolorido, de un amarillo pálido, como las gachas de mijo.

Crisógono dio un paso hacia delante para recibirle, inclinando la cabeza ligeramente. Se abrazaron. Hablaron brevemente, entre carcajadas y sonrisas. Rodeándose los hombros con el brazo, desaparecieron en el interior de la casa.

Los porteadores de la litera fueron despedidos. El séquito, separándose según la categoría individual, siguió a su amo hacia la casa. Los músicos, aún tocando, les precedieron. Los portadores de antorchas fueron los últimos, dejando a dos de ellos flanqueando la puerta y proyectando una menguada luz de recepción para cualquiera que llegara más tarde. Del interior llegó un sonido amortiguado de aplausos y vítores. El alma de la fiesta había llegado.

Dos días antes, Rufo me había enseñado el exterior de la mansión de Crisógono, señalándome cada entrada y explicándome lo mejor que había podido el emplazamiento de las habitaciones. En el ala norte, tras doblar la esquina del pórtico, oculta por los cipreses del parque que había en la parte de atrás, había un postigo de madera en un entrante de la pared. Conducía, eso pensaba Rufo, a una despensa contigua a las inmensas cocinas de la parte posterior de la casa. Teníamos que esperar allí hasta que Rufo llegara, a no ser que encontrase por su cuenta a los esclavos de Sexto Roscio, Félix y Cresto, en cuyo caso nos los enviaría. La oscuridad nos ocultaba de las miradas de la calle. Los cipreses nos protegían de los porteadores de literas, que haraganeaban en el espacio abierto entre la casa y las cuadras. La casa no tenía ninguna ventana en la

cara norte, sólo una terraza desierta y a oscuras en el piso superior.

Tenía miedo de que Tirón se inquietara, poco acostumbrado como estaba a estar sentado sin hacer nada en la oscuridad, pero parecía muy contento de permanecer apoyado en un árbol, escrutando la noche. No me había dicho casi nada desde nuestro encuentro con Roscia. Estaba más profundamente herido de lo que manifestaba. De vez en cuando me lanzaba una mirada y a continuación la apartaba rápidamente, con un destello en sus ojos oscuros.

Tuve la impresión de esperar mucho tiempo. La música procedente del interior se mezclaba con el canto de los grillos y en cierto momento oí voces que declamaban, interrumpidas a intervalos regulares por carcajadas y aplausos. Por fin se abrió la puerta. Me puse en tensión, preparado para echar a correr, pero era sólo una esclava con un balde de agua sucia. Lo vació a ciegas en la oscuridad, dio media vuelta y cerró la puerta. Tirón se limpió las piernas y el borde inferior de la túnica, alcanzados por las salpicaduras. Deslicé la mano bajo mi túnica y palpé el mango de mi cuchillo: el mismo que el hijo mudo de Polia me había dado en la calle de la Casa de los Cisnes; me pareció que aquello había ocurrido hacía mucho tiempo y en un lugar muy remoto.

Me estaba amodorrando cuando la puerta volvió a abrirse. Empuñé el cuchillo y me incorporé. La puerta gimió suavemente sobre sus goznes, abriéndose con tal cautela conspiratoria que supe que tenía que ser Rufo o, si no, asesinos que venían a matarnos.

—¿Gordiano? —susurró una voz.

—Sal, Rufo. Y cierra la puerta detrás de ti.

La cerró con la misma exagerada cautela y luego entrecerró los ojos como un topo, incapaz de ver en la oscuridad a pesar de la resplandeciente luna.

—¿Los has encontrado? —pregunté.

—Están en la casa, sí. O al menos hay dos esclavos llamados Felix y Cresto, ambos de reciente adquisición; eso es lo que me dijo una de las muchachas que sirvieron la cena. Pero no los he visto. No sirven a los invitados. No tienen contacto con nadie que no sea de la casa. Crisógono los utiliza como ayudas de cámara. Las muchachas dicen que casi nunca abandonan los pisos superiores.

—Quizá pueda llevarles un mensaje.

—Ya se lo pregunté. No serviría de nada, dijo. Crisógono se pondría furioso si bajaran durante la fiesta. Pero está dispuesta a llevaros hasta ellos.

—¿Dónde está la esclava?

—Esperándome en la despensa. Encontró una excusa para ir a coger algo.

—O puede que en este mismo momento haya ido corriendo a contárselo todo a Crisógono.

Rufo miró la puerta con aire preocupado.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes cómo son estas cosas. Puedes adivinar cuándo un esclavo está dis-

puesto a hacer algún negocio sucio a espaldas de su amo. No creo que sienta mucho aprecio por el Aureonato. Ya sabes lo que dicen, los esclavos no soportan trabajar para un liberto... el amo más cruel es el que ha sido esclavo.

Miré hacia la puerta, pensando que la muerte podía acechar tras ella. Respiré profundamente, decidido a confiar en el buen juicio de Rufo.

—Guíanos.

Asintió y abrió la puerta cautelosamente. El dintel era tan bajo que tuve que agacharme. Tirón me siguió. No había ninguna razón para que nos acompañara y mi intención era que se quedara fuera, pero cuando miré hacia atrás vi tal decisión en su cara que no puse ninguna traba. Con un débil crujido, la puerta se cerró a nuestras espaldas.

La muchacha era joven y hermosa, con el pelo negro y largo, y una piel que resplandecía como la miel a la tenue luz del candil que llevaba en la mano. De haber sido una cortesana, su aspecto no habría destacado; siendo una simple sirvienta, su belleza parecía excesiva. Crisógono era famoso por rodearse de bellos adornos y juguetes.

—Éstos son los hombres —le explicó Rufo—. ¿Puedes llevarlos arriba en silencio y sin que nadie se dé cuenta?

La chica asintió y sonrió, como si fuera una pregunta estúpida. Sus labios se abrieron, ahogó un gemido y dio media vuelta. La puerta que había tras ella había comenzado a abrirse.

La habitación era estrecha y de techo bajo, forrada de estantes y atestada de botellas, tinajas, boles y sacos. Ristras de ajos colgaban del techo y el mohoso olor de la harina impregnaba el aire. Retrocedí hasta un rincón, arrastrando a Tirón conmigo. Rufo deslizó un brazo por la cintura de la muchacha y la apretó contra sí, pegando su boca a la de ella.

La puerta se abrió. Rufo siguió besando a la muchacha y a continuación se separaron.

El hombre que había en el umbral era alto y corpulento, tan grande que casi llenaba la puerta. Iluminado por detrás, su pelo formaba un trémulo halo de oro alrededor de su cara oscura. Rió entre dientes y se acercó. El candil de la muchacha iluminó su cara desde abajo. Vi el azul de sus ojos y el hoyuelo de su ancha barbilla, los prominentes pómulos y la frente, tersa y serena. Sólo unos pasos lo separaban de nosotros y seguramente habría podido verme entre los cántaros y las tinajas de no haber sido por la oscuridad. Me di cuenta de que la muchacha, intencionadamente bloqueaba la luz con el cuerpo, deslumbrándole con el candil.

— Rufo —dijo por fin, pronunciando la segunda sílaba con un prolongado silbido, como si hubiera dado un suspiro en vez de pronunciar un nombre. Lo repitió modificando extrañamente el sonido de las vocales. La voz era profunda y resonante, juguetona, llamativa, tan íntima como una caricia—. Sila pregunta por ti. Sórex está a punto de bailar. Una meditación sobre la muerte de Dido... ¿conoces la danza? A Sila le disgustaría que te la perdieras.

Hubo una prolongada pausa. Creí ver sonrojarse la parte posterior de las orejas de Rufo, aunque quizá fue sólo el resplandor del candil.

—Aunque, claro, si estás ocupado, le diré a Sila que te has ido a dar un paseo. —Crisógono hablaba lentamente, como hombre que no tiene razón para apresurarse. Se fijó en la muchacha. Recorrió su cuerpo con los ojos y alargó los brazos hacia ella. La tocó; dónde, no pude verlo. Ella se puso tensa, jadeó, el candil se agitó en su mano. Tirón sufrió un espasmo detrás de mí. A ciegas cogí su mano y la apreté.

Crisógono tomó el candil de manos de la chica y lo puso en un estante. Le desabrochó el lazo del vestido y éste cayó al suelo. Crisógono dio un paso atrás, frunciendo los labios anchos y carnosos y mirando a la chica. Rió por lo bajo.

—Si la deseas, joven Mesala, naturalmente puedes tenerla. Nada niego a mis invitados. Todo el placer que puedas hallar en mi casa es tuyo sin que hayas de pedirlo. Pero no tienes que comportarte como un colegial, ocultándote en la despensa. Arriba hay numerosas habitaciones confortables. Lleva a la muchacha allí. ¡Paséala desnuda por toda la casa si te apetece... móntala como si fuera una yegua! No sería la primera vez. —Volvió a tocarla, moviendo el brazo como si trazara una señal en sus pechos desnudos. La muchacha se estremeció, pero se quedó absolutamente inmóvil.

Crisógono dio media vuelta y pareció marcharse, entonces se volvió.

—Pero no tardes mucho. Sila me perdonará si te pierdes la danza, pero Metrobio va a presentar una nueva canción escrita por... bueno, por algún cagaversos... ¿quién se acuerda del nombre de esa gente? El pobre idiota está aquí esta noche, intentando buscar favores. Creo que la canción es un homenaje a los dioses por haber enviado a un hombre a detener la contienda civil: «Sila, favorito de Roma, salvador de la República», creo que empieza así. Seguro que continúa en la misma vena asquerosamente santurrona... —Crisógono rió tras los labios fruncidos, una risa ahogada y grave que parecía dirigida a sí mismo—. Pero Metrobio me ha confiado que se ha permitido la libertad de añadir unas estrofas licenciosas de su propia cosecha, lo suficiente para que decapiten al autor. Imagínate la cara que pondrá el cagaversos cuando oiga su homenaje convertido en ofensas delante de Sila, que, naturalmente, captará la broma en seguida y la seguirá, fingiendo encolerizarse. Le encantan estos bromazos. Será la culminación de la velada; para algunos, claro está. Sila quedará muy decepcionado si no estás allí para compartir el momento. —Esbozó una sonrisa intencionada, se nos quedó mirando un instante, luego se retiró y cerró la puerta tras de sí.

Nos quedamos inmóviles durante unos momentos. La joven se inclinó y recogió el vestido. Tirón, con los ojos como platos y decidido, salió del escondrijo y la ayudó a cubrirse. Rufo miró atentamente a todas partes.

—Bueno —dije finalmente—, creo que el dueño de la casa nos acaba de dar permiso para fisgar en el piso de arriba. ¿Subimos?

Capítulo Veinticinco

La puerta a través de la cual Crisógono había desaparecido conducía a un corto pasillo. A la izquierda se oían los ruidos de la alborotada cocina. La cortina que cubría la abertura de la derecha aún oscilaba por el paso de Crisógono. La chica nos llevó a una puerta, al final del pasillo, que conducía a un curvo tramo de peldaños de piedra.

—Hay otra escalera en la sala donde se celebra el banquete —susurró—, muy vistosa, del mejor mármol, con una estatua de Venus en el centro. Pero ésta es la escalera que utilizan los esclavos. Si nos cruzamos con alguien, no le hagas caso, aunque te mire extrañado. O mejor aún, dame un pellizco lo suficientemente fuerte para hacerme chillar y finge estar borracho. Seguramente pensará lo peor y nos dejará en paz.

Pero no nos encontramos con nadie y el pasillo del piso de arriba estaba desierto. En algún lugar, abajo, oímos la amortiguada música de las flautas y liras, y esporádicos aplausos y carcajadas, presumiblemente en elogio a la danza de Sórex, pero el piso superior estaba poco iluminado y en silencio. El pasillo era muy amplio y estaba muy adornado, y se abría a habitaciones amplias y de techo elevado, aún más suntuosamente amuebladas. Todas las paredes parecían estar cubiertas de colgaduras, mosaicos y pinturas. Allí donde se posaba la vista había una turbamulta de colores y formas.

—Vulgar, ¿no te parece? —dijo Rufo con aristocrático desdén. Cicerón habría estado de acuerdo, pero el mobiliario era vulgar sólo por su abigarramiento y su exhibicionismo. Lo que más me impresionó fue la coherencia del gusto de Crisógono, que al parecer sólo adquiría las mejores y más caras obras de arte y artesanías: plata repujada, vasijas de bronce de Delos y Corinto, cubrecamas bordados, alfombras afelpadas de Oriente, mesas finamente labradas, sillas con taracea de concha y lapislázuli, intrincados mosaicos de vivos colores, soberbias estatuas de mármol y fabulosas pinturas. No me cabía duda de que todas aquellas creaciones habían sido saqueadas a raíz de las proscripciones; de otro modo habría tardado toda una vida en acumular tantos tesoros de tan elevada calidad y dispar origen. Sin embargo, nadie podía decir que Crisógono había saqueado a ciegas. Dejaba los desperdicios a los demás; para él escogía sólo lo mejor, con ese ojo experto para la calidad que desarrollan los esclavos de los ricos que sueñan con ser libres y ricos algún día. Me alegré de que Cicerón no estuviera con nosotros; ver al antiguo esclavo de Sila viviendo en medio de tanto lujo robado a tan gran escala podría haber alterado sus delicados intestinos más allá de lo que era capaz de soportar.

El pasillo se estrechaba. Las habitaciones eran menos lujosas. La muchacha levantó una pesada cortina, permitiéndonos pasar por debajo; la dejó caer y todo sonido procedente de abajo se desvaneció. El mundo también cambió y fue como si de pronto nos encontráramos en una casa de paredes enlucidas y techos manchados de hollín. Se trataba de las estancias donde se almacenaban los artículos de primera necesidad, donde vivían los esclavos y donde estaban los talleres. Cajones con vasijas de bronce se amontonaban en los rincones, alfombras enrolladas se apoyaban en las paredes co-

mo vigilantes adormilados, sillas y mesas estaban envueltas en gruesas telas y amontonadas hasta el techo.

La chica se introdujo en aquel laberinto lanzando furtivas miradas a su alrededor, a continuación hizo una seña para que la siguiéramos. Apartó una cortina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó un hombre de voz malhumorada—. ¿Es que no hay una fiesta esta noche?

—Déjala en paz —dijo otro con la boca llena—. Sólo porque Aufilia me trae porciones extras y arruga la nariz ante tu fea cara... pero ¿quién es ése?

—No —dije—, no os levantéis. Quedaos donde estáis. Acabad de comer.

Los dos estaban sentados en el suelo, comiendo col y cebada en agrietados boles de arcilla, a la luz de un candil. El cuarto era pequeño y estrecho, de paredes desnudas; la diminuta llama convertía en grietas las arrugas de los dos hombres y proyectaba sus encorvadas sombras hacia el techo. Permanecí en el umbral. Tirón se me acercó por detrás, observando por encima de mi hombro. Rufo quedó atrás.

El malhumorado, un hombre flaco, soltó un bufido.

—Por lo que más quieras, Aufilia, esta habitación es demasiado pequeña. ¿No podrías buscar un cuarto vacío en otra parte, con una cama lo bastante grande para los tres?

—¡Félix! —exclamó el otro, un individuo regordete, golpeando a su compañero con el codo. Félix levantó la mirada y palideció al ver el anillo de mi dedo. Había pensado que los tres éramos esclavos y que buscábamos un lugar para celebrar una fiesta privada.

—Perdona, ciudadano —susurró, inclinando la cabeza. Quedaron en silencio, esperando a que yo hablara. Antes habían sido seres humanos, uno de ellos enjuto e irritable, el otro grueso y bonachón. En un instante se volvieron grises e indiferenciables, adoptando la misma falta de expresión que ostenta en la cara todo esclavo.

—Miradme —dije—. ¡Miradme! Y si no vais a acabar de comer, entonces dejad el plato y poneos en pie para que pueda veros la cara. No tenemos mucho tiempo.

—Sacó el cuchillo antes de que pudiera verlo —decía Félix—. En un abrir y cerrar de ojos.

—¡Sí, en un abrir y cerrar de ojos! —Cresto estaba de pie a su lado, frotándose nervioso las manos gordezuelas, dirigiendo la mirada de la cara de su amigo a la mía y viceversa.

Una vez que les hube explicado quién era yo y lo que quería, estuvieron asombrosamente dispuestos, inclusos deseosos, de hablar conmigo. Tirón estaba a mi lado, silencioso, el rostro pensativo a la luz del candil. Había apostado a Rufo en el aposento más próximo para interceptar a cualquier invitado perdido. Había enviado a la chica con él; era su justificación para estar en el primer piso; por otra parte, no había razón para involucrarla más en el asunto ni para confiarle toda la verdad de nuestra visita.

—No tuvimos la menor oportunidad de ayudar a nuestro amo. Nos quitaron de en

medio, nos tiraron al suelo —dijo Félix—. Eran hombres fuertes, grandes como caballos.

—Y apestaban a ajo —añadió Cresta—. También nos habrían matado si Magno no lo hubiera impedido.

—Entonces ¿estáis seguros de que era Magno? —dije.

—Oh sí —se estremeció Félix—. No le vi la cara, anduvo con cuidado en eso. Pero le oí la voz.

—Y el amo lo llamó por su nombre, recuerdo, poco antes de que Magno le asestara la primera puñalada —dijo Cresta—. «¡Magno, Magno, yo te maldigo!» Todavía lo oigo en sueños.

Félix frunció los labios.

—Sí, sí. Tienes razón. Lo había olvidado.

—¿Y los otros dos sicarios? —pregunté.

Se encogieron de hombros.

—Puede que uno de ellos fuera Malio Glaucia, aunque no puedo estar seguro —dijo Félix—. Recuerdo que el otro llevaba barba.

—¿Una barba roja?

—Puede. Era difícil apreciarlo con tan poca luz. Era aún más corpulento que Glaucia y apestaba a ajo.

—Barbirroja —murmuré—. ¿Y cómo es que Magno impidió que os matara?

—Lo prohibió. «¡Basta, necios! —gruñó Cresto, como si interpretara una obra de teatro—. Son esclavos valiosos. ¡Si les hacéis daño, lo deduciré de vuestro salario!». Valiosos, eso dijo... y mira dónde hemos acabado, engrasando sandalias y bruñendo los orinales del Amo Aureonato.

—Pero de valor, sin embargo —dije—. Como si Magno planeara heredaros.

—Oh, sí —asintió Félix—. Eso debía de formar parte del plan, que él y Capitón acabaran apoderándose de los bienes del amo. ¿Quién puede imaginar cómo lo consiguieron? Y ahora estamos de nuevo en la ciudad, sólo que no la vemos nunca. El Aureonato nos tiene enclaustrados en estas abarrotadas habitaciones, día y noche. Cualquiera diría que nos tiene castigados. O escondidos, al igual que oculta la mitad de todo este botín. ¿Qué coincidencia será ésta, me pregunto, que al mirar a mi alrededor vea tantas cosas de la casa que mi amo tenía junto al Circo? Esas sillas que ves amontonadas ahí y el jarrón amarillo del pasillo, y el tapiz alejandrino que hay enrollado en ese rincón... todo perteneció a mi amo antes de que lo asesinaran. No, no son las únicas propiedades que han acabado en manos de Crisógono.

Cresta asintió.

—La noche del asesinato —dije, intentando que revivieran la escena—. Os arrojaron a un lado, os salvó una palabra de Magno y luego desaparecisteis. Os desvanecisteis en la noche sin dar un solo grito de socorro... no lo neguéis, tengo testigos que lo juran.

Félix cabeceó.

—No sé qué testigos tendrás, pero no huimos. Corrimos calle abajo y entonces nos detuvimos. Cresto habría seguido corriendo, pero yo le detuve.

Cresto parecía alicaído.

—Es cierto —dijo.

—Permanecimos en la oscuridad y les vimos hacerla. ¡Qué buen amo era! Un esclavo no podría desear un amo mejor. ¡Ni una sola vez en treinta años me golpeó, ni una sola! ¿Cuántos esclavos pueden decir lo mismo?

—¡Qué visión tan terrible! —suspiró Cresto, con un temblor en sus carnosos hombros—. Nunca olvidaré cómo se estremecía mientras lo cosían a puñaladas. Cómo la sangre saltó hacia arriba, como una fuente. En aquel momento pensé en regresar corriendo para arrojarme al suelo, a su lado, y decirles: «¡Matadme a mí también». Estuve a punto de hacerla, ¿verdad, Félix?

—Bueno...

—Le dije aquí al compañero: «Es como si nuestra vida también hubiera acabado. Las cosas nunca volverán a ser iguales». ¿Te lo dije o no? ¿Y no tenía razón? —Comenzó a sollozar débilmente.

Félix hizo una mueca y tocó el brazo de su amigo para consolarle, mirándome mientras se encogía de hombros, como si se avergonzase de manifestar su propia sensibilidad.

—Es cierto. Recuerdo que lo dijiste. Fue terrible. Cuando todo acabó, cuando supimos que el amo estaba muerto sin la menor esperanza, dimos media vuelta y corrimos a casa. Enviamos una litera a recoger el cadáver y a la mañana siguiente envié un mensajero a Ameria.

De pronto juntó las cejas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Algo que acabo de recordar. Algo muy raro. Que ya me pareció raro entonces y que me parece más raro ahora que lo recuerdo. Cuando hubieron acabado, cuando ya no había duda de que el amo estaba muerto, el barbudo comenzó a cortarle la cabeza.

—¿Qué?

—Lo cogió por el pelo y tiró con fuerza de la cabeza hacia atrás, luego comenzó a cortarla con una hoja muy larga y grande. Como un carnicero que se ha pasado la vida haciéndolo

Magno no lo vio al principio, había levantado los ojos para inspeccionar las ventanas, creo. Pero cuando volvió a mirar al cadáver, le gritó que no hiciera aquello. Lo apartó de un empujón y le abofeteó. Tuvo que estirar mucho el brazo para hacerla.

—¿Abofeteó al barbirroja mientras éste cortaba la cabeza al muerto? Eso no hay quien se lo crea.

—No conoces a Magno —dijo Félix—. Cuando pierde los estribos abofetearía al mismo Plutón y encima le escupiría en un ojo. El barbirroja no se atrevió a devolverle el golpe. Pero ¿por qué crees que lo haría? ¿Querer cortarle la cabeza al amo, quiero decir?

—La costumbre —dije—. Es lo que hacían en las proscripciones, ¿no? Cortar la cabeza para reclamar la recompensa del Estado. El barbirroja era un profesional y estaba tan acostumbrado a cortar la cabeza como prueba reclamatoria que automáticamente fue a hacer lo mismo con Sexto Roscio.

—Pero ¿por qué le detuvo Magno? ¿Qué más le daba? —Esto lo dijo Tirón, que parecía extrañamente juicioso a la luz del candil—. Sexto Roscio estaba proscrito, según decían. ¿Por qué no cortarle la cabeza entonces?

Los tres se me quedaron mirando.

—Pues no lo sé. Puede que Magno quisiese que pareciera un asesinato y no una proscripción. O que pareciera que lo habían hecho ladrones y no asesinos. Claro... eso es: todavía no habían decidido la historia de la falsa proscripción ni habían planeado acusar a Roscio el joven de parricidio. —Las palabras parecían tener sentido mientras las pronunciaba y por un instante atisbé la verdad. Pero ésta parpadeó inmediatamente y se desvaneció, como si uno de nosotros hubiera apagado el candil de un soplido—. Chicos, no lo sé.

—No entiendo este interrogatorio —dijo Tirón, abatido—. Ya sabíamos todo esto, nos lo contó el niño mudo.

—El pequeño Eco no es un testigo competente. Y su madre nunca testificará.

—¿Y Félix y Cresto? Ninguno de los dos puede prestar declaración, a menos que... — Tirón cerró la boca.

—¿A menos que qué? —Cresto, ignorante de la ley, parecía esperanzado. Hasta que se lo dije, nada supieron del juicio que debía afrontar Sexto Roscio. La novedosa idea de declarar ante un tribunal parecía entusiasmar a Cresto. Tirón, esclavo de un abogado, sabía que no era posible.

—A menos que tu nuevo amo lo permita —dije—. Y todos sabemos que Crisógono nunca lo permitirá; y aquí acaba todo —dije, sabiendo que nada había acabado allí, ni muchísimo menos. Por la mañana diría a Rufo que solicitara del tribunal el envío de una petición a Crisógono para que sus esclavos prestaran declaración. Tenía derecho a negarse, pero ¿qué impresión produciría la negativa? Puede que Cicerón fuera capaz de presionarle para que permitiera al tribunal interrogar a Félix y Cresto. Después de todo, no habían visto las caras de los asesinos y quizá Crisógano no estuviera al corriente de lo mucho que sabían. ¿y qué excusa podía aducir Crisógono para negarle pruebas al tribunal, como no fuera la ocultación de su propia complicidad?

¿Y si Crisógono acataba la citación del tribunal y los entregaba? La ley romana, en su sabiduría, exigía que cualquier esclavo que prestara declaración debía ser sometido a tortura. La declaración de un esclavo realizada libremente era inadmisible; sólo la tortura era un aceptable sello de buena fe. Imaginé al gordo Cresto colgando desnudo de las cadenas, con las nalgas quemadas por los hierros al rojo; y al chupado y quebradizo Félix atado a una silla con una mano en el torno.

—¡Y después —dije, cambiando de tema— fuisteis a Ameria, a servir al hijo de vuestro amo?

—No inmediatamente —explicó Félix—. Y nunca servimos a Sexto el joven. Nos quedamos en una casa cerca del Circo Flaminio, encargándonos de ciertas cosas, responsabilizándonos de los asuntos más importantes, ayudando al administrador. No fuimos a Ameria, ni siquiera asistimos a los ritos funerarios del amo. Y un día, Magno apareció en nuestra puerta, afirmando que la casa le pertenecía y nosotros también. Estaba todo en los papeles que llevaba; ¿qué podíamos hacer?

—Y todo cuando ya empezaba a hacer frío —dijo Cresto—, aunque, por la manera en que Magno se comportaba, pensarías que era pleno verano. El viejo amo sabía disfrutar de la vida, no cometía equivocaciones, sino que sabía que cada vicio tiene su lugar: las borracheras en las tabernas, la pederastia en los baños, las putas en los lupanares, no en casa, y cada fiesta tenía un principio y un final. Pero con Magno todo era una continua orgía, interrumpida por esporádicas reyertas. La casa apestaba a gladiadores y bandidos, y algunas noches incluso cobraba por entrar. Era horrendo, la de gente que entraba y salía de casa profanando la memoria del amo.

—Luego se declaró un incendio —dijo Félix—. Pero ¿qué se podía esperar en aquel templo de la crápula?

—Tiempo después —dijo Cresto— nos metieron en un carro y nos llevaron a Ameria, en el quinto pino, y acabamos en aquella casa sirviendo a Capitón y a su mujer. Salimos del fuego para caer en el infierno, como dice el refrán. Apenas se podía dormir por culpa de los gritos que se daban aquellos dos. Ella estaba loca de remate. No digo que fuera extravagante, como Cecilia Metela, sino que estaba loca de atar. En mitad de la noche me hacía ir a su habitación para contar los pelos que se le habían quedado en el cepillo y luego tenía que separar los blancos de los grises. ¡Quería llevar la contabilidad de todos los pelos que se le caían! Y la hora idónea para ello era en plena noche, mientras Capitón dormía en su cuarto y ella se contemplaba ante el espejo. Pensé que no tardaría en obligarme a contarle las arrugas. Y lo más raro de todo es que Sexto Roscio, el hijo del amo, seguía apareciendo por la casa. Yo pensaba que también había muerto, ya que no habíamos pasado a su propiedad; pensé que nos había vendido con las tierras, aunque vivía prácticamente como un prisionero o un mendigo, en una pequeña e incómoda casa de la finca. Entonces fue cuando oímos los rumores de la proscripción de boca de otros esclavos. Pensé que el mundo se había vuelto tan desquiciado como la mujer de Capitón. Pero lo más raro de todo era la manera de comportarse de Sexto Roscio. Apenas nos conocía, pues apenas paraba en casa de su padre cuando iba a Roma. Lo normal, supongo, es que nos hubiera preguntado por la muerte de su padre, como has hecho tú ahora. La habíamos presenciado y él debía de saberlo. Pero siempre que nos veía miraba a otro lado. Si iba a ver a Capitón (para pedirle dinero casi siempre) y uno de nosotros estaba en el vestíbulo, se quedaba aguardando fuera, aunque hiciera frío. ¡Como si nos tuviera miedo! Comencé a creer que le habían dicho que éramos cómplices del asesinato de su padre. ¡Con lo inofensivos que somos!

De nuevo, algo parecido a la verdad parpadeó en la habitación, como una luz tenue y distinta a la del candil, demasiado débil para proyectar sombras. Cabeceé confu-

so. Sentí una mano en el hombro y di un respingo.

—¡Gordiano! —Era Rufo, sin la muchacha. Cresto y Félix retrocedieron—. Gordiano, voy a tener que regresar a la fiesta. He enviado ya a la joven. Crisógono ha mandado un esclavo para buscarnos; Metrobio está a punto de cantar. Si no voy, llamaré la atención.

—Sí, muy bien —dije—. Vete.

—¿Sabrás encontrar la salida?

—Por supuesto.

Recorrió el cuarto con la mirada, incómodo en el ambiente vulgar de las habitaciones de los esclavos. El papel de espía no le iba; se sentía más cómodo interpretando el papel de noble joven sincero, a la luz del sol, en el Foro.

—¿Ya has terminado? Deberías irte cuanto antes. Cuando Metrobio acabe, el espectáculo habrá terminado y habrá gente muy rara vagando por la casa. Aquí no estarás a salvo.

—Descuida —dije, dándole un apretón en el hombro y empujándole hacia la puerta—. De todos modos —añadí en voz baja—, entretener a Aufilia durante una hora no puede haber sido tan desagradable. —Estiró una comisura bucal, me apartó la mano y se alejó—. ¡Te vi besarla en la despensa!

Dio media vuelta y se me quedó mirando, observó con recelo a los demás y retrocedió hasta donde no pudieron verle ni oírle. Bajó la voz:

—No bromees con eso, Gordiano.

Avancé con él hacia el pasillo.

—No es una broma —dije—. Sólo quería decir...

—Sé qué querías decir. Pero no te confundas. No la besé por placer. Lo hice porque me vi obligado. En aquel momento tenía los ojos cerrados y pensaba en Cicerón. —El rostro se le apaciguó, como le ocurre a todos los amantes, por el solo hecho de haber pronunciado el nombre de la persona amada. Apartó la cortina para salir al pasillo. Pero entonces el corazón me dio un vuelco.

—¡Así que estás aquí, joven Mesala! —La voz era, desde luego, dorada como la miel, como perlas en ámbar. El individuo avanzaba hacia Rufo y estaría a veinte pasos de distancia. Por un instante vi su cara y él vio la mía. Cayó la cortina. Le oí a través de la tela.

—Vamos, Rufo, Aufilia ha vuelto al trabajo y tú debes reincorporarte al placer. —Soltó una carcajada profunda y gutural—. «Eras convierte a los viejos en necios y a los jóvenes en esclavos.» Eso dice el amable Sila, quien desde luego debe de saberlo. Pero no te quiero rondando por aquí y buscando más conquistas mientras el viejo Metrobio nos dedica sus mejores gorgoritos.

N o había suspicacia en su voz y ante mi alivio oí que todo quedaba en silencio mientras se retiraban pasillo abajo. Pero yo sabía lo que había visto cuando nuestros ojos se encontraron. Una ligera arruga había aparecido en su tersa y dorada frente y una expresión de perplejidad había chispeado en sus ojos azules como si se preguntara

cuál de sus sirvientes era yo; y que si no era un esclavo suyo, entonces de quién; y qué estaba haciendo yo en el piso superior en plena fiesta. Si mi expresión en aquel instante había sido tan transparente como la suya (si había revelado la décima parte de la alarma y el temor que había experimentado), no había duda de que Crisógono enviaría a la guardia a investigar en el primer piso en cuanto pudiera.

Retrocedí hacia la habitación.

—Rufo tiene razón. Debemos damos prisa. Sólo una pregunta más. Había una muchacha, una esclava, una puta... joven, rubia, hermosa. De la Casa de los Cisnes. Elena.

Vi en sus ojos que la conocían. Cambiaron una mirada cómplice, como si deliberasen quién debía hablar. Félix carraspeó.

—Sí, Elena. El amo le tenía mucho aprecio.

—¿Cuánto aprecio?

Hubo un tenso silencio. Yo estaba en el umbral, imaginando ruidos procedentes del pasillo.

—¡Rápido! —dije.

Fue Cresto quien habló. Cresto, el más sentimental, el que había llorado antes. Pero su voz era monótona y sin inflexiones, como si la pasión se le hubiera agotado.

—La Casa de los Cisnes, la has mencionado, de modo que sabes cuál era su procedencia. Allí fue donde la encontró el amo. Desde el principio fue distinta de las demás. Al menos eso pensaba él. Lo que nos dejaba perplejos es que la dejara allí tanto tiempo. Cómo dudaba, igual que duda el hombre que va a contraer matrimonio. Como si el hecho de llevarla a su propia casa fuera a cambiar completamente su vida y el viejo no estuviera seguro de desear un cambio así. Finalmente se decidió a comprarla, pero el propietario del burdel sabía negociar; una y otra vez le daba largas y subía el precio. El amo se desesperaba. Fue por un mensaje de Elena por lo que aquella noche abandonó la fiesta de Cecilia Metela.

—¿Sabía vuestro amo que estaba embarazada? ¿y vosotros?

Se miraron pensativos.

—Entonces no lo sabíamos —dijo Cresto—, pero más tarde no fue difícil figurárselo.

—¿Cuando la llevaron a casa de Capitón?

—Vaya, también sabes eso. Entonces quizá sepas lo que le hicieron la noche que llegó. Intentaron matar al niño que llevaba dentro, aunque no recurrieron directamente al aborto... Capitón creía que ofendería a los dioses. Imagínate, un hombre con las manos tan manchadas de sangre!

—¿Y Elena?

—No pudieron quebrantar su voluntad. Sobrevivió. La mantuvieron separada de los demás, igual que nos tienen aquí a nosotros, aunque conseguí hablar con ella un par de veces, lo suficiente para ganarme un poco su confianza. Juró que jamás envió el mensaje que atrajo al amo a las calles aquella noche. Y que el hijo era de él.

Oí un roce a mis espaldas. Aferré la empuñadura de mi cuchillo, me giré y entreví la larga cola de una rata escabulléndose entre dos alfombras enrolladas y apoyadas en la pared.

—Y entonces nació el niño —dije—. ¿Qué pasó luego?

—Fue el final de ambos.

—¿Qué quieres decir?

—El final de Elena. El final del niño.

—¿Qué ocurrió?

—Fue la noche en que dio a luz. Todos en la casa sabían que había llegado el momento. Las mujeres parecieron saberlo sin que se lo dijeran; los esclavos estaban nerviosos e irritables. Fue la misma noche en que el administrador nos dijo a Félix y a mí que Capitón iba a enviarnos de nuevo a Roma. Con Magno, pensamos; por entonces estaba en la ciudad, junto con Malio Glaucia. Pero el administrador nos dijo que no, que nos iban a enviar con un nuevo amo. A la mañana siguiente nos cargaron en un carro de bueyes con unos cuantos objetos para la casa de Crisógono: muebles, cajones de embalar. Y poco antes de que nos fuésemos, sacaron a Elena. Apenas podía caminar de lo débil que estaba. Delgada y consumida, pálida, empapada en sudor... debía de haber dado a luz unas horas antes. En el carro no había lugar para tenderla; lo más que pudimos hacer fue amontonar nuestras ropas para que estuviera cómoda y ayudarla a sentarse, apoyada en los cajones. Estaba aturdida y febril, apenas sabía dónde se encontraba, pero no dejaba de preguntar por el niño. La comadrona salió corriendo de la casa. Estaba sin aliento, llorando, histérica. «Por los dioses —le susurré— ¿dónde está el niño?». Se quedó mirando a Elena, temerosa de hablar. Pero Elena parecía inconsciente; estaba reclinada sobre el hombro de Félix, balbuciendo, temblando, con un tic en los ojos. «Un varón —susurró la comadrona—, era un varón.» «Sí, sí —dije—, pero donde está? ¡Vamos a partir de un momento a otro!» «Muerto—dijo la comadrona, en voz tan baja que apenas pude oírla—. Intenté detenerles, pero no pude... me arrancaron al niño de las manos. Les seguí hasta la cantera y vi que lo arrojaban contra las rocas.» Entonces llegó el conductor del carro, con Capitón detrás, aullándole que se marchara inmediatamente. Capitón estaba blanco como la cal. El carro se puso en movimiento. Todo lo que había en el carro sufría las sacudidas del vehículo. Elena de pronto despierta, gimoteando y reclamando al niño, demasiado débil para llorar. ¡Y Capitón observándonos mientras nos alejábamos, tieso como una columna, con la cara cenicienta! Y la comadrona cayendo de rodillas, abrazándole los muslos, gritando: «¡Piedad, amo!». Y en el momento en que llegábamos a la carretera, un hombre apareció corriendo, doblando la esquina de la casa, resollando, retrocediendo hacia la sombra de los árboles... era Sexto Roscio. Lo último que vi y oí fue a la comadrona gritando cada vez con más fuerza: «¡Piedad, amo!».

Suspiró con un escalofrío y volvió la cara a la pared. Félix puso una mano en el hombro de Cresto y prosiguió el relato.

—¡Menudo viaje! Tres días... no, cuatro, en un carro de bueyes que no dejaba de

traquetear. Suficiente para astillarte los huesos y descoyuntarte la mandíbula. Recorrimos a pie todo el trayecto que pudimos, pero uno de los dos tenía que quedarse en el carro con Elena. No comió nada ni durmió, aunque tampoco parecía despierta. Al menos quedamos dispensados de tener que decirle lo del niño. Al tercer día comenzó a sangrar por entre las piernas. El conductor no se detuvo hasta la puesta de sol. Encontramos a una comadrona que pudo detener la hemorragia, pero Elena ardía como un brasero. Al día siguiente murió entre nuestros brazos, cuando ya divisábamos la Puerta Fontinal.

El candil chisporroteó y la habitación quedó a oscuras. Félix lo cogió, lo llevó hasta un banco que había en un rincón de la estancia y le echó aceite. Al resplandor de la luz vi a Tirón contemplando a los dos esclavos, con los ojos muy abiertos y húmedos.

—Entonces ¿fue Capitón quien mató al niño? —dije sin convicción, como un actor recitando un verso fuera de lugar.

Félix se puso en pie con las manos fuertemente entrelazadas, los nudillos blancos como el hueso. Cresto levantó la mirada hacia mí, parpadeando como un hombre que despertara de un sueño.

—¿Capitón? —dijo—. Bueno, supongo que sí. Ya te lo he dicho, Magno y Glaucia estaban en Roma. ¿Quién más pudo haber sido?

Capítulo Veintiséis

La casa de Crisógono era grande, aunque no tan intrincada como la mansión de Cecilia; aun así, sin la esclava Aufilia para guiarnos, Tirón y yo nos metimos por donde no debíamos mientras buscábamos la escalera de los esclavos. Después de un frustrado intento de volver sobre nuestros pasos, nos encontramos en una estrecha galería que comunicaba con una terraza que daba al lugar donde nos habíamos ocultado entre los cipreses.

De algún lugar del interior de la casa nos llegó la voz de un hombre cantando de manera antinaturalmente atiplada, o de una mujer con un registro muy grave. Se hizo más intenso conforme empujaba a Tirón hacia la pared interior. El sonido parecía salir de detrás de un fino tapiz. Pegué la oreja a un lujurioso Príapo rodeado de ninfas del bosque igualmente lujuriosas y casi pude discernir las palabras.

—Despacio, Tirón —susurré, indicándole por señas que me ayudara a levantar el borde inferior del tapiz, movimiento que puso al descubierto una rendija estrecha y horizontal practicada en la pared de piedra.

La abertura era lo bastante amplia para que dos personas a la vez pudieran contemplar a Crisógono y sus comensales. La grandiosa habitación de la planta baja donde agasajaba a sus invitados llegaba hasta la cúpula que techaba el edificio. La ventana por la que mirábamos se había abierto con un acusado derrame en la parte inferior, de manera que ningún borde impedía nuestra visión: un agujero para espiar, pura y simplemente.

Al igual que todo lo demás en casa de Crisógono, la cena era suntuosa y excesiva. Cuatro mesas bajas, cada una rodeada por un semicírculo de nueve triclinios, se congregaban alrededor de un espacio abierto en el centro de la sala. Cicerón, incluso Cecilia Metela, se habrían negado a invitar a más de ocho comensales al mismo tiempo; pocas leyes romanas no escritas son tan inflexibles como la que sostiene que un anfitrión jamás debe sentar a su mesa a más comensales que los que puede entretener hablando cómodamente al mismo tiempo. Crisógono había reunido cuatro veces esta cantidad en cuatro mesas rebosantes de manjares: aceitunas rellenas de huevas de pescado, boles de tallarines salpicados con los primeros brotes de espárragos tiernos de la temporada, higos y peras flotando en arrope, diminutas aves enteras. Los olores se mezclaban en el aire cálido. Mi estómago rezongó.

Casi todos los invitados eran hombres; las mujeres que había entre ellos descollaban en razón de su evidente voluptuosidad: ni esposas ni amantes, sino cortesanas. Los hombres más jóvenes eran uniformemente delgados y bien parecidos; los de más edad poseían ese aspecto indolente y acicalado de los muy ricos que no lo disimulan. Recorrí sus caras, presto a apartarme precipitadamente de la ventana, hasta que me di cuenta de que era muy poco probable que ninguno levantara la vista. Todos los ojos se concentraban en el cantante que estaba en el centro de la sala o lanzaban furtivas y fugaces miradas a Sila o a un joven que estaba mordiéndose las uñas en la mesa de menos distinción.

El cantante iba ataviado con una ancha túnica morada, bordada en rojo y gris. Mechas de pelo negro veteadas de un rosa pálido, formando grandes ondas y tirabuzones, se articulaban en un peinado tan complejo que era casi cómico. Cuando se volvió en nuestra dirección vi que llevaba la cara pintada, maquillada con matices calcáreos y acres para ocultar las arrugas de los ojos y las facciones abolsadas, e inmediatamente reconocí a Metrobio, el famoso transformista. Lo había visto ya unas cuantas veces, nunca en público y nunca actuando, sólo brevemente, por la calle y una vez en casa de Hortensio, en una ocasión en que el gran abogado se había dignado permitirme la entrada en su casa. Sila había estado enamorado de Metrobio hacía mucho tiempo, en su juventud, cuando el dictador era un don nadie y Metrobio (dicen) un intérprete hermoso y cautivador. A pesar de los estragos del tiempo y de los azares de Fortuna, Sila jamás le había abandonado. De hecho, después de cinco matrimonios, docenas de amoríos e incontables relaciones esporádicas, la relación de Sila con Metrobio había durado mas que ninguna.

Si Metrobio había sido alguna vez esbelto y hermoso, supongo que en esa misma época debió de ser también un buen cantante. Ahora era lo suficientemente juicioso para restringir sus interpretaciones a la intimidad de los que aún le apreciaban y para limitar su repertorio a los efectos cómicos y las parodias. Y a pesar de su desabrida voz y sus forzadas notas, había algo en sus floridos ademanes y en los sutiles movimientos de sus manos y cejas que hacía imposible dejar de mirarle. Su recitado oscilaba entre el canto y la oratoria, como un poema declamado con el acompañamiento de

una sola lira. De vez en cuando se unía un tambor, cuando el tema se volvía marcial. Fingía tomarse cada palabra con la mayor seriedad, lo cual reforzaba el efecto cómico.

La modificación de la letra debía de haber empezado antes de que la casualidad nos llevara a contemplar su actuación, pues el joven poeta que había compuesto los ditirambos originales no sabía donde meterse.

Acordaos, acordaos de cuando Sila era zagal,
sin dinero ni calzado, sin casa ni orina!.
¿Y cómo consiguió salir de aquel estercolero
para alcanzar la cima del mundo entero?
¡Por un agujero, por un agujero!
¡Por la transitada y polvorienta ruta
que tenía entre los muslos Nicápolis la puta!

El público aulló de risa. Sila cabeceó con desdén y fingió ponerse ceñudo. En el triclinio que había a su lado, Crisógono resplandecía de satisfacción. Hortensio susurraba algo al oído de Sórex, mientras Rufo parecía aburrido y disgustado. Al otro lado de la sala, el corrido poeta palidecía hasta adquirir el color del vientre de un pez.

A cada estrofa la canción se volvía más obscena y la multitud reía más y más a sus anchas. Pronto Sila también prorrumpió en sonoras carcajadas. Mientras tanto, el poeta se mordía los labios y se retorcía, cambiando de color como un tizón al viento, palideciendo a cada impiedad y sonrojándose con cada verso. Cuando finalmente se dio cuenta de la broma, al principio pareció aliviado: nadie podía culparle de la parodia, después de todo, e Incluso Sila se divertía. Consiguió esbozar una tímida sonrisa, pero la cambió por un gesto mohíno, sin duda ofendido por el destrozo a que había sido sometido su patriótico homenaje. El otro joven que estaba en su mesa, tras renunciar a integrarlo en la guasa colectiva, le dio la espalda y se puso a reír como una hiena enloquecida. Los romanos adoran a los hombres fuertes que saben reírse de sí mismos y desprecian a los débiles que no pueden.

La canción prosiguió.

No es cierto que Lucio Cornelio Sila careciese de casa en la infancia. Tampoco, imagino, anduvo nunca descalzo, pero en todas las historias acerca de sus orígenes se acentúa la pobreza de sus primeros años.

Hace algunas generaciones, los Cornelios eran una familia patricia de cierta influencia y prestigio. Uno de ellos, un tal Rufino, obtuvo la dignidad de cónsul en una época en que el cargo denotaba integridad y carácter. Su carrera acabó escandalosamente porque en aquellos honrados tiempos era ilegal que un ciudadano poseyera más de diez libras de artículos de plata. Rufino fue expulsado del Senado. La familia decayó y se sumió en la oscuridad.

Hasta que llegó Sila. Su infancia estuvo teñida de pobreza. Su padre murió jo-

ven, dejándole sin nada, y en su juventud vivió en casas de alquiler, entre ex esclavos y viudas. Sus enemigos le acusaban de que su ascenso al poder y su riqueza eran signo inequívoco de corrupción y depravación, dado su humilde origen. Sus aliados, y el propio Sila, gustaban de subrayar la mística de lo que según ellos era la resolución y el carácter firme de nuestro dictador, que le había llevado a tantos triunfos y derramamientos de sangre.

En su juventud no hubo señal alguna del gran futuro que le aguardaba. Su educación fue totalmente azarosa. Se movía entre gente de la farándula: acróbatas, cómicos, figurinistas, poetas, bailarines, trágicos, cantantes. Metrobio estuvo entre sus primeros amantes, aunque desde luego no fue el único. Su duradera reputación de promiscuo se inició entre los parásitos de la escena.

Dicen que el joven Sila poseía un gran atractivo. Tenía poderosos huesos, mandíbula cuadrada y complexión un poco rechoncha, y una barriga blanda y amplia compensada por unos hombros musculosos. Su pelo dorado llamaba la atención en cualquier concurrencia. Sus ojos, al menos es lo que he oído referir a sus contemporáneos, eran ya tan extraordinarios como ahora: penetrantes y de un azul claro, dominándolo todo con la mirada y confundiendo a aquellos que se la devolvían, adoptando una expresión traviesa mientras perpetraba los crímenes más atroces y una faz terrible y adusta cuando estaba absorto en el placer.

Entre sus primeras conquistas estuvo la viuda Nicópolis, cuyos favores podía conseguir cualquier joven que los deseara; se decía que había resuelto entregar su cuerpo a todos los hombres y el corazón a ninguno. Al decir de todos, Sila estaba verdadera y profundamente enamorado de ella. Al principio la viuda se mofaba de su devoción, pero a la larga su persistencia y atractivo quebrantaron su resolución, y acabó enamorada, a los cincuenta años, de aquel joven que no llegaba a los veinticinco. Cuando la mujer murió de unas calenturas le dejó todo a Sila. Su buena suerte había comenzado.

Recibió otro legado de su madre, la segunda esposa de su padre, quien al enviudar había heredado una considerable suma de su propia familia. Al morir nombró a Sita único heredero y éste consiguió amasar una moderada fortuna.

Tras haber conquistado los misterios de la carne y el oro, Sila decidió entrar en política a través de la milicia. Mario había sido elegido para el primero de los siete consulados; Sila consiguió que le nombraran cuestor y se convirtió en el protegido del gran populista. En África, combatiendo contra Yugurta, se dedicó a las proezas marciales, al espionaje y a la diplomacia del engaño calculado. Los complicados detalles de estas maniobras se hallan en sus *Memorias,* cuyos primeros volúmenes ya circulan por Roma en copias clandestinas. El derrotado Yugurta fue llevado a la ciudad desnudo y encadenado, y murió poco después en las mazmorras, medio loco a causa de la tortura y la humillación. Mario había supervisado la campaña, pero fue Sila, a riesgo de su propia vida, quien convenció al rey de Numidia de que traicionara a su yerno. A Mario se le dispensó un desfile triunfal, pero muchos murmuraban que era a Sila a quien había que

atribuir todo el mérito.

Sila viajó luego por Oriente, donde Fortuna le proporcionó victorias en Capadocia. En misión diplomática llegó hasta el Éufrates y fue el primer funcionario romano que llevó un mensaje de paz a los partos, reino que domina el resto del mundo. Su encanto (o quizá su ciega arrogancia) debió de ejercer un perverso hechizo sobre el embajador parto, que no tuvo inconveniente en ocupar un asiento más bajo que el de Sila. El rey de Partia hizo ejecutar al embajador tiempo después: tras perder todo su prestigio, perdió también la cabeza, un chiste que Sila jamás se cansaba de repetir.

Todo hombre poderoso está rodeado de vaticinios de grandeza: del cielo cayeron estrellas al nacer Alejandro, Hércules estranguló una serpiente en la cuna y se oyó pelear a las águilas cuando Rómulo y Remo salieron del vientre de su madre. Fue mientras agasajaba al séquito parto cuando la carrera de Sila comenzó a adquirir visos de leyenda. Verdad o ficción, sólo Sila lo sabe de cierto, pero dice la tradición que en el séquito parto había un sabio cuya misión era estudiar los rasgos faciales de Sila para averiguar su carácter mediante la aplicación de unos principios científicos desconocidos en Occidente. Probablemente buscaba alguna debilidad, pero, lejos de ello, el sabio retrocedió asombrado. Sila, al que jamás se podrá culpar de falsa modestia, relata la reacción del viejo caldeo en sus *Memorias:* «¿Puede tener un hombre tal grandeza y no ser el más grande de la tierra? ¡Me asombra, pero no su grandeza, sino que incluso ahora se abstenga de ocupar el lugar prioritario que le corresponde, como el primero en todo por encima de sus semejantes!».

Cuando Sila regresó a Roma, Mario no se alegró de verle. La manzana de la discordia surgió cuando llegó una escultura enviada por el aliado rey de Numidia, conmemorando el final de la guerra africana y la caída de Yugurta. Bajo las extendidas alas de la Victoria, las figuras representaban al rey entregando al encadenado Yugurta al gran amigo del rey, Sila. Mario no aparecía por ninguna parte. Casi perdió la razón en un arrebato de celos y amenazó con destruir la escultura a menos que el Senado dictara una ley que la eliminara del Capitolio. La retórica subió de tono por ambas partes hasta que la ruptura entre los dos hombres fue cosa hecha. Pero entonces estallaron las guerras sociales entre Roma y sus aliados de Italia y las rencillas privadas pasaron a segundo plano.

Cuando todo acabó, Sila obtuvo el primer consulado a la respetable edad de cincuenta años. Roma, al igual que un enfermo que ha sufrido lo indecible, estaba dispuesta ya a soportarlo todo.

El movimiento populista de Mario llegó a su punto más alto. Su mano derecha era el radical y demagógico Sulpicio, el tribuno elegido por las masas cuyos decisiones escarnecían el poder y el prestigio de la nobleza. Bajo el gobierno de Sulpicio, la ciudadanía romana se vendía en pública subasta a ex esclavos y extranjeros impiedad que causaba ataques de apoplejía entre la nobleza de rancio abolengo. De manera más insidiosa aún, Sulpicio formó un ejército privado de tres mil hombres procedentes de la clase ecuestre, jóvenes ambiciosos, despiadados y dispuestos a todo. Entre los miem-

bros de este ejército seleccionó un cuerpo de élite de seiscientos hombres que circulaba constantemente por el Foro. Sulpicio lo denominaba el Contrasenado.

Mientras tanto, Mitrídates saqueaba nuestras posesiones orientales, Grecia entre ellas. El Senado votó enviar a Sila para ponerle freno, misión que consiguió gracias a sus anteriores servicios y que le correspondía por su cargo de cónsul. El encargo resultaría extraordinariamente lucrativo; no hay como una triunfal campaña en Oriente a la hora de conseguir ingresos en forma de tributos, impuestos y botín puro y simple. También solía proporcionar un inmenso poder a su general en jefe; antiguamente, los ejércitos romanos eran leales al Senado, pero ahora siguen al hombre que les manda. El Contrasenado de Sulpicio decidió que el mando del ejército debía corresponder a Mario. Se presionó al Senado para que transfiriera el mando a Mario y Sila escapó por los pelos de ser asesinado en las calles.

Sila huyó de Roma para apelar directamente al ejército regular. Cuando los soldados profesionales se enteraron de lo ocurrido, juraron fidelidad a Sila y mataron a pedradas a sus oficiales, nombrados por Mario. En Roma, los seguidores de Mario reaccionaron atacando a los miembros del partido de Sila y saqueando sus propiedades. Presa del pánico, la gente iba de un lado para otro, huyendo de Roma hacia el campamento de Sila o del campamento de Sila a Roma. El Senado cedió a todas las exigencias de Mario y Sulpicio. Sila marchó sobre la capital.

Y ocurrió lo impensable. Roma fue invadida por los romanos.

La noche anterior, Sila tuvo un sueño. Tras él estaba Belona, cuyo culto había llegado a Roma desde Oriente y cuyos antiguos templos había visitado el propio Sila en Capadocia. La diosa puso rayos en sus manos. Nombró a sus enemigos uno por uno y mientras los nombraba, aparecían a través de una bruma, como diminutas figuras vistas desde lo alto de una colina. La diosa dijo a Sila que les atacara. Sila lanzó los rayos. Sus enemigos quedaron destruidos. Sila despertó, según cuentan sus *Memorias,* fortalecido y confiado.

¿Qué hombre tiene un sueño así? ¿Un loco? ¿Un genio? ¿O simplemente un hijo de Roma bendecido por la Fortuna y al que el poder que guía su destino envía un mensaje tranquilizador?

Antes del alba, cuando el ejército se formó, un cordero fue sacrificado. Junto a la humeante antorcha, el agorero Postumio leyó las entrañas. Se fue rápidamente hacia Sila y se arrodilló, presentándole las muñecas como para que se las encadenara. Imploró a Sila que lo hiciera prisionero y lo ejecutase si sus visiones eran falsas, tan seguro estaba del triunfo de Sila. Eso cuenta la leyenda. Hay algo en un hombre como Sila que hace que sabios y adivinos quieran postrarse a sus pies.

Sila atacó desde Oriente con un ejército de 35.000 hombres. Hay partes del monte Esquilino que aún muestran las huellas de su avance. Se abrieron brechas en las murallas. El inerme populacho resistió arrojando tejas y cascotes desde los tejados. El propio Sila fue el primero en tomar una antorcha y prender fuego al edificio donde la gente se había congregado para resistir. Los arqueros lanzaron flechas incendiarias

sobre los tejados. Familias enteras fueron quemadas vivas; otras quedaron sin casa y arruinadas. Las llamas no hicieron distinción entre justos y pecadores, amigos y enemigos. Todo fue consumido.

Mario se vio obligado a retroceder hacia el templo de Telus. Allí alcanzó su cenit su populismo radical: prometió liberar a todos los esclavos de Roma que quisieran ayudarle. Dato revelador de la previsión de los esclavos o del declive de la reputación de Roma es que sólo tres se ofrecieran voluntarios. Mario y sus seguidores huyeron de la ciudad y se dispersaron. El tribuna Sulpicio, dirigente del Contrasenado, fue traicionado por uno de sus propios esclavos y condenado a muerte. Sila recompensó al esclavo otorgándole la libertad y a continuación lo castigó como hombre libre arrojándolo desde la Roca Tarpeya.

Mis pensamientos, que se habían extraviado en alas de la canción de Metrobio, retornaron al presente. La voz de Metrobio fingía ahora una cantilena infantil con un acento griego que daba asco:

Sila afila la pilila; a su mujer se la ventila.
Sila saca y mete mecha; su mujer es una estrecha.
¿Quién tiene los choncros, las ronchas, los granos de pus?
¿La pililo de Sila o la verija de su pelandús»?

La multitud se quedó boquiabierta. Unos cuantos rieron disimuladamente. Crisógono reprimió su sonrisa dorada. La cara de Sita se había quedado sin expresión. Rufo parecía disgustado. Hortensia acababa de llevarse algo a la boca y recorría la habitación con la mirada, sin atreverse a tragar. El destrozado y joven poeta, pálido y sudoroso, parecía a punto de vomitar.

La lira quedó en silencio y Metrobio quedó inmóvil durante un instante. La lira emitió un gemido. Metrobio ladeó la cabeza.

—Bueno —dijo zumbón—, puede que no sea digno de Sófodes, ni siquiera de Aristófanes... ¡pero me gusta!

La tensión se rompió. La habitación prorrumpió en carcajadas; incluso Rufo sonrió. Hortensio finalmente tragó y alargó el brazo hacia su copa. El joven poeta se levantó tambaleándose del triclinio y salió apresuradamente de la sala, agarrándose el vientre. .

El que tocaba la lira emitió un acorde y Metrobio respiró profundamente. La canción volvió a comenzar.

Cuando hubo terminado, tras repasar con detalles mordazmente satíricos los momentos culminantes de la carrera de Sila, incluso el poeta humillado, que había vuelto pálido y cabizbajo a su triclinio, se unió a la estridente carcajada con que el público recompensó la actuación de Metrobio.

Tirón se volvió hacia mí cabeceando.

—No comprendo a esta gente —susurró—. ¿En qué clase de fiesta estamos?

Yo me estaba preguntando lo mismo.

—Puede que los rumores sean ciertos. Creo que nuestro estimado dictador y Salvador de la República contempla su inminente retiro. Esto significaría acontecimientos y ceremonias solemnes, encomios, discursos retrospectivas, la publicación oficial de sus *Memorias.* Todo muy serio, muy formal, muy respetable, muy romano. Pero entre los suyos, Sila prefiere beber y burlarse del asunto. ¡Qué hombre tan raro! Pero espera, la canción no ha acabado.

Metrobio pestañeaba, moviendo las manos con coquetería, con ademanes afeminados, remedando a una tímida virgen. Abrió la boca pintada y cantó:

Sila conoció a su esposa en una orgía
Donde cada cual hacía lo que quería.
Ella le tiró del borde de la túnica,
pero ¿quería un recuerdo del divino o
echar un vistazo a su pepino?

Las risas fueron ensordecedoras. El propio Sila se echó hacia delante, golpeó la mesa con la mano y casi se cayó del triclinio. Crisógono sonrió, dejando pocas dudas acerca de quién era el verdadero autor del epigrama. Hortensio arrojó un espárrago a Metrobio, voló sobre la cabeza del intérprete y golpeó al poeta en la frente. Rufo se alejó de Sórex, que sonreía e intentaba susurrarle algo al oído. Aquello, por lo visto, no le hada gracia

Se perforó carne aquella jornada;
cuerpos retorcidos en la tierra sudada.
Sila empuñó su espada
para demostrar que no estaba oxidado;
Y la dama consistió demacrada,
Sí, dijo...

La canción fue interrumpida por el ruido ensordecedor de una mesa al volcarse. Rufo se había puesto en pie con la cara encendida. Hortensio le puso una mano en la pierna, para contenerle, pero Rufo se desasió con violencia.

—Puede que Valeria sólo sea hermanastra tuya, Hortensio, pero es sangre de mi sangre —dijo— y no escucharé estas inmundicias. ¡Y es tu mujer! —añadió, deteniéndose ante el asiento de honor y mirando abiertamente a Sila—. ¿Cómo puedes tolerar tales ofensas?

La sala quedó en silencio. Durante un instante, Sila no se movió, sino que permaneció como estaba, apoyado en un codo y con las piernas estiradas. Miraba al vacío y movía la mandíbula como si los dientes le molestaran. Finalmente bajó las piernas al

suelo y se irguió lentamente, levantando la vista hacia Rufo, con una expresión a la vez sarcástica y compungida.

—Eres un joven muy orgulloso —dijo—. Muy orgulloso y muy bello, como tu hermana. —Alargó el brazo para coger su copa de vino y tomó un sorbo—. Pero contrariamente a Valeria, parece faltarte sentido del humor. Y si Hortensio es hermanastro tuyo, quizá eso explique por qué sólo posees la mitad de su buen, por no hablar de sus buenos modales. —Bebió un poco de vino y suspiró—. Cuando yo tema tu edad, había muchas cosas en el mundo que me molestaban. En lugar de quejarme, me propuse cambiar el mundo y lo conseguí. Si una canción te ofende, no patalees. Escribe otra mejor.

Rufo le devolvió la mirada con los brazos pegados a los costados, apretando los puños. Imaginé el sinfín de insultos que sin duda le cruzaba la cabeza y murmuré en silencio una plegaria para que tuviera cerrada la boca. La abrió como si fuera a hablar, su mirada colérica recorrió la sala y salió con aire ofendido.

Sila volvió a echarse en el triclinio, al parecer decepcionado por haber tenido que decir la última palabra. Hubo un silencio incómodo, roto por una pulla del poeta en ciernes:

—¡He ahí a un joven que ha interrumpido su carrera! —Fue un comentario de lo más cretino, pues lo había hecho un don nadie y lo había dirigido al joven Mesala, cuñado del dictador. El silencio se hizo aún más incómodo, roto sólo por esporádicos gruñidos y una reprimida tos de Hortensio.

El anfitrión estaba impávido. Crisógono exhibió su sonrisa dorada y miró afectuosamente a Metrobio.

—Creo que falta una estrofa... sin duda la mejor, reservada para el final.

—¡Por supuesto! —Sila se puso en pie echando chispas por los ojos y tambaleándose un poco a causa del vino. Caminó hacia el centro de la sala—. ¡Qué regalo me habéis ofrecido esta noche! Incluso el dulce Rufo, que se ha comportado de esa manera tan necia y engreída, con esa indomable melena, con ese indomable temperamento, tan opuesto a su hermana. ¡Qué noche! Habéis hecho que me acordara de todo, lo quisiera o no... de las épocas malas y de las buenas. Pero los viejos tiempos, ésos fueron los mejores, cuando yo era joven y sólo tenía esperanzas y fe en los dioses, y el amor de mis amigos. ¡Entonces sí que era un necio sentimental! —Cogió la cara de Metrobio con ambas manos y le besó de lleno en la boca, ante lo que el público prorrumpió en un caluroso aplauso. Cuando Sila interrumpió el beso, vi lágrimas en sus ojos. Sonrió y retrocedió con paso vacilante, haciendo una seña al tañedor de la lira para indicarle que siguiera tocando mientras caía en el triclinio.

La canción se reanudó:

> Y *la dama consintió demacrada,*
> *sí, dijo...*

Pero Tirón y yo no oímos el final. Volvimos de súbito la cabeza, sobresaltados

por un ruido inconfundible: el metálico silbido de una hoja de acero al abandonar la vaina.

Crisógono había enviado a alguien a averiguar qué ocurría arriba o quizá nos habíamos demorado demasiado tiempo en un solo lugar. Una recia figura emergió de las sombras de la puerta cojeando ligeramente mientras entraba en el charco de luz de la luna procedente de la terraza. Su pelo alborotado era como un halo de llamas azules y la expresión de sus ojos me heló la sangre. En la mano izquierda esgrimía un cuchillo con la hoja tan larga como el antebrazo de un hombre, quizá la misma hoja que había utilizado para apuñalar reiteradamente a Sexto Roscio.

Una fracción de segundo más tarde apareció el secuaz de Magno, Malio Glaucia. La cicatriz que le recorría la cara, recuerdo de Bast, parecía más marcada y desagradable a la pálida luz. Empuñaba el cuchillo del mismo modo que su amo, hacia arriba y hacia delante, en posición de abrirle las tripas a un animal.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —dijo Magno, dando vueltas al cuchillo en la mano, para que la hoja brillara. Su voz era más aguda de lo que había esperado. A su latín rural venía a sumarse el acento gangoso de las bandas callejeras.

Observé los ojos de los dos hombres; no tenían ni idea de quién era yo. Glaucia había ido mi casa para intimidarme o asesinarme, sin duda por orden de Magno, pero ni uno ni otro habían llegado a verme, excepto como un transeúnte desconocido en la calle, delante de la casa de Capitón. Lentamente aparté la mano de la túnica. Mi intención había sido coger el cuchillo; pero lo que hice fue quitarme el anillo de ciudadano. Adelanté las manos.

—Por favor, perdonadme —dije, sorprendido de lo poco que me costaba parecer dócil y humilde ante dos gigantes armados—. Somos los esclavos de Marco Valerio Mesala Rufo. Nos enviaron aquí a buscarle antes de que comenzara el espectáculo. Y nos perdimos como unos tontos.

—¡Y por eso estáis espiando al amo de esta casa y a sus invitados? —dijo Magno. Se separaron y se acercaron por los dos lados, como los flancos de un ejército.

—Nos detuvimos aquí sólo para echar un vistazo por la terraza y respirar un poco de aire fresco. —Me encogí de hombros, manteniendo las manos a la vista y procurando parecer contrito y confuso. Lancé una ojeada a Tirón y comprendí que me seguía la corriente de modo admirable; o que estaba muerto de miedo—. Oímos la canción, vimos este ventanuco... estúpidos y presuntuosos de nosotros, claro, y estoy seguro de que nuestro joven amo hará que nos azoten por tamaña insolencia. Es que pocas veces tenemos ocasión de ver una reunión de tal categoría.

Magno me agarró por el hombro y me empujó hacia la terraza, a la luz de la luna. Glaucia empujó a Tirón contra mí, trastabillé hacia atrás, tropecé de espaldas en el antepecho de ladrillos y tuve que agarrarme al borde para no caer. Miré por encima del hombro. El abismo que había debajo de nosotros terminaba en un herboso montículo cruzado por las sombras de los cipreses. La terraza no me había parecido tan alta desde abajo.

Magno me tiró del pelo y con la punta del cuchillo me pinchó la carne blanda del cuello, obligándome a volverme y a darle la cara.

—Yo te he visto antes —susurró—. ¡Glaucia, echa un vistazo! ¿De qué conocemos a este perro?

El gigantesco rubio me escrutó, hizo un puchero y arrugó la frente. Meneó la cabeza, desconcertado.

—No sé —gruñó. Entonces su cara se iluminó—. Ameria —dijo—. ¿Te acuerdas, Magno? El otro día, en la carretera, poco antes de llegar a la villa de Capitón. Iba en dirección contraria, cabalgando solo.

Magno exclamó:

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? —Apretó el cuchillo con más fuerza, hasta que sentí abrirse la piel. Imaginé la sangre resbalando por el cuchillo. Me habría gustado decirles: «No os preocupe quién soy. Yo sí sé quiénes sois vosotros. Matasteis a vuestro primo a sangre fría y le robasteis sus posesiones. E irrumpisteis en mi casa y escribisteis un mensaje con sangre en la pared. Habríais matado a Bethesda de tener la oportunidad. Pero antes la habríais violado».

Levanté la rodilla de pronto y alcancé a Magno en la entrepierna. Por acto reflejo, bajó las manos y la hoja me desgarró la túnica, arañándome el pecho. No importaba; sabía que, de todos modos, estaba perdido: Glaucia estaba ya a su lado con el arma en posición de ataque. Me dispuse a recibir el golpe en el corazón. Incluso lo escuché, un repugnante sonido de carne desgarrada.

Pero nadie me apuñaló y Glaucia cayó al suelo de rodillas, soltando el cuchillo y sujetándose la cabeza. Tirón se erguía sobre él, sosteniendo en la mano un ladrillo ensangrentado.

—Se soltó de la pared —dijo, mirándolo asombrado.

A ninguno de los dos se nos ocurrió empuñar el cuchillo de Glaucia, pero sí a Magno. Lo cogió, retrocedió unos pasos y avanzó con un cuchillo en cada mano, bramando como un toro cretense.

Salté el antepecho incluso antes de darme cuenta, como si mi cuerpo hubiera dando un brinco olvidándose de la cabeza. Caí rodeado de negrura, aunque no solo. A un lado y un poco por encima de mí, otro cuerpo surcaba el vacío: era Tirón. Un poco más allá, cayendo a plomo como un cometa extinto, había un trozo de ladrillo, dando vueltas continuas, manchado de sangre, lanzando destellos granates bajo la luz azulada. Magno era un rostro furioso que miraba por encima del antepecho, allá en lo alto, flanqueado por las dos hojas que esgrimía, cada vez más pequeño.

TERCERA PARTE

Justicia

Capítulo Veintisiete

Algo extraordinariamente duro corrió hacia mí y me golpeó por debajo: era la tierra seca y compacta. Como si hubiera sido recogido por la mano de un titán, me sentí lanzado hacia delante, di una vuelta de campana y me detuve. Junto a mí oí lamentarse a Tirón. Se quejaba de algo, pero sus palabras eran confusas. Por un momento, me olvidé por completo de Magno. En lo único que podía pensar era en lo sutil que era el aire y lo asombrosamente denso que era el suelo. Entonces volví en mí y me puse en pie.

La cara de Magno parecía increíblemente lejana; ¿yo había saltado desde tanta altura? No había peligro de que nos siguiera: ningún hombre en su sano juicio habría dado aquel salto como no fuera para salvar su vida. Tampoco había peligro de que Magno diera la alarma general y menos con Sila en la casa: habría suscitado demasiadas preguntas y traído complicaciones desagradables. Podíamos consideramos libres. Cuando Magno consiguiera recorrer todos los pasillos y escaleras y llegar donde nos encontrábamos, ya habríamos desaparecido en la noche. ¿Por qué, entonces, sonreía de pronto? Oí lamentarse a Tirón, me volví y lo vi temblando, apoyado en las manos y las rodillas, en la hierba reseca. Se puso en pie, o lo intentó, y cayó impotente hacia delante; lo intentó de nuevo y volvió a caer. Su cara se retorcía de dolor.

—El tobillo —susurró y lanzó una maldición. Volví a levantar los ojos hacia el balcón. Magno ya no estaba.

Me levanté y ayudé a Tirón a incorporarse. Le rechinaron los dientes y emitió un extraño gorgoteo: un aullido de dolor ahogado a fuerza de voluntad.

—¿Puedes caminar? —pregunté.

—Claro. —Me apartó de sí y no tardó en caer de rodillas. Volví a levantarle, lo sujeté y comencé a caminar lo más rápidamente que pude. Tirón avanzaba a la pata coja, tragando aire con los dientes apretados a causa del dolor. Recorrimos unos cien pasos hasta que oí un leve roce de pies detrás de nosotros y sentí encogérseme el corazón.

Miré a mi espalda y vi a Magno apareciendo precipitadamente en la calle, perfilada su silueta por las brillantes lámparas del pórtico de Crisógono. Detrás de él había otra figura: la pesada mole de Malio Glaucia. Por un instante vi la cara del gigante rubio, iluminada por la luna y enmarcada en chisporroteantes antorchas, veteada de sangre y con un aspecto apenas humano. Se quedaron inmóviles en mitad de la calle, mirando a un lado y a otro. Arrastré a Tirón hacia la sombra del mismo árbol desde donde habíamos observado la llegada de Sila, pensando que la oscuridad nos protegería, pero el movimiento debió de llamar la atención de Magno. Oí un aullido y el chocar de las sandalias contra las losas.

—¡Súbete a mi espalda! —dije. Tirón lo comprendió de inmediato y me obedeció cojeando. Me agaché entre sus piernas, lo levanté y eché a correr, asombrado de mi propia fuerza. Respiré profundamente y reí en voz alta, creyendo que podría correr

una milla[1] y ganar distancia con cada zancada. Les oí gritar a mi espalda, aunque débilmente; lo que oía, más bien, era el golpeteo de la sangre en mis oídos.

A continuación, en un instante, aspirando una bocanada de aire que me llegó más breve que las demás, la excitación del momento se desvaneció. Poco a poco, el estallido de energía menguó. El nivel del suelo pareció ascender y a continuación derretirse, como si corriera por el barro. En lugar de reír tosía y de pronto apenas pude levantar los pies; Tirón pesaba como una estatua de bronce. Oí a Magno y a Glaucia detrás de nosotros, sus pisadas tan cerca que mi nuca comenzó a estremecerse, encogiéndose ante la perspectiva de un cuchillo en mitad de la espalda.

Nos tambaleamos hasta un alto muro cubierto de hiedra. La pared acabó. Entonces distinguí la casa de Cecilia Metela a mi izquierda. El pórtico estaba iluminado por un solitario brasero, flanqueado por dos guardas allí apostados para custodiar a Sexto Roscio.

Un ciudadano sin aliento transportando en hombros a un esclavo era probablemente lo último que aquellos guardas de ojos legañosos esperaban ver salir de la oscuridad. Echaron mano de la espada y se pusieron en pie como gatos en guardia.

—¡Ayudadnos! —dije jadeando—. ¡Cecilia Metela me conoce! ¡Dos hombres nos persiguen... criminales callejeros... asesinos!

Los soldados retrocedieron y esgrimieron la espada, pero no hicieron nada por detenerme cuando incliné la cabeza y bajé a Tirón para dejado en el suelo. Dio un paso cojeando y se derrumbó con un gemido. Lo dejé allí y me puse a golpear la puerta, miré a mi espalda y vi que Magno y Glaucia se detenían justo donde comenzaba el tramo iluminado por el resplandor del brasero.

Incluso los guardas armados retrocedieron al verlos: Magno, con el pelo alborotado, la cara llena de cicatrices y las narices dilatadas, Glaucia con la sangre corriéndole por la frente, ambos con las armas en ristre. Volví a golpear la puerta.

Magno bajó el cuchillo e indicó por señas a Glaucia que le imitara.

—Esos dos son ladrones —dijo, señalándome. A pesar de su aspecto brutal, su voz era mesurada y serena. Ni siquiera manifestaba agitación—. Rateros —afirmó—. Los sorprendimos intentando forzar la entrada de la casa de Lucio Cornelio Crisógono. Atrapadlos.

Los dos soldados intercambiaron confusas miradas. Se les había ordenado custodiar a un prisionero en la casa, no impedir la entrada a nadie ni mantener la paz en la calle. No tenían ninguna razón para ayudar a dos hombres de mirada furibunda y armados con cuchillos. Ni tampoco para proteger a dos inesperados visitantes nocturnos. Magno debería haberles dicho que éramos esclavos fugitivos; aquello habría obligado a los soldados, en cuanto que ciudadanos, a entregarnos. Pero era demasiado tarde para inventar otra versión. Cuando vio que los guardas no daban ninguna respuesta, Magno

[1] La milla romana equivalía aproximadamente a kilómetro y medio y se llamaba así porque constaba de un millar de pasos, que era otra medida de longitud. *(N. del E.)*

sacó una abultada bolsa. Los guardas miraron la bolsa y se miraron entre sí; acto seguido, sin compasión alguna, sin afecto, a nosotros dos. Golpeé la puerta con ambos puños.

Finalmente se abrió una rendija y por ella asomaron los calculadores ojos del eunuco Ahausaro. Sus ojos me recorrieron, Se fijaron en Tirón y luego en los matones. Yo todavía respiraba con dificultad, buscando las palabras con que explicarme, cuando abrió la puerta, nos hizo pasar y cerró de un portazo a nuestras espaldas.

Ahausaro se negó a despertar a su ama. Ni siquiera permitió que nos quedáramos a pasar la noche. («Imposible», dijo con un arrogante desdén, como si alojar a Sexto Roscio y a su familia fuera ya baldón suficiente). Magno podía estar aguardándonos emboscado fuera de la casa; aún peor, podía haber enviado a Glaucia en busca de refuerzos. Cuanto antes nos marcháramos, mejor. Tras unas apresuradas negociaciones (yo imploraba mientras el eunuco arqueaba las cejas y miraba al techo), se alegró de vernos partir con un equipo de bostezantes portadores de literas junto con algunos gladiadores de la escolta personal de su ama.

—¡No más aventuras! —dijo Cicerón con seriedad—. No tiene sentido. Cuando Cecilia se entere por la mañana, quedará escandalizada. Tirón está herido. Y es imposible saber qué repercusiones puede tener todo esto... ¡espiar a Crisógono en su propio domicilio, con Sila en la mismísima sala! Mi propio esclavo y un secuaz de turbia reputación... perdona, Gordiano, pero es la verdad... os cogieron fisgando una mansión privada del Palatino durante una fiesta en honor de Sila. No sería difícil considerarlo una amenaza contra la seguridad del Estado, ¿no te parece? ¿Y si os hubieran cogido y os hubieran llevado delante de Crisógono? Podrían haberos tomado por asesinos y ladrones. ¿Te gustaría ver mi cabeza en lo alto de una pica? Y todo para nada... no averiguaste nada nuevo con esa travesura, ¿o sí? Nada importante, por lo que puedo ver. Tu misión ha terminado, Gordiano. ¡Abandona el caso! Ahora todo depende de Rufo y de mí. Dos días más... mañana y pasado, y se celebrará el juicio. ¡Hasta entonces, basta de estas absurdas aventuras! Manténte al margen e intenta permanecer con vida. Es más, te prohíbo que salgas de esta casa.

Algunas personas no se sienten de muy buen humor cuando se levantan de la cama en mitad de la noche. Cicerón estuvo brusco y desagradable desde el mismísimo momento en que salió al vestíbulo, advertido por un esclavo de que presenciase la llegada de un grupo de desganados guardaespaldas y un esclavo transportado en litera. Tenía los ojos hundidos y ojeras; supongo que en sus sueños no aparece ninguna favorable deidad entregándole rayos. Fatigado o no, Cicerón hablaba constantemente, en su mayor parte para ridiculizarme, mientras se cernía sobre Tirón, que estaba echado boca abajo sobre una mesa mientras el físico de la casa (que también era el jefe de cocina) le examinaba el tobillo, girándolo a un lado y a otro. Tirón hizo una mueca de dolor y se mordió el labio. El físico asintió gravemente con los ojos enrojecidos e hinchados a causa del sueño interrumpido.

—No está roto —dijo por fin—, sólo dislocado. Tiene suerte; podría haberse quedado cojo para el resto de su vida. Lo mejor es darle mucho vino, aclara la sangre coagulada e impide la rigidez muscular. Esta noche empapadle el tobillo con agua fría, impedirá que se hinche. Si lo deseáis, podéis enviar a alguien a buscar agua fresca de algún manantial. Envolvedlo bien apretado esta noche y procurad que no ande hasta que desaparezca el dolor completamente. Diré al carpintero que le talle una muleta por la mañana.

Cicerón asintió aliviado. De pronto, su mandíbula comenzó a temblar. La boca se le estremeció. En la barbilla se le formó un hoyuelo. Abrió la boca en un bostezo jadeante, esforzándose por mantenerla cerrada. Parpadeó de sueño. Me lanzó una última mirada despectiva, censuró a Tirón con un cabeceo y regresó al lecho.

Me encaminé agotado a mi habitación. Bethesda estaba sentada en la cama, completamente despierta, aguardándome. Había escuchado a través de la puerta, aunque sólo se había enterado de lo más esencial de las aventuras de aquella noche. Me hizo una pregunta tras otra. No dejé de responderle, incluso cuando mis réplicas murmuradas ya no tenían ningún sentido.

En cierto momento comencé a soñar.

En el sueño, estaba echado con la cabeza en el regazo de una diosa que me acariciaba la frente. Su piel era como el alabastro. Los labios como cerezas. Aunque tenía los ojos cerrados, sabía que sonreía, pues percibía su sonrisa como la acariciante luz del sol de primavera.

Se abrió una puerta y la habitación se llenó de luz. Entró Apolo efesio como un actor subiendo al escenario, desnudo, dorado y cegadoramente hermoso. Se arrodilló junto a mí y puso su boca tan cerca de mi oído que sus blandos labios me acariciaron la carne. Tenía el aliento tan cálido como la sonrisa de la diosa y olía a madreselva. Susurró palabras de dulce consuelo como el murmullo de un arroyo.

Manos invisibles tocaban una lira invisible, mientras un coro que no podía ver cantaba la más hermosa canción que había oído en mi vida: estrofas de amor y elogio, todo en mi honor. En cierto instante, un gigante brutal armado con un cuchillo recorría a ciegas la habitación, los ojos cubiertos de sangre coagulada procedente de una herida en la frente; pero ninguna otra imagen desagradable vino a turbar la absoluta perfección de aquel sueño.

Cantó un gallo. Tuve un sobresalto y me erguí como empujado por un resorte, imaginando que estaba de nuevo en mi casa del Esquilino y creyendo haber oído a algún extraño rondando en aquel amanecer. Pero lo que oí fue sólo el ruido de los esclavos de Cicerón disponiéndose a afrontar el día que les esperaba. Junto a mí, Bethesda dormía como un tronco, su pelo negro extendido sobre el almohadón. Volví a tenderme a su lado, pensando que sería imposible que volviera a dormirme.

Me quedé inconsciente antes de cerrar los ojos.

El sueño se extiende a mi alrededor en todas direcciones: sin rasgos, sin imágenes, carente de puntos de referencia. Es como una eternidad; nada mide el paso del tiempo y ninguna indicación revela el volumen del espacio, un instante no es diferente de un eón y un átomo es tan grande como el universo. Toda la diversidad de la vida, tanto el placer como el dolor, se disuelve en una unidad primigenia, absorbiendo incluso la nada. ¿Es eso la muerte?

De pronto, desperté.

Bethesda estaba sentada en un rincón del cuarto, cosiendo el dobladillo de la túnica que yo había llevado la noche anterior. En cierto instante, quizá al saltar, la había desgarrado. Junto a ella había un trozo de pan medio mordisqueado y untado con miel.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Mediodía, más o menos.

Me estiré. Tenía los brazos doloridos. Me di cuenta de que tenía un gran cardenal en el hombro derecho.

Me puse en pie. Las piernas me dolían tanto como los brazos. Procedente del atrio, me llegó el zumbido de las abejas y el murmullo de Cicerón declamando.

—Ya está —anunció Bethesda. Enseñó la túnica, parecía complacida consigo misma—. La he lavado esta mañana. La lavandera de Cicerón me ha enseñado un nuevo método. Hasta las manchas de hierba desaparecen. El aire es tan seco que casi está seca.

—Se puso detrás de mí y levantó la túnica sobre mi cabeza para vestirme. Levanté los brazos, gruñendo a causa de las agujetas.

—¿Comida, amo?

Asentí.

—La llevaré al peristilo que hay en la parte de atrás de la casa —dije—. Lo más lejos posible de la oratoria de nuestro anfitrión.

Era un día perfecto para no hacer nada. En el cuadrado de cielo azul que había encima del patio, hinchadas nubes blancas flotaban una tras otra. El aire era cálido, aunque no tan sofocante como en días anteriores. Una brisa fresca y seca soplaba sobre el tejado y a través de los pórticos en sombras. Los esclavos de Cicerón se movían en silencio por la casa, con una expresión de excitación y determinación reprimida, contagiados parias sucesos que se ventilaban en el estudio del amo. Un día más y a continuación el juicio..

Bethesda permaneció a mi lado, ofreciéndose a acercarme esto o aquello, atenta a todo lo que yo deseaba: un rollo de papiro, algo de beber, un sombrero de ala ancha. Su actitud era desacostumbradamente sumisa. Aunque no lo mencionó, pude adivinar que los remanentes signos del peligro de la noche anterior —la túnica desgarrada, la magulladura en mi hombro— pesaban en su espíritu, y que se alegraba de tenerme sano y salvo y a la mano. Cuando me trajo una copa de agua fría, dejé a un lado el rollo que estaba leyendo, la miré a los ojos y rocé sus dedos con los míos. En lugar de devolverme la sonrisa pareció estremecerse y creí ver temblar sus labios, tan suavemente co-

mo tiemblan las hojas de un sauce al tenue viento. Apartó la mano y se retiró cuando Tirón el viejo, el portero, se dirigió a mí caminando en diagonal a través del patio, sin hacer caso de las reglas del decoro, que obligaban a los esclavos a deslizarse en silencio tras las columnas de los pórticos. Se cruzó conmigo y desapareció en el interior de la casa, cabeceando y murmurando para sí.

Al viejo liberto no tardó en seguirle el nieto. Tirón se dirigió hacia mí también cruzando el patio, apoyado sobre una tosca muleta de madera, el tobillo vendado en alto. Sonreía estúpidamente, tan orgulloso de su cojera como lo estaría un soldado de su primera herida. Bethesda trajo una silla y lo ayudó a sentarse.

—Las primeras cicatrices de la edad adulta son como las divisas de la iniciación —dije—. Pero con la repetición se vuelven tediosas y deprimentes. La juventud renuncia orgullosamente a su agilidad, a su fuerza y belleza, como sacrificios en el altar de la edad adulta, y sólo más tarde lo lamenta.

Mi observación no le hizo mella. Arrugó la frente, todavía sonriendo, y observó el papiro que había dejado a un lado, creyendo que le estaba citando un epigrama.

—¿Quién dijo eso?

—Alguien que antaño fue joven. Sí, tan joven como tú eres ahora e igual de resistente. Pareces de buen humor.

—Yo diría que sí.

—¿No te duele?

—Un poco, pero ¿por qué pensar en ello? Toda la historia es emocionantísima.

—Ah, ¿sí?

—Lo de Cicerón, quiero decir. Todos los papeles que hay que tener a punto, toda la gente que entra y sale: amigos de la defensa, buenas personas como Marco Metelo y Publio Escipión. Y no digamos el final del discurso, en que hay que prever los argumentos del acusador... la verdad es que no hay tiempo para todo. Hay un ajetreo endiablado. Rufo dice que siempre es así, incluso con un abogado tan experimentado como Hortensio.

—¿Así que hoy has visto a Rufo?

—Hace un rato, mientras dormías. Cicerón le reprendió por enfurecerse con Sila durante la fiesta, dijo que Rufo fue demasiado impulsivo y susceptible... al igual que te reprendió a ti ayer noche.

—Sólo que estoy seguro de que Cicerón está secretamente orgulloso de la reacción de Rufo; y ambos lo saben. Mientras que conmigo estaba verdaderamente disgustado. ¿Dónde está Rufo ahora?

—En el Foro. Cicerón le envió a tramitar una especie de orden judicial que hay que enviar a Crisógono, solicitándole que presente a los dos esclavos, Félix y Cresto, para que se les pueda tomar declaración. Naturalmente, Crisógono no lo permitirá, aunque parecerá sospechoso, y Cicerón puede sacado a relucir en su discurso. Ésa es la parte en que hemos trabajado toda la mañana. De hecho va a mencionar directamente a Crisógono. Es lo que menos esperan, pues creen que todos están demasiado asusta-

dos para decir la verdad. Incluso va a meterse con Sila. Deberías oír algunas de las cosas que escribió la pasada noche mientras estábamos fuera, acerca de la mano ancha que Sila ha dado a los criminales, la manera en que ha alentado la corrupción y el asesinato. Naturalmente, Cicerón no va a utilizarlo todo; sería un suicidio. Tendrá que suavizado un poco, pero ¿acaso hay otra persona con valor suficiente para ponerse de parte de la verdad en el Foro?

Sonreía de nuevo, con una sonrisa distinta, no de orgullo adolescente, sino con una especie de adoración extasiada, aturdido ante la perspectiva de seguir a Cicerón hasta el Foro, ruborizado por la excitación como un soldado integrado en el séquito de un general muy querido. Las heridas y el peligro sólo servían para incrementar la emoción y hacer de su causa algo más espléndido. Pero ¿hasta dónde llegaría Cicerón a la hora de provocar la cólera de Sila? Solté un bufido para mí y estuve a punto de mofarme de Tirón con mis dudas. Pero contuve la lengua. Después de todo, el peligro al que quizá se enfrentara con Cicerón no sería menos real que el que ya había corrido conmigo. Tirón había saltado al vacío a mi lado. Había corrido por el Palatino bajo la luna, lleno de miedo y dolor y sin una palabra de queja.

Ahora quería regresar a toda prisa con su amo. Se puso en pie, apoyándose en la muleta y mantuvo el equilibrio sobre una pierna. Bethesda se movió para ayudarle y él, sonrojándose, se lo permitió.

—Tengo que irme. No puedo quedarme más rato. Cicerón me necesita, seguramente. Nunca descansa, ya lo sabes, y menos cuando está en el meollo del asunto. Enviará a Rufo al Foro con una docena de recados y los tres pasaremos la noche en vela.

—Mientras yo recupero el sueño atrasado. ¿Por qué no te quedas un rato más? Descansa; necesitarás tus fuerzas esta noche. Además, ¿a quién más tengo para conversar?

—No, de verdad, tengo que irme.

—Ya veo. Supongo que Cicerón te ha enviado sólo para que me vigilaras.

Se encogió de hombros lo mejor que pudo y enrojeció.

—De hecho, me ha enviado con un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿Por qué tú, con un tobillo torcido?

—Supongo que pensó que los otros esclavos... es decir, estoy seguro de que podría haber venido en persona... me dijo que te refrescara la memoria acerca de lo que te dijo anoche. ¿Lo recuerdas?

—¿Recordar el qué? —De nuevo me sentía con el ánimo burlón.

—Dice que tienes que quedarte en casa y no salir. Cualquier cosa que se te antoje, no dudes en pedirla. Y si necesitas algo del exterior, envía a cualquiera de los esclavos de la casa.

—No estoy acostumbrado a quedarme en casa día y noche Quizá dé un paseo hasta el Foro con Rufo.

Tirón se sonrojó.

—Cicerón ha dado instrucciones a los vigilantes que contrató para proteger la

casa.

—¿Instrucciones?

—Les dijo que no te permitieran salir. Que te retuvieran en casa.

Me quedé mirándolo con incredulidad hasta que bajó los ojos.

—¿Retenerme en casa? Igual que los guardas de la casa de Cecilia tienen a Sexto Roscio bajo arresto domiciliario?

—Bueno, eso creo.

—Soy un ciudadano romano, Tirón. ¿Cómo puede atreverse Cicerón a tener prisionero a otro ciudadano romano en su casa? ¿Qué harán esos guardas si me marcho?

—Cicerón les dijo que utilizaran la fuerza si no había más remedio. No creo que lleguen a golpearte...

Sentí que mi cara y mis orejas enrojecían tanto como las de Tirón. Miré a Bethesda y me di cuenta de que sonreía de alivio. Tirón respiró profundamente y retrocedió, como si hubiera trazado una línea con la muleta y no quisiera cruzarla.

—Debes comprenderlo, Gordiano. El asunto pertenece ahora a Cicerón. Siempre ha sido así. Te has puesto en peligro al estar a su servicio y por eso te tiene bajo su protección. Ya pidió que averiguaras la verdad y lo has hecho. Ahora la verdad debe ser juzgada según la ley. Y ése es el terreno de Cicerón. La defensa de Sexto Roscio es el acontecimiento más importante de su vida. Podría significarlo todo para él. Honestamente cree que ahora eres más un peligro que una ayuda. No debes enfrentarte a él por este motivo. No debes ponerle a prueba. Haz lo que te pide. Confía en su sensatez.

Tirón se volvió para marcharse, sin darme tiempo a responder y utilizando su torpeza con la muleta como excusa para no mirar atrás ni hacer ningún ademán de despedida. En el patio vacío, seguí sintiendo su presencia: elocuente, leal, seguro de sí mismo: en todos los aspectos, el esclavo de su amo.

Reemprendí la lectura de los acontecimientos históricos que cuenta Polibio, pero las palabras parecían enmarañarse y salirse del pergamino. Levanté los ojos y miré por encima del rollo, hacia las sombras del pórtico. Bethesda estaba sentada a mi lado con los ojos cerrados, felina y satisfecha. Una nube pasó por delante del sol, proyectando una sombra en el patio. La nube desapareció; el sol reapareció. Tras unos minutos, otra nube ocupó su lugar. Bethesda parecía ronronear. La llamé por su nombre.

—Llévate este rollo —dije—. Me aburre. Vuelve al estudio. Pide perdón a nuestro anfitrión por interrumpirle y dile que Tirón me busque algo de Plauto o alguna comedia griega decadente.

Bethesda se alejó, repitiendo el nombre desconocido para que no se le olvidara. Cogió el rollo tal como los analfabetos tratan los documentos: con cuidado, sabiendo que era algo valioso, pero sin delicadeza, ya que costaba romperlo, y sin ningún afecto, incluso con cierto desagrado. Cuando hubo desaparecido en el interior de la casa, me volví y escruté el peristilo. No había nadie. El calor del día alcanzaba su apogeo. Todos estaban dentro echando la siesta o en el interior de las frescas profundidades de la

casa.

Subir al tejado del pórtico fue más fácil de lo previsto. Me encaramé por una de las finas columnas, me sujeté al tejado con fuerza y me aupé. La altura era insignificante para un hombre que la noche anterior prácticamente había volado. Esquivar al guarda apostado en el extremo más alejado del techo fue el principal cometido, o eso pensé hasta que aflojé con el pie una teja agrietada y envié un rocío de piedras al suelo del patio. El guarda se quedó donde estaba, dándome la espalda, erguido y dormitando sobre su lanza. Quizá me oyó cuando salté al callejón y volqué una maceta de arcilla, pero entonces ya era demasiado tarde. Escapé limpiamente. Y esta vez nadie me persiguió.

Capítulo Veintiocho

Existe una agradable sensación de libertad asociada al hecho de vagar por una ciudad conocida sin ningún destino particular en la mente, sin cita a que acudir, ni deberes ni obligaciones. Sólo debía preocuparme por ciertos hombres con los que no deseaba encontrarme, y Magno era, entre ellos, el principal. Pero tenía una idea bastante clara de dónde podría encontrarse o no en una tarde tan agradable, y mientras permaneciera alejado de los lugares con que podían asociarme quienes conocían mis hábitos, me sentiría relativamente seguro. Una sombra. Un hombre invisible.

Cicerón estaba en lo cierto; mi parte de la investigación había acabado. Pero hasta que se celebrara el juicio, no podía dedicarme a otro caso, ni siquiera regresar con seguridad a mi propia casa. Poco acostumbrado a tener enemigos (¡qué pronto cambiaría aquello, con sus ambiciones!), Cicerón esperaba que me ocultase hasta que todo hubiera concluido, como si fuera tan sencillo. Pero en Roma, los trayectos personales nunca están completamente libres de enemigos. ¿Qué sentido tiene encogerse de miedo en casa de otro hombre, tras la lanza de un guarda ajeno? Fortuna es la única verdadera protección contra la muerte; quizá era cierto que seguía a Sila a todas partes con su mano protectora... cómo si no explicar su longevidad allí donde otros muchos que rodeaban, mucho menos culpables y ciertamente más virtuosos, hacía mucho que habían muerto?

Habría sido divertido sorprender a Rufo en el Foro; imaginé que me deslizaba detrás de él en algún polvoriento rincón de la polvorienta biblioteca de algún escribano, canturreando algún verso que reconociese («y la dama asintió demacrada, sí, dijo…»), pero el Foro era, probablemente, el lugar más peligroso para ir a haraganear, excepción hecha de la Subura. Sin plan alguno, vagué hacia el Quirinal, por una zona en que las casas tenían mal aspecto y las calles estaban llenas de desperdicios. Llegué al borde del Quirinal, sobre la muralla de Servicio; la calle descendía en abrupta pendiente y las casas, a cada lado, de la calzada, dejando una amplia plaza con una zona de hierba descuidada y un solitario y desamparado árbol.

Incluso en la ciudad donde se ha nacido pueden encontrarse calles desconocidas

que se abren a vistas inesperadas y la diosa que guía a los que vagan sin objeto me había conducido hasta un lugar así. Me detuve un momento, asomándome a la Roma extramuros, desde el meandro del Tíber a la izquierda, centelleando bajo el sol como si estuviera en llamas, hasta la recta y amplia Vía Flaminia, que estaba a la derecha; desde los edificios que se apiñan alrededor del Circo Flaminio hasta el Campo de Marte, que se alza al otro lado, medio oculto por nubes de polvo. El ruido y el aroma de la ciudad se alzaban en el aire caliente como una respiración exhalada por el valle. .A pesar de todos sus peligros y corrupciones, de toda su mezquindad y miseria, Roma me complace más que ninguna otra ciudad de la tierra.

Me dirigí hacia el sur, siguiendo un estrecho sendero que rodeaba los patios traseros de las casas de vecindad, callejones que se cruzaban y serpenteaban a través de retazos de verde. Las mujeres se llamaban de parte a parte de la calle; un niño lloró y su da madre comenzó a cantarle una nana; un hombre rugió con voz ebria y adormilada que todos cerrasen el pico. La ciudad, lánguida a causa del calor, pareció engullirme.

Atravesé la Puerta Fontinal y vagué sin rumbo hasta que dicen que giré una esquina y vi, surgiendo ante mí, la masa carbonizada de una casa de vecindad consumida por el fuego. Ventanas ennegrecidas se abrían al cielo azul, y mientras observaba, un considerable fragmento de pared fue a dar en el suelo, derribada por unos esclavos que tiraban con cuerdas. Todo el terreno que habla alrededor estaba oscurecido por las cenizas y cubierto de montones de ropa estropeada y lo que quedaba de los bienes de la casa; una marmita barata derretida por el calor, el negro esqueleto de un telar, un hueso largo y mellado que podía haber sido humano o canino. Los mendigos hurgaban entre los lamentables retos.

Debido al punto casi desconocido por el que me había acercado, transcurrió un intervalo de confusión antes de que me diera cuenta de que se trataba del mismo edificio que Tirón y yo habíamos visto incendiarse sólo unos días antes. Otra pared ennegrecida se derrumbó y a través del espacio vacío, de pie en la calle, con los brazos cruzados y vociferando órdenes a sus capataces, vi a Craso en persona.

El hombre más rico de Roma parecía contento, sonriendo y charlando con aquellos de su numeroso séquito que tenían el privilegio de estar al alcance de su voz. Avancé cautamente por la periferia de las rumas y me coloqué cerca del grupo. Un sicofante de cara de rata, incapaz de aventurarse en aquellas multitudes no se negó a entablar conversación con un transeúnte desconocido.

—¿Listo? —dijo, alzando el hocico de roedor—. Eso es poco para referirse a Marco Craso. Un individuo brillante. No hay otro hombre en Roma tan astuto para el comercio. Elogia todo lo que quieras las virtudes castrenses de Pompeyo, incluso las de Sila. En este mundo hay muchas clases de generales. Los denarios de plata son las tropas de Marco Craso.

—¿Y su campo de batalla?

—Mira ante ti. ¿Qué más mortandad puedes desear?

—¿Y quién ha ganado esta batalla?

—Sólo tienes que mirar la cara de Marco Craso para saberlo.

—¿Y quién ha perdido?

—Los .pobres mendigos de las calles, que recogen lo que queda de sus pertenencias y sólo desearían tener un techo sobre sus cabezas. —El hombre rió—. Y el desdichado propietario de esta ruina. El anterior propietario, quiero decir. Estaba de vacaciones cuando ocurrió. No fue buen estratega. Tenía tantas deudas que se suicidó cuando se enteró del incendio. Craso tuvo que tratar con su afligido hijo, y ciertamente supo tratarle. Dicen que se quedó con la propiedad por menos de lo que vale ir de aquí a Bayas. ¿Y piensas que es sólo listo? —El hombre entornó los ojillos de rata y frunció sus finos labios en un arrebato admirativo.

—Pero tendrá que pagar la reconstrucción —insinué.

—El hombre arqueó una ceja.

—No necesariamente. Dada la densidad demográfica de este vecindario, Craso puede no explotar la propiedad, al menos por un tiempo. De este modo puede subir el alquiler del edificio de enfrente y mantenerlo elevado. Compró esa propiedad al mismo tiempo, a un necio muerto de miedo que la cedió por una miseria.

—¿Te refieres al edificio que escapó de las llamas por poco? ¿Aquel de allí, de donde no para de salir gente en tropel, ayudada por aquellos energúmenos?

—Son agentes de Marco Craso, que están desahuciando a los morosos.

Vimos a un anciano ataviado con una túnica hecha jirones que salía cautelosamente del edificio de enfrente con un enorme saco sobre la espalda. Uno de los desahuciadores le puso la zancadilla intencionadamente, el hombre dio con sus huesos en tierra y el saco quedó abierto cuando golpeó contra el suelo. Una mujer bajó de una carreta cargada de objetos y fue corriendo hacia él, gritando a los matones mientras ayudaba a levantarse al anciano. El guarda inocente se puso rojo y se alejó disgustado, pero el culpable rompió a reír de manera tan estridente que todas las cabezas se volvieron, incluida la de Craso.

Mi interlocutor aprovechó la ocasión para ponerse ante la mirada del gran hombre.

—Nada que pueda preocuparte, Marco Craso —exclamó—, sólo un revoltoso ex inquilino echándole pedos a un criado tuyo. —Soltó una risita de rata. La sonrisa inmóvil de Craso titubeó un poco y el prohombre miró brevemente al sicofante con una expresión perpleja, como si intentara recordar quién podía ser. Luego dio media vuelta y reanudó sus asuntos. El hombre de cara de rata levantó la afilada nariz con aire de triunfo—. ¿Te has fijado? —dijo—. Marco Craso siempre ríe mis bromas.

Le di la espalda y me alejé tan rápidamente que apenas me di cuenta de adónde me dirigía. Me di de bruces con un esclavo medio desnudo y cubierto de hollín que tiraba de una soga que llevaba al hombro. La soga se aflojó y me empujó gritándome que tuviera cuidado. Una parte del muro se desmoronó a mis pies, haciéndose añicos como fragmentos de arcilla endurecida. Si no hubiera tropezado con el esclavo, probable-

mente habría quedado sepultado bajo los escombros. Intuyendo una mirada a mi espalda, me di la vuelta y vi a Craso, apartado de todos cuantos le rodeaban, observándome fijamente. No sonreía, sino que de manera muy seria asentía supersticiosamente en señal de reconocimiento de la inexplicable buena suerte de un extraño.

* * *

Anduve como lo hace un hombre furioso, angustiado o extraviado entre lo inexplicable de la existencia: sin objeto, despreocupadamente, sin prestar a mis pies mas atención que la que se presta al latido del corazón o a la respiración. Pero puede que no fuera más que una casualidad que me encontrara recorriendo de nuevo la ruta que Tirón y yo habíamos tomado el primer día de investigación. Me encontré en la misma plaza, observando a las mismas mujeres junto a la cisterna pública, sacando agua y ahuyentando a los mismos niños y perros indolentes. Me detuve junto al reloj de sol y sufrí un sobresalto cuando el mismo ciudadano de la otra vez pasó junto a mí, el mismísimo hombre al que había interrogado sobre cómo se llegaba a la Casa de los Cisnes, el que citaba pasajes de comedia y detestaba los relojes de sol.

Alcé la mano y abrí la boca, mientras maquinaba un saludo. Levantó la mirada y me observó con extrañeza, frunció el entrecejo y se hizo a un lado, dándome a entender que le estaba tapando el reloj. Observó la hora con un bufido, volvió a mirarme con la frente arrugada y se alejó apresuradamente. No era el mismo hombre, ni siquiera se le parecía.

Seguí caminando por la angosta y tortuosa calle que conducía a la Casa de los Cisnes, junto a los muros lisos y decorados con antorcheras y pintadas pornográficas, políticas o ambas cosas a la vez. (P. CORNELIO ESCIPIÓN A LA CUESTURA. UN HOMBRE HONRADO, rezaba una frase escrita con buena letra, y junto a ella, garabateada apresuradamente, P. CORNELIO ESCIPIÓN ESTAFARÍA HASTA A UNA PUTA CIEGA HACIÉNDOLE UN HIJO MONSTRUOSO.)

Pasé junto al callejón sin salida donde Magno y sus dos secuaces se habían apostado para esperar. Rodeé la tenue mancha de sangre que señalaba el lugar donde Sexto Roscio el viejo había muerto. Era aún de un color más apagado que el día de nuestra primera visita, aunque no difícil de localizar, y el espacio que había alrededor estaba visiblemente limpio en comparación con los mugrientos adoquines del resto de la calle. Alguien había estado limpiando el lugar para eliminar la mancha de una vez por todas. Al parecer habían estado horas fregando y todo para nada: si algo se había conseguido, era que la mancha fuera más visible que antes. ¿Quién se habría entretenido en aquel menester en pleno día o en plena noche? ¿La mujer del tendero? ¿La madre viuda del muchacho mudo? Imaginé al propio Magno haciéndolo, y casi me reí ante la imagen de un ceñudo asesino arrodillado y fregando como una criada.

Me incliné, acerqué la cara al suelo y me quedé mirando los planos adoquines y las diminutas motas rojas que habían quedado olvidadas en las grietas y junturas. Era

la mismísima materia que había dado la vida a Sexto Roscio, la misma sangre que corría por las venas de sus hijos, la misma sangre que calentaba el cuerpo de la joven Roscia, aquel cuerpo cálido y desnudo que seguía apoyado, en mi memoria, contra una oscura pared; la misma sangre que había tenido que correrle por los muslos cuando su padre la había desflorado, la misma que manaría de la carne de este padre cuando, si los dioses querían, un tribunal romano lo considerase merecedor de ser azotado públicamente y metido vivo en un saco lleno de animales. Seguí observando la mancha hasta que se volvió tan grande que ya no pude ver nada más, pero tampoco entonces ofreció respuesta alguna, no reveló nada ni sobre los vivos ni sobre los muertos.

Me erguí gruñendo, ya que las piernas, y la espalda me recordaban el salto de la pasada noche.

Entré en el edificio que quedaba enfrente de la tienda. No vi por ninguna parte al portero de la planta baja. Su compañero del piso de arriba estaba dormido, con la boca abierta y una copa medio llena de vino en la mano, inclinada lo suficiente para que se derramaran unas gotas a cada ronquido.

En el interior de mi túnica palpé el cuchillo que me había dado el muchacho mudo. Me detuve. ¿Diría a la viuda Polia que conocía el nombre de los que la habían violado? ¿Que uno de ellos, el barbirrojo, había muerto? ¿Diría al pequeño Eco que podía recuperar su cuchillo porque no tenía intención de matar en su nombre a Magno y a Malio Glaucia?

Seguí avanzando por el largo y oscuro pasillo. Cada tabla que pisaba crujía eclipsando las voces amortiguadas procedentes de los cubículos. No había razón para creer que Polia y su hijo estuvieran en casa, pero sentí el corazón en un puño cuando golpeé la puerta.

Una joven la abrió del todo, dejando al descubierto la habitación entera. Una anciana arropada y encogida en un rincón. Un muchacho arrodillado en la ventana abierta. Me miró por encima del hombro y siguió observando la calle. Aparte del tamaño y la forma, toda la habitación había cambiado.

Dos ojos acuosos asomaron entre las sábanas.

—¿Quién es, niña?

—No lo sé, abuela. —La muchacha me miró con suspicacia.

—¿Qué quiere?

La muchacha puso una cara irritada.

—Dice mi abuela que qué quieres.

—Busco a Polia —dije.

—No está aquí —dijo el muchacho de la ventana.

—Debo de haberme equivocado de habitación.

—No —dijo la muchacha malhumorada—. No te has equivocado de habitación. Se ha ido.

—Me refiero a la joven viuda y a su hijo, el muchacho mudo.

—Eso ya lo sabía —dijo, mirándome como si yo fuera imbécil—. Pero Palia y Eco

ya no viven aquí. Primero se fue ella, luego él.

—Se han marchado —añadió la anciana del rincón—. Así es como conseguimos la habitación. Antes vivíamos al otro lado del pasillo, pero este cuarto es más grande. Aquí cabemos los cinco... mi hijo, su mujer y los dos pequeños.

—Me gusta más así, cuando mamá y papá están fuera y estamos sólo nosotros tres —dijo el muchacho.

—Cállate, Apio —exclamó la muchacha—. Un día papá y mamá se irán para no volver, igual que la madre de Eco. Les ahuyentarás con tus lágrimas. Y a ver qué dices entonces.

El muchacho comenzó a llorar. La anciana chascó la lengua.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Que Palia se ha marchado sin llevarse al pequeño?

—Lo abandonó —dijo la anciana.

—No puedo creerlo.

Se encogió de hombros.

—No podía pagar el alquiler. El casero le dio dos días para marcharse. A la mañana siguiente ya había desaparecido. Se llevó todo lo que pudo acarrear y dejó al muchacho solo para que se las apañara por su cuenta. Al día siguiente apareció el casero, se llevó lo poco que quedaba y echó al pequeño a la calle. Eco merodeó un par de días por aquí. La gente sentía lástima, le daban las sobras para que comiera. Pero los porteros lo echaron al final. ¿Eres pariente suyo?

—No.

—Bueno, si Polia te debía dinero, es mejor que lo olvides.

—De todos modos, nunca nos cayeron bien —dijo la muchacha—. Eco era idiota perdido. Nunca decía una palabra, ni siquiera cuando Apio le derribaba y se le sentaba encima y yo le hacía cosquillas hasta que se ponía azul. Gruñir, sí; gruñía como un cerdo.

—Como un cerdo cuando lo pinchan con una vara —dijo el muchacho, riendo súbitamente y olvidándose de las lágrimas—. Eso es lo que decía mi padre.

La anciana arrugó el entrecejo.

—A ver si os calláis.

La Casa de los Cisnes estaba sorprendentemente llena, sobre todo si tenemos en cuenta que nos acercábamos al mediodía. El propietario lo atribuía a un ligero cambio en el clima.

—El calor les sulfura, hace que les hierva la sangre, pero cuando hace demasiado calor, incluso un hombre vigoroso se debilita. Ahora que la temperatura vuelve a ser tolerable, acuden en tropel. Demasiado fluido reprimido. ¿Seguro que no te interesa la nubia? Carnecita fresca. ¡Ah! —Dio un suspiro de alivio cuando un hombre alto y bien vestido salió de un pasillo interior. El suspiro significaba que Electra ya no estaba ocupada y que podría recibirme, lo cual significaba a su vez que el desconocido alto

había sido su cliente anterior. Era un cuarentón apuesto, con pinceladas grises en las sienes. Sentí un absurdo brote de celos y me dije que si sonreía con la boca cerrada era porque tenía los dientes estropeados.

En una casa de putas como los dioses mandan no nos habríamos visto jamás, ya que en teoría yo iba a consumir lo mismo que él acababa de utilizar, pero nada es perfecto bajo el sol. El anfitrión al menos tuvo el detalle de ponerse entre nosotros, asintiendo primero al desconocido que se alejaba y luego girando sobre los talones para volverse hacia mí. Su ancho cuerpo constituía una formidable pantalla.

—Un momento —dijo suavemente—, mientras la dama se arregla. Como un vino de Falerno, no hay que abrir la botella demasiado aprisa. La precipitación podría dejar en el caldo fragmentos de corcho.

—Pero si el caldo de Electra está más aguado que un cántaro —dijo una de las muchachas por la comisura de la boca al pasar por detrás de mí. Mi anfitrión eligió no oírla, pero sus ojos centellearon y sufrió un espasmo en los dedos. Comprendí que solía zurrar a las putas, aunque no delante de un cliente de pago.

Me dejó solo un instante y regresó sonriendo con zalamería.

—Todo está en su punto —dijo.

Electra era tan impresionante como la recordaba, aunque había cierta fatiga en sus ojos y en su boca que eclipsaba un tanto su belleza. Estaba recostada en un triclinio con la rodilla levantada y el brazo apoyado en ella, la cabeza sobre los cojines, rodeada de una masa de cabellos oscuros. Al principio no me reconoció y sentí cierta decepción. A continuación sus ojos lanzaron un destello y se llevó las manos al pelo, como para arreglárselo. Me halagó que por otro hombre no se hubiera preocupado de su aspecto, aunque al instante me pregunté si empleaba el mismo truco con todos los que utilizaban sus servicios.

—Tú otra vez —dijo, todavía actuando, y con la misma voz suave y provocativa con que podía haber hablado a cualquiera. Y como si de súbito recordara por qué había estado yo allí anteriormente y qué buscaba, desenmascaró la voz y adoptó una expresión de desnuda vulnerabilidad que me estremeció—. ¿Vienes solo esta vez?

—Sí.

—¿Sin tu tímido esclavo?

—No sólo tímido, sino también travieso. Eso piensa su amo. y demasiado ocupado para venir conmigo hoy.

—Creía que era tuyo.

—Pues no es así.

—Entonces me mentiste.

—Bueno, sólo en eso.

Levantó la otra rodilla y las apretó con los pechos, como para ocultármelos.

—¿Para qué has venido?

—Para verte.

Se rió y arqueó una ceja.

—¿y te gusta lo que ves? —Su voz era de nuevo falsa y seductora. Parecía transformarse sin poder evitarlo. Permaneció igual que estaba, pero en su pose surgió la coquetería. Al conocerla me había parecido muy fuerte y realmente lasciva, casi indestructible. Ahora parecía débil, frágil, vieja, insomne. Una parte de mí se había excitado ante la perspectiva de volver a verla, solo y a mis anchas; pero su belleza, ahora, sólo me causaba cierto dolor.

Tembló y apartó la mirada. El ligero movimiento hizo que el vestido le descubriera parte del muslo. Sobre la piel pálida había una fina lista, roja en los bordes y morada en el centro, como un golpe de vara o un correazo. La habían golpeado, hacía tan poco tiempo que el cardenal aún se estaba formando. Recordé al noble con que me había cruzado en el vestíbulo, sonriendo vagamente y con aire complacido.

—¿Encontraste a Elena? —La voz de Electra había cambiado de nuevo. Ahora era ronca y espesa como el humo. Mantenía el rostro ladeado, pero podía verla en el espejo.

—No.

—Pero averiguaste quién se la llevó y dónde.

—Sí.

—¿Se encuentra bien? ¿Está en Roma? ¿y el niño...? —Vio que la observaba por el espejo.

—El niño murió.

—Ah. —Bajó los ojos.

—Al nacer. Fue un parto difícil.

—Lo sabía. Elena no era más que una niña de caderas estrechas. —Cabeceó. Algunos rizos le cayeron por la cara. Su imagen, vista así en el espejo, resultó de pronto hermosa.

—¿Dónde fue? —dijo.

—En un pueblo. A un par de días de Roma.

—¿El pueblo de Sexto Roscio... Ameria? ¿Se llama así?

—Sí, en Ameria.

—Soñó que iba allí. Creo que le hubiera gustado, el aire puro, los animales, los árboles.

Recordé la historia que Félix y Cresta me habían contado y casi sentí náuseas.

—Sí, un pueblo precioso.

—¿y ahora? ¿Dónde está ahora?

—Murió. Poco después del parto. Eso fue lo que la mató.

—Ah, bueno. Entonces ella se lo buscó. Se empeñó tanto en tener aquel hijo. —Me dio la espalda para que no pudiera verla en el espejo. ¿Cuánto tiempo hacía que Electra no permitía que un hombre la viera llorar? Un momento después volvió a girarse y volvió a apoyar la cabeza en los cojines. Las mejillas estaban secas, pero los ojos relucían. Su voz era dura—. Cabe la posibilidad de que me hayas mentido, ¿te das cuenta?

—Sí. —Esta vez fui yo quien bajó los ojos, no por vergüenza, sino porque temía que se diera cuenta de toda la verdad.

—La otra vez me mentiste. Me mentiste al decirme que el esclavo era tuyo. ¿Por qué no vas a mentirme de nuevo?

—Porque mereces saber la verdad.

—Ah, ¿sí? ¿Tan horrible soy? ¿Y por qué no compasión? Podrías haber dicho que Elena era feliz y estaba viva, con un niño sano y hermoso en el regazo. ¿Cómo habría sabido que era mentira? y en lugar de eso me dices la verdad. ¿De qué me sirve la verdad? La verdad es como un castigo. ¿Realmente la merezco? ¿Te proporciona esto algún placer? —De los ojos le brotaron lágrimas.

—Perdóname —dije. Me dio la espalda y no respondió.

Abandoné la Casa de los Cisnes, abriéndome paso entre las meretrices sonrientes y los clientes de mirada impúdica y labios tensos que deambulaban por el vestíbulo. El anfitrión me esquivó con un movimiento brusco, sonriendo como una grotesca máscara de comedia. En la calle me detuve a recuperar el aliento. Un momento después, apareció detrás de mí, gritando y con los puños apretados.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué llora? Es demasiado vieja para llorar y quedar sin castigo, aunque sea muy hermosa. Se le hincharán los ojos y no me servirá de nada en todo el día. ¿Qué clase de hombre eres? Hay algo indecente en ti, algo antinatural. No te molestes en volver. Vete a otro lugar. Busca otras mujeres para tus juegos. —Regresó furioso hacia la casa.

Poco más allá, lo suficientemente cerca para haberlo oído todo, estaba el impávido noble que había visto antes en el prostíbulo, rodeado de un par de guardaespaldas y un pequeño séquito; debía de tratarse de un magistrado de poca monta. Todo el cortejo se rió a carcajadas cuando pasé junto a ellos. El noble me dirigió una sonrisa tenue y condescendiente, la clásica expresión que un hombre poderoso adopta ante un inferior para admitir que, a pesar del abismo que hay entre ellos, los dioses les han otorgado los mismos apetitos.

Me detuve y le observé, larga e inflexiblemente hasta que, por fin, dejó de reír. Lo imaginé con la mandíbula rota, doblado en dos y sangrando, lleno de dolor físico. Uno de los guardas me gruñó, como un lebrel que husmea invisibles amenazas. Apreté los puños, me mordí la lengua hasta que me hice sangre, miré al frente y seguí andando.

Caminé por plazas atestadas donde me sentí un completo extraño y pasé ante tabernas en las que la idea de entrar me resultaba insufrible; hasta que sentí deseos de detenerme. La ilusión de ser invisible me inundó de nuevo, pero no la acompañó sensación alguna de fuerza o libertad, sólo vacío. Roma se convirtió en una ciudad de interminable miseria, de niños chillando, de hedor de cebollas crudas y carne podrida, de adoquines cubiertos de mugre. Vi a un mendigo sin piernas arrastrándose por la calle mientras un grupo de niños le seguía arrojándole piedras e insultándole.

El sol descendió. Sentí como si algo me royera la boca del estómago, pero me sentía incapaz de comer. El aire se volvió ligero y fresco en el crepúsculo. Me encontré ante la entrada de los Baños de Palacina, la guarida predilecta del difunto Sexto Roscio.

—Un día ajetreado —dijo el mozo mientras cogía mis ropas—. Apenas ha habido clientes en los últimos días... demasiado calor. Esta noche no hay prisa. Tendremos abierto hasta tarde para compensar las pérdidas. —Regresó con una toalla seca. La cogí y dije algo para distraerle mientras me colgaba la toalla del brazo izquierdo para que el cuchillo quedase oculto. Ni siquiera desnudo tenía intención de ir desarmado. Fui hacia el caldario y cerró la puerta detrás de mí.

El ocaso proyectaba una extraña luz naranja a través de la alta ventana. Un sirviente con una vela encendió un candil situado en un hueco de la pared, pero le llamaron antes de que pudiera encender las otros. La habitación estaba tan en penumbra y el vapor de agua era tan denso que los veintitantos indolentes que había junto a la piscina no eran más que sombras, estatuas contempladas a través de una pálida neblina naranja. Descendí hacia el agua poco a poco, apenas capaz de tolerar el calor, hasta que el agua arremolinada me llegó al cuello. A mi alrededor, los hombres gemían como presas del dolor o del placer. Gemí con ellos. El resplandor procedente de la ventana se apagaba imperceptiblemente. El sirviente no regresó a encender los candiles, pero nadie se quejó ni gritó pidiendo luz. La oscuridad y el calor eran como amantes que nadie osaba separar.

El candil chisporroteó. La llama subió de repente y luego quedó casi en nada, dejando la habitación aún más oscura que antes. El agua lamía en silencio los azulejos, los hombres respiraban con suspiros y débiles gruñidos. Miré a mi alrededor y no vi más que vapor, infinito y sin rasgos, a excepción del punto de luz proyectado por el candil, como el resplandor de un faro en una colina distante. Las formas se agitaban en la distancia como islas flotantes o monstruos de las profundidades rondando por la superficie.

Me hundí más en el agua, hasta que el aire que me salía y entraba por las fosas nasales agitó la superficie. Cerré los ojos, observé, a través del abismo de niebla, la parpadeante llama, y durante un instante creí soñar con los ojos abiertos.

Recortada contra la niebla, una de las formas se me acercó: una cabeza flotando sobre el agua. Se aproximó y se detuvo; se aproximó y volvió a detenerse, acompañada cada vez por el casi imperceptible chapoteo de la carne abriéndose paso en el agua y la caricia de las diminutas olas que avanzaban hacia mis mejillas.

Se acercó tanto que casi pude distinguir su cara, perfilada por su pelo largo y oscuro. Se alzó un poco, lo suficiente para distinguirle los anchos hombros y el fuerte cuello. Parecía sonreír, pero con aquella luz cabía imaginar cualquier cosa.

Luego, lentamente, se hundió bajo el agua con un débil borboteo y un remolino de niebla: la Atlántida hundiéndose en el mar. La superficie de la piscina se cerró sobre él y el agua se fundió con la niebla, imperturbada.

Algo me rozó la pantorrilla. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Sentí una opresión en el pecho. Había errado por la ciudad durante horas, tan a ciegas que el más torpe asesino podía haberme seguido sin que lo supiera. Me volví y alcancé la toalla que había dejado en el borde de la piscina; empuñé el cuchillo que había debajo. En cuanto mi mano se cerró sobre la empuñadura, el agua se agitó detrás de mí. El hombre me tocó el hombro.

Me revolví en el agua, chapoteando, resbalando en el suelo de la piscina. Alargué los brazos a ciegas, lo así por el pelo y le puse el cuchillo en el cuello.

Maldijo en voz alta. Detrás de mí oí el curioso murmullo de la multitud, como una bestia ciega despertada de su sueño.

—¡Las manos! —grité—. ¡Fuera del agua! —El murmullo que nos rodeaba se convirtió en conmoción. Dos manos emergieron como peces que han mordido el anzuelo, desnudas e inocentes. Aparté el cuchillo de su cuello. Debía de haberle cortado; una línea fina y oscura señalaba la huella que le había dejado la hoja, bordeada por una corrida rebaba de sangre. Entonces le vi la cara: no era Magno, sino un inofensivo jovenzuelo de ojos asustados y dientes apretados.

Antes de que llegase el encargado, antes de que los candiles se encendieran y pusieran al descubierto mi necedad, lo dejé ir y salí del agua. Me sequé mientras me apresuraba hacia la puerta, procurando ocultar el cuchillo mientras llegaba a la zona más iluminada y exigía mis ropas. Cicerón estaba en lo cierto. Estaba inquieto, era peligroso y no me convenía ir por las calles.

Capítulo Veintinueve

Fue Tirón quien abrió la puerta. Parecía exhausto pero exultante, tan absolutamente complacido de sí y de la existencia en general que pude ver que le costaba hacer una mueca de reprobación. Al fondo seguía zumbando la voz de Cicerón, deteniéndose y volviendo a empezar, un ruido ambiental que era como el canto de los grillos en una noche de verano.

—Cicerón está furioso contigo —susurró Tirón—. ¿Dónde has estado todo el día?

—Buscando cadáveres entre escombros chamuscados —dije—. Charlando con amigos de los poderosos. Visitando fantasmas y antiguas amistades. Jugando con putas, mejor dicho, juzgando a las putas. Esgrimiendo cuchillos ante bujarrones anónimos...

Tirón hizo una mueca.

—No sé de qué estás hablando.

—¿No? Creía que Cicerón te había enseñado todo lo que hay que saber acerca de las palabras. Y aun así eres incapaz de seguirme.

—¿Estás borracho?

—No, pero tú sí. Mírate... tan mareado como un muchacho tras su primera copa

de vino. Borracho de la retórica de tu amo, lo adivino. Has estado atiborrándote de ella durante ocho horas seguidas, probablemente con el estómago vacío.

—Eso no tiene sentido.

—Al contrario, tiene mucho sentido. Pero estás tan intoxicado de palabrería que un poco de sentido común te parece demasiado común. Escúchale... como un cuchillo raspando pizarra. Pero te comportas como si fueran cánticos de sirena.

Por fin había conseguido erradicar la satisfacción de la cara de Tirón y reemplazarla por una mueca de consternación. Rufo se asomó por la esquina y salió al vestíbulo, sonrojado, sonriendo y batiendo sus párpados soñolientos. Parecía completamente exhausto, lo cual, a su edad, hacía que pareciera más atractivo, sobre todo porque no paraba de sonreír.

—Hemos acabado el segundo borrador —anunció. El zumbido procedente del estudio de Cicerón se detuvo abruptamente. En la cara de Rufo apareció la expresión de un niño que acabara de ver un centauro en el bosque y fuera incapaz de describirlo—. Brillante —dijo finalmente—. Aunque ¿qué sé yo de retórica? Sólo lo que he aprendido de maestros como Diódoto y Molón, y la que he oído asistiendo a las sesiones del Senado y de los tribunales desde que era niño. Pero te lo juro, hará brotar lágrimas de los ojos cuando le oigas en el juicio. Los hombres se pondrán en pie con los puños apretados, exigiendo que pongan en libertad a Sexto Roscio. No hay versión definitiva, desde luego; tenemos que enfrentamos a todas las posibilidades, según los trucos que emplee Erucio. Pero Cicerón ha hecho lo que ha podido para prever cualquier contingencia y el núcleo de su argumentación está ahí, acabado, perfecto y a punto, como las columnas que aguardan la cúpula que coronará el templo.

—¿No será peligroso? —dijo Tirón apartándose de mí y acercándose a Rufo, susurrando como para que Cicerón no le oyera desde el estudio.

—En un Estado injusto, cualquier acto de decencia es por naturaleza peligroso —dijo Rufo—. Y también valeroso. Un hombre valiente jamás dejará de ponerse en peligro, si posee una causa justa.

—Pero ¿no estás preocupado por lo que pueda ocurrir después del juicio? Unas palabras tan duras contra Crisógono, y el propio Sila tampoco se libra.

—¿Hay lugar en los tribunales romanos para la verdad o no? —dijo Rufo—. Ésa es la cuestión. Cicerón está poniendo en juego su futuro por la esencial justicia y honestidad de los buenos ciudadanos romanos.

—Por supuesto —dijo Tirón muy serio, asintiendo—. Está en su naturaleza enfrentarse a la hipocresía y la injusticia, actuar de acuerdo con sus propios principios.

Me quedé a la expectativa, olvidado y solo. Mientras ellos conferenciaban y debatían, me alejé silencioso y me reuní con Bethesda entre las cálidas sábanas de mi lecho. Ronroneó como una gata medio dormida, arrugó la nariz con un gruñido de suspicacia cuando olió el perfume de Electra en su carne. Estaba demasiado agotado para explicarle nada y mucho menos para juguetear. No la abracé, sino que me di la vuelta y dejé que ella me abrazara, Y de este modo, mientras el runrún ciceroniano se reanu-

daba, caí en un sueño inquieto.

Podría pensarse que todos habían abandonado la casa, o que alguien estaba gravemente enfermo, tan completo era el silencio que reinaba en la casa de Cicerón a la mañana siguiente. Las tensiones y el bullicio del día anterior fueron reemplazados por una ininterrumpida calma que tuvo la apariencia de letargo. Los esclavos no trasegaban de un lado para otro, sino que se tomaban su tiempo, hablando siempre en voz baja. Incluso el zumbido constante de la voz de Cicerón se había detenido; ni un sonido llegaba de su estudio. Comí aceitunas y pan y pasé la mañana igual que el día anterior, descansando y leyendo en el patio, en la parte trasera de la casa, con Bethesda a mi lado.

La reconvención que esperaba de Cicerón no llegó nunca. Por el contrario, no me prestó la menor atención Pareció, simplemente, que yo había desaparecido de su pensamiento. Observé, sin embargo, que el guarda del tejado al que había eludido el día anterior había cambiado su rutina, que ahora incluía un circuito ocasional por la columnata que rodeaba el patio. Por sus hoscas miradas pude adivinar que no había escapado a la cólera de Cicerón. Apareció Tirón y preguntó si me encontraba a gusto. Le dije que me había pasado la mañana leyendo a Catón, pero que, aparte de eso, no tenía ninguna queja.

—¿Y tu amo? —dije—. No le he oído en todo el día. Ni un sola paradoja, ni una sola perífrasis, ni una sola aliteración. Ni siquiera una metáfora. No estará enfermo, ¿verdad?

Tirón inclinó la cabeza ligeramente y habló con la voz apagada de quien ha sido admitido en el círculo de íntimos de una gran empresa. Una vez olvidadas sus transgresiones con Roscia (o al menos olvidadas momentáneamente), había caído más que nunca bajo el hechizo de su amo. Ahora que se aproximaba el desenlace, su fe en Cicerón se había vuelto casi mística.

—Hoy ayuna y descansa la voz —dijo con toda la gravedad de un sacerdote que explicase las profecías contenidas en una bandada de gansos volando—. Todas las prácticas de los días pasados le han agotado la voz hasta dejarle ronco. De manera que hoy no tomará nada sólido, sólo líquidos para aliviar la garganta y humedecer la lengua. He estado copiando otro borrador del discurso, mientras Rufo busca las referencias jurídicas para asegurarse de que no se ha omitido nada y de que todas las citas son exactas. Mientras tanto, en la casa ha de haber la máxima tranquilidad y silencio posibles. Cicerón debe tener un día de descanso y tranquilidad antes del juicio.

—O si no, ¿qué? —dije—. ¿Le dará un ataque y se pondrá a decir bobadas en los Rostra? —Bethesda rió disimuladamente. Tirón enrojeció, pero se recuperó rápidamente. Estaba demasiado orgulloso de Cicerón para que un mero insulto le turbara. Adoptó un tono arrogante.

—Sólo te lo he dicho para que comprendieras por qué te pido el mayor silencio posible y que no causes molestias.

—¿Como la que causé ayer al escaparme por el tejado?

—Exactamente. —Se puso muy erguido y a continuación dejó caer pesadamente los hombros—. Oh, Gordiano, ¿por qué no haces lo que se te pide? No entiendo por qué te has vuelto tan poco... razonable. Ah, si supieras. Cicerón sabe cosas que nosotros sólo intuimos. Mañana, en el juicio, comprenderás lo que quiero decir. Ojalá confiaras más en él.

Se dio la vuelta y mientras se alejaba respiró profundamente y dio una sacudida, igual que hacen los perros para secarse, como si yo le hubiera dejado un residuo de rencor e incredulidad y no deseara regresar junto a su amo con esa mancha encima.

—Yo tampoco te comprendo —dijo Bethesda en voz baja, levantando la mirada de la costura—. ¿Por qué te metes con el muchacho? Es obvio que te admira. ¿Por qué le obligas a elegir entre su amo y tú?

Era raro que Bethesda me reprendiera tan abiertamente. ¿Era mi comportamiento tan descaradamente impropio que incluso mi esclava se tomaba la libertad de criticarlo? No tenía nada que decir en mi defensa. Bethesda se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga y siguió hurgando en esa dirección.

—Si discutes con Cicerón, no tiene sentido castigar a su esclavo. ¿Por qué no vas a Cicerón directamente? Debo confesar que entiendo tu actitud tan poco como el muchacho. Cicerón ha sido invariablemente justo y razonable, al menos que yo sepa; no, más que justo. Totalmente distinto de los otros hombres para quienes has trabajado. Te ha llevado a su casa, bajo su protección, junto con tu esclava. Te ha dado de comer, te ha abierto su biblioteca, incluso ha apostado un guarda para que vigile por tu seguridad desde el tejado. ¿Imaginas a tu buen cliente Hortensio haciendo lo mismo?

Bethesda dejó a un lado la labor. No me molesté en reconvenirla por haber hablado tan libremente. Qué importan las opiniones de una esclava, después de todo... sólo que, como siempre, ella había expresado las mismísimas dudas y preguntas que me rondaban la mente.

Capítulo Treinta

Los Idus de mayo amanecieron de un color azul pálido. Me desperté por etapas, arrancado de mis sueños y desorientado en una casa ajena: no me hallaba ni en mi casa del Esquilino ni en ninguna de las que había habitado durante mis largos viajes. Voces amortiguadas y apremiantes penetraban en la habitación por todas partes. ¿Por qué había tanta actividad a esa hora de la mañana? No pude por menos de pensar que había muerto alguien durante la noche, pero en tal caso me habrían despertado sollozos y lamentos.

Bethesda se pegó a mi espalda, con un brazo debajo del mío, acariciándome el pecho. Sentí el blando almohadón de sus pechos a ambos lados de mi espinazo. Me resistí a despertar del todo tal como solemos hacer cuando una sombría desesperación pende sobre nuestras cabezas. Cerré los ojos y convertí la aurora en la noche más ne-

gra.

Volví a abrirlos. Bethesda, completamente vestida, estaba ya en pie y me sacudía el hombro. Una luz amarilla llenaba la habitación.

—¿Qué te pasa? —decía. Me incorporé de pronto y cabeceé—. ¿Estás enfermo? ¿No? Entonces será mejor que te des prisa. Los demás ya se han marchado. —Me dio una copa de agua fresca—. Creí que se habían olvidado de ti por completo hasta que Tirón vino corriendo a preguntarme dónde estabas. Cuando le dije que aun dormías, elevó las manos al cielo y se fue corriendo detrás de su amo.

—¿Cuánto hace de eso?

Se encogió de hombros.

—Un rato. Pero no les alcanzarás si antes quieres lavarte y comer algo. Tirón dijo que no te preocuparas, que te guardaría un sitio en los Rostra. —Tomó la copa vacía y sonrió—. Vi a la mujer.

—¿Qué mujer? —La imagen de Electra centelleó en mi mente; me pareció que había soñado con ella, aunque no lo recordaba—. ¿Hay alguna túnica limpia?

Señaló una silla que había en un rincón, donde mis mejores ropas habían sido cuidadosamente depositadas. Uno de los esclavos de Cicerón había ido a buscarlas a mi casa. Estaban inmaculadamente limpias. Hasta habían remendado un pequeño siete que me había hecho en el dobladillo de una toga. Y los cálceos se habían frotado y lustrado con aceite.

—La mujer —volvió a decir Bethesda—. Esa que se llama Cecilia.

—¿Cecilia Metela ha estado aquí? ¿Esta mañana?

—Llegó poco después del amanecer en una gran litera. Hubo tanta conmoción entre los esclavos que el ruido me sacó de la cama. Has estado dos veces en su casa, ¿no? Debe de ser impresionante.

—Lo es. ¿Vino sola? Quiero decir, ¿sin su séquito?

—No, también vino nuestro hombre; Sexto Roscio. Flanqueado por seis guardas con las espadas desenvainadas. —Hizo una pausa como si intentara recordar los detalles—. Uno de los guardas estaba como una torre de asalto.

Me senté en la cama para abrocharme las correas de los cálceos.

—Supongo que no viste al propio Roscio.

—Le vi.

—¿Qué aspecto tenía?

—Estaba muy pálido. Aunque había poca luz.

—No tan poca como para que no pudieras ver bien al guarda.

—Habría visto al guarda incluso en la oscuridad.

—Seguro que sí. Ayúdame a arreglarme la toga.

En el Foro reinaba la sensación de ser medio fiesta. Ya que eran los Idus, tanto los Comicios populares como la Curia senatorial estaban cerrados. Pero había unos cuantos prestamistas y banqueros que tenían sus oficinas abiertas, y mientras que las

calles más exteriores estaban vacías, a medida que me aproximaba al centro, los alrededores del Foro aparecían crecientemente congestionados. Hombres de todas clases, solos o en grupos, se encaminaban a los Rostra o columna rostral con un aire de sombría excitación. La multitud que se agolpaba en la plaza en que se alzaba la columna era tan nutrida que tuve que abrirme paso a codazos. No hay nada que entusiasme tanto a los romanos como un juicio, especialmente cuando promete acabar en condena.

Pasé junto a una suntuosa litera con las cortinas completamente corridas. Mientras la adelantaba, una mano salió de entre las cortinas y me cogió del antebrazo. Bajé la mirada, asombrado de que un miembro tan enjuto pudiera tener tanta fuerza. La mano me soltó y se retiró, dejándome en la carne las claras incisiones de cinco uñas. Las cortinas se apartaron y la misma mano me indicó por señas que me asomase al interior.

Cecilia Metela, reclinada sobre un lecho de mullidos cojines, llevaba un holgado vestido morado y un collar de perlas. Su pelo, enrollado en un alto moño, se sujetaba gracias a un alfiler de plata de cabeza adornada con lapislázuli. A su derecha, sentado con las piernas cruzadas, estaba el eunuco Ahausaro.

—¿Qué te parece, joven? —preguntó Cecilia con voz áspera—. ¿Cómo va a ir todo?

—¿Para quién? ¿Para Cicerón? ¿Para Sila? ¿Para los asesinos?

Arrugó la frente.

—No te hagas el gracioso. Para el joven Sexto Roscio, por supuesto.

—Es difícil decirlo. Sólo los augures y los oráculos conocen el futuro.

—Pero con todo lo que ha trabajado Cicerón, y con la ayuda de Rufo, seguramente Roscio obtendrá el veredicto que merece.

—¿Cómo puedo responder, entonces, si no sé qué veredicto merece?

Me lanzó una misteriosa mirada y se llevó a los labios las uñas largas y manchadas de gena.

—¿Qué estás diciendo? Después de todo lo que has averiguado, no puedes creerle culpable. ¿O sí? —Le tembló la voz.

—Como buen ciudadano —dije—, tengo fe en la justicia romana. —Retiré la cabeza y dejé caer la cortina.

En algún lugar del centro de la multitud oí una voz que gritaba mi nombre. A aquellas alturas, era muy improbable que nadie que me conociera pudiera desearme ningún bien; aceleré la marcha, pero un grupo de labriegos de anchas espaldas me bloqueó el paso. Una mano me cogió por el hombro. Respiré profundamente y me volví despacio.

Al principio no le reconocí, pues sólo le había visto en su granja, agotado y con la túnica sucia, o más bien relajado y harto de vino. Tito Megaro de Ameria parecía completamente cambiado; llevaba una elegante túnica y el pelo meticulosamente engrasado y peinado. Su hijo Lucio, que aún no tenía edad para llevar toga viril, llevaba un modesto atavío de manga larga. Parecía excitado, lleno de entusiasmo.

—¡Gordiano, qué suerte haberte encontrado en medio de este gentío! No sabes lo agradable que es para un granjero encontrar una cara conocida en la ciudad...

—¡Es fantástico! —le interrumpió Lucio—. Menudo lugar... jamás lo habría imaginado. Qué grande y qué bonito. Y cuánta gente. ¿En qué parte de la ciudad vives? Debe de ser maravilloso vivir en un lugar así, donde ocurren tantas cosas.

—Perdona sus modales. —Tito, cariñosamente, apartó un mechón rebelde de la frente de su hijo—. A su edad yo tampoco había estado en Roma. La verdad es que sólo he estado tres veces en mi vida... no, cuatro, pero en una ocasión sólo un día. Mira, Lucio, aquello es la columna rostral: toda decorada con espolones de barcos cartagineses capturados en batalla. El orador sube por las escaleras que hay en la parte de atrás y habla al público desde la plataforma que hay en lo alto, donde todos puedan verle. Una vez oí al propio Sulpicio hablar desde los Rostra, en los días anteriores a las guerras civiles.

Le observé sin expresión. En su granja de Ameria me había sorprendido por su afabilidad y encanto, por su aire de saludable refinamiento. Allí, en el Foro, estaba tan fuera de lugar como una anchoa en un trigal, señalando con el dedo y vociferando como cualquier patán de pueblo.

—¿Cuánto hace que estás en la ciudad? —dije por fin.

—Desde anoche. Hemos tardado dos días en llegar de Amena.

—Dos largos y duros días —rió Lucio, fingiendo masajearse el trasero.

—Entonces todavía no has visto a Cicerón?

Tito bajó la mirada.

—No, me temo que no. Pero encontré las cuadras de la Subura y he devuelto a Avispa.

—Creía que tenías que llegar ayer. Tenías que ir a casa de Cicerón para hablar con él y ver si podías servirle de testigo.

—Sí, bueno...

—Ahora es demasiado tarde.

—Sí, supongo. — Tito se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Entiendo. —Retrocedí. Tito Megaro no me miró a los ojos—. De todos modos has decidido venir al juicio. Sólo a observar.

Apretó la boca.

—Sexto Roscio es, era, mi vecino. Tengo más motivos para estar aquí que toda esta gente.

—Y más motivo para ayudarle.

Tito bajó la voz.

—Ya le ayudé... con la petición que enviamos a Sila y al hablar contigo. Pero hablar en público, aquí, en Roma... mira, soy padre de familia, ¿comprendes? Tengo que pensar en mi familia.

—Y si lo declaran culpable y lo ejecutan, seguro que también te quedarás a ver el espectáculo.

—Nunca he visto un mono —dijo Lucio muy contento—. ¿Lo meten de verdad en el saco?

—Sí —dije a Tito—, haz que el muchacho lo vea. Jamás lo olvidará.

Tito me lanzó una mirada dolida y suplicante. Lucio, mientras tanto, miraba por encima de mi hombro, ajeno a todo lo que no fuera la excitación del juicio y los esplendores del Foro. Les di la espalda rápidamente y me perdí entre la multitud. Tras de mí oí a Lucio gritar con su voz clara y adolescente:

—Padre, dile que vuelva... ¿cómo volveremos a encontrarle? —Pero Tito Megaro no me llamó.

La multitud se comprimió repentinamente ante la llegada de un dignatario imprevisto, precedido por un séquito de gladiadores que se abrió paso hasta las gradas de los jueces, más allá de los Rostra. Me encontré atrapado en un remolino de cuerpos, empujado hacia atrás hasta que mis hombros golpearon algo tan sólido e inflexible como un muro: el pedestal de una estatua que Se erguía como una isla en aquel mar humano.

Miré hacia arriba, por encima de mi hombro, hasta distinguir el abierto hocico de un dorado caballo de guerra. A lomos del noble bruto estaba el dictador, vestido de general, aunque con la cabeza descubierta para que nada oscureciera su rostro jubiloso. El sonriente y resplandeciente guerrero montado en el corcel era considerablemente más joven que el que había visto en casa de Crisógono, aunque el escultor había realizado una labor muy verosímil al captar la fuerte mandíbula del original, además de la terrible e imperturbable seguridad de los ojos. Éstos no se dirigían al Foro, ni a la multitud, ni a las gradas de los jueces sino directamente a la columna rostral, para que cualquiera que osase hablar desde lo alto tuviera que dar la cara al supremo protector del Estado. Retrocedí y observé la inscripción que había en el pedestal, que simplemente rezaba: L. CORNELIO SILA, DICTADOR, SIEMPRE CON LA FORTUNA.

Una mano me cogió del brazo. Me volví y vi a Tirón apoyado en la muleta.

—Bien —dijo—, has venido. Temía... bueno, no importa. Te he visto desde el otro lado de la plaza. Ven conmigo. —Fue cojeando a través de la multitud, tirando de mí. Un guarda armado asintió al ver a Tirón y nos dejó pasar tras un cordón. Atravesamos un espacio abierto hasta el mismísimo pie de los Rostra. El espolón chapado en cobre de un vetusto barco de guerra asomaba sobre nuestras cabezas, como una bestia cornúpeta de pesadilla. No dejaba de miramos y parecía casi vivo. Cartago nunca estuvo horra de pesadillas; cuando acabamos con ella, nos las pasó todas.

A un lado de la plaza se encontraba la multitud de espectadores, de pie y contenida por el cordón que formaban los guardas del tribunal. Al otro lado había filas de bancos para amigos de los litigantes y para espectadores de rango demasiado elevado para estar de pie. En un ángulo de la plaza, entre los espectadores y la columna rostral, estaban los bancos de los abogados de la acusación y la defensa. Directamente ante los Rostra, en sillas emplazadas sobre una serie de gradas de poca altura, se sentaban los setenta y cinco jueces elegidos por el Senado.

Inspeccioné las caras de los jueces. Unos dormitaban, otros leían: Unos comían. Otros discutían. Unos se agitaban inquietos, claramente incómodos con la misión que les había caído encima. Otros parecían dirigir sus asuntos cotidianos, impartiendo órdenes a esclavos y secretarios. Todos llevaban la toga senatorial que les concedía una condición distinta de la chusma que había al otro lado del cordón. Hubo un tiempo en que los tribunales estaban formados por senadores y ciudadanos corrientes. Sila habla puesto fin a aquello.

Eché un vistazo al banco del acusador, donde Magno estaba sentado con los brazos cruzados, con el entrecejo fruncido y observándome con una mirada siniestra. Junto a él, el acusador Cayo Erucio y sus ayudantes hojeaban unos documentos. Erucio era famoso por acusar con verdadera saña, unas veces por oficio y otras por despecho; también era famoso porque siempre ganaba. Yo había trabajado para él, pero sólo cuando apretaba el hambre. Pagaba bien. No había duda de que se le había prometido una lucrativa suma por obtener la muerte de Sexto Roscio.

Erucio levantó la mirada fugazmente cuando pasé junto a él y lanzó un despectivo gruñido que daba a entender que me había reconocido, a continuación se volvió para señalar con el dedo al mensajero que esperaba instrucciones. Erucio había envejecido considerablemente desde la última vez que le había visto. Las argollas de grasa que le rodeaban el cuello habían engordado y sus cejas precisaban una depilación. Debido a la carnosidad de sus labios, siempre parecía hacer pucheros y sus ojos se entornaban calculadores. Muchos jueces lo despreciaban. La multitud le adoraba. Su descarada corrupción, junto con su voz zalamera y su amaneramiento, ejercían sobre la multitud una fascinación de reptil con la que no podían competir ni la sinceridad pura y simple ni la sencilla virtud romana. Saltaba a la vista que estaba muy poco impresionado por su rival. Llamó a gritos a uno de sus esclavos; se volvió para contar un chiste a Magno (ambos rieron); se estiró y deambuló de un lado a otro con los brazos en jarras, sin molestarse siquiera en lanzar una ojeada al banquillo de los acusados. Aquí estaba sentado Sexto Roscio, encorvado y con dos guardas a los lados: los dos que habían estado apostados en el portal de Cecilia. Parecía un hombre ya condenado: pálido, silencioso, tan inanimado como una piedra. Junto a él, incluso Cicerón parecía robusto cuando se puso en pie y me cogió del brazo para saludarme;

—¡Bien, bien! Tirón dijo que te había visto entre la muchedumbre. Temía que llegaras tarde o que no vinieras. —Se inclinó hacia mí, sonriendo, todavía sujetándome el brazo, y habló con voz confidencial, como si fuera su mejor amigo. Tal intimidad, después de la frialdad de los últimos días, me enervó—. Mira a los jueces, Gordiano. Los unos están muertos de aburrimiento, los otros de miedo. ¿A qué mitad debería dirigir mis argumentaciones? —Se echó a reír. Aquel malhumorado Cicerón que por todo se irritaba y a todo respondía hoscamente desde mi regreso de Ameria, parecía haberse desvanecido.

Tirón se sentó a la derecha de Cicerón, junto a Sexto Roscio, y cuidadosamente ocultó la muleta. Rufo se sentaba a la izquierda de Cicerón, junto con los nobles que le

habían ayudado en el Foro. Reconocí a Marco Metela, otro de los jóvenes parientes de Cecilia, al lado de Publio Escipión, insignificancia de prestigio y antaño magistrado.

—Naturalmente, no puedes sentarte con nosotros en el banquillo —dijo Cicerón—, pero te quiero cerca. ¿Quién sabe? En el último momento se me podría olvidar un nombre o una fecha. Tirón ha puesto un esclavo para calentarte el asiento. —Señaló la tribuna, donde reconocí a numerosos senadores y magistrados, entre ellos el orador Hortensio y varios Mesalas y Metelos. También reconocí al viejo Capitón, que parecía marchito y pequeño junto al gigante Malio Glaucia, que llevaba la mano vendada.

No se veía a Crisógono por ninguna parte. El único Sila presente era el de la escultura.

A un ademán de Cicerón, el esclavo se levantó de uno de los bancos. Mientras caminaba hacia la tribuna para ocupar mi lugar, Malio Glaucia dio un codazo a Capitón y le susurró al oído.

Ambos volvieron la cabeza y se me quedaron mirando mientras tomaba asiento dos filas detrás de ellos. Glaucia frunció el ceño y curvó el labio superior con un gruñido.

El Foro estaba bañado por las largas sombras de la mañana. Cuando el sol apareció por detrás de la Basílica Fulvia, el pretor Marco Fanio, presidente del tribunal, subió a los Rostra y se aclaró la garganta. Con la gravedad que convenía al tribunal, invocó a los dioses y leyó los cargos.

Se apoderó de mí ese estupor mental que inevitablemente embarga a cualquier hombre razonable cuando está en un tribunal, en medio de un océano de salobre retórica cuyas olas rompen contra los erosionados farallones de la metáfora.

Fanio acabó por fin y ocupó su asiento entre los jueces. Cayo Erucio se levantó del banco de la acusación y subió a lo alto de los Rostra. Inhaló profundamente. Los jueces abandonaron sus documentos y conversaciones. La multitud quedó en silencio.

—Estimados jueces, selectos miembros del Senado, acudo hoy aquí con una desagradabilísima misión. Pues ¿cómo puede ser agradable acusar a un hombre de asesinato? Y aun así se trata de uno de esos deberes que de vez en cuando caen sobre los hombros de quienes se muestran celosos del cumplimiento de la ley. —Bajó los ojos y puso cara de circunstancias—. Sin embargo, estimados jueces, mi misión no consiste sólo en llevar a un asesino ante la justicia, sino también en procurar que un principio mucho más antiguo y mucho más profundo que las leyes prevalezca hoy en esta plaza. Pues el crimen del que Sexto Roscio es culpable no es simplemente un asesinato, lo cual, sin duda, ya sería suficientemente horrible; se trata de un parricidio. —El pesar se convirtió en horror. Acentuó las grasientas arrugas de su cara y dio una patada en el suelo—. *¡Parricidio!* —exclamó, con voz tan tonante que hasta el extremo más lejano de la multitud sufrió un sobresalto—. Imaginadlo si podéis... no, no retrocedáis ante lo espantoso de ese crimen, antes bien mirad sin pestañear las fauces de la bestia salvaje. Somos hombres, somos romanos, y no debemos permitir que nuestra natural repugnancia nos prive de la fuerza para encarar el crimen más abominable. Debemos tragar-

nos la repugnancia y procurar que se haga justicia.

»Mirad a ese hombre que se sienta en el banquillo de los acusados, con esos guardas armados a su espalda. Ese hombre es un asesino. ¡Ese hombre es un parricida! Le llamo "ese hombre" porque me duele referirme a él por su nombre: Sexto Roscio. Me duele porque fue el mismo nombre que su padre llevó antes que él, el padre que ese hombre llevó a la tumba: un nombre antaño honorable que ahora rezuma sangre, como la túnica ensangrentada que se encontró sobre el cadáver del anciano, hecha jirones por las armas de los asesinos. ¡Ese hombre ha transformado el buen nombre de su padre en una maldición!

»¿Qué puedo deciros acerca de este... Sexto Roscio? —Erucio inyectó en el nombre todo el desprecio que su voz y su semblante pudieron reunir—. En Ameria, su pueblo natal, os dirán que dista mucho de ser un hombre devoto. Id a Ameria, como yo he hecho, y preguntad a los lugareños cuándo fue la última vez que vieron a Sexto Roscio en una festividad religiosa. No sabrán ni de quién habláis. Pero recordadles a Sexto Roscio, al hombre acusado de asesinar a su propio padre, y veréis en su cara una expresión de complicidad, y les oiréis suspirar, y desviarán la mirada por temor a la cólera de los dioses.

»Os dirán que Sexto Roscio es, en muchos aspectos, un misterio, un hombre solitario, insociable, nada religioso, grosero y brusco en su escaso trato con los demás. En la comunidad de Ameria es conocido, ¿o debería decir famoso?, por una sola cosa: la enemistad que durante toda la vida le enfrentó a su padre.

»Un buen hombre no discute con su padre. Un buen hombre honra y obedece a su padre, y no sólo porque tal es la ley, sino porque es la voluntad de los cielos. Cuando un mal hombre ignora ese mandato y riñe abiertamente con el hombre que le dio la vida, se embarca entonces en un sendero que conduce a toda clase de crímenes horribles... sí, incluso al crimen que aquí nos hemos reunido para castigar.

»¿Qué provocó la enemistad entre padre e hijo? Realmente no lo sabemos, aunque el hombre que se sienta junto a mí en el banquillo de la acusación, Tito Roscio Magno, puede dar fe de numerosos y sórdidos ejemplos de esas disputas; al igual que otro testigo cuya presencia reclamaré, tras el alegato de la defensa, el venerable Capitón. Magno y Capitón son primos de la víctima, y también de ese hombre. Son respetados ciudadanos de Ameria. Durante años fueron testigos, con temor y desagrado, de que Sexto Roscio desobedecía a su padre y le maldecía a sus espaldas. Observaron consternados que el anciano, para proteger su propia dignidad, daba la espalda a esa abominación procedente de su propia semilla que había alcanzado ya la edad adulta.

»Le dio la espalda, digo. Efectivamente, Sexto Roscio el viejo dio la espalda a Sexto Roscio el joven, y sin duda habría de lamentarlo, pues un hombre prudente no da la espalda a una víbora, ni tampoco a un hombre con alma homicida, aunque sea su propio hijo, ¡a no ser que quiera recibir una puñalada a traición!

Erucio golpeó la barandilla con el puño y miró con los ojos muy abiertos a la multitud, mantuvo la pose un instante y tomó aliento. La plaza quedó extrañamente en si-

lencio tras el tronar de su voz. Erucio había empezado a sudar. Cogió el dobladillo de la toga y se secó la gotas que le caían por la papada. Levantó los ojos al cielo, como si buscara consuelo para la dolorosa misión de impartir justicia. Con voz lastimera, lo bastante alta para que todos lo oyesen, murmuró:

—¡Júpiter, dame fuerzas!

Vi que Cicerón cruzaba los brazos y giraba los globos oculares con resignación. Erucio recuperó la calma, dio un paso al frente.

—*Ese hombre...* —prosiguió— ¿por qué molestamos en pronunciar su mancillado nombre cuando se atreve a aparecer en público, donde cualquier ciudadano decente pueda verle para retroceder aterrado? *Ese hombre* no era el único vástago de su padre. Había otro hijo. Se llamaba Cayo. Cuánto le amaba su padre. ¿Y por qué no? Según todo el mundo, era ejemplo de lo que todo romano debería ser: devoto de los dioses, obediente con su padre poseedor de todas las virtudes, un joven agradable en todos los aspectos, encantador y culto. ¡Qué extraño que un hombre pueda tener dos hijos tan distintos! Ah, pero son hijos de madres distintas. Quizá no era la semilla lo corrompido, sino la tierra en que fue plantada. Considerad este ejemplo: dos semillas de la misma uva se siembran en suelos distintos. Una vid crece fuerte y hermosa, llena de dulces frutos que producen un vino embriagador. La otra es deforme y distinta de la primera, retorcida, llena de espinas; su fruto es amargo y el vino veneno. ¡Al primer licor lo llamo Cayo, al segundo Sexto! —Se pasó la toga por la cara, tembló de repugnancia, prosiguió—: Sexto Roscio el viejo amaba a un hijo, pero no al otro. Siempre tenía cerca a Cayo, exhibiéndolo orgullosamente ante la más exquisita sociedad, mostrándolo en público con amabilidad y afecto. A Sexto el joven, por otra parte, lo mantenía lo más lejos posible, relegándolo a las granjas amerinas de la familia, ocultándolo a los demás como si fuera algo vergonzoso que no ha de mostrarse entre personas decentes. Tan profunda era esta división de afectos que Roscio el viejo pensó seriamente en desheredarle completamente y en nombrar a Cayo su único heredero, aun cuando Cayo fuera el más joven de sus hijos.

»Injusto, podéis decir. Es mejor que un hombre trate a todos sus hijos con el mismo respeto. Cuando empieza a tener favoritos, lo único que hace es sembrar la discordia en su propia generación y en la siguiente. Cierto, pero en este caso debemos confiar en el juicio de Sexto Roscio el viejo. ¿Por qué despreciaba tanto a su primogénito? Creo que probablemente se debía a que, mejor que nadie, se daba cuenta de que la vileza anidaba en el pecho de Sexto Roscio el joven, y eso le hacía retroceder. Quizá tuvo un presentimiento de la violencia que su hijo podría descargar sobre él y por eso lo mantenía a tal distancia. ¡Ay, la precaución no fue suficiente!

»La historia de los Roscios acaba en tragedia múltiple, en una serie de tragedias que ya no pueden enmendarse, sino sólo vengarse, y en vuestras manos está la ocasión, oh estimados jueces. Primero, la inoportuna muerte de Cayo Roscio. Con él se desvanecieron todas las esperanzas de futuro de su padre. Medito lo siguiente: ¿no consiste la máxima alegría en dar vida a un hijo y ver en él la imagen de uno mismo? ¿En criarlo y

educado de manera que nos sintamos rejuvenecer mientras crece? Lo sé, pues hablo como padre. ¿y no será una bendición abandonar esta vida dejando en el mundo, como sucesor y heredero nuestro, a un ser nacido de nosotros mismos? ¿Dejarle no sólo nuestra hacienda, sino también nuestra sabiduría acumulada y la mismísima llama de la vida que pasa de padres a hijos para que éstos la transmitan a sus hijos, de suerte que cuando el cuerpo mortal se desvanezca, siga viva en los descendientes?

»Con la muerte de Cayo, esta esperanza murió en su padre Sexto Roscio. Pero tenía otro hijo con vida, podéis alegar. Cierto pero en ese hijo no vio su propio reflejo, verdadero y puro como un lago de aguas límpidas. Por el contrario, vio una imagen como la que se refleja en una bandeja agrietada, distorsionada, retorcida, ofensiva. Roscio el viejo acariciaba la idea de desheredar al hijo superviviente incluso tras la muerte de Cayo. Ciertamente, había numerosos candidatos, más valiosos, para ser sus herederos dentro de la familia, y muy a tener en cuenta era su primo Magno, el mismo Magno que se sienta junto a mí en el banquillo de los acusadores, que amaba a su primo lo suficiente para procurar que el crimen no quede impune.

»Sexto Roscio el joven concibió una trama diabólica contra su padre. No conocemos, ni conoceremos, los detalles exactos. Sólo *ese hombre* podría describirlos si osara confesar. Lo que conocemos son los hechos desnudos. Una noche de septiembre, al abandonar la casa de su protectora, la amadísima Cecilia Metela, Sexto Roscio el viejo fue abordado en las cercanías de los Baños de Palacina y muerto a cuchilladas. ¿Por el propio Sexto Roscio el joven? ¡No, no, claro que no! Rememorad los tumultos del año pasado, estimados jueces del tribunal. No hace falta que me detenga en las causas, pues éste no es un tribunal político, pero he de recordaros la violencia que azotó las calles de esta ciudad. Qué fácil debe de haber resultado a un intrigante como Sexto Roscio encontrar asesinos que hicieran el trabajo sucio. Y qué inteligente llevar a cabo la ejecución en una época de tumultos, con la esperanza de que la muerte del padre pasase desapercibida en medio de tanto cataclismo.

»¡Gracias a los dioses que un hombre como Magno, que mantiene los ojos y los oídos abiertos, no tiene miedo de dar un paso adelante y acusar al culpable! Aquella misma noche, su liberto de confianza, Malio Glaucia, vino a Roma para comunicarle la muerte de su queridísmo primo. Magno inmediatamente envió a Glaucia a Ameria para que llevara la noticia a su primo Capitón.

»Y la ironía, amarga y sin embargo extrañamente justa, entra ahora en nuestra historia de la mano de la tragedia. Pues debido a un imprevisible giro de la fortuna, *ese hombre* no iba a heredar la fortuna que esperaba obtener mediante el parricidio. Pero, como ya he dicho antes, éste no es un tribunal político ni estamos celebrando un juicio político. No nos preocupan las drásticas medidas que se vio obligado a adoptar el Estado en estos últimos años de cataclismos e incertidumbres. De manera que no intentaré explicar los curiosos mecanismos por los que Sexto Roscio el viejo, según todas las apariencias un buen hombre, apareció entre las listas de proscritos cuando ciertos concienzudos funcionarios del Estado investigaron su muerte. ¡Había consegui-

do eludir la pena de muerte por traición durante unos meses! ¡Qué afortunado fue o qué inteligente!

»¡Pero qué ironía! El hijo mata al padre para asegurarse la herencia y descubre que esa herencia ya ha sido confiscada por el Estado! ¡Imaginaos su pesar! ¡Su frustración y desesperación! Los dioses gastaron un horrenda broma a *ese hombre,* pero ¿quién puede negar la infinita sabiduría de los dioses o su sentido del humor?

»A su debido tiempo, la propiedad del difunto Sexto Roscio fue puesta en subasta. Los buenos primos Magno y Capitón fueron los primeros en pujar, ya que conocían perfectamente las fincas y estaban al corriente de su valor, y de este modo se convirtieron en lo que deberían haber sido desde el principio: en herederos del difunto Sexto Roscio. Así es como algunas veces la Fortuna recompensa a los justos y castiga a los malvados.

»Pero ¿y *ese hombre?* Magno y Capitón le sospecharon culpable, de hecho estaban casi seguros. Pero fruto de la misericordia que sentían por su familia le dieron refugio en sus tierras recién adquiridas. Durante un tiempo hubo una inestable paz entre los primos, es decir, hasta que Sexto Roscio acabó delatándose. Primero se descubrió que había conservado diversas propiedades que, por ley, el Estado debía haber confiscado; en otras palabras, el hombre no era más que un ladrón que robaba al pueblo de Roma lo que era suyo por derecho de ley. (Ah, jueces, bostezáis ante una acusación de desfalco y no os faltan motivos, pues ¿qué es esto comparado con su crimen principal?) Cuando Magno y Capitón le pidieron que renunciara a esas propiedades, les amenazó de muerte. Aunque de haber estado sobrio, probablemente habría contenido la lengua. Pero desde la muerte de su padre bebía en exceso... como suelen hacer los hombres que se sienten culpables. De hecho, a todos sus restantes vicios, Sexto Roscio había añadido el de la bebida, y apenas se le veía sobrio alguna vez. Se tornó intolerablemente ofensivo, hasta el punto de atreverse a amenazar a sus anfitriones. A amenazarlos de muerte, y al amenazar su vida, inadvertidamente confesó el asesinato de su padre.

»Temiendo por su propia vida, y puesto que era su deber, Magno decidió presentar cargos contra *ese hombre.* Mientras tanto, Roscio escapó del control de aquél y huyó a Roma, al mismísimo escenario del crimen; pero el ojo de la ley vigila incluso en el corazón de Roma y en una ciudad de un millón de habitantes fue incapaz de ocultarse.

»Sexto Roscio fue localizado. Normalmente, aun acusado del más nefando crimen, a un ciudadano de Roma se le brinda la oportunidad de renunciar a su ciudadanía y huir al exilio para no afrontar un juicio, si es eso lo que quiere. Pero tan grave era el crimen cometido por *ese hombre* que se le puso bajo la vigilancia de guardas armados en espera del juicio y su castigo. ¿y por qué? Porque el delito cometido va mucho más allá de la simple agresión de un mortal contra otra persona. Es un golpe contra los mismísimos fundamentos de la República y los principios que la han hecho grande. Es una agresión a la primacía de la paternidad. Es una ofensa a los mismísimos dioses y a

Júpiter por encima de todo, padre de los dioses.

»No, el Estado no puede arriesgarse, ni siquiera mínimamente, a que escape tan odioso criminal, ni tampoco, estimados jueces, puede arriesgarse a que permanezca sin castigo. Pues si así fuera, considerad el castigo divino que con toda seguridad caería sobre la ciudad como desquite por no haber sabido lavar tal abominación. Pensad en esas ciudades cuyas calles han estado inundadas de sangre, en esas personas que han perecido de hambre y sed mientras neciamente daban refugio a un impío. No podéis permitir que eso le suceda a Roma.

Erucio hizo una pausa para enjugarse la frente. Toda la concurrencia le observaba con una concentración casi onírica. Cicerón y sus colegas abogados ya no suspiraban con resignación ni se burlaban disimuladamente de Erucio; parecían preocupados. Sexto Roscio se había quedado de piedra.

Erucio reanudó su exposición.

—Me he referido a la ofensa con que *ese hombre* ha agredido a Júpiter y a su crimen horriblemente vil. ¡También es una ofensa, si se me permite una breve digresión, al Padre de nuestra restaurada República! —Erucio elevó aparatosamente los brazos, como si implorara a la estatua ecuestre de Sila, que parecía, desde donde yo estaba sentado, sonreír con condescendencia—. No tengo por qué hablar en su nombre, pues su ojos nos observan en este mismísimo momento. Sí, su ojo vigilante ve todo lo que hacemos en este lugar, en el obediente papel que asumimos como ciudadanos, jueces, abogados y acusadores. Lucio Cornelio Sila, Siempre con la Fortuna, restauró los tribunales. Sila volvió a prender el fuego de la justicia en Roma, tras tantos años de oscuridad; a nosotros nos corresponde procurar que los malvados como *ese hombre* se abrasen en ese mismo fuego hasta quedar reducidos a cenizas. De lo contrario, os prometo, estimados jueces, que el desquite caerá sobre nuestras cabezas desde lo alto, como cae el granizo desde un cielo negro y colérico.

Erucio adoptó una pose forzada y la mantuvo durante unos instantes. Apuntó al cielo con un dedo. Juntó las cejas y miró a la asamblea de jueces, ceñudo como un buey. Había hablado del desquite de Júpiter, pero lo que todos oímos fue que sería el propio Sila quien se encolerizaría ante un veredicto de no culpabilidad. La amenaza no podía haber sido más explícita.

Erucio recogió los pliegues de su toga, echó la barbilla hacia atrás y dio media vuelta. Mientras descendía de la columna rostral, no hubo vítores ni aplausos de la multitud, sólo un silencio escalofriante.

No había demostrado nada. En lugar de pruebas había ofrecido insinuaciones. No había apelado a la justicia, sino al miedo. Su discurso era una terrible mezcla de palmarias mentiras y puritanismo amenazador. Sin embargo, ¿qué hombre que le hubiera oído hablar en los Rostra aquella mañana dudaría que había ganado el caso?

Capítulo Treinta y uno

Cicerón se puso en pie y caminó resueltamente hacia la columna rostral, la toga ondulándole alrededor de las rodillas. Carraspeó y tosió. Una oleada de escepticismo recorrió la multitud. Nadie le había oído nunca pronunciar un discurso; un inicio chapucero podía ser mala señal. En el banco de los acusadores, Cayo Erucio chascaba los labios de manera llamativa y levantaba la mirada al cielo.

Cicerón se aclaró la garganta y volvió a comenzar. Su voz no era muy serena y sí ligeramente áspera.

—Creo, oh jueces del tribunal, que os preguntaréis por qué, estando aquí sentados los oradores más eminentes y los varones más ilustres, sea yo quien se levante para dirigiros la palabra...

—Él lo ha dicho, él lo ha dicho —murmuró Erucio. Se oyeron algunas risotadas entre el público.

Cicerón prosiguió.

—... cuando ni por edad, inteligencia y prestigio puedo compararme a ellos. Todos saben, sin embargo, que aquí se ha lanzado una acusación injusta contra un hombre inocente y que es necesario refutarla. Por eso están aquí, para cumplir con sus obligaciones para con la verdad, aunque permanecen en silencio a causa de las desfavorables condiciones de los tiempos que corren —Levantó una mano como para atrapar una gota de lluvia que cayera del cielo azul y despejado y fue como si al mismo tiempo hiciese un ademán hacia la estatua ecuestre de Sila. Entre los jueces hubo un inquieto rumor de sillas. Erucio, que se miraba las uñas, no lo vio. Cicerón volvió a aclararse la garganta. De su voz desapareció toda vacilación—. ¿Acaso soy yo más valiente que estos hombres silenciosos? ¿O más devoto de la justicia? No lo creo. ¿Acaso estoy deseoso de oír mi propia voz en el Foro y de que me elogien por hablar en público? No, si un mejor orador pudiera ganar este elogio pronunciando mejores palabras. ¿Qué es, entonces, lo que me ha impulsado a asumir la defensa de Sexto Roscio Amerino, usurpando el cometido a un hombre más importante?

»La razón es la siguiente: si cualquiera de estos excelentes oradores se hubiera levantado para hablar en este tribunal, y pronunciado palabras de naturaleza política, inevitables en un caso como éste, se habría encontrado con que la gente advertía en tales palabras mucho más de lo que hubiera querido dar a entender. Comenzarían los rumores. Habría suspicacias. Es tal la naturaleza de estos hombres de sólida reputación que nada de lo que dicen pasa desapercibido y ni una sola alusión contenida en sus discursos deja de debatirse. Yo, sin embargo, puedo decir todo lo que debe decirse sin miedo a una respuesta adversa o a una controversia desfavorable. Ello se debe a que aún no he comenzado mi carrera pública; nadie me conoce. Si hablara con imprudencia, si se me escapara alguna indiscreción vergonzosa, nadie lo notaría, y si lo hicieran, me perdonarían el lapsus achacándolo a mi inexperiencia y juventud... aunque utilizo la palabra perdonar en sentido amplio, ya que el perdón verdadero y la libre investigación judicial que éste requiere han sido abolidos por el Estado.

Hubo nuevos rumores de sillas. Erucio levantó la mirada, arrugó la nariz, y se

quedó absorto, como si acabara de descubrir una alarmante columna de humo en el aire.

—Así que ya veis, no me señalaron y eligieron porque fuera el orador más dotado. —Cicerón sonrió para solicitar la indulgencia de la multitud—. No, yo soy simplemente la persona que quedó cuando todas las demás se apartaron y la que por tanto podía asumir la defensa con menor peligro. Nadie puede decir pues que se me haya elegido para que Sexto Roscio tenga la mejor defensa. Se me eligió, simplemente, para que no quedara sin defensa.

»Podéis preguntar: pero ¿de qué miedo habla este hombre? ¿Qué terror es el que ahuyenta a los mejores abogados y deja a Sexto Roscio en el brete de confiar su propia vida a un vulgar principiante? Tras haber oído a Erucio, nunca imaginaríais que pudiera haber ningún peligro, ya que, deliberadamente, ha eludido el nombre de la persona que le ha contratado y no ha mencionado los depravados motivos que esa persona tiene para llevar ajuicio a mi cliente.

»¿Qué persona? ¿Qué motivos? Permitidme que me explique. »Las posesiones del difunto Sexto Roscio, que, según el curso normal de los acontecimientos deberían ser ahora propiedad de su hijo y heredero, abarcan granjas y propiedades cuyo valor supera los seis millones de sestercios. ¡Seis millones de sestercios! Se trata de una considerable fortuna, amasada a lo largo de una larga y productiva vida. Y a pesar de ello, toda su hacienda fue adquirida por cierto joven, presumiblemente en subasta pública, por la asombrosa suma de dos mil sestercios. ¡Menuda ganga! Ese próspero y joven comprador fue Lucio Camelia Crisógono... ya veo que la sola mención de este nombre provoca cierta agitación en este lugar, ¿y por qué no? Es un hombre excepcionalmente poderoso. El supuesto vendedor de esta propiedad, en representación de los intereses del Estado, fue el valeroso e ilustre Lucio Sila, cuyo nombre menciono con el debido respeto.

Un débil murmullo recorrió la plaza mientras todos giraban la cabeza y hablaban entre sí con la mano en la boca. Capitón cogió a Glaucia por el hombro y le graznó al oído. Todos los nobles que me rodeaban se cruzaron de brazos y cambiaron ceñudas miradas. Los dos Metelos mayores, a mi derecha, se miraron asintiendo con complicidad. Cayo Erucio, cuya rolliza papada se había vuelto súbitamente escarlata ante la sola mención de Crisógono, cogió a un joven esclavo por el cuello, le ladró una orden y lo envió a cruzar la plaza a toda velocidad.

—Permitidme que sea franco. Es Crisógono quien ha presentado estos cargos contra mi cliente. Sin la menor justificación legal, Crisógono se ha apoderado de la propiedad de un hombre que no es culpable. Incapaz de disfrutar plenamente de los bienes robados, debido a que su legítimo propietario todavía vive y respira, solicita de vosotros, jueces del tribunal, que mitiguéis su angustia acabando con mi cliente. Sólo entonces podrá derrochar la fortuna del difunto Sexto Roscio con toda la despreocupada disipación a que aspira.

»¿Os parece justo todo esto, oh jueces? ¿Es honrado? Frente a tales hechos,

permitidme exponer mis propias peticiones, que creo encontraréis más humildes y razonables.

»Primera: que el pérfido Crisógono se contente con haber arrebatado nuestras riquezas y propiedades. ¡Pero que se abstenga de exigir también nuestra sangre!

»En segundo lugar, amados jueces, os imploro esto: volved la espalda a las insidiosas maquinaciones de los canallas. Abrid los ojos y el corazón a la súplica de una víctima inocente. Salvadnos de un terrible peligro, pues el que pende sobre Sexto Roscio en este juicio pende sobre todo ciudadano libre de Roma. Si al final de esta investigación estáis convencidos de la culpabilidad de Sexto Roscio... no, ni siquiera convencidos, sino simplemente recelosos; si una mínima prueba sugiere que las horrendas acusaciones que hay contra él podrían tener alguna justificación; si creéis sinceramente que sus acusadores le han llevado a juicio por un motivo que no sea satisfacer su insaciable codicia, entonces declaradle culpable y no pondré objeción alguna. Pero si lo único que hay en juego es la rapaz avaricia de sus acusadores y su ansia por ver a su víctima eliminada corrompiendo a la justicia, entonces os pido que hagáis valer vuestra integridad como senadores y jueces, que os neguéis a que vuestros cargos y vuestras personas se conviertan en meros instrumentos en manos de criminales.

»Te insto a ti, Marco Fanio, como presidente de este tribunal, a que contemples a la enorme multitud que se ha reunido para el juicio. ¿Qué ha atraído a todas estas personas? Oh, sí, la naturaleza de los cargos es de las que causan verdadera sensación. Ningún tribunal romano se ha enfrentado a un caso de asesinato en mucho tiempo... ¡aunque en el ínterin, ciertamente, no hemos andado escasos de crímenes abominables! Quienes se han reunido aquí están hartos de tanto asesinato; desean justicia. Quieren que se castigue duramente a los criminales. Quieren que se acabe con el crimen, y con la mayor severidad.

»Esto es lo que solicitamos: inflexibles castigos y todo el peso de la ley. Generalmente es el acusador quien formula tales exigencias, pero no hoy. Hoy somos nosotros, los acusados, quienes apelamos a ti, Fanio, y a tus jueces, para que castiguéis el crimen con toda la violencia de que seáis capaces. Pues si no lo hacéis, si perdéis esta oportunidad de demostrar de qué lado están los jueces y los tribunales de Roma, habremos llegado a un punto en que ya no habrá nada que ponga freno a la codicia y la iniquidad. La alternativa es la anarquía, absoluta y sin límites. Capitulad ante los acusadores, sed incapaces de cumplir con vuestro deber, y a partir del día de hoy el asesinato de los inocentes ya no se hará en las sombras ni oculto tras subterfugios legales. No, tales asesinatos se cometerán aquí, en el mismísimo Foro, oh Fanio, ante la mismísima tribuna donde estás sentado. Pues ¿cuál es el objeto de este juicio, sino que el robo y el asesinato puedan cometerse con impunidad?

»Veo dos bandos ante los Rostra. Los acusadores, los que han reclamado la propiedad de mi cliente, que directamente se han aprovechado del asesinato del padre de éste, y que ahora pretenden incitar al Estado a matar a un hombre inocente. Y el acusado Sexto Roscio, a quien sus acusadores han dejado en la ruina, a quien la muerte de

su padre sólo acarreó pesar y miseria, y que ahora se presenta ante este tribunal escoltado por guardias armados, no para protección del tribunal, tal como da a entender despectivamente Erucio, sino para su propia protección, ¡por miedo a que sea asesinado en este mismo lugar, ante vuestros propios ojos! ¿A cuál de los dos bandos se juzga realmente hoy? ¿Quién ha invocado la cólera de la ley?

»Ninguna descripción de estos bandidos bastaría a daros una idea de su catadura ni el catálogo de sus crímenes pondría de manifiesto el grado de arbitrariedad alcanzado al atreverse a acusar a Sexto Roscio de parricidio. Debo comenzar por el principio y relataros todo el curso de los acontecimientos que ha conducido hasta este momento. Entonces conoceréis la completa degradación a que se ha sometido a un hombre inocente. Entonces comprenderéis la audacia de sus acusadores y el inefable horror de sus crímenes. Y también veréis, con estremecedora claridad, el calamitoso estado en que ha caído la República.

Cicerón parecía en trance. Sus ademanes eran enérgicos e inequívocos. Su voz, apasionada y clara. Si le hubiera visto de lejos no le habría reconocido. Si le hubiera oído desde otro lugar no habría sabido que era su voz.

Anteriormente ya había sido testigo de tales transformaciones, aunque sólo en el teatro o en ciertas celebraciones religiosas, cuando la sorpresa que produce comprobar la versatilidad del barro humano es algo que ya está en el programa. Verlo ante mis ojos y en un hombre al que creía conocer resultaba asombroso. ¿Había sabido Cicerón, desde el principio, que tal cambio tendría lugar en él cuando llegara un momento de necesidad? ¿Lo sabían Rufo y Tirón? Seguramente así debía de haber sido, pues ninguna otra cosa explicaba la serena confianza que jamás les había abandonado. ¿Qué habían visto ellos en Cicerón que yo había sido incapaz de advertir?

Erucio había entretenido a la multitud con un poco de melodrama y palabras altisonantes, y la plebe había parecido satisfecha. Había amenazado a los jueces en sus propias narices y éstos lo habían soportado en silencio. Cicerón parecía decidido a despertar una verdadera pasión en sus oyentes y su avidez de justicia era contagiosa. Su decisión de incriminar a Crisógono desde el principio había sido una jugada atrevida. Ante la sola mención del nombre, a Erucio y Magno les había acometido un visible pánico. Estaba claro que esperaban una sumisa oposición en un discurso tan circunstancial y laberíntico como el suyo. Pero, lejos de ello, Cicerón se hundió hasta el cuello en el caso, sin omitir nada.

Describió las circunstancias del anciano Sexto Roscio, sus relaciones en Roma y su prolongada enemistad con sus primos Magno y Capitón. Pormenorizó sus escandalosos caracteres. (Comparó a Capitón con un viejo gladiador lleno de cicatrices y a Magno con el protegido de un viejo luchador, que ya ha superado a su amo en el arte de causar estragos.) Especificó el lugar y el momento del asesinato de Sexto Roscio y remarcó el extraño hecho de que Malio Glaucia hubiera cabalgado toda la noche para llevar a Ameria una daga ensangrentada e informar del suceso a Capitón. Detalló las relaciones entre los primos y Crisógono; la proscripción ilegal de Sexto Roscio tras su

muerte y después de que todas las proscripciones, por ley, hubieran cesado; las vanas protestas del consejo municipal de Ameria; la adquisición de las propiedades de Roscio por parte de Crisógono, Magno y Capitón; sus intentos de eliminar a Sexto Roscio el joven y la huida de éste a Roma, a casa de Cecilia Metela. Recordó a los jueces la pregunta que formulaba ante todo delito el gran Lucio Casio Longino Ravila: *¿quién se beneficia?*

Cuando llegó la hora de hablar del dictador, no se amilanó; incluso pareció sonreír satisfecho.

—Estoy sin embargo convencido, oh respetables jueces, de que todo esto tuvo lugar sin el conocimiento del venerable Lucio Sila, y sin que mereciera su atención. Después de todo, su ámbito es vasto y amplio; asuntos nacionales de la mayor importancia reclaman su atención mientras, atareado, repara las heridas del pasado y previene las amenazas del futuro. Todos los ojos están puestos en él; todo el poder reside en sus firmes manos. Construir la paz o librar batallas: esa elección, y los medios para llevar a cabo una cosa u otra, son competencia exclusivamente suya. Imaginad la multitud de sinvergüenzas de poca monta que rodean a un hombre así, que observan y aguardan las ocasiones en que su atención se halla completamente concentrada en otra parte, para aprovecharse del momento. Es Sila el Afortunado, no cabe la menor duda, pero, por Hércules, no hay nadie tan querido por la Fortuna que no albergue dentro de su vasto séquito algún esclavo deshonesto o, peor aún, algún ex esclavo astuto y poco escrupuloso.

Consultó sus notas y rebatió todos los puntos del discurso de Erucio, ridiculizando su simpleza. Contrarrestó el argumento de Erucio según el cual las obligaciones de Sexto Roscio de permanecer en el campo habían sido señal de discordia entre padre e hijo, con una larga digresión acerca de la valía y honorabilidad de la vida rural, un tema que siempre complace a los urbanos oídos de los habitantes de la ciudad de Roma. Protestó porque los esclavos que habían presenciado el asesinato no pudiesen declarar como testigos, pues su nuevo dueño, Magno, que los mantenía ocultos en casa de Crisógono, se negaba a permitirlo.

Meditó acerca de los horrores del parricidio, un delito tan grave que, para merecer un veredicto de culpa, exigía que se probara de modo irrefutable.

—Casi me atrevería a decir que los jueces deben ver las manos del hijo manchadas de sangre para poder creer en la comisión de un crimen tan monstruoso, tan repugnante, tan antinatural!

Describió el ancestral castigo del parricidio y la multitud respondió con una mezcla de horror y fascinación.

Su discurso fue tan exhaustivo y extenso que los jueces comenzaron a agitarse, no ya por la alarma que les producía oír el nombre de Sila, sino de impaciencia. Su voz comenzó a tornarse ronca, aunque diera esporádicos sorbos a una copa de agua que había oculta tras la barandilla. Comencé a pensar que estaba intentando ganar tiempo, aunque no podía imaginar por qué.

Durante un rato, Tirón estuvo ausente del banquillo de los acusados, haciendo de vientre, supuse, pues yo también sentía la misma necesidad. En ese instante apareció Tirón cojeando a lo largo de la tribuna y ocupó su lugar en el banco. Desde lo alto de la columna rostral, Cicerón arqueó una ceja. Se transmitieron cierta señal y ambos sonrieron.

Cicerón se aclaró la garganta y tomó un largo trago de agua. Respiró profundamente y durante un breve instante cerró los ojos.

—Y ahora, jueces, llegamos al tema de cierto sinvergüenza y ex esclavo, egipcio de nacimiento, infinitamente avaro por naturaleza... pero ved, ahí llega seguido de un espléndido séquito desde su lujosa mansión en el Palatino, donde mora en la opulencia, entre senadores y magistrados de las más antiguas familias de la República.

Alertado por Erucio, Crisógono había llegado por fin.

Sus guardaespaldas, en poco tiempo, despejaron la última fila de la tribuna, donde unos pocos y afortunados miembros de la multitud habían ocupado los únicos asientos dejados por los nobles de menor rango. Muchas cabezas se volvieron y un murmullo recorrió la plaza mientras Crisógono avanzaba hacia el centro del banco y se sentaba. Iba rodeado de tantos secuaces que algunos quedaron de pie en los laterales.

Me volví con los demás y observé sus rizos legendariamente dorados, la frente altiva a lo Alejandro, la mandíbula fuerte y cuadrada, que aquel día tenía un aspecto duro e inflexible. Miré a Cicerón y me pareció que se disponía físicamente para atacar, irguiendo los delgados hombros y bajando la frente como una cabra a punto de embestir.

—He estado haciendo averiguaciones acerca de este ex esclavo —dijo—. Es muy rico y no se avergüenza de ostentarlo. Además de la mansión del Palatino, posee una lujosa villa en el campo, por no hablar de multitud de granjas, todas ellas en excelentes terrenos y cerca de la ciudad. Su casa está atestada de vasijas de plata, oro y cobre procedentes de Delos y Corinto, entre ellas una vasija para calentar líquidos que recientemente compró en subasta a un precio tan exorbitante que los transeúntes, al oír su oferta final, pensaron que se estaba vendiendo toda una hacienda. El valor total de esta plata repujada, cubrecamas bordados, pinturas y estatuas de mármol está más allá de cualquier cómputo... a menos que alguien sea capaz de calcular la exacta cantidad de botín que se puede saquear a varias familias ilustres y que quepa en una casa.

»Pero éstas son posesiones mudas. ¿Y las posesiones que tienen facultad de hablar? Comprenden éstas un gran número de esclavos domésticos con las más exquisitas habilidades y dotes naturales. No necesito mencionar los oficios corrientes: cocineros, panaderos, sastres, porteadores de literas, carpinteros tapiceros, doncellas para la pieza, fregonas, pintores, enceradores de suelos, lavaplatos, encargados de mantenimiento, caballerizos, reparadores de tejados y físicos expertos. Para deleitar sus oídos y consolar el pensamiento posee tal muchedumbre de músicos que por todo el vecindario resuenan continuamente voces, tambores y flautas. Por la noche llena el aire con el estruendo de su libertinaje: actuaciones de acróbatas y poetas obscenos

que declaman para su placer. Cuando un hombre lleva una vida tal, oh jueces, ¿podéis imaginaros sus gastos diarios? ¿El costo de su guardarropa? ¿Su presupuesto para pródigas fiestas y suntuosos banquetes? No hay que hablar de casa al referirse a su morada, sino más bien de una fábrica de disolución y vicio, de un albergue para toda suerte de criminales. ¡Toda la fortuna de Sexto Roscio apenas le duró un mes!

»¡Observad a ese hombre, oh jueces, volved la cabeza y miradlo! ¡Con ese pelo tan cuidadosamente rizado y perfumado, cómo se pavonea por el Foro con esos ciudadanos de Roma que le van detrás y que deshonran su toga apareciendo en el séquito de un ex esclavo! ¡Ved qué desprecio muestra por todos los que le rodean! Sin duda cree que nadie alcanza la categoría de ser humano al compararse con él, se hincha con el espejismo de que sólo él posee todo el poder y toda la riqueza.

Miré a mi espalda. Cualquiera que en aquel momento viera a Crisógono por primera vez de ninguna manera le habría tomado por un hombre apuesto. Tenía la cara tan abotargada y roja que parecía hallarse al borde de la apoplejía. Los ojos se le salían de las órbitas. Nunca había visto tanta furia encerrada en un cuerpo tan rígido. Si hubiera explotado no me habría sorprendido.

Cicerón, desde la columna, podía ver claramente el efecto que producían sus palabras, pero proseguía sin pausa.

—Temo que por atacar a esta criatura pueda alguien malinterpretarme, inferir que mi intención es atacar a la causa aristocrática que ha salido triunfante de nuestras guerras civiles, Y a su adalid Sila. No es así. Quienes me conocen saben que yo anhelaba la paz y la reconciliación, pero tras el fracaso de ésta, la victoria estuvo de parte del bando más justo. Ello se debió a la voluntad de los dioses, al celo del pueblo romano y por supuesto a la sabiduría, poder y buena suerte de Lucio Sila. No estoy aquí para cuestionar si los vencedores merecían su recompensa y los vencidos su castigo. Pero me cuesta creer que la aristocracia se levantara en armas sólo para que a sus esclavos y ex esclavos se les otorgara la libertad de atracarse con nuestros bienes y propiedades.

Yo ya no podía contenerme. Tenía la vejiga tan a punto de estallar como las mejillas hinchadas de Crisógono.

Me levanté y avanzando de lado pasé ante los nobles, que fruncieron el entrecejo por la molestia y quisquillosamente se levantaron el dobladillo de la toga, como si el mero roce de mi pie pudiera ensuciar la tela. Mientras recorría el abarrotado lateral que había entre los jueces y la tribuna, volví la mirada hacia la plaza y sentí el extraño desapego de un espectador anónimo que abandona el núcleo del furor: Cicerón gesticulando apasionadamente, la multitud contemplándole extasiada, Erucio y Magno rechinando los dientes. Tirón me lanzó una mirada. Sonrió y pareció repentinamente alarmado. Me llamó agitando el brazo con vehemencia. Le sonreí y le devolví un gesto de rechazo. Gesticuló de manera más perentoria y fue a levantarse del asiento. Le di la espalda y apreté el paso. Si lo que deseaba era una última y susurrada conferencia conmigo, yo tenía que resolver asuntos más apremiantes. Sólo más tarde descubrí que

intentaba advertirme del peligro que había a mi espalda.

Me abrí paso por entre los seguidores y esclavos que se apelotonaban detrás de la tribuna. La calle que había más allá estaba vacía. Espectadores de nulo orgullo cívico ya habían formado un charco de orina al pie de la pared del fondo, pero mi vejiga no era tan débil como para no poder aguardar hasta la próxima letrina pública. Tras el Santuario de Venus había un pequeño hueco para ese fin, situado encima mismo de la Cloaca Máxima, con el suelo ligeramente inclinado y desagües en la base de cada muro.

Un viejo de barba canosa y toga blanca e inmaculada salía cuando yo entré. Asintió al pasar.

—Menudo juicio, ¿verdad? —resolló.

—Desde luego.

—Ese Cicerón no es mal orador.

—Muy bueno —dije. El viejo se marchó. Me puse ante la pared del fondo, mientras contemplaba la piedra caliza ahuecada y contenía la respiración para no oler el tufo. Gracias a cierta peculiaridad acústica pude oír a Cicerón en la Rostra. Su voz era retumbante, aunque clara: «El objetivo último de los acusadores es tan diáfano como reprobable: ni más ni menos que la completa eliminación de los hijos de los proscritos, por todos los medios a su disposición. Vuestro veredicto implacable y la ejecución de Sexto Roscio son los primeros pasos de su campaña».

Cicerón estaba llegando a las conclusiones. Traté de meter prisa a la vejiga. Cerré los ojos y se abrieron las esclusas. La sensación de alivio fue memorable.

Entonces fue cuando oí un susurro a mi espalda y se me cortó el chorro. Miré a mi espalda y vi a Malio Glaucia diez pasos detrás de mí. Bajó la mano por la pechera y la cerró alrededor de la inconfundible forma de la daga que llevaba oculta entre los pliegues, a la altura de la cintura. Acarició la empuñadura con una obscena sonrisa, como si se apretara el sexo.

—Adelante —dijo Glaucia—. Acaba lo que has empezado. Solté el dobladillo de la túnica y me volví hacia él.

Glaucia sonrió. Lentamente introdujo la mano en la túnica, sacó el cuchillo y jugueteó con él, rozando la pared con la punta hasta producir un ruido agudo que me dio dentera.

—Lo digo en serio —dijo con amabilidad—. ¿Crees que apuñalaría a un hombre por la espalda mientras está meando?

—Una cuestión de honor muy lógica —argüí, procurando mantener la voz firme—. ¿Qué quieres?

—Matarte.

Aspiré con fuerza y el olor de la orina rancia me llegó hasta el estómago.

—¿Ahora? ¿A pesar de todo?

—Pues sí. —Dejó de rascar la pared y acercó la punta a la yema del pulgar. Brotó una gota de sangre. Glaucia se llevó el dedo a la boca.

—Pero ¿por qué? El juicio casi ha acabado. —En lugar de responder siguió chupándose el pulgar y volvió a rascar la pared con el cuchillo. Me miró como un niño loco que hubiera crecido de forma monstruosa. El cuchillo que había en mi túnica podía competir con el suyo, pero calculé que su brazo era el doble de largo que el mío. Mis opciones no eran muy favorables—. ¿Por qué matarme? Nada de lo que me hagas puede cambiar las cosas. Mi papel en este asunto hace días que acabó. Quien te golpeó en la cabeza la otra noche fue el esclavo, si eso es lo que te preocupa. No tienes ninguna cuenta pendiente conmigo, Malio Glaucia. No tienes motivos para matarme. Ninguno.

Siguió rascando la pared. Dejó de chuparse el pulgar. Me miró muy serio.

—Pero ya te lo he dicho: quiero matarte. ¿Vas a acabar de mear o no?

«Ninguno de vosotros ignora —continuaba Cicerón— que el pueblo romano es célebre por su misericordia en la conquista por su indulgencia con los enemigos extranjeros; y sin embargo los romanos siguen violentándose y agrediéndose entre sí con crueldad inusitada.»

Glaucia avanzó hacia mí. Retrocedí hasta la pared, que caía directamente sobre el sumidero. Un intenso hedor a orina y a toda clase de excrementos me inundó las fosas nasales.

Siguió acercándose.

—¿Y bien? No querrás que te encuentren con la toga manchada de orina, además de sangre, ¿verdad?

Una figura apareció detrás de él: otro espectador que venía a utilizar la letrina. Pensé que Glaucia se volvería un instante, lo suficiente para abalanzarme sobre él, quizá darle un puntapié entre las piernas, pero se limitó a sonreírme y alzó el cuchillo para que el recién llegado pudiera verlo. El desconocido se marchó ahogando un grito. Glaucia cabeceó.

—Ahora no puedo darte ninguna oportunidad —dijo—. Tendré que hacerlo rápido.

Era grande. También torpe. Arremetió y pude eludirle con sorprendente facilidad. Saqué mi propio cuchillo, pensando que, después de todo, quizá no tuviera que utilizarlo si podía esquivarlo y huir. Me precipité hacia un punto más despejado, resbalé en el suelo cubierto de orina y caí de bruces contra las duras piedras.

El cuchillo se me fue de la mano y se alejó resbalando en el suelo. Repté desesperadamente en su búsqueda. Sólo la longitud de un brazo me separaba de él cuando algo poseído de una intensa fuerza me golpeó en los hombros y me clavó en el suelo.

Glaucia me golpeó varias veces entre las costillas y me dio la vuelta. Su cara sonriente, que descendió hacia mí al inclinarse, era lo más feo que había visto en mi vida. De modo que iba a ser así, pensé: no moriría de viejo, junto a una Bethesda desdentada murmurándome cosas tiernas al oído y envuelto en los aromas de mi jardín, sino asfixiado por el hedor de una letrina sin limpiar, con un asqueroso asesino babeándome en la cara, y con el eco de la voz de Cicerón retumbándome en los oídos.

Se oyó el sonido de algo deslizándose, como un cuchillo que resbalase sobre las

piedras, y algo agudo me golpeó el costado. Creí sinceramente, con esa clase de fe que se adjudica a las vestales más puritanas, que mi cuchillo, de algún modo, había vuelto resbalando a mi lado porque yo lo había deseado. Podría haber estirado un brazo para cogerlo de no haber tenido que utilizar los dos en un infructuoso intento por mantener a Glaucia apartado de mí. Me quedé mirándole a los ojos, fascinado por el odio absoluto que veía en ellos. De pronto levantó la mirada y un instante después apareció una piedra del tamaño de un pan pegada al vendaje que llevaba en la frente, como si le hubiera brotado del cerebro, al igual que Minerva del entrecejo de Júpiter. Permaneció allí, como unida a su cabeza por la sangre que empezó a manar de pronto de la zona de contacto... pero no, la piedra se mantenía donde estaba por acción de las dos manos que la habían dejado caer sobre él. Alcé los ojos y vi a Tirón cabeza abajo, perfilado sobre el cielo azul.

No pareció contento de verme. Seguía susurrándome algo, una y otra vez, hasta que mi mano (mi oído no) aprehendió la palabra *cuchillo.* Curvé el brazo para doblado hacia atrás de manera imposible, recogí el cuchillo de donde Tirón lo había lanzado con el pie y me lo puse sobre el pecho con la punta hacia arriba. No existe palabra en latín, pero debería haber alguna, para la extraña sensación de reconocimiento que experimenté, como si ya en otra ocasión hubiera hecho exactamente lo mismo. Tirón levantó la piedra y la dejó caer de nuevo sobre la frente ya aplastada de Glaucia: el gigante se derrumbó como una montaña encima de mí y el cuchillo de Eco se le hundió en el corazón hasta la empuñadura.

«No consintáis por más tiempo que esta maldad se extienda por nuestra tierra —vociferaba una voz lejana—. ¡Prohibidla! ¡Repudiadla! ¡Arrojadla lejos de vosotros! Ha llevado a muchos romanos a una muerte terrible. Peor aún, nos ha despojado de nuestra hombría. Al asediarnos con crueldad hora tras otra, día tras día, nos ha paralizado; ha sofocado la piedad de un pueblo que antaño era reconocido como el más benigno de la tierra. Cuando a cada momento, en todas direcciones, vemos y oímos actos de violencia; cuando andamos extraviados en una implacable tempestad de crueldades y engaños, incluso los espíritus más serenos y bondadosos pueden perder todo rastro de compasión humana».

Hubo una pausa, a continuación el eco de un atronador aplauso. Confuso y cubierto de sangre, por un momento pensé que los vítores eran para mí. Las paredes de la letrina, después de todo, se parecían a los muros del circo y Glaucia estaba tan muerto como un gladiador derrotado. Pero al levantar la mirada sólo vi a Tirón, que se arreglaba la túnica con una mirada de exasperación y fastidio.

—¡No he estado presente para oír las conclusiones! —exclamó irritado—. Cicerón se pondrá furioso. ¡Por Hércules! Por lo menos no me he manchado de sangre. —Y dicho esto dio media vuelta y desapareció, dejándome enterrado bajo una enorme y temblorosa masa de carne muerta.

Capítulo Treinta y dos

Cicerón ganó el caso por abrumadora mayoría. Casi todos los setenta y cinco jueces, entre ellos el pretor Marco Fanio, votaron por la absolución de Sexto Roscio de la acusación de parricidio. Sólo los más acérrimos partidarios de Sila, entre ellos un puñado de nuevos senadores que habían sido nombrados a dedo por el dictador, se pronunciaron en favor de la culpabilidad.

La multitud estaba igualmente impresionada. El nombre de Cicerón, junto con algunos fragmentos de su discurso, corrió de boca en boca. Durante los días que siguieron se podía pasar ante las ventanas abiertas de cualquier taberna o herrería y oír a hombres que ni siquiera habían estado allí repetir algunos de los selectos dardos que Cicerón había lanzado contra Sila o maravillarse de su audacia por haber atacado a Crisógono. Sus comentarios acerca de la vida familiar y rural, su respeto por los deberes filiales y los dioses se comentaban entre murmullos de aprobación. De la noche a la mañana se ganó una reputación de romano valeroso y pío, de defensor de la justicia y la verdad.

Esa misma noche hubo una pequeña celebración en casa de Cecilia Metela. Rufo estuvo presente, eufórico y triunfante, y bebiendo un poco más de la cuenta. También estuvieron los que se habían sentado en el banquillo de los acusados junto a Cicerón, Marco Metelo y Publio Escipión, más otras personas que habían colaborado con la defensa de una manera u otra. A Sexto Roscio se le asignó un triclinio a la derecha de la anfitriona; su mujer y su hija mayor se instalaron recatadamente detrás de él. A Tirón se le permitió sentarse detrás de su amo, a fin de que pudiera tomar parte en la celebración. Incluso yo fui invitado, se me proporcionó un triclinio para recostarme y se me asignó un esclavo particular para recoger los manjares de la mesa.

Puede que Roscio fuera el huésped de honor, pero todas las conversaciones giraron en torno a Cicerón. Sus colegas citaron los puntos más celebrados de su discurso con efusivas alabanzas; criticaron la actuación de Erucio con un devastador sarcasmo y lanzaron ruidosas carcajadas al rememorar la expresión de su cara cuando Cicerón osó pronunciar por primera vez el nombre del Aureonato. Cicerón aceptó sus alabanzas con exquisita modestia. Consintió en tomar un sorbo de vino; bastó muy poco para llevar el arrebol a sus mejillas. Haciendo a un lado su cautela habitual y sin duda hambriento de tanto ayuno y trabajo excesivo, tragó como un caballo. Cecilia alabó su apetito y dijo que había sido una suerte que hubiera posibilitado con su victoria la celebración del banquete, pues de otro modo todos los manjares que había encargado (ortigas de mar y veneras, zorzales sobre lecho de espárragos, salmonetes con conchiles, camachuelos en compota de fruta, ubres de cerda estofadas, pasteles de cebón, pato, jabalí y ostras *ad nauseam)* habrían acabado en un callejón de la Subura para consuelo de los pobres.

Comencé a preguntarme, mientras enviaba a mi esclavo en busca de la tercera ración de setas de Bitinia, si la celebración no era un poco prematura. Sexto Roscio había salvado la vida, desde luego, pero aún seguía civilmente muerto, sus propiedades

en manos de sus enemigos, sus derechos como ciudadano cancelados por la proscripción, el asesinato de su padre sin vengar. Había eludido la destrucción, pero ¿cuáles eran sus oportunidades de reclamar una vida decente? Sus abogados no estaban de humor para preocuparse por el futuro. Mantuve la boca cerrada y no la abrí más que para reírme de los chistes o atiborrarme de setas.

Durante toda la noche, Rufo contempló a Cicerón con un deseo ferviente e invisible para todos excepto para mí; tras presenciar la actuación de Cicerón aquel día, ¿cómo podía yo menos preciar la pasión no correspondida de Rufo? Tirón parecía muy contento, riéndose de cada chiste e incluso permitiéndose añadir unos pocos de su propia cosecha, pero de vez en cuando lanzaba una mirada hacia Roscia con dolor en los ojos. Roscia se negaba a devolverle la mirada. Estaba sentada en su silla, rígida y con aire desdichado, sin comer nada, y finalmente imploró a su padre y a su anfitriona que la excusaran, Mientras salía apresuradamente de la sala se echó a llorar. Su madre se levantó y corrió tras ella.

La salida de Roscia precipitó un raro acceso de llantina contagiosa. Primero le dio a Cecilia, que era la que había bebido más. Toda la noche había estado animada y mondándose de risa. La salida de Roscia la sumió en un súbito temor.

—Lo sé —dijo, mientras oíamos a Roscia sollozar en el pasillo—. Sé por qué llora la muchacha. Sí, lo sé. —Asintió con ademanes de achispada—. Echa de menos a su querido abuelo. Dios mío, qué hombre tan encantador era. No debemos olvidar lo que nos ha reunido aquí esta noche... la prematura muerte de mi queridísimo Sexto. Amado Sexto. Quién sabe, de no haber sido yo estéril... —Estiró un brazo y se toqueteó el pelo, se acarició el alfiler de plata. Una gota de sangre le brotó del dedo. Se quedó mirando la herida y con un estremecimiento se echó a llorar.

Rufo se puso inmediatamente a su lado, consolándola, evitando que dijera algo que pudiera avergonzarla más tarde.

A continuación le tocó llorar a Sexto Roscio. Pugnó por no hacerla, mordiéndose los nudillos y distorsionando las facciones, pero no pudo contener las lágrimas. Le corrieron por la cara hasta la barbilla y cayeron sobre las ortigas marinas de su plato. Sorbió por la nariz conteniendo el aliento y lo expulsó con un gemido prolongado y estremecedor. Se cubrió la cara con las manos y se convulsionó con el llanto. El plato se le cayó al suelo; un esclavo lo recogió. Sus sollozos eran sonoros y ahogados, como los rebuznos de un asno. Tuvo que repetir varias veces la palabra que gritaba para que yo la identificara:

—Padre, padre, padre...

Había sido fiel a su carácter habitual durante casi toda la noche: silencioso, apesadumbrado, sólo permitiéndose sonreír de tarde en tarde, cuando los demás nos desternillábamos ante algún chiste inteligente a costa de Erucio o Crisógono. Incluso cuando se pronunció el veredicto, eso me dijo Rufo, había permanecido extrañamente impasible. Habiendo vivido tanto tiempo en el temor, había tenido a raya el alivio hasta que había salido a la superficie con estridencia. Por eso lloraba.

O eso creía yo.

Parecía un buen momento para marcharse.

Publio Escipión, Marco Metela y sus nobles amigos nos desearon buenas noches y se fueron por caminos separados; Rufo se quedó en compañía de Cecilia. Yo deseaba dormir en mi propia cama, pero Bethesda todavía estaba en casa de Cicerón y el camino hasta la Subura era largo. Con la bondadosa emoción del triunfo, Cicerón insistió en que pasara aquella última noche bajo su techo.

De no haberme marchado en su compañía, la historia habría acabado aquí, entre medias verdades y falsas conjeturas. Pero acompañé a Cicerón, flanqueado por sus portadores de antorchas y guardaespaldas, a través del Foro iluminado por la luna y ascendiendo la pendiente del Capitolino hasta que llegamos a su casa.

De este modo me encontré por fin con el hombre más afortunado de la tierra. De este modo me enteré de la verdad, que hasta entonces sólo había sospechado por encima.

Cicerón y yo charlábamos amistosamente sobre nada en particular: el prematuro calor de aquella primavera, la austera belleza de Roma a la luz de la luna llena, los olores que inundaban la ciudad por la noche. Doblamos la esquina y llegamos a la calle donde vivía el orador. Fue Tirón el primero que observó el séquito acampado a la entrada de la casa de Cicerón, como un pequeño ejército. Cogió la toga de su amo y señaló boquiabierto.

Vimos a la muchedumbre antes de que sus miembros nos vieran a nosotros: la litera vacía y sus porteadores, apoyados en ella con los brazos cruzados, los portadores de antorchas, con la espalda contra la pared y sosteniendo aquéllas de cualquier modo. Bajo la luz parpadeante, algunos criados jugaban al trigón en la acera, mientras unos cuantos secretarios garabateaban con los ojos entornados sobre los pergaminos. También había algunos guardas armados. Fue uno de éstos quien nos divisó mientras permanecíamos completamente inmóviles al otro lado de la calle y dio un codazo a un esclavo ostentosamente vestido que estaba haciendo apuestas por los jugadores de trigón. El esclavo se incorporó y se acercó arrogantemente hasta nosotros.

—¿Eres Cicerón el orador, el amo de esta casa?

—Yo soy.

—¡Por fin! Perdonarás que la comitiva haya acampado a la puerta de tu casa... no parecía haber ningún otro lugar donde estacionarnos. Y naturalmente, espero que excuses a mi amo por visitarte a hora tan tardía; hace un buen rato que estamos aquí, desde poco después del ocaso, aguardando tu retorno.

—Entiendo —dijo Cicerón en tono apagado—. ¿y dónde está tu amo?

—Espera dentro. Convencí a tu portero de que era absurdo tener a Lucio Sila de pie en la puerta, aunque el anfitrión no estuviera en casa para darle la bienvenida. Ven, por favor. —El esclavo retrocedió e hizo una seña para que le siguiéramos—. Mi amo hace mucho rato que te espera. Es un hombre muy ocupado. Puedes dejar aquí fuera a

tus portadores de antorchas y a los guardas —añadió en tono más severo.

Cicerón, que estaba a mi lado, respiró profundamente, a intervalos regulares, como hombre que se dispone a sumergirse en agua helada. Imaginé que oía el latido de su corazón en la quietud de la noche, hasta que me di cuenta de que era el mío. Tirón todavía sujetaba la toga de su amo. Se mordió el labio.

—No creerás, amo... no se atrevería, en tu propia casa...

Cicerón lo acalló llevándose el índice a los labios. Dio un paso hacia delante, indicando por señas a los guardas que se quedaran donde estaban. Tirón y yo le seguimos.

Al tiempo que nos dirigíamos a la puerta, los miembros del séquito de Sila siguieron con sus asuntos, lanzándonos sólo rápidas y hoscas miradas, como para culparnos de su aburrimiento. Tirón cruzó la puerta abierta. Escrutó el interior como si esperase un bosque de aceros desnudos.

Cicerón lo tranquilizó con un movimiento de cabeza y tocándole el hombro, y siguió andando.

Pensé que veríamos a más miembros del séquito de Sila: más guardaespaldas, más secretarios, más aduladores y sicofantes. Pero en la casa sólo vimos a los criados de Cicerón, moviéndose pegados a las paredes y simulando invisibilidad.

Lo encontramos sentado solo en el estudio, bajo un candil encendido, con un pastel de maíz a medio comer en el plato que había sobre la mesa que tenía al lado y un rollo de papiro en las rodillas. Levantó la mirada cuando entramos. No pareció ni impaciente ni sorprendido, sólo vagamente aburrido. Dejó el papiro a un lado y levantó una ceja.

—Eres un hombre de considerable cultura y aceptable buen gusto, Marco Tulio Cicerón. Aunque los tratados de gramática y retórica que hay en esta sala me parecen áridos y aburridos, me complace ver que tienes una selecta colección de obras de teatro, especialmente de autores griegos. Y aunque me da la impresión de que has reunido lo peor de los poetas latinos, se te puede perdonar porque has sabido elegir con buen juicio esta copia asombrosamente exquisita de las obras de Eurípides... del taller ateniense de Epicles, observo. Cuando era joven, con frecuencia alentaba la fantasía de convertirme en actor. Pensaba que sería un Penteo muy convincente. ¿O crees que hubiera quedado mejor en el papel de Dioniso? ¿Conoces bien *Las bacantes?*

Cicerón tragó saliva.

—Lucio Cornelio Sila, me honra que hayas visitado mi casa...

—¡Déjate de pamplinas! —le soltó el dictador frunciendo los labios. Era imposible adivinar si estaba irritado o bromeando—. Nadie nos observa. No desperdicies tu aliento y mi paciencia en formalidades sin sentido. El hecho es que te inquieta profundamente haberme encontrado aquí y deseas que me vaya cuanto antes.

Cicerón entreabrió los labios y asintió a medias, inseguro de si responder o no.

Sila hizo el mismo ademán: medio divertido, medio irritado.

Movió la mano para señalar el espacio en torno.

—Creo que hay suficientes sillas para todos. Sentaos.

Nervioso, Tirón acercó una silla a Cicerón y otra para mí, y se quedó de pie a la derecha de su amo, observando a Sila como si fuera un reptil exótico y mortífero.

Nunca había visto a Sila de tan cerca. La luz del candil, procedente de arriba, creaba profundas sombras en su cara, rodeando la boca de arrugas y haciendo brillar sus ojos. Su gran melena leonina, antaño famosa por su lustre, se había tornado áspera y mate. Tenía la piel descolorida y llena de manchas, moteada de puntos rojos y surcada de venas rojas, tan finas como el vello de las abejas. Los labios eran secos y agrietados. Un racimo de pelos oscuros le asomaba del interior de la nariz.

Era simplemente un viejo general, un libertino envejecido, un político agotado. Sus ojos lo habían visto todo y no tenían nada. Habían sido testigos de los extremos de la belleza Y el horror y nada podía impresionarles. Y sin embargo había avidez en ellos, algo que pareció saltar y asirme el cuello cuando se volvió hacia mí.

—Tú debes de ser Gordiano, el que llaman el Sabueso. Bueno, me alegro de que estés aquí. También quería echarte un vistazo.

Su mirada indolente fue de Cicerón a mí y de nuevo a él, riéndose de nosotros con los ojos, poniendo a prueba nuestra paciencia.

—Podéis imaginar para qué he venido —dijo finalmente—. Cierto asuntillo legal, bastante baladí, por cierto, se ha planteado esta mañana en la columna rostra!. Poco sabía al respecto hasta que llegó a mis oídos de una manera bastante brusca mientras comía. Un esclavo de mi querido liberto Crisógono llegó corriendo, todo nervios y alarma, desvariando acerca de una catástrofe ocurrida en el Foro. En ese momento me hallaba muy ocupado devorando una pechuga de faisán sazonada; las noticias me produjeron una horrible indigestión. Este pastel que me ha traído tu doncella no está mal... suave pero confortador, tal como me recomendaron los físicos. Naturalmente podría estar envenenado, pero no creo que me esperaras, ¿o sí? De todos modos, siempre me ha gustado sumergirme en el peligro sin pensármelo demasiado. Nunca me he hecho llamar Sila el Prudente, sino el Afortunado, lo cual, según mi opinión, es mucho mejor.

Hundió el dedo en el pastel durante un instante y repentinamente barrió con el brazo la mesa y el plato y el pastel cayeron al suelo. Un esclavo llegó corriendo desde el pasillo. Vio la palidez de Cicerón, sus ojos abiertos como platos, y desapareció rápidamente.

Sila se llevó el dedo a la boca y lo sacó completamente limpio, a continuación prosiguió con voz serena y melodiosa.

—Menuda lucha debe de haber sido para los dos, escarbar, desentrañar y husmear la verdad acerca de esos desagradables e insignificantes Roscios y los desagradables e insignificantes delitos perpetrados para fastidiarse entre sí. Me han dicho que os habéis pasado hora tras otra, día tras día, esforzándoos por aclarar los hechos; que tú, Gordiano, fuiste hasta ese lugar dejado de la mano de Dios, Ameria, y que pusiste tu vida en peligro más de una vez, y todo por unos magros retazos de la verdad. Y que todavía no conoces toda la historia, como una obra de teatro en la que faltan algunas escenas. ¿No es gracioso? Yo ni siquiera había oído el nombre de Sexto Roscio

hasta hoy y sólo he tardado unas horas, minutos realmente, en averiguar todo lo que merece la pena saberse del caso. Sencillamente, convoqué a algunas de las partes implicadas y exigí saber toda la historia. A veces creo que la justicia debió de ser mucho más sencilla y fácil en los días el rey Numa.

Sila hizo una pausa y jugueteó con el rollo que tenía en el regazo. Acarició las puntadas que mantenían unidas las hojas y pasó los dedos sobre el terso papiro; de pronto lo cogió con brusquedad, lo estrujó y lo envió volando al otro lado de la habitación. Aterrizó sobre una mesa llena de rollos y los tiró al suelo. Prosiguió sin inmutarse.

—Dime, Marco Tulio Cicerón, ¿cuál era tu intención cuando aceptaste defender el caso de este desdichado ante el tribunal? ¿Fuiste un servicial agente de mis enemigos o te embaucaron para que lo hicieras? ¿Eres extraordinariamente inteligente o absurdamente estúpido?

La voz de Cicerón fue tan seca como un papiro:

—Se me pidió que representara a un hombre inocente enfrentado a una atroz acusación. Si la ley no es el último refugio del inocente...

—¿Inocente? —Sila se inclinó hacia adelante. Su cara se hundió en las sombras. El candil aureoló sus cabellos color de fuego—. ¿Es eso lo que te han dicho mis queridos y viejos amigos, los Metelos? Una familia muy antigua e importante esos Metelos. He estado esperando que me apuñalaran por la espalda desde que me divorcié de la hija de Delmático mientras la pobre agonizaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Fueron los augures y pontífices quienes insistieron: no podía permitir que contaminara mi casa con su enfermedad. Y así es como mi antigua familia política busca venganza, utilizando a un abogado sin familia que le respalde y con un nombre que parece un chiste para ponerme en evidencia en los tribunales. ¿De qué sirve ser dictador si las mismísimas personas por cuyo bienestar has luchado con tanto ahínco se vuelven contra ti por causas tan mezquinas? ¿Qué te ofrecieron, Cicerón? ¿Dinero? ¿Promesas de protección? ¿Apoyo político?

Lancé una mirada a Cicerón, cuya cara estaba tan rígida como una piedra. No me fiaba demasiado de mis ojos con aquella parpadeante luz, pero me pareció que en las comisuras de los labios comenzaba a dibujársele una debilísima sonrisa. Tirón también debió de advertirla; una extraña expresión le oscureció las facciones, como un presagio de la consternación.

—¿Cuál de ellos acudió a ti? ¿Marco Metelo, el idiota que se atrevió a asomar la cara en el banquillo en tu compañía? ¿O su prima Cecilia Metela, ese vieja loca e insomne? ¿O ni siquiera fue un Metelo, sino uno de sus agentes? Seguramente no debió de tratarse de mi cuñado Hortensia... defendería a su peor enemigo por dinero, Júpiter lo sabe, pero fue lo suficientemente inteligente para no verse envuelto en esta farsa. Es una lástima que no pueda decir lo mismo del hermano menor de Valeria, Rufo.

Cicerón seguía sin decir nada. Tirón arrugó la frente con impaciencia y se agitó inquieto.

Sila se reclinó hacia atrás. La luz del candil cayó sobre su frente y sus ojos, que centelleaban como cuentas de cristal.

—No importa. Los Metelos te reclutaron en mi contra, de una manera u otra. Así que te dijeron que Sexto Roscio era inocente. ¿y les creíste?

Tirón no pudo soportarlo más.

—¡Por supuesto! —estalló—. Porque lo es. Por eso le defendió mi amo... no para ganarse el favor de una familia noble...

Cicerón lo hizo callar con un leve roce en la muñeca. Sila miró a Tirón y arqueó una ceja, valorando la situación, como si le observara por primera vez.

—Ni al esclavo más apuesto del mundo le permitiría una insolencia de este calibre. Si fueras un romano de verdad, Cicerón, lo harías azotar aquí mismo hasta que sólo un golpe lo separara de la muerte.

La sonrisa de Cicerón vaciló.

—Por favor, Lucio Sila, perdona su impertinencia.

—Entonces responde a mi pregunta en lugar de permitir que tu esclavo responda por ti. Cuando te dijeron que Sexto Roscio era inocente, ¿Lo creíste?

—Sí, lo creí —suspiró Cicerón. Juntó y apretó las yemas de los dedos y flexionó los nudillos. Me lanzó un breve vistazo y luego se quedó mirando sus nudillos—. Al principio.

—Ah. —Ahora fue Sila quien esbozó una débil e inescrutable sonrisa—. Me pareciste demasiado inteligente para permanecer en el engaño durante tanto tiempo. ¿Cuándo intuiste la verdad?

Cicerón se encogió de hombros.

—La sospeché casi desde el principio, aunque eso fue de poca importancia. Todavía no hay ninguna prueba de que Sexto Roscio conspirara con sus primos para hacer asesinar al anciano.

—Ninguna prueba —exclamó Sila riendo—. ¡Abogados! Por Un lado siempre están las pruebas y las evidencias, y por el otro la verdad. —Cabeceó—. Esos cretinos codiciosos, Capitón y Magno, creyeron que podrían hacer condenar a su primo Sexto sin confesar su participación en el crimen. ¿Cómo es posible que Crisógono se mezclara con semejante gentuza?

—No entiendo nada —susurró Tirón. La expresión de su cara habría sido cómica de no delatar dolor y confusión. Me dio lástima. Tuve lástima de mí mismo. Hasta ese momento había luchado por aferrarme a la misma ilusión a la que Tirón se acogía sin el menor esfuerzo: la creencia de que Sexto Roscio tenía un fin más elevado que la política o la ambición, de que habíamos servido a lo que denominamos justicia. La creencia de que Sexto Roscio era inocente, en suma.

Sila arqueó una ceja y expresó su reprobación.

—Tu insolente esclavo no lo comprende. ¿No eres un romano ilustrado? ¿No te preocupas por la educación del muchacho? Explícaselo.

Cicerón puso expresión soñolienta y se contempló los dedos.

—Pensé que conocías la verdad, Tirón. Pensé que la habrías intuido por ti mismo. Te lo digo con toda sinceridad. Creo que Gordiano la conoce. ¿No es cierto, Gordiano? Que la explique él. Para eso le pagamos.

Tirón me miró de modo tan lastimero que me encontré hablando en contra de mi voluntad.

—Todo fue a causa de la puta —dije—. ¿Te acuerdas, Tirón, de la joven llamada Elena que trabajaba en la Casa de los Cisnes?

Sila asintió sabiamente y levantó un dedo para interrumpirme.

—Has empezado en mitad de la historia. El hermano menor...

—Cayo Roscio, sí. Asesinado por su hermano en la casa de Ameria. Puede que engañara a los del pueblo, pero sus síntomas no parecían causados por una seta en conserva.

—Coloquíntida —sugirió Cicerón.

—¿Calabaza purgante? Es posible —dije—, sobre todo en combinación con algún veneno más degustable. Sé de un caso con síntomas muy similares en Antioquía: se vomitó bilis clara, luego sangre y la muerte fue inmediata. Quizá por entonces Sexto ya estaba confabulado con su primo Magno. Un hombre con las conexiones de Magno es capaz de encontrar cualquier veneno en Roma, pagando el precio que sea.

»Por lo que se refiere al motivo, es casi seguro que Sexto Roscio el viejo quiso desheredar a su hijo mayor en favor de Cayo, o al menos Sexto el joven estaba convencido de ello. Un crimen vulgar por un motivo vulgar. Pero eso no fue todo.

»Quizá el viejo sospechó que Cayo había sido asesinado por Sexto. Quizá se trataba sólo de que le detestaba tanto que buscaba cualquier excusa para desheredarle. Paralelamente, estaba cada vez más chiflado por la joven Elena, la prostituta. Cuando ella quedó embarazada, fuera Roscio el padre o no, el viejo tramó un plan para comprarla, liberarla y adoptar al niño nacido libre. Evidentemente, no pudo comprarla de inmediato; probablemente se precipitó en la compra, el propietario del burdel olió su impaciencia y elevó absurdamente el precio, creyendo que podría aprovecharse de un viejo viudo, confuso y perdidamente enamorado. Pero esto es pura especulación...

—Más que eso —dijo Sila—. Hay, o había, una prueba concreta: una carta dirigida a su hijo y dictada por Roscio el viejo a su esclavo Félix, que por tanto conocía el contenido. Según Félix, el viejo estaba loco de rabia. En la carta amenazaba con todas sus letras con hacer eso que has dicho, desheredar a Sexto Roscio en favor del hijo aún no nacido. El documento fue destruido más tarde, pero el esclavo lo recuerda.

Tirón observó a Cicerón, que no le devolvió la mirada, y acto seguido a mí.

—De manera que Sexto Roscio decidió matar a su padre —dije—. Naturalmente, no podía hacerlo por su propia mano, y otro envenenamiento sería demasiado sospechoso; además, los dos estaban tan enemistados que no tenía fácil acceso al viejo. De manera que pidió ayuda a sus primos Magno y Capitón. Puede que hubieran participado en el envenenamiento de Cayo; puede que estuvieran ya presionando a Sexto el joven para que se deshiciera de su padre. Los tres se confabularon. Sexto heredaría las

propiedades de su padre y posteriormente saldaría cuentas con sus primos. Debió de ofrecerles ciertas garantías...

—Desde luego —dijo Sila—, había una especie de contrato escrito. Una declaración de intenciones, si quieres, de acabar con Roscio el viejo, firmada por los tres, por triplicado. Una copia para cada uno, a fin de que pudieran chantajearse entre sí hasta quedar en tablas si las cosas se torcían.

—Y las cosas se torcieron —dije.

—Sí. —Sila frunció los labios, como si todo el asunto desprendiera cierto olorcillo—. Tras el asesinato, Sexto Roscio quiso jugársela a los primos. La herencia lo convirtió en el único propietario de las tierras y su explotación; ¿cómo podían quitarle lo que era suyo mediante un documento que habían firmado todos y que incriminaba a los tres por igual? Sexto Roscio debió de creerse muy inteligente; qué necio fue intentando romper el pacto con buitres de tal calaña. —Tomó aliento y prosiguió—. Parece ser que fue a Capitón a quien se le ocurrió la estratagema de la falsa proscripción; Magno conocía a Crisógono a raíz de alguna turbia transacción y le comunicó el plan... ¿cuántas veces habré dicho a ese muchacho que no deje que la avaricia le obnubile el juicio? ¡En fin! Las propiedades fueron proscritas y confiscadas por el Estado; Crisógono las compró y las compartió tal como había acordado de antemano con Capitón y Magno. A Sexto Roscio lo dejaron al margen. ¡Qué necio debió de sentirse! ¿Qué podía hacer? ¿Ir corriendo a las autoridades esgrimiendo un pedazo de papel que le implicaba junto con los demás en el asesinato de su padre? Naturalmente, siempre quedaba la posibilidad de que en un arrebato de locura o arrepentimiento pudiera hacer tal cosa, de manera que Capitón dejó que Sexto se quedara en la vieja hacienda familiar para poder vigilarle, haciéndole vivir en la pobreza y la humillación. ¡Cuántos odios mutuos albergaban estos primos!

Tirón, sin atreverse a hablarle a Sila, me miró.

—Pero ¿y Elena?

Abrí la boca para hablar, pero Sila estaba demasiado absorto en su propio discurso para cambiar de tercio.

—Y mientras tanto, Sexto Roscio planeaba recuperar sus propiedades como fuera. Eso significaba que el hijo de la puta podría llegar a ser algún día su rival, o al menos su enemigo. Imaginadle meditando un día tras otro acerca de la inutilidad de su crimen, de su vileza; acerca de los reveses de la Fortuna, de su propia culpabilidad, de su familia arruinada. Si se había dejado enredar en el plan para matar a su padre había sido única y exclusivamente por culpa de Elena y de su hijo. Cuando nació el hijo, Roscio lo mató con sus propias manos.

—Y puede que también matara a Elena —dije.

—Después de tanta infamia, ¿qué más le daba derramar otro poco de sangre? —dijo Sila, y advertí que no se había dado cuenta de la ironía que contenían sus palabras, pues él mismo estaba hundido hasta el cuello en sangre ajena—. No pasó mucho tiempo sin que los primos consiguieran hacerse con la copia del acuerdo incriminador que

guardaba Sexto. Sin el documento, estaba indefenso; no tenía con qué enfrentarse a ellos. No hay duda de que ellos estaban considerando diversas maneras de matarlo a él y a su familia en el momento en que huyó, primero a casa de un amigo de Ameria, un tal Tito Megaro, y después a casa de Cecilia Metela, aquí en Roma. Desde el momento en que huyó de sus garras, la única alternativa que quedó a los primos fue destruirle por la vía legal. Como era culpable del asesinato de su padre, pensaron ingenuamente que podían reconstruir una versión de los hechos que les dejara al margen. Contaban, como es lógico, con el efecto intimidador que produciría el nombre de Crisógono en cualquier orador competente que aceptara la defensa de aquél, en el caso de que el asunto llegase a los tribunales. En este punto, el estado mental de Sexto Roscio era de tal ofuscación que esperaban que se suicidara, o que acabara confesando su propia culpa sin recurrir a defensa alguna.

—Se sentían obscenamente seguros de sí mismos —dijo Cicerón.

—¿Eso crees? —dijo Sila. Su voz tenía un matiz sombrío—. Si el juicio hubiera tenido lugar seis meses antes, ¿crees que habría habido un solo abogado defensor que se hubiera atrevido a pronunciar el nombre de Crisógono? Y no digamos el mío. ¿Crees que se habría atrevido a sacar a la luz pública lo de las proscripciones? ¿Crees que en un tribunal reinstaurado *por mí* un porcentaje mayoritario de jueces se habría atrevido a actuar con independencia? Pero Capitón y Magno se movieron con seis meses de retraso, eso es todo. Seis meses antes, los Metelos no habrían levantado un dedo para salvar a Sexto Roscio. Pero ahora ven menguar mi poder; ahora deciden poner a prueba los límites de mi prestigio y me zahieren con una derrota en los tribunales. Cómo se irritan esas antiguas y poderosas familias bajo la firme mano del dictador, aun cuando siempre he utilizado mi poder para enriquecer sus arcas y tener a raya a las masas envidiosas. Esos nobles lo quieren todo... al igual que Magno y Capitón. ¿Realmente estás tan orgulloso de ser su adalid, Cicerón, de haber salvado a un despreciable parricida sólo para poder darme una patada en los testículos, y todo en nombre de la anticuada virtud romana?

Durante un buen rato, Sila y Cicerón se miraron a los ojos. De pronto, Sila me pareció muy viejo y agotado, y Cicerón muy joven. Pero fue Cicerón quien primero apartó la mirada.

—¿Qué va a ser de Sexto Roscio ahora? —dije.

Sila se echó hacia atrás y respiró profundamente.

—Es un hombre libre, exculpado por la ley. Un parricida, un doble fratricida; ¿merece vivir un hombre así? Pero, gracias a Cicerón, el bribón se ha convertido en una especie de víctima, un insignificante Prometeo encadenado a una roca. Picoteadle las entrañas, que es lo que se merece, y el pueblo se pondrá furioso. De manera que, para Sexto Roscio, la Fortuna será misericordiosa. No se le devolverán las propiedades de su padre. Es lo que les gustaría a mis enemigos más radicales... ver rescindida una proscripción debidamente refrendada, ver que el Estado admite tan vergonzoso error. Pero no sucederá, al menos mientras yo viva. Las propiedades de los Roscios no

cambiarán de manos, aunque... —Sila hizo una mueca y se mordió la lengua como si tuviera hiel en la boca—. Aunque Crisógono cederá voluntariamente a Sexto Roscio otras propiedades, de igual valor que las que le fueron arrebatadas, pero situadas lo más lejos posible de Ameria. Que el parricida Sexto Roscio regrese a la vida que conocía, en la medida en que le sea posible, y lo más lejos de quienes están al corriente de su pasado; pero la proscripción se mantiene y seguirá sin sus propiedades familiares y sin sus derechos civiles. Sabiendo lo que sabes de ese hombre, ¿dirás que soy injusto, Cicerón?

El aludido se golpeó el labio superior.

—¡Y qué hay de mi seguridad, de la seguridad de quienes me han ayudado? Hay ciertos hombres capaces de matar.

—No habrá más derramamiento de sangre, ni represalias por parte de Magno o Capitón. Por lo que se refiere a la misteriosa muerte de Malio Glaucia, cuyo cadáver ha sido descubierto a primera hora de hoy, en un lugar muy indicado, una letrina pública, el incidente está cerrado y olvidado. Esa criatura nunca existió.

Cicerón entornó los ojos.

—Toda concesión tiene contrapartidas, Lucio Sila.

—Sí. Sí, por supuesto. Espero cierta discreción por tu parte. En recompensa por mis esfuerzos por asegurar la paz y el orden, espero que no acuses públicamente de asesinato a Magno y Capitón; ni queja oficial alguna contra la proscripción de Sexto Roscio el viejo; ni ningún cargo contra Cayo Erucio por acusación con intenciones delictivas. Ni tú, ni los Metelos, ni sus agentes demandaréis judicialmente a Crisógono. Te lo digo con toda claridad, Cicerón, para que puedas comunicarlo a tus amigos, los Metelos. ¿Me has comprendido?

Cicerón asintió.

Sila se puso en pie. La edad había ajado su cara, pero no había encorvado sus hombros. Pareció llenar la habitación. Junto a él, Tirón y Cicerón parecían dos muchachos esqueléticos.

—Eres un hombre listo, Marco Tulio Cicerón, y sin duda un espléndido orador. O eres estúpidamente osado o enloquecidamente ambicioso, o quizá ambas cosas... justo la clase de hombre que podría sernos de utilidad a mí y a mis amigos. Te daría la mano para reclutarte, pero no la aceptarías, ¿verdad? Tu joven cabeza todavía está llena de ideales confusos, defender a toda costa la virtud republicana de la cruel tiranía y cosas por el estilo. Te engaña la piedad; te engañas con respecto a tu propia naturaleza. Puede que mis otros sentidos me fallen, pero soy un viejo zorro, todavía tengo buen olfato y en esta habitación huelo la presencia de otro zorro. Voy a decirte algo, Cicerón: el camino que has elegido en la vida, al final, sólo conduce a un lugar y es el que yo ocupo. Puede que a ti no te lleve tan lejos, pero no conduce a ninguna otra parte. Mírame como si fuera tu espejo, Cicerón.

»Por lo que se refiere a ti, Sabueso... —Sila me lanzó una mirada sagaz—. No eres otro zorro, sino, como tu apodo indica, un perro, de los que desentierran los hue-

sos que otros perros han ocultado. ¿No ha acabado por darte asco todo ese barro que recoges con el hocico, por no hablar de las lombrices que de tarde en tarde se te habrán colado por las fosas nasales? Podría contemplar la posibilidad de contratarte, pero pronto dejaré de tener necesidad de agentes secretos, jueces sobornados y abogados intrigantes.

»Sí, queridos ciudadanos, tristes noticias: dentro de unos días anunciaré mi retirada de la vida pública. Mi salud ya no es tan buena; tampoco mi paciencia. He hecho lo que he podido por apoyar a la antigua aristocracia y tener a raya a la plebe; que otro cargue con la responsabilidad de salvar la República. Me muero de impaciencia por comenzar una nueva vida en el campo... pasear, cuidar el jardín, jugar con mis nietos. ¡Ah, y acabar mis memorias! Haré que te envíen una copia completa, Cicerón.

En la cara de Sila centelleó una amarga sonrisa mientras se disponía a partir; de pronto su sonrisa se tornó más amable. Miró por encima de nuestras cabezas, hacia el pasillo. Alzó una ceja y ladeó la cabeza, irradiando encanto.

—¡Rufo, querido muchacho —canturreó—, qué inesperado placer!

Miré a mi espalda y vi a Rufo en la puerta, despeinado y sin aliento.

—Lucio Sila —murmuró con una breve inclinación de cabeza y desvió los ojos; cumplida la formalidad, se volvió hacia Cicerón—.Lo siento —dijo—. He visto su séquito fuera. Naturalmente, sabía quién tenía que ser. Habría esperado, pero la noticia... He venido corriendo para decírtelo, Cicerón.

Cicerón arrugó la frente.

—¿Decirme qué?

Rufo miró a Sila y se mordió el labio. Sila rió en voz alta.

—Querido Rufo, habla con entera libertad. Antes de que llegaras estábamos departiendo con la mayor franqueza. Nadie en esta habitación me oculta ningún secreto. Nadie en esta República puede ocultar un secreto a Sila. Ni siquiera tu buen amigo Cicerón.

Rufo apretó las mandíbulas y se quedó mirando a su cuñado. Cicerón se interpuso entre ellos.

—Vamos, Rufo. Di lo que tengas que decir.

Rufo inhaló profundamente.

—Sexto Roscio... —susurró.

—¿Sí?

—Ha muerto.

Capítulo Treinta y tres

De pronto, todos los ojos se volvieron hacia Sila, que parecía tan sorprendido como los demás.

—¿Cómo ha sido? ——dijo Cicerón.

—Una caída. —Rufo cabeceó consternado—. De una terraza de la parte trasera

de la casa de Cecilia. Hay bastante altura. La ladera cae bruscamente desde la planta baja. Hay una estrecha escalera de piedra que baja la cuesta en espiral. Parece que cayó sobre los peldaños y fue dando tumbos un trecho. Ha quedado muy destrozado...

—¡El muy necio! —Tronó Sila—. ¡El muy idiota! Si estaba tan dispuesto a matarse...

—¿Suicidio? —preguntó Cicerón serenamente—. No hay ninguna prueba. —En su mirada vi que compartíamos la misma sospecha. Sin guardas vigilando la casa de Cecilia, cualquiera podía haber entrado en las habitaciones de Sexto Roscio, un asesino enviado por los Roscios, o por Crisógono, o por el propio Sila. El dictador había declarado una tregua, pero ¿hasta qué punto se podía confiar en él o en sus amigos?

Sin embargo, la propia indignación de Sila parecía demostrar su inocencia.

—Naturalmente que ha sido suicidio —dijo—. Todos conocemos su estado mental de los últimos meses. ¡Un parricida que se vuelve loco lentamente! De manera que la justicia ha prevalecido después de todo, y Sexto Roscio es su propio ejecutor. —Rió sin alegría, a continuación se puso pálido—. Pero si estaba decidido a castigarse, ¿por qué ha esperado hasta después del juicio? ¿Por qué no se mató ayer, o anteayer, o el mes pasado, para ahorrarnos molestias? —Cabeceó—. Absuelto... y aun así se mata. La culpa pudo con él después de que un tribunal lo absolviera. Es absurdo, ridículo. ¡El único resultado es que he quedado en ridículo delante de toda Roma! —Alzó el puño y elevó los ojos al cielo, y con voz baja y acusadora le oí murmurar—: ¡La Fortuna!

Me di cuenta de que se trataba de un hombre enzarzado en una pelea conyugal con su demonio de la guarda. La vida de Sila había sido una sucesión de triunfos y conquistas; la gloria, la fama, la riqueza y los placeres de la carne habían sido suyos sin el menor esfuerzo, sin que el brillante espectáculo de su carrera encontrara ni siquiera un mínimo obstáculo. Ahora era un hombre anciano y en declive, tanto en físico como en influencia, y Fortuna, como una amante aburrida, había comenzado a mostrarle su faz más veleidosa, flirteando con sus enemigos, azuzándole con derrotas insignificantes y triviales reveses que a un hombre tan mimado por el éxito tenían que parecer intencionados y llenos de mala fe.

Se envolvió en la toga y avanzó hacia la puerta, la cabeza baja como la proa de un barco que embiste. Cuando Cicerón y Rufo se hicieron a un lado, avancé hacia delante para bloquearle el paso, manteniendo la cabeza sumisamente inclinada.

—Lucio Sila... buen Sila... ¿deduzco bien si digo que esto no cambia en nada las condiciones que hemos acordado esta noche?

Me encontraba lo suficientemente cerca para percibir en la frente su agitada respiración. Pareció que tardaba mucho en responder, lo suficiente para preguntarme por el loco impulso que me había empujado a cerrarle el paso. Pero su voz, aunque fría, fue decidida y sin inflexiones.

—Nada ha cambiado.

—Entonces Cicerón y sus aliados nada tienen que temer de la voluntad revanchista de los Roscios...

—Nada.

—… y la familia de Sexto Roscio, a pesar de haber muerto éste, recibirá una recompensa de Crisógono?

Sila hizo una pausa. Desvié la mirada.

—Sí —dijo al cabo—. A su esposa e hijas no les faltará de nada.

—Eres justo y misericordioso, Lucio Sila —dije, apartándose de su camino. Se marchó sin volver la vista atrás, sin preocuparse de esperar a que el esclavo lo acompañara a la puerta. Un momento más tarde oímos abrirse la puerta, luego un portazo y a continuación el brusco ruido que producía el séquito al marcharse. Poco después se hizo el silencio.

La esclava regresó para limpiar los destrozos de Sila. Mientras amontonaba los fragmentos de loza, Cicerón miró abstraído el pastel que Sila había lanzado contra la pared.

—Deja los rollos donde están, Athalena. Estarán desordenados. Tirón los recogerá más tarde. —La esclava asintió obediente y Cicerón comenzó a caminar de un lado a otro.

—Menuda ironía —dijo por fin—. Después de tanto esfuerzo, hasta Sila está decepcionado. Como decía aquél, ¿quién se beneficia de todo esto?

—Tú, Cicerón.

Me miró con malicia, pero no pudo ocultar la sonrisa que le temblaba en los labios. Al otro lado de la habitación, Tirón parecía más confuso y alicaído que nunca.

Rufo cabeceó.

—Sexto Roscio, un suicida. ¿A qué se refería Sila al decir que se había hecho justicia, que Roscio se había ejecutado a sí mismo?

—Te lo explicaré todo camino de la casa de Cecilia —dije—. A menos que Cicerón prefiera explicarlo él mismo. —Miré de hito en hito a Cicerón, a quien claramente no atrajo la perspectiva—. También podría explicar hasta qué punto conocía la verdad cuando me contrató. Pero mientras tanto, no veo razón para aceptar que la caída de Roscio ha sido un suicidio, por lo menos hasta que vea la prueba con mis propios ojos.

Rufo se encogió de hombros.

—¿Cómo explicarlo, si no? A menos que fuera un simple accidente... la terraza es muy traidora y Sexto había estado bebiendo toda la noche; supongo que es posible que tropezara. Además, ¿quién de la casa le deseaba la muerte?

—Puede que nadie. —Cambié una furtiva mirada con Tirón. ¿Cómo podíamos olvidar la amargura y desesperación de Roscia Mayor? La absolución del padre había dado al traste con todas sus esperanzas de venganza y de protección de la hermana. Me aclaré la garganta y me froté los ojos fatigados—. Si no te importa, Rufo, acompáñame a casa de Cecilia. Enséñame cómo y dónde murió Roscio.

—¿Esta noche? —Estaba cansado y confuso, y tenía el aspecto de un joven que ha bebido demasiado vino a una hora demasiado temprana de la noche.

—Puede que mañana sea demasiado tarde. Los esclavos de Cecilia podrían borrar

las pruebas.

Rufo asintió con abatimiento.

—¿Y Tirón? —dije, respondiendo a la súplica que vi en los ojos del aludido—. ¿Puede venir también, Cicerón?

—¿En mitad de la noche? —Cicerón frunció los labios en señal de reprobación—. Bueno, supongo que puede.

—Y tú también, naturalmente.

Cicerón cabeceó. La mirada que me lanzó era en parte de compasión, en parte de desdén.

—El juego ha terminado, Gordiano. Ha llegado la hora de que todos los que tienen la conciencia tranquila se tomen un merecido descanso. Sexto Roscio ha muerto, ¿y qué? Ha muerto por voluntad propia: así lo ha dicho Sila. Abandona, Gordiano. Sigue mi ejemplo y vete a la cama. El juicio ha terminado, ya no hay caso. La historia ha concluido, amigo mío.

—Puede que sí —dije, caminando hacia el vestíbulo y haciendo una seña a Rufo y a Tirón para que me siguieran—. Y puede que no.

—Tuvo que ser aquí, en este mismo lugar —susurró Rufo.

La luna llena se reflejaba en las losas de la terraza y en la baja balaustrada de piedra que, elevándose hasta la altura de las rodillas, la bordeaba. Me asomé y a unos diez metros de distancia vi la escalera que había mencionado Rufo; los bordes lisos y gastados de los peldaños destacaban a la luz de la luna. La escalera se doblaba hacia la oscuridad, rodeada por altos hierbajos y arbustos, y cubierta ocasionalmente por las ramas colgantes de los robles y los sauces. Desde el interior de la casa llegaba un sonido de lamentos a través del aire cálido; el cuerpo de Sexto Roscio había sido colocado en el santuario de la diosa de Cecilia y sus esclavas lo lloraban con sollozos y llantos ceremoniales.

—La balaustrada es peligrosamente baja —dijo Tirón, golpeando con el pie uno de los rechonchos balaustres desde distancia segura—. Apenas suficiente para evitar la caída de un niño. —Retrocedió con un estremecimiento.

—Sí —asintió Rufo—. El mismo comentario hice a Cecilia. Parece que antes había encima un antepecho de madera. Se pueden ver aquí y allá las abrazaderas metálicas. La madera se pudrió y como resultaba peligrosa, la quitaron. Cecilia dice que había pensado reponerla, pero que al final no lo hizo; el ala posterior de la casa no se había utilizado en mucho tiempo hasta que Sexto y su familia llegaron. —Se asomó al borde cautelosamente—. La escalera es mucho más empinada de lo que parece desde aquí. Muy empinada y gastada, resbaladiza y dura. Incluso bajar por ella es peligroso; y un hombre que cayera o tropezara... —Sufrió un escalofrío—. Rodó media ladera antes de que quedara inmóvil. Allí está el lugar, puedes verlo a través de esa abertura entre los robles, donde la escalera da un abrupto giro. Mira... la sangre refleja la luz de la luna, como un charco de aceite negro.

—¿Quién lo encontró? —pregunté.

—Yo. Bueno, fui el primero en bajar y en darle la vuelta al cadáver.

—¿Y por qué?

—Porque oí el grito.

—¿El grito de quién? ¿De Roscio al caer?

—Dios mío, no. De Roscia, su hija. Su dormitorio, el que comparte con su hermana pequeña... está nada más entrar en la casa, la primera puerta del pasillo.

—Explícate.

—Ya me había ido a mi cuarto... el que siempre ocupo cuando duermo aquí. Está cerca del centro de la casa, a mitad de camino entre las habitaciones de Cecilia y las otras. Oí el grito, el grito de una muchacha, seguido de un sonoro gimoteo. Salí corriendo de la habitación y la encontré en la terraza, temblando y llorando a la luz de la luna: a Roscia Mayor. Naturalmente había estado llorando toda la noche, pero eso no explicaba el grito. Cuando le pregunté qué pasaba, se estremeció con tanta violencia que no pudo hablar. Me señaló con la mano el lugar donde el cuerpo de Roscio se había detenido al caer. —Frunció el ceño—. De manera que supongo que fue Roscia la primera en descubrir el cuerpo, pero fui yo quien bajó a echar un vistazo.

Miré hacia atrás y observé a Tirón, que meneaba la cabeza tristemente. Sus peores sospechas parecían confirmarse.

—¿Y cómo es que Roscia estaba en la misma terraza desde la que había caído su padre? —pregunté.

—Eso mismo le pregunté yo —dijo Rufo— en cuanto dejó de temblar. Parece que acababa de despertar de una pesadilla y decidió salir a la terraza para tomar el aire. Permaneció allí un rato, Contemplando la luna, dijo, y se le ocurrió mirar abajo...

—¿Y entonces vio el cadáver de su padre, a unos quince metros de distancia, entre el caos de las ramas, los arbustos y las piedras?

—No es tan inverosímil —dijo Rufo—. La luna daba de lleno en el lugar, lo vi en cuanto me lo señaló. Y el espectáculo no era agradable, tenía los miembros y el cuello torcidos de manera muy poco natural... —Hizo una pausa y tragó aire, comprendiendo de pronto—. Gordiano, no pensarás que la muchacha...

—Por supuesto que lo hizo ella —dijo Tirón con voz apagada, detrás de nosotros—. La única cuestión es cómo consiguió atraer a Sexto hasta la terraza, aunque estoy seguro de que no le resultó difícil.

—Ésa no es la única cuestión —objeté, aunque parecía pedante considerar todas las posibilidades—. Por ejemplo, ¿por qué gritó después de haberlo empujado, si es que lo empujó, en particular si fue un acto premeditado? ¿Por qué se quedó en la terraza hasta que la encontraron?

Tirón se encogió de hombros con desinterés; ya había elaborado su verdad personal.

—Porque estaba asustada de lo que había hecho. Después de todo es sólo una muchacha, Gordiano, no una asesina sin entrañas. Por eso lloraba cuando Rufo llegó a su

lado; por el horror de lo que había hecho, el espectáculo del cuerpo destrozado... ¡Estos Roscios! Primos, hermanos, hijos, hijas, todos empeñados en exterminar su propia estirpe. ¡Todos me dan asco! ¿Es que tienen algún veneno en la sangre? ¿Algún repugnante desequilibrio en los humores? —Tirón cabeceó con desesperación, pero cuando levantó la mirada y vi su cara, la mitad bañada por la luna, la otra mitad en sombras, lo que leí en sus facciones no fueron pensamientos de repugnancia y horror, sino el recuerdo de algo irremediablemente perdido y demasiado agradable para soportar su pérdida.

Me di la vuelta para mirar el abismo, el profundo pozo de luz lunar y sombras por el que Sexto Roscio había caído, por propia voluntad o la de otra persona. Hinqué la rodilla en tierra, delante de la balaustrada, y apoyé las manos en ella. Pasé las palmas por el biselado pasamanos y comprobé que era de superficie totalmente lisa; sólo unos diminutos granos de piedra se me quedaron pegados a la piel. Se me ocurrió una idea.

—Tirón, trae un candil. Aquí, sosténlo encima de la balaustrada, donde pueda ver de cerca. —La luz tembló y vi palidecer a Tirón al acercarse al borde—. Si no puedes tenerlo quieto, dáselo a Rufo. —Tirón le entregó el candil sin vacilar—. Aquí, Rufo dije—, sígueme y mantén el candil directamente encima de la balaustrada.

—No te arañes el hocico, Sabueso —dijo Rufo, percibiendo mi excitación—. ¿Qué buscas?

Recorrimos dos veces toda la longitud del pasamanos, sin éxito. Me erguí y me encogí de hombros.

—Sólo era una idea. Si Sexto Roscio saltó por propia voluntad, lo lógico es que primero se subiese a la balaustrada y saltara desde el pasamanos. Pensé que podríamos encontrar rastros de alguna pisada. Pero no.

Me miré las manos a la luz del candil y observé el polvillo y las piedrecillas que me habían quedado adheridos a las palmas. Estaba a punto de limpiármelas cuando me di cuenta de que una de las piedrecillas era muy distinta de las demás. Era más grande y brillante, de bordes definidos; en lugar de ser de un gris blanquecino, era de un rojo apagado a la luz del candil. Acerqué el dedo y vi que no se trataba de ninguna esquirla.

—¿Qué es? —susurró Rufo—. ¿Sangre?

—No —dije—, algo del mismo color que la sangre seca.

—¡Pero esto sí es sangre! —dijo Tirón. Mientras Rufo y yo examinábamos la balaustrada, había cogido otro candil y observaba las losas de la terraza, a cierta distancia del borde. A sus pies, tan insignificantes que ni las habíamos notado, había unas cuantas gotas de un líquido oscuro. Me arrodillé y las toqué. Las gotas de sangre estaban secas por los bordes pero todavía húmedas por el centro.

Retrocedí y señalé una línea recta con la mano.

—Aquí, en el suelo, están las gotas de sangre. Ahí, delante de ellas, está el punto del pasamanos donde he encontrado esto. —Alcé el objeto rojo entre el índice y el pulgar—. Y abajo, siempre en línea recta, está el lugar donde Sexto Roscio aterrizó en la escalera.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Rufo.

—Primero dime una cosa: ¿quién más ha estado en la terraza esta noche?

—Sólo Roscia y yo, creo. Y naturalmente Sexto Roscio.

—¿Ninguno de los esclavos? ¿Ni la mujer de Roscio?

—No lo creo.

—¿Ni siquiera Cecilia?

Rufo cabeceó.

—De eso estoy seguro. Cuando le llevé la noticia, dijo que no pensaba ni acercarse a esta ala de la casa. Ordenó a los esclavos que llevaran el cadáver de Sexto al santuario para purificarlo.

—Entiendo. Quiero ver el cadáver inmediatamente.

—Pero Gordiano —suplicó Tirón—, ¿qué has averiguado?

Su frente se alisó de alivio, a continuación se ensombreció con una súbita duda.

—Pero si saltó, cómo explicas la sangre?

Me llevé los dedos a los labios. Calló, aunque mi ademán no había sido para imponerle silencio; supersticiosamente, estaba besando el diminuto objeto que sostenía entre el índice y el pulgar, y rogando a los dioses no estar equivocado.

Las puertas del santuario de la diosa de Cecilia estaban cerradas, pero el olor a incienso y los lamentos de las esclavas llegaban al pasillo. Ahausaro, el eunuco, estaba de guardia y cabeceó sombríamente cuando intentamos entrar. Rufo me cogió del brazo para detenerme.

—Alto, Gordiano. Ya conoces las normas de la casa de Cecilia. No se admite a ningún hombre en el santuario de la diosa.

—¿Salvo que esté muerto?

—Sexto Roscio, el hijo de Sexto Roscio, ha sido reclamado por la diosa —canturreó Cecilia, que de pronto apareció detrás de nosotros—. Lo ha llamado a su seno.

Me volví y vi a una mujer transformada. Cecilia estaba muy erguida, con la cabeza orgullosamente hacia atrás. En vez de estola llevaba un vestido suelto, teñido de un negro intensísimo. Llevaba el moño deshecho y el pelo le colgaba sobre los hombros en mechones largos y desordenados. Las diversas capas de maquillaje se le habían borrado de la cara. Arrugada y con el pelo desarreglado, exhibía sin embargo un vigor y una determinación que no le había visto anteriormente. No parecía ni irritada ni complacida de vernos, como si nuestra presencia no tuviera importancia.

—Puede que la diosa haya reclamado a Sexto Roscio —dije—, pero si es posible, Cecilia Metela, te agradecería que me dieras la oportunidad de examinar sus restos.

—¿Qué interés tienes en su cuerpo?

—Busco una marca. Por lo que sé, es la marca de la diosa reclamándole.

—El cuerpo está destrozado por dentro y por fuera —dijo Cecilia—, demasiado estropeado para que el ojo humano pueda distinguir una sola herida.

—Yo tengo muy buena vista —dije, mirándola a los ojos fijamente.

Cecilia adoptó una pose muy digna, me miró de soslayo y al final asintió con la cabeza.

—¡Ahausaro! Di a las chicas que saquen el cadáver de Sexto Roscio al pasillo. —El eunuco abrió la puerta y entró.

—¿Son lo bastante fuertes? —pregunté.

—Son lo bastante fuertes para haberlo subido por la escalera y transportado por los pasillos hasta esta habitación. Hay luna llena, Gordiano. El poder de la diosa las inviste con una fuerza mayor que la de cualquier hombre.

Un momento después se abrieron las puertas del santuario. Seis esclavas sacaron una litera al pasillo y la dejaron en el suelo.

Tirón lanzó un silbido y retrocedió. Incluso Rufo, que ya lo había visto, inhaló una brusca bocanada de aire al ver lo que quedaba de Sexto Roscio. Le habían cortado las ropas, dejándole desnudo; la sábana que lo cubría estaba empapada de sangre. Estaba cubierto de magulladuras y heridas. Tenía numerosos huesos rotos; en algunos lugares asomaban entre la carne desgarrada. Habían intentado enderezarle los miembros, pero no se había podido hacer nada para remediar el lamentable estado de su cráneo. Al parecer había caído de cabeza. La cara estaba hecha un desastre y la parte superior de la cabeza era una masa de sangre y flema viscosa, cohesionada por fragmentos de hueso. Cecilia bajó lentamente la mirada hasta el cuerpo sin ninguna expresión.

Me arrodillé y moví la barbilla rota; el cartílago y el hueso crujieron bajo mis dedos. Recorrí el cuello con las yemas, palpé magulladuras jaspeadas y coágulos de sangre, y encontré lo que buscaba.

—Rufo, mira aquí, y tú también, Tirón. ¿Veis donde señala mi dedo, el agujero que hay en la carne blanda, debajo mismo de la laringe?

—Parece una herida hecha mediante incisión —aventuró Rufo.

—Sí, como la que se puede hacer con un objeto punzante y fino. Si lo volvemos hacia este lado... vamos, Rufo, empuja conmigo... creo que encontraremos una herida exactamente igual en la nuca. Sí, aquí, mirad, a un lado de la columna.

Me puse en pie y me limpié las manos ensangrentadas con un paño que me ofreció una de las esclavas. Reprimí un acceso de vómito y contuve el aliento.

—Una extraña herida, ¿no estás de acuerdo, Cecilia Metela? No parece causada por haber caído de cabeza contra el suelo ni por haber rebotado en los peldaños de piedra. No es la clase de herida que haría un cuchillo. Parece haberle atravesado directamente el cuello... de delante atrás, ¿o fue al revés? El objeto delgado y punzante, hecho de un metal resistente, le traspasó la carne y salió con limpieza. Tan limpiamente que sólo unas gotas de sangre cayeron desde el instrumento al suelo de la terraza. Dime, Cecilia, ¿ya te habías deshecho el moño cuando encontraste a Sexto Roscio en la terraza? ¿O todavía lo llevabas, sujeto por uno de esos largos alfileres de plata que utilizas?

Rufo me cogió el brazo.

—¡Silencio, Gordiano! Ya te he dicho que Cecilia no ha estado esta noche en la terraza.

—Cecilia no estuvo en la terraza después de que Sexto Roscio cayera. Pero ¿y antes, mientras tú, Rufo, te ibas a la cama, y Roscia Mayor dormía? ¿Te confesó su culpabilidad voluntariamente en la terraza u oíste sus balbuceos de borracho?

Rufo me apretó con más fuerza hasta que comenzó a hacerme daño.

—¡Calla, Gordiano! ¡Cecilia no ha estado en la terraza esta noche!

Me desasí de Rufo y avancé hacia Cecilia, cuya compostura de basilisco ni se inmutó.

—Pues si no ha estado en la terraza, ¿cómo es que he encontrado este curioso objeto en el pasamanos de la balaustrada? —Enseñé el diminuto objeto que sujetaba con el índice y el pulgar—. Cecilia, ¿puedo ver tu mano?

Levantó una ceja, con curiosidad pero sin mucha preocupación, y extendió hacia mí la mano derecha, la palma hacia abajo. La tomé con la mía y suavemente separé sus dedos. Rufo y Tirón se acercaron, manteniendo una distancia respetuosa y mirando sobre mis hombros.

Lo que buscaba no estaba allí.

Si estaba equivocado, había ido demasiado lejos para escapar con unas simples excusas. Afrentar a una Metela era una manera muy vistosa de echar a perder la propia reputación y el sustento. Tragué saliva nerviosamente y levanté la mirada hacia los ojos de Cecilia.

Ningún atisbo de comprensión brillaba en ellos ni el temblor de una ironía, antes bien una sonrisa fría como el hielo le bailoteaba en los labios.

—Creo —dijo en voz baja y muy seria— que es esta otra mano la que hay que examinar, Gordiano.

Puso la izquierda en mi palma. Suspiré aliviado.

En el extremo de sus dedos arrugados vi cinco uñas perfectamente pintadas de rojo... perfectamente a excepción de la uña del pulgar, que tenía la punta rota. Cogí el fragmento de uña que había encontrado en la terraza y se lo puse en la uña incompleta del pulgar, donde encajó perfectamente.

—¡Entonces estuviste en la terraza esta noche! —dijo Rufo.

—Nunca te dije lo contrario.

—Pero entonces... creo que deberías explicarte, Cecilia. ¡Insisto!

Fui yo quien contuvo ahora a Rufo, poniéndole la mano en el hombro.

—No hacen falta más explicaciones. Cecilia Metela no tiene por qué dar cuenta de lo que hace o deja de hacer en su propia casa. Ni de sus motivos, si a eso vamos. Ni de sus métodos. —Miré el cadáver destrozado—. Sexto Roscio está muerto, fue reclamado por la diosa de esta casa para satisfacer su propio deseo de venganza. No hace falta ninguna otra explicación. A menos que, naturalmente —ladeé la cabeza—, la señora de la casa quiera tener la benevolencia de explicar los hechos a tres indignos

suplicantes que han hecho un viaje largo y agotador en busca de la verdad.

Cecilia guardó silencio durante un rato. Bajando la mirada al cadáver de Sexto Roscio, por fin permitió que la aversión que sentía por él le asomase a la cara.

—Lleváoslo —ordenó con un movimiento de la mano. Las esclavas llegaron corriendo para entrar la litera en el santuario. Nubes de incienso se colaron por entre las puertas al abrirlas y cerrarlas—. Y tú, Ahausaro, reúne a los esclavos jardineros y que limpien la escalera de atrás. Quiero que cuando amanezca no quede ni rastro de la sangre de ese hombre. ¡Tú mismo supervisarás el trabajo!

—Pero, ama...

—¡Vamos! —Cecilia dio un par de palmadas y el eunuco partió de mal humor. A continuación miró desdeñosamente a Tirón. Estaba claro que no deseaba que ningún testigo superfluo presenciara su confesión.

—Por favor —dije—, permite al esclavo que se quede.

Frunció el entrecejo, pero consintió.

—Hace un momento, Gordiano, me preguntaste si Sexto el joven confesó la muerte de su padre o si le oí a escondidas. Ninguna de las dos cosas. Fue la diosa quien me reveló la verdad. No con palabras ni con una visión. Sino que fue su mano, estoy segura, lo que me levantó esta noche de donde estaba postrada en el santuario y me condujo por los pasillos hasta la zona de la casa donde los Roscios se alojaban. —Entornó los ojos y juntó las manos. Hablaba en voz baja y como en sueños—. Tropecé con Sexto Roscio en uno de los pasillos. Iba borracho, demasiado borracho para distinguirme en la oscuridad. Balbucía para sí, alternando el llanto y la risa. Reía porque le habían exculpado y estaba libre. Lloraba por la vergüenza e inutilidad de su crimen. Sus pensamientos eran confusos e inconexos; comenzaba a decir algo y a continuación se paraba en seco, pero sus delirantes palabras eran inequívocas. «Yo maté al viejo, fui tan responsable como si le hubiera asestado las puñaladas personalmente. Lo planeé todo y conté las horas hasta que estuvo muerto. ¡Lo maté, maté a mi propio padre! ¡La justicia me ha tenido en la palma de la mano y he escapado al castigo!» Cuando le oí hablar de este modo me hirvió la sangre. Imaginaos lo que sentí al oír confesar el crimen a Sexto el joven; no había allí más testigos que yo... yo y la diosa. La percibí en mi interior. Y supe lo que tenía que hacer.

«Me pareció que Sexto se dirigía al dormitorio de sus hijas... por qué, no me lo imagino; estaba tan borracho que supongo que se perdió. Fue a entrar, pero si hubiera despertado a sus hijas mis planes se habrían venido abajo. Lo llamé y sufrió un sobresalto. Me acerqué y comenzó a encogerse. Le dije que saliéramos a la terraza.

»La luna brillaba intensamente, como el ojo de Diana. Diana es cazadora esta noche, como quiere la tradición, y Sexto era la presa. La luz de la luna lo envolvió como una red. Le exigí que me contara la verdad. Me devolvió la mirada; me di cuenta de que calibraba las opciones que tenía de mentirme, como había mentido a todo el mundo. Pero la luz de la luna era demasiado clara. Se rió. Sollozó. Me miró a los ojos y me dijo: "¡Sí, yo maté a tu antiguo amante! ¡Perdóname!".

»Me dio la espalda. Todavía estaba a unos pasos de la balaustrada. Me di cuenta de que no habría podido empujarlo para arrojado al vacío, por muy borracho que estuviera y por mucha fuerza que me concediera la luna. Recé a la diosa para que lo acercara a la balaustrada. Pero la diosa me había llevado tan lejos que supe que tendría que concluir el asunto por mí misma.

—Te acercaste a él —dije— y te quitaste el alfiler del pelo.

—Sí, el mismo que he llevado en el juicio, el del adorno de lapislázuli.

—Y le atravesaste el cuello, desde la nuca hasta la garganta.

Los músculos de su cara quedaron inmóviles. Dejó caer los hombros.

—Sí, supongo que así fue. No gritó, sólo emitió un sonido extraño, un gorgoteo, como si se asfixiara. Saqué la aguja; apenas se había manchado de sangre. Roscio se llevó las manos a la garganta y trastabilló hacia adelante. Golpeó la balaustrada y pensé que seguramente caería. Pero se detuvo y tuve que empujarle, con todas mis fuerzas. Lo siguiente que oí fue el ruido de su cuerpo al dar contra los peldaños de abajo.

—Y entonces caíste de rodillas —dije.

—Sí, recuerdo que me arrodillé.

—Te asomaste al vacío apoyándote en el pasamanos de la balaustrada... con tanta fuerza que se te rompió una uña.

—Quizá. No lo recuerdo.

—¿Y el alfiler?

Cabeceó, confusa.

—Creo que lo arrojé a la oscuridad. Debe de estar perdido entre los matojos. — Tras haber contado la historia, las fuerzas parecieron abandonarla de pronto. Parpadeó y languideció como una flor marchita. Rufo acudió a su lado.

—Querido muchacho —susurró—, ¿querrías llevarme a mis habitaciones?

Tirón y yo nos marchamos sin más ceremonias, abandonando el olor a incienso y el gimoteo apagado de las esclavas en el santuario.

—¡Vaya día! —suspiró Tirón en cuanto entramos en casa de su amo—. ¡Y qué noche!

Asentí fatigadamente.

—Y ahora, si tenemos suerte, podremos dormir una hora antes de que salga el sol.

—¿Dormir? No creo que pueda dormir. Tengo la cabeza hecha un bombo. ¿Te das cuenta? Esta mañana Sexto Roscio todavía estaba vivo... y Sila no había oído hablar de Cicerón... y yo creía sinceramente...

—¿Sí?

Se limitó a cabecear. Cicerón le había decepcionado, aunque Tirón no diría ni una palabra en su contra. Le seguí hasta el estudio de su amo, donde había un candil encendido esperando su regreso. Recorrió la habitación con la mirada y caminó hacia el montón de papiros que Sila había tirado al suelo.

—Voy a ordenar esto —suspiró arrodillándose—. Necesito hacer algo.

Sonreí ante su energía. Me volví hacia el atrio y estudié el efecto de la luz de la luna en la tierra. Inhalé profundamente y se me escapó un bostezo.

—Mañana nos iremos Bethesda y yo —dije—. Supongo que te veré entonces; o quizá no, si Cicerón te manda a algún recado. Parece que haya pasado mucho tiempo desde que te presentaste en mi casa, ¿verdad Tirón?, y la verdad es que sólo han transcurrido unos días. No recuerdo ningún caso tan enrevesado. Quizá Cicerón vuelva a contratar mis servicios. Roma es un lugar pequeño, en cierto modo, aunque puede que no volvamos a vernos. —De pronto tuve que aclararme la garganta. Pensé que la luna me ponía sentimental—. Supongo que debería decírtelo ahora, Tirón... sí, aquí y ahora, mientras reina este silencio y estamos solos... debería decirte que eres un joven realmente admirable. Te hablo con el corazón y creo que Cicerón estaría de acuerdo. Eres afortunado por servir a un amo que tiene de ti tan alto concepto. Oh, ya sé, Cicerón a veces parece brusco, pero... ¿Tirón?

Me di la vuelta y lo vi echado en el suelo, entre los papiros, roncando ligeramente. Sonreí y avancé en silencio hacia él. Parecía un niño. Me arrodillé y toqué la tersa piel de su frente y los suaves rizos que había encima. Cogí el papiro que tenía en la mano. Era la estrujada copia de Eurípides que Sila había estado leyendo antes de arrojarla contra la pared. Mis ojos cayeron sobre la recapitulación del coro:

Muchas son las máscaras de lo divino
y muchas cosas acaban los dioses
de manera inesperada
mientras el hombre conjetura
y lo esperado no se cumple.
Pero a lo no esperado
un dios halla solución.
Y así termina la obra.

Capítulo Treinta y cuatro

A media mañana ya estaba en pie, a pesar de lo tarde que me había ido a la cama. Hacía mucho que Bethesda estaba despierta y que había recogido mis cosas. Me hizo vestirme apresuradamente y me observó como una gata mientras tomaba unos bocados de pan y queso; ella ya estaba lista para volver a casa.

Mientras Bethesda esperaba impaciente en el peristilo, Cicerón me llamó a su estudio. Tirón estaba durmiendo en su cuarto, dijo, de manera que el propio Cicerón sacó una caja de plata y una bolsa con monedas, y calculó mis honorarios, hasta el último sestercio.

—Hortensio me dijo que es costumbre deducir las comidas y el alojamiento que te he proporcionado —dijo suspirando—, pero a mí ni se me ocurriría. Por el contra-

rio... —Sonrió y añadió diez denarios al montón.

No es fácil plantear cuestiones desagradables a un hombre que acaba de desembolsar una atractiva suma, más una sustancial bonificación. Bajé los ojos con modestia y dije, tan informalmente como pude:

—Todavía hay un par de puntos, Cicerón, que no consigo encajar. Quizá podrías arrojar un poco de luz.

—¿Sí? —Su suave sonrisa resultaba irritante.

—¡Me equivoco al deducir que sabías más de este caso de lo que me contaste al contratarme? ¿Que incluso estabas al corriente de la proscripción de Sexto Roscio el viejo? ¿Que sabías que Sila tenía alguna relación con todo y que cualquier hombre que investigara este sórdido asunto correría un grave e inmediato peligro?

Encogió los estrechos hombros.

—Sí. No. Es posible. La verdad, Gordiano, es que todo lo que tenía eran fragmentos y medias palabras; nadie me contó toda la verdad, al igual que yo tampoco te dije todo lo que sabía. Los Metelos pensaron que podrían utilizarme. Y hasta cierto punto así fue.

—¿Al igual que tú me utilizaste a mí... como cebo? ¿Para ver si amenazaban, atacaban y mataban al perro vagabundo que metía las narices en el caso Roscio? ¿Tal como ocurrió más de una vez?

Hubo un destello en los ojos de Cicerón, pero su sonrisa fue indestructible.

—Has salido ileso, Gordiano.

—Gracias a mi inteligencia.

—Gracias a mi protección.

—¿Y no te molesta que el hombre al que defendiste con tanto éxito fuera culpable en el fondo?

—No hay deshonor en defender a un cliente culpable... pregunta a cualquier abogado. Y siempre es honroso humillar a un tirano.

—El asesinato ¿no significa nada para ti?

—El crimen es vulgar. El honor es más infrecuente. Y ahora, Gordiano, debo decirte adiós. Ya conoces el camino. —Cicerón se dio la vuelta y salió de la habitación.

El día era caluroso, aunque no desagradable. Al principio Bethesda parecía nerviosa, de nuevo en la casa del Esquilino, pero pronto se puso a recorrer las habitaciones para arreglarlo todo a su gusto. Por la tarde la acompañé al mercado. El ajetreo de la Subura volvió a envolverme: los gritos de los vendedores, el olor a carne fresca, las prisas de las caras medio conocidas al otro lado de la calle. Me sentí contento de estar otra vez en mi ambiente.

Más tarde, mientras Bethesda me preparaba la cena, di un largo paseo por el barrio, sintiendo la cálida brisa en la cara y contemplando las nubes doradas que cruzaban el cielo. Mis pensamientos vagaron hasta la terraza de la casa de Tito Megaro; hasta la cálida luz del sol que inundaba el atrio de la vivienda de Cicerón; hasta la Casa

de los Cisnes y la profundidad de los ojos de Electra; hasta el muslo desnudo de la joven Roscia mientras Tirón la abrazaba con fuerza y gemía con la boca pegada a su cuello; hasta el cuerpo destrozado de Sexto Roscio, que había reunido todos los dispersos fragmentos de la historia para cohesionarlos con su propia sangre y la de su padre.

Sentí hambre y me dispuse a volver a casa. Miré a mi alrededor, sin reconocer el lugar al principio, y entonces me di cuenta de que había acabado en la entrada del Pasadizo. No había tenido intención de ir tan lejos ni de acercarme a aquel lugar. Puede que exista un dios que guía a los hombres poniéndoles en la espalda una mano tan suave y ligera que ni siquiera se dan cuenta.

Puse rumbo a mi casa y eché a andar.

No encontré a nadie por el camino, pero de vez en cuando se oía, a través de las ventanas, la voz de las mujeres llamando a su familia para la cena. El mundo parecía tranquilo y satisfecho; hasta que oí ruido a mi espalda.

Era el sordo retumbar de muchos pies contra los adoquines, acompañado de gritos agudos cuyo eco se perdía en el Pasadizo y del tableteo que producen los palos cuando se rasca con ellos una pared de superficie accidentada. Por un instante fui incapaz de distinguir si el ruido me precedía o me seguía, tan extraño era el eco. Me pareció que se acercaba, ora por delante, ora por detrás, como si una multitud con ganas de gresca me hubiera rodeado.

«Sila me mintió —pensé—. Mi casa está en llamas. Bethesda ha sido violada y asesinada. Y ahora esta chusma a sueldo me ha atrapado en el Pasadizo. Me apalearán. Me destrozarán. Gordiano el Sabueso desaparecerá de la faz de la tierra y nadie lo sabrá ni se preocupará excepto sus enemigos, que pronto le olvidarán.»

El ruido se volvió agudo y ensordecedor. Procedía de detrás de mí. Las voces no eran de hombres, sino de muchachos. En ese momento aparecieron por un recodo del Pasadizo, sonriendo, gritando, riendo y esgrimiendo palos, tropezando entre sí mientras corrían por el angosto espacio. Perseguían a otro muchacho, más pequeño que el resto y vestido con asquerosos andrajos, que corría directamente hacia mí y que se hundió entre los pliegues de mi túnica como si yo fuera una torre tras la que pudiera esconderse.

Sus perseguidores se detuvieron resbalando y cayendo uno encima del otro, todavía chillando, riendo y golpeando la pared con los palos.

—¡Ya es nuestro! —chilló uno—. ¡No tiene familia, no tiene lengua!

—Su propia madre lo abandonó —voceó otro—. No es mejor que un esclavo. ¡Entréganoslo! Sólo queremos divertimos un rato.

—¡Sí, divertirnos! —gritó el primero—. ¡Con los ruidos que hace! ¡Dale de palos y verás que en vez de gritar «basta» sólo emite un graznido!

Bajé la mirada hacia la retorcida masa de harapos y nervios que tenía en mis brazos. El chico levantó la mirada, temeroso, dubitativo, repentinamente alegre en cuanto me reconoció. Era el muchacho mudo, Eco, abandonado por la viuda Polia.

Me quedé mirando a la banda de niños alborotadores. Un rictus monstruoso de-

bió de aparecerme en la cara; el que estaba más cerca retrocedió y palideció mientras, suavemente, yo empujaba a Eco a un lado. Unos se asustaron; otros se mostraron hostiles y dispuestos a pelear.

Introduje la mano en la túnica, donde había llevado el cuchillo que el mismo Eco me había dado. «Pide venganza. Cree que haremos justicia.» Los muchachos pusieron unos ojos como platos y tropezaron entre sí al escapar. Los oí durante un rato, riendo, gritando y golpeando la pared con los palos mientras se alejaban.

Eco alzó el brazo para coger el cuchillo y lo sujetó por el mango. Le dejé hacer. Todavía quedaban restos de la sangre de Malio Glaucia en la hoja. Eco las vio y chilló de satisfacción

Me miró inquisitivamente con una mueca mientras hacía ademán de apuñalar el aire. Asentí con la cabeza.

—Sí —susurré—, tu venganza. Te he vengado con tu daga y con mi propia mano. —Miró la hoja y separó los labios con un estremecimiento de placer.

Malio Glaucia había sido uno de los que habían violado a su madre; ahora estaba muerto gracias al cuchillo del mudo. ¿Qué importaba el hecho de que en el fondo no habría matado a Glaucia de haber tenido otra alternativa? ¿Qué importaba que Glaucia, gigantesco, macizo, ávido de sangre, no fuera más que un enano entre gigantes comparado con los Roscios? ¿O que los Roscios fueran unos niños en el regazo de un hombre como Crisógono? ¿O que Crisógono no fuera más que un juguete en manos de Lucio Sila? ¿O que Sila no fuera más que un hilo que se había soltado de la tela ensangrentada que habían tejido durante siglos las familias como los Metelos, familias que gracias a sus interminables intrigas podían jactarse, con todo derecho, de haber convertido a Roma en todo lo que era hoy? En su República, incluso un mendigo sin lengua podía aspirar a la dignidad romana y la visión de la sangre de un insignificante criminal en aquel cuchillo que era suyo le hacía chillar de entusiasmo. Si le hubiera entregado la cabeza de Sila en una bandeja, el muchacho no habría estado más complacido.

Metí la mano en la bolsa y le ofrecí una moneda, pero no me hizo caso: aferraba el cuchillo con ambas manos y bailaba en círculo alrededor de él. Devolví la moneda a la bolsa y di media vuelta.

Sólo había dado unos pasos cuando me detuve y miré atrás. El muchacho estaba inmóvil como una estatua, aún empuñando la daga y mirándome con ojos solemnes. Nos quedamos mirándonos un instante. Alargué la mano y Eco se acercó corriendo.

Recorrimos el Pasadizo cogidos de la mano, bajamos por la abarrotada Vía Subura y subimos el angosto sendero. Cuando entré en casa, grité a Bethesda que ya teníamos otra boca que alimentar.

Nota del Autor

Los lectores de novelas históricas que normalmente leen el postfacio antes que el texto deben saber que *Sangre romana* es también una novela policíaca; quisiera discutir aquí ciertas cuestiones relacionadas con la solución del enigma, aunque sólo sea de pasada. *Caveat lector.*

Nuestra fuente principal sobre la vida de Sila es la biografía de Plutarco, llena de chismes, escándalos y juegos de manos —en otras palabras, una buena lectura— y el *Bellum Iugurthinum* (La guerra de Yugurta) de Salustio, que describe las proezas africanas de Sila con nervio digno de Kipling. Hay también numerosas referencias en las obras de autores contemporáneos de la República, especialmente en Cicerón, que parece que jamás se cansó de presentar a Sila como un símbolo del vicio con el que había que comparar al campeón de la virtud (Cicerón). La autobiografía de Sila no ha llegado hasta nosotros, lamentablemente. Dado lo que sabemos de su carácter, no es probable que sus memorias fueran tan fascinantes como las de César ni tan inconscientemente reveladoras como las de Cicerón, pero sin duda eran más entretenidas y cultas que las de nuestros actuales dirigentes políticos.

Para el juicio de Sexto Roscio, poseemos el texto de la defensa de Cicerón. Es un largo documento y aunque lo he comprimido y adaptado, no creo haberme tomado ninguna libertad indebida. Los historiadores admiten que los discursos originales pronunciados por Cicerón no se corresponden exactamente con las versiones publicadas que nos han llegado, y que Cicerón (y Tirón) los revisaban y adornaban tras haberlos pronunciado, a menudo con fines políticos. Existen muchas dudas, por ejemplo, de que ciertas pullas satíricas dirigidas a Sila que se encuentran en el texto publicado del *Pro Sexto Roscio Amerino* se pronunciaran realmente desde la columna rostral en vida del dictador. Sin embargo, algunos de los adornos retóricas de Cicerón, tal como se reproducen aquí, son rigurosamente auténticos; nunca me habría atrevido a inventar el melodramático «¡Por Hércules!», al que Cicerón recurre con más frecuencia en sus escritos de lo que me he permitido en *SANGRE ROMANA.*

Los detalles conocidos del caso nos los proporciona el mismo Cicerón; el discurso del acusador no ha sobrevivido y sus puntos principales sólo pueden inferirse por las refutaciones de Tulio. Al extraer ciertas conclusiones acerca de la inocencia o culpabilidad del acusado, puede que haya exagerado un poco, aunque no creo haber ido demasiado lejos. Cicerón era perfectamente capaz de defender a un cliente culpable; se enorgullecía y se jactaba de arrojar polvo ante los ojos de los jueces, tal como hizo a raíz del juicio de Cluencio. Curiosamente, se refiere al tema en su tratado *De officiis* (De los oficios) y casi en el acto (conscientemente o no) saca a colación el juicio de Sexto Roscio.

> Pero no hay necesidad, por otro lado, de tener ningún escrúpulo a la hora de defender a una persona que es culpable... siempre y cuan-

> do no posea un carácter perverso o malvado. Pues el sentimiento popular lo requiere; lo sanciona por la costumbre y es conforme con la honradez humana. La función de los jueces, en todo proceso, es descubrir la verdad. Por lo que se refiere al abogado defensor, puede que en muchas ocasiones deba basar su trabajo en puntos que parezcan la verdad, aunque no se correspondan con ella exactamente. Pero confieso que no me atrevería a decir estas cosas, y menos en un tratado filosófico, si Panecio, el más ilustre de los estoicos, no hubiera manifestado ya la misma idea. El mayor renombre, la gratitud más profunda, la obtienen los discursos en defensa de personas. Estas consideraciones particulares se aplican cuando, como a veces ocurre, el defendido es víctima de opresión y persecución de parte de personajes poderosos y temibles. A menudo he aceptado casos de esta clase. Por ejemplo, cuando era joven, hablé en favor de Sexto Roscio de Ameria contra el poder tiránico del dictador Sila.

A Cicerón es mejor leerlo entre líneas, especialmente cuando más se jacta de su propia osadía y honradez.

Por lo que se refiere a la intriga de alto nivel que hay detrás del juicio, he tomado algunas ideas de la monumental y minuciosa obra de Arthur D. Kahn, *The Education of Julios Caesar* (Schocken Books, 1986), un enfoque radicalmente revisionista de los intríngulis y vericuetos políticos del último período de la República romana desde la perspectiva de un ciudadano superviviente de la República de McCarthy, Nixon, Reagan *e tutti quanti.* También debería mencionar al prolífico Michal Grant, cuya traducción al inglés de los *Murder Trials* de Cicerón (Penguin Books, 1975) fue el primer texto que me puso sobre la pista de Sexto Roscio. [La última traducción al castellano de los *Discursos* forenses completos de Cicerón, publicados por Editorial Gredas, en 1993, consta todavía únicamente de tres volúmenes, ninguno de los cuales contiene el discurso en defensa de Sexto Roscio Amerino, del que sin embargo ha habido diversas ediciones para estudiantes en las últimas décadas.]

Lo que canta Metrobio en el capítulo 26 es mío. El epigrama anónimo acerca de los relojes de sol (capítulo 9) y el pasaje de Eurípides (capítulo 33) son adaptaciones. [La correspondiente adaptación española se ha hecho sobre la versión de Antonio Tovar, *Alcestis, Las Bacantes, El Cíclope,* Espasa—Calpe, col. Austral, Buenos Aires, 1944.]

«Todo autor policíaco comete errores y ninguno sabe tanto como debiera.» Este axioma de Raymond Chandler es doblemente cierto cuando la acción del argumento transcurre en el pasado. Quiero dar las gracias a todos aquellos que me han ayudado a eliminar anacronismos del manuscrito original, en particular a mi hermano Ronald Saylor, experto en cristalería antigua; a un estudioso de los clásicos que prefiere permanecer anónimo; y a los atentos editores de St. Martin's Press. Mi agradecimiento

también a Pat Urquhart, que me dio algunos consejos técnicos para la elaboración del mapa; a Scott Winnett, por su asesoría práctica a la hora de publicar una novela de misterio; a John Preston, que apareció como un *deus ex machina* cuando el manuscrito estaba acabado y lo llevó a las manos más indicadas; a Terri Odom, que me ayudó a atrancar las escotillas de la bodega; y a mi erudito editor, Michael Denneny.

Un reconocimiento final: a mi amiga Penni Kimmel, una perspicaz estudiosa de las historias policíacas modernas, de las antiguas no, que analizó meticulosamente el primer borrador y me entregó inapreciables oráculos en forma de papelitos amarillos de marca Post—it. Sin sus sibilinas intervenciones, una joven desdichada habría sufrido innecesariamente, un malvado habría quedado sin castigo y un niño extraviado habría errado mudo y solitario para siempre por los callejones oscuros y sucios de la Subura. *Culpam poena premil comes;* pero también *miseris succurere disco.* O en román paladino: los errores se pagan, pero aprendo a consolar al infeliz.